

COLM TÓIBÍN

Madres e hijos



Lumen

Madres e hijos

Colm Tóibín

Prólogo y edición de
Andreu Jaume

Traducción de
Antonia Martín

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

de Andreu Jaume

Los cuentos de un nuevo maestro

*Dieses Aufbrauchen der Liebe
in anonymer Arbeit.*^[1]

RILKE

De entre todos los novelistas anglosajones que empezaron a publicar en las últimas décadas del siglo XX, Colm Tóibín ha sido el que se ha labrado una autoridad más sólida y genuina. Los motivos recurrentes de su obra se han ido complicando y ramificando con la misma intensidad con que maduraba su estilo nítido y preciso, basado en una capacidad aguda de observación y en un dominio de las posibilidades armónicas del inglés, tanto en la prosa descriptiva y especulativa como en el contrapunto de voces, arte para el que ha demostrado un oído excepcional.

Vista ahora en perspectiva, la ya considerable obra de Tóibín —hecha de novelas, cuentos, ensayos y teatro— dibuja una evolución muy clara que va desde la exposición de sus motivos en *El sur* (1990), *El brezo en llamas* (1992) y *El faro de Blackwater* (1999), donde empezó a dramatizar su relación con la provincia irlandesa —el condado de Wexford y su Enniscorthy natal—, la vinculación con España —Tóibín vivió en Barcelona entre 1975 y 1978—, la homosexualidad o la ausencia del padre, hasta el homenaje a Henry James en *The Master. Retrato del novelista adulto* (2004), la novela que lo consagró internacionalmente. La recreación de algunos episodios de la

biografía de Henry James supuso para Tóibín la indisimulada exhibición del modelo que durante tanto tiempo había admirado y perseguido. Hasta entonces, por así decirlo, su obra había sido una tentativa en la que de pronto se admitía un referente fundacional, el autor al que Tóibín nombraba como guía, señor y maestro de su periplo artístico.

La elección de James como precursor no es casual en quien a sabiendas escogió cultivar una forma de novela impersonal, capaz de albergar personajes variopintos, de observar y escuchar sin intervenir, dejando que lo autobiográfico se transmute en un material ajeno y frío, puramente imaginado. En esa filiación jamesiana, Colm Tóibín no está solo sino que se une a la estirpe de narradores —de Iris Murdoch a A. S. Byatt, de Cynthia Ozick a John Banville— que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX pidieron una segunda oportunidad para la novela, obviando el gesto conclusivo de las vanguardias y reivindicando la ficción como espacio privilegiado para la averiguación dramática de las grandes cuestiones que todavía nos incumben.

Si tantos autores acudieron a James en busca de amparo fue porque en su obra se asiste al desguace de la narrativa del siglo XIX, preservándose al mismo tiempo la ambición de conocimiento psicológico, la capacidad de coreografiar personajes y el derecho de incertidumbre. James constató con lucidez hasta qué punto ya no era posible mantener en su época, en aquella penumbra de entre siglos, la seguridad del novelista que se había creído autorizado a competir con el historiador o el científico, cual había sido el caso de Balzac, Flaubert, Tolstói o George Eliot, integrando a sus personajes en un orden perfectamente sabido y controlado. El tránsito que se observa entre *Retrato de una dama* (1881) y *La copa dorada* (1904) es el de un mundo que se oscurece por fuera y se amplía por dentro, haciendo que la progresiva incertidumbre que envuelve a los personajes se convierta en un estímulo para explorar el movimiento de sus conciencias. Asumido el general

desmoronamiento que la literatura sufrió a lo largo de la primera mitad del siglo XX, los novelistas que quisieron seguir indagando en las vicisitudes humanas, más allá de una narrativa saturada de subjetividad, encontraron en Henry James a un antepasado que, si bien había previsto en su obra las limitaciones de la ficción frente a un mundo cada vez más incognoscible, al mismo tiempo había demostrado las infinitas posibilidades que entrañaba aún el género, precisamente como tenue luz frente a la tiniebla envolvente, ofreciendo con sus novelas y cuentos un ejemplo seminal.

No hay duda, en ese sentido, de que Colm Tóibín suscribe y renueva algunos de los presupuestos estéticos que en su obra crítica formuló James para salvaguardar el estatus de la narrativa en su tiempo. En un ensayo escrito en 1884 y titulado «El arte de la ficción», Henry James, defendiéndose de los ataques que entonces sufría la novela —considerada en su tiempo una ocupación menor e incluso banal— afirmaba lo siguiente:

Sin duda, la vieja superstición de que la ficción es una «depravación» ha desaparecido en Inglaterra, pero su espíritu persiste en cierta mirada oblicua dirigida hacia cualquier historia que no admita en mayor o menor medida que solo es un juego. Incluso la novela más humorística siente en cierto grado el peso de esa proscripción dirigida, en un principio, contra la ligereza literaria: lo humorístico no logra siempre pasar por ortodoxo. Aún se espera, aunque la gente tal vez sienta vergüenza al decirlo, que una producción que, después de todo, solo es un «fingimiento» —porque ¿qué otra cosa es una historia?— sea de alguna manera apologética, es decir, que renuncie a la pretensión de representar realmente la vida. Esto es algo que cualquier historia sensata y perspicaz se niega a hacer porque se da cuenta rápidamente de que la tolerancia que se le dispense bajo esas condiciones es solo un intento, disfrazado de generosidad, de sofocarla. La vieja hostilidad evangélica hacia la novela, tan explícita como precisa —y que la consideraba, como mínimo, menos favorable a nuestro ser inmortal que una obra de teatro— era, en realidad, mucho menos insultante. La única razón para la existencia de una novela es su intento real de representar la vida.[2]

Es ese «intento real de representar la vida» lo que aún han creído posible los escritores que, como Colm Tóibín, han adoptado a Henry James como predecesor, tratando de incorporar a la propia obra su ilimitada riqueza imaginativa, la constelación de puntos de vista que suele disponer, así como la intensa ambigüedad moral con que a menudo resuelve las enrevesadas situaciones que construye. En el caso concreto de Tóibín se aprecia de todos modos un proceso de emancipación excepcional. La novela que siguió a *The Master* fue *Brooklyn* (2009), una obra en que las lecciones aprendidas de James dejan de ser homenaje y búsqueda para constituirse en maestría ya propia, inconfundible. Todo lo que en sus primeras novelas se tanteaba con la tutela de sus maestros se articula en *Brooklyn* con esa imbatible persuasión que solo muy raras veces despliega el talento de un escritor, que un día emprende de pronto un vuelo gracias al cual desaparece de golpe el recuerdo de sus influencias. La historia de Eilis Lacey, una joven que decide abandonar la deprimida Irlanda de la década de 1950 y emigrar a Nueva York, donde tras muchas dificultades consigue adaptarse, enamorarse y casarse, hasta que le llega la noticia de la muerte de una hermana, lo que la obliga a volver a Irlanda y enfrentarse de nuevo con el asfixiante mundo provinciano y católico en el que había crecido, no solo contiene todo el universo narrativo de Tóibín, sino que está contada con una habilidad verdaderamente portentosa. La morosidad con que avanza la acción, sin que el lector apenas sepa cómo se involucra en los acontecimientos, sumergiéndose en un clima moral que imperceptiblemente se oscurece, es un ejemplo admirable de construcción y dosificación temporal. Nada parece ocurrir mientras todo se altera y no hemos dejado de seguir absortos la peripecia biográfica de la protagonista. Colm Tóibín era ya dueño absoluto de todos sus recursos.

En ese camino hacia la madurez, el cuento no ha sido para Tóibín un mero ejercicio de preparación o un campo de ensayo, como lo es para muchos

novelistas en ciernes, sino que ha constituido desde el principio otra forma de componer en la que ha destacado con igual convicción que en sus novelas. Como James, Tóibín es muy consciente de las diferencias que separan la novela del relato y ha sabido pasar de una a otro con la misma ambición. Los cuentos seleccionados en este volumen, procedentes de las colecciones *Mothers and Sons* (2006) y *The Empty Family* (2010), conforman una panoplia de las formas y asuntos que vertebran toda la obra de Tóibín, desde la relación difícil con el hogar, el extrañamiento derivado del exilio o la emigración, el amor homosexual, las relaciones familiares —sobre todo entre madres e hijos— o la España del tardofranquismo.

No es casual que la antología que proponemos se abra con «Silencio», un cuento en el que Tóibín recoge una idea que Henry James anotó en sus cuadernos para un posible relato y que él reelabora a su manera, haciendo que la historia referida por lady Gregory —un personaje célebre de la vida cultural irlandesa al que Tóibín ha prestado mucha atención— sea en realidad una velada confesión autobiográfica acerca del adulterio que con ella cometió el poeta Wilfrid Scawen Blunt. La ambientación inequívocamente jamesiana del cuento adquiere en manos de Tóibín un tono completamente distinto:

En el curso de las semanas siguientes y una vez de vuelta en Londres descubrió que el talento de Wilfrid Scawen Blunt como poeta no estaba a la altura de su destreza como adúltero. No solo le daba placer de formas audaces que la llenaban de asombro, sino que además se encargaba de que no los sorprendieran. El carácter sagrado de su vocación le exigía silencio, soledad y dependencias en las que su esposa no tuviera automáticamente derecho a entrar. Blunt componía sus poemas en una habitación cerrada con llave. La tenía alquilada y quedaba lejos de su casa; lady Gregory comprendió que no la había elegido por la facilidad con que acudían a ella las musas, sino más bien porque se hallaba en una sombría calle secundaria cercana a aquellas adonde iban a comprar las señoras acomodadas. Por lo tanto, nadie se fijaría en la llegada o la partida, por las tardes o por las mañanas, de una mujer respetable distinta de su esposa; nadie la oíría gritar cuando yaciera en la cama con él; nadie sabría jamás

que en cada ocasión, durante la hora que aproximadamente pasaba con el poeta, la dama se daba cuenta de que nada sería suficiente para ella, de que no había visitado el templo como lo haría una mera turista, sino que había llegado a creer en la dulce doctrina predicada entre sus cálidos y elevados confines, y a necesitarla con todo su ser.[3]

El sexo, por cierto, es uno de los asuntos que Tóibín sabe tratar con especial habilidad, como demuestra en «Barcelona, 1975», en el que los detalles de una iniciación homosexual están expuestos con una frialdad y una crudeza que salvan lo obscuro para ganar lo íntimo, algo muy difícil en literatura, donde a menudo las escenas sexuales son gratuitas, chabacanas o ambas cosas a la vez.

El problema de la pertenencia es otro de los motivos recurrentes en la narrativa de Tóibín, explorado con hondura, como hemos visto, en *Brooklyn*. Aquí hay varios cuentos que abordan el tema desde diversas perspectivas, pero todos con un trasfondo común que puede vincularse con «El rincón feliz» (1908), una de las *ghost stories* de James, ejemplo cabal de su estilo tardío, en la que el protagonista vuelve a su casa natal de Nueva York tras veinte años de ausencia y una noche se encuentra en la escalera con el fantasma del que él mismo podría haber sido si no se hubiera marchado a Inglaterra. Es una pieza en la que se pone en tela de juicio el concepto de procedencia e incluso de lugar, suspendiendo todas las nociones adquiridas al respecto y abriendo la conciencia a un mundo de infinito extrañamiento. Siguiendo esa especulación, en «La familia vacía», un irlandés que ha vivido en San Francisco regresa a su condado natal de Wexford para descubrir que el espacio que había constituido su identidad está vacío, muertos ya todos sus familiares. Mientras duda de si quedarse o regresar a Estados Unidos, la voz del protagonista adquiere un tono espectral, cuya realidad se sostiene tan solo por el tú —un antiguo amante— al que se dirige toda la narración. Hay una escena en que el narrador contempla el mar con un telescopio que funciona como metáfora de todo lo que se explora en el cuento, siendo a la vez un envío a la obra plástica de Vija

Celmins, una artista que suele reproducir en sus cuadros vastas extensiones de océano, rocas, telarañas o constelaciones:

Mientras lo contemplaba conteniendo la respiración comprendí que sería mejor que no me quedara mucho rato. Le pregunté si le importaba que mirase unos minutos más. Sonrió como si eso fuera lo que él quería. A diferencia de ti, que nunca has mostrado interés por los objetos, tu hermano es un hombre que aprecia lo que tiene. Me di la vuelta y a toda prisa enfoqué una ola al azar. Vi el blanco y el gris y una especie de azul y verde. Era una línea. No se agitaba ni estaba quieta. Toda ella era movimiento, desbordamiento, y a la vez pura contención: estaba concentrada por completo mientras la observaba. Poseía un control esencial. Era algo que venía hacia nosotros como si quisiera salvarnos y sin embargo no hacía nada; se retiraba como quien se encoge de hombros con ironía, como si diera a entender que así es el mundo y el tiempo que pasamos en él: todo posibilidades elevadas, complejidad y fervor precipitado, para acabar en nada en una playa pequeña y retroceder a fin de reintegrarnos a la familia vacía de la que partimos a solas en un vigoroso arranque de valentía e inconsciencia.[4]

En «La nueva España», Tóibín se adentra con seguridad y conocimiento privilegiado en el ambiente de alivio y desilusión ideológica que se vivió en nuestro país tras la muerte de Franco. Una joven catalana, militante comunista, vuelve a Barcelona después de ocho años de ausencia para reencontrarse con su familia en Menorca y constatar tanto el fracaso de su lucha política como su desavenencia con sus padres, experimentando una especie de desahucio espiritual. En «Dos mujeres», una señora mayor, dedicada a la producción cinematográfica, vuelve a su Irlanda natal desde Estados Unidos para buscar localizaciones para una película y se encuentra con la esposa de un ex amante, fallecido diez años atrás. La casualidad hace que cobre vida el fantasma de un hombre visto desde el amor opuesto de dos mujeres. El primer atisbo de su reaparición tiene lugar en la National Gallery de Dublín, adonde la protagonista acude en busca de referentes pictóricos para la ambientación de la película:

Estaban tan enfrascados en la conversación que no advirtieron que los observaba. Cuando el vigilante pasó de nuevo por delante de ella para regresar a su puesto, Frances apartó la vista y volvió a contemplar el cuadro. De repente le había acudido a la memoria la única vez en su vida en que había estado enamorada. El vigilante no se parecía en nada a Luke Freaney, que tenía el rostro mucho más delgado. Luke era asimismo un poco más bajo y de facciones más irregulares. Sin embargo, la ligereza de los andares y la forma de hablar, como si el menor comentario fuera una confidencia, la risa constante y la manera en que la cara, que de pronto recordó con nitidez, se volvía seria poco a poco... Todo eso era propio de Luke. Tal vez, pensó, se trataba de una característica irlandesa, pero él la había transformado en una bella obra de arte, la había usado a modo de máscara y la había convertido en puro encanto, en un rasgo tierno y afectuoso a la vez.

Y de pronto Frances volvía a encontrarla, encarnada en un vigilante de la National Gallery, después de treinta años sin verla y de creer que pertenecía en exclusiva a Luke. Llevaba más de una década muerto. Los primeros años tras perderlo había aprendido a no echarlo de menos, a no dedicarle un solo pensamiento. En esa y otras visitas a Dublín posteriores a la muerte de Luke no había pensado en él. Sin embargo, no había contado con lo que acababa de ver: la esencia de la personalidad de Luke, lo que más recordaba de él, reaparecía como una parte de la vida. [5]

En «La calle», propiamente una *nouvelle* muy bien modulada, dos hombres de Pakistán recién llegados a una Barcelona hostil consiguen edificar un espacio propio dentro de su desarraigo gracias a su relación amorosa.

Las relaciones entre madres e hijos vertebran también algunos cuentos, como el breve e intenso «Una canción», donde un joven vislumbra una noche en un bar a la madre que decidió abandonarlo al nacer, o «Un cura en la familia», en el que una madre tiene que asumir la noticia de que su hijo sacerdote ha sido acusado de abusos sexuales. En «El quid de la cuestión», una *nouvelle* que hubiera podido ser una novela, Tóibín consigue que la historia de una viuda arruinada por su difunto marido que decide poner un negocio de *fish and chips* resulte absorbente y apasionante, gracias sobre todo

a su habilidad para observar y dar voz a personajes en los que la literatura no suele fijarse. Hay una escena en que la viuda acude al banco para entrevistarse con el director y constatar el deplorable estado de sus cuentas cuya intensidad sofocada se dispara en varias direcciones:

El señor Roderick Wallace, el director del banco, le había escrito una carta y más tarde había accedido a entrevistarse con ella. A Nancy le gustaba su bigote bien cuidado y la cordialidad de su sonrisa. Nunca habían hablado, aunque él siempre la saludaba afablemente cuando paseaba por la plaza a un pequinés al terminar la jornada en el banco. En cuanto entró en el despacho, el señor Wallace se disculpó varias veces por haberla hecho esperar, y volvió a disculparse cuando Nancy se sentó.

—No, no. Acabo de llegar. No he tenido que esperar.

El hombre la miró con un interés repentino y luego desvió la vista hacia las ventanas, que eran altas y daban a la plaza.

—Quienquiera que creara el tiempo no creó el suficiente —comentó.

—Es una gran verdad.

El director siguió mirando hacia la ventana, examinando con atención la parte superior, como si estuviera a punto de llegar a una conclusión sobre algo.[6]

En todos estos cuentos, Tóibín domina de manera brillante una categoría estilística típicamente anglosajona y que podría calificarse de *restrained*: cohibida, reservada o mesurada. Ahí es un digno heredero no solo de James, sino también del Joyce de *Dublineses* (1914), una referencia demasiado obvia y demasiado fácil para ahondar en ella. Tóibín somete a sus personajes a una extraordinaria presión moral sin que el juicio de ellos mismos ni el de su entorno se haga nunca del todo explícito, dejando que sean los detalles y las alusiones —es por ello un maestro de la elipsis— los que permitan al lector elaborar sus propias conclusiones.

En general, la impresión que produce la lectura de estos cuentos es, por un lado, acústica —por las voces tan diversas y tan bien matizadas que hablan en ellos, lo mismo que por el ritmo de la prosa—, y por el otro, visual, gracias a

la detallada composición de las escenas y a una particular intensidad de la atención que recuerda a veces a algunos ejemplos plásticos. En este sentido, hay una observación de Rilke sobre Cézanne —un pintor por el que Tóibín ha expresado en ocasiones su devoción— que podría aplicarse a estos cuentos: «Esta extenuación del amor en un trabajo anónimo». Son muy pocos los narradores que alcanzan ese grado de absoluto distanciamiento y máxima concentración. Colm Tóibín es uno de ellos y por eso puede ser llamado ya *a new master*, un nuevo maestro.

Sobre esta edición

Los cuentos seleccionados en este volumen proceden de las colecciones *Mothers and Sons* (Londres, Picador, 2006) y *The Empty Family* (Londres, Viking, 2010). «Silencio», «La familia vacía», «Dos mujeres», «La nueva España», «Barcelona, 1975» y «La calle» pertenecen a *The Empty Family*, y «Una canción», «El quid de la cuestión», «Un cura en la familia», «Un viaje», «Un trabajo de verano» y «Famous Blue Raincoat», a *Mothers and Sons*. El cuento que cierra la antología, «Verano del 38», fue publicado por primera vez en la revista *The New Yorker* el 4 de marzo de 2013.

Los cuentos se han dispuesto de acuerdo con los criterios temáticos expuestos en el prólogo y no según un orden cronológico, con la intención de dotar al libro de una estructura y una armonía gracias a las cuales el lector pueda ir adentrándose paulatinamente en el mundo de Tóibín, desde su admiración por Henry James, pasando por su exploración del desarraigo y el regreso hasta la indagación de la relación entre madres e hijos, con la coda de «Verano del 38», un relato que concentra prácticamente todos los motivos del libro.

A. J.

Madres e hijos

Silencio

34 D. V. G., 23 de enero de 1894

Otro incidente —o «tema»— que me refirió lady G es el del eminente sacerdote londinense que, embarcado en viaje de bodas en el vapor de Dover a Calais, mientras su esposa se hallaba abajo recogió en la cubierta una carta dirigida a ella y, descubriendo que estaba escrita con llamativo ardor y era de un viejo amante (relación compromiso-ruptura, dicho brevemente) del cual la mujer nunca le había hablado, desde París —y sin siquiera tocarla— la envió directamente de vuelta con sus padres, aduciendo que lo habían engañado. Con posterioridad acabó aceptándola en su casa, pero nunca llevó con ella vida marital. Hay un drama en potencia en las diversas consecuencias que puede acarrearle a la dama esa noche en París. Se entrega de inmediato a otro hombre, etcétera.

Cuadernos de notas (1878-1911), de Henry James[\[7\]](#)

En ocasiones, a punto ya de terminar la velada, lady Gregory captaba una mirada, y eso bastaba para despertar los recuerdos. En aquellas cenas de la gran ciudad cuidaba de no hablar nunca de sí misma y de no quejarse jamás del calor, del aburrimiento de la temporada ni de las extravagancias de alguna actriz; cuidaba asimismo de no parlotear de banalidades y de no reírse de

asuntos que no tenían ninguna gracia. Se centraba en cambio, con todo el vigor y el esmero de que era capaz, en el caballero sentado a su lado, al que planteaba preguntas y cuyas respuestas escuchaba con atención. Escuchar costaba más trabajo que hablar; con la comprensión y la luz aguda de sus ojos procuraba transmitir a su compañero de mesa lo inteligente que ella era, lo profunda y poderosa pese a su discreción.

Tan solo sufría una vez que abandonaba la compañía. De camino a casa en el carruaje, contemplaba la oscuridad sabiendo que lo ocurrido en aquellos años no regresaría, que de nada servían los recuerdos, que no le aguardaban más que tinieblas. Y muchas noches malas, tras veladas demasiado animadas y brillantes, se preguntaba si existía alguna diferencia entre su vida actual y los años que pasaría por siempre jamás en la tumba.

Escribía una lista y sonreía con solo redactarla. Razones para vivir. Su hijo, Robert, figuraba siempre en primer lugar, seguido de algunas hermanas de ella. Muchas veces se planteaba borrar a un par de estas, y quizá a un hermano, pero solo uno. A continuación figuraba Coole Park, la casa de Irlanda que le había dejado su marido, o que había dejado a su hijo, y a la cual ella podía regresar siempre que quisiera. Pensaba en los árboles que había plantado en Coole, soñaba a menudo en volver para observar la lenta evolución de las cosas con la llegada del otoño o a medida que el invierno daba paso a la primavera. Y libros y cuadros y la forma en que la luz entraba en una habitación alta cuando abría los postigos por la mañana; añadía todo eso a la lista.

Debajo de la enumeración quedaba siempre espacio en blanco, que resultaba fácil llenar con otra lista. Una lista de hechos deprimentes guiados por un pensamiento ineludible: que el amor se le había escapado, que no volvería, que estaba sola y debía arreglárselas como pudiera con la soledad.

Esa vez estrujó el papel en la mano antes de levantarse, se dirigió al

dormitorio y se preparó para la noche. Se alegraba, o casi, de no tener más salidas esa semana, de que de momento ninguna anfitriona londinense necesitara en su mesa a una rica viuda irlandesa. Una mujer famosa por su capacidad de escuchar y su gran inteligencia resultaba útil, aunque no todas las noches.

Le había gustado estar casada. Le había complacido que se fijaran en ella como la joven esposa de un hombre mayor; había advertido el efecto que su mirada serena tenía en las amistades de su marido que la creían insulsa por no ser hermosa. Con tacto y delicadeza, sin alzar la voz, les había hecho comprender que no se le escapaba nada. Había leído todos los libros nuevos y al comentarlos escogía las palabras con parsimonia. No deseaba mostrarse inteligente. Procuraba estar callada sin parecer tímida; ser cortés y reservada sin dar la impresión de sentirse intimidada. No poseía gracias naturales, y para compensar su carencia evitaba sostener opiniones vanas. A su juicio, era un error que una mujer con su físico mostrara los dientes. En cualquier caso, no le gustaba reír y prefería sonreír con los ojos.

Durante los primeros meses solo había aborrecido a su marido cuando acudía a ella por las noches; la desmaña y los jadeos del hombre, sus manos impacientes y su aliento acre la llevaron a pensar que la luz del día y las múltiples capas de ropa, los sirvientes, las espaciosas salas amuebladas y el parloteo sobre política o pintura eran maneras de distraer a las personas de la repulsión mutua que experimentaban.

En ocasiones, cuando lo miraba desde lejos o tenía la oportunidad de observar su rostro en reposo, lo veía como un hombre que la había salvado o capturado por puro capricho o por una necesidad súbita. Era muy viejo para llegar a conocerla; había visto demasiado y había vivido demasiados años para permitir que una novedad, como lo era una esposa a la que sacaba treinta y cinco, entrara en su órbita. En aquellos primeros meses, las noches en que

intentaba acercarse a él para abrazarlo en cuerpo y alma, para ofrecerse al espíritu reseco de su marido, descubría que se mostraba más satisfecho toqueteándole de manera obsesiva en la oscuridad determinadas partes del cuerpo como si tratara de dar con algo que hubiera extraviado. En consecuencia, se esforzaba por complacerlo al tiempo que trataba de cerciorarse de que, cuando él hubiera acabado, podría darse la vuelta delicadamente y afrontar sola la oscuridad mientras él dormía y roncaba. Ansiaba despertarse por la mañana sin tener que ver de muy cerca su rostro, la boca medio abierta, las mejillas hirsutas, las patillas canosas, la piel arrugada.

Suponía que por todo Londres, durante las horas siguientes a la medianoche en dormitorios con las cortinas corridas, el silencio quedaba quebrado por gruñidos, gemidos y suspiros. Sabía que era una suerte que se hiciera en secreto; era asimismo una suerte que, por mucho que se hablara del amor, la fidelidad y la unidad de marido y mujer, nadie se diera cuenta de lo aisladas que estaban las personas en esas horas, de lo profundamente solas que se sentían, de los pensamientos que las asaltaban y nunca podrían compartir, susurrar ni revelar de ningún modo. Eso era el matrimonio, pensaba ella, y su tarea consistía en tomárselo con calma. En ocasiones esa cruda e insulsa verdad le hacía sonreír.

Sin embargo, durante el día resultaba casi emocionante ser la mujer de sir William Gregory, tener un papel que desempeñar en el mundo. Se había sentido solo; al menos eso estaba claro. Se había casado con ella debido a la soledad. Deseaba viajar y le complacía la idea de que ella le preparara la ropa y lo escuchara. En adelante entrarían juntos, como los demás, en salones donde un anciano solitario habría parecido fuera de lugar, demasiado triste, en cierto modo.

Y como era un hombre de mundo —había sido gobernador de Ceilán, entre otras cosas—, tenía muchos amigos y compañeros; por extraño que pareciera,

era un hombre apreciado, formal, culto, bien informado y casi divertido en las reuniones sociales. Por tanto, cuando llegaron a El Cairo resultó de lo más normal que se alojaran en el mismo hotel que el joven poeta Wilfrid Scawen Blunt y su imponente esposa; que las parejas cenaran juntas y sintieran un interés mutuo conversando sobre poesía con ligereza y más tarde, cuando la situación empezó a cambiar, discutiendo de política cada vez con mayor vehemencia y seriedad.

Wilfrid Scawen Blunt. Tendida en la cama con la luz apagada, lady Gregory sonrió al pensar que no necesitaba escribir su nombre en ninguna lista. Su nombre pertenecía a otro ámbito; era un nombre que podía exhalar con el aliento en un cristal o susurrar para sí cuando la situación se ponía más fea de lo que nunca había imaginado que nada pudiera volverse. Era un nombre que se habría grabado en el corazón si hubiera creído en esa clase de cosas.

Tenía los dedos largos y bonitos —hasta las uñas irradiaban salud—, el pelo lustroso, los dientes blancos. Los ojos le brillaban cuando hablaba; reflexionar le hacía sonreír, y siempre que sonreía rezumaba una impecable perfección. Distaba tanto de ella como un palacio de la casa de Coole o el reino celestial de la tierra. Le gustaba mirarlo, del mismo modo que le complacía contemplar un Bronzino o un Tiziano, y procuraba fingir que también le gustaba mirar a su mujer, nieta de Byron, aunque no era así.

Pensaba en ambos como si fueran alimentos: lady Anne era como una hortaliza insípida, una patata pequeña y agria o un pescado en salazón, y su marido el poeta, como un cordero cocido a fuego lento durante horas con ajo y tomillo, o como un ganso asado de Navidad. Y recordaba la mirada vigilante de su madre, que en la infancia la obligaba a tragarse hasta el último bocado de la mala comida de invierno, a dejar el plato limpio. Por eso se forzaba a sí misma a prestar atención a cada palabra de lady Anne; la miraba con un interés benévolo y comprensivo, le hablaba con la apática familiaridad que

una mujer casada suele tener con otra, con la esperanza de que eso la tranquilizara y la aplacara debidamente, de modo que no se percatara del momento en que ella se volvía hacia el poeta y se lo comía con los ojos.

Blunt ardía de pasión en esas veladas. Durante una cena redactó en la mismísima mesa una carta para el *Times* en apoyo de Arabi Bajá, en la cual abogaba por que Francia e Inglaterra relajaran el control que ejercían sobre los asuntos egipcios, y engatusó a sir William, quien —cómo no— era amigo del director del *Times*, para que presionara al periódico y los convenciera de que la publicaran y defendieran la causa. Sir William se calló, vigilante, hosco. A Blunt no le costó pensar que estaba de acuerdo con cuanto él decía porque el poeta no advertía la disensión. Convinieron en que lady Gregory visitaría a la esposa y la familia de Arabi Bajá con objeto de describir a los ingleses lo refinados y simpáticos que eran, cuán merecedores de ayuda.

La tarde en que ella regresó era más calurosa de lo acostumbrado. Encontró a su marido sumido en un sueño profundo y no quiso molestarlo. Cuando fue en busca de Blunt, la doncella le comentó que lady Anne tenía una fuerte jaqueca debido al calor y ese día ya no saldría. Su marido el poeta debía de estar en el jardín o en la habitación que había alquilado para trabajar, donde solía pasar las tardes. Lady Gregory lo encontró en el jardín; cuando le refirió la visita a la familia de Arabi Bajá, Blunt se mostró entusiasmado y quiso enseñarle el borrador de un poema que había escrito esa misma mañana acerca de la liberación de Egipto. Lo acompañó a su estudio y hasta que estuvo dentro y con la puerta cerrada no advirtió que se trataba de un dormitorio adicional alquilado por los Blunt, que tan solo se diferenciaba del que ocupaban ella y su marido en que tenía un escritorio grande y libros y papeles esparcidos por el suelo y la cama.

Blunt cruzó la habitación mientras leía el poema y echó la llave como si se tratara de un acto normal, algo que hacía siempre que leía un nuevo poema.

Tras leerlo por segunda vez dejó el papel en el escritorio, se acercó a ella y la abrazó. Empezó a besarla. El único pensamiento de lady Gregory fue que quizá la vida no le brindaría ninguna otra oportunidad de unirse a la belleza. Como una turista que se encuentra en las proximidades de un templo magnífico, pensó que sería un error no aprovechar la ocasión y que más tarde lo lamentaría. Dudaba de que fuera a durar mucho o a tener demasiada importancia. Por otra parte, estaba segura de que nadie los había visto en el pasillo; suponía que su marido seguía durmiendo; creía que nadie los descubriría y que no volverían a hablar entre sí de lo ocurrido.

Más tarde, cuando ya a solas se aseguraba de que en la piel y en la ropa no le quedara ningún rastro de lo que había hecho, la asustó pensar que en una tarde tórrida había yacido desnuda con Blunt en una habitación cerrada y que el poeta la había hecho gritar de placer de una forma hasta entonces desconocida para ella. Llevaba menos de dos años casada, tiempo suficiente para saber lo arraigado del orgullo de su marido, lo frío que se mostraba con quienes lo contrariaban, lo enérgico y resolutivo que podía llegar a ser. Habían dejado a su hijo en Inglaterra para viajar a Egipto, pese a que sir William sabía cuánto le dolía a ella separarse de Robert. Creía que sir William se aseguraría de que no volviera a ver al niño si alguien le contaba que había visitado al poeta en sus dependencias privadas. O que viviría con ella en un silencio resentido y un desprecio apenas controlado. O que la enviaría a casa. Los pasillos rebosaban de sirvientes, sombras al acecho. Le parecía un milagro que nadie la hubiera visto. Pensó que quizá no tendría tanta suerte una segunda vez.

En el curso de las semanas siguientes y una vez de vuelta en Londres descubrió que el talento de Wilfrid Scawen Blunt como poeta no estaba a la altura de su destreza como adúltero. No solo le daba placer de formas audaces que la llenaban de asombro, sino que además se encargaba de que no los

sorprendieran. El carácter sagrado de su vocación le exigía silencio, soledad y dependencias en las que su esposa no tuviera automáticamente derecho a entrar. Blunt componía sus poemas en una habitación cerrada con llave. La tenía alquilada y quedaba lejos de su casa; lady Gregory comprendió que no la había elegido por la facilidad con que acudían a ella las musas, sino más bien porque se hallaba en una sombría calle secundaria cercana a aquellas adonde iban a comprar las señoras acomodadas. Por lo tanto, nadie se fijaría en la llegada o la partida, por las tardes o por las mañanas, de una mujer respetable distinta de su esposa; nadie la oiría gritar cuando yaciera en la cama con él; nadie sabría jamás que en cada ocasión, durante la hora que aproximadamente pasaba con el poeta, la dama se daba cuenta de que nada sería suficiente para ella, de que no había visitado el templo como lo haría una mera turista, sino que había llegado a creer en la dulce doctrina predicada entre sus cálidos y elevados confines, y a necesitarla con todo su ser.

Nunca se le pasó por la cabeza que los descubrirían. Sir William solía estar ocupado durante el día: le gustaba disfrutar de largos almuerzos con sus viejos compañeros o asistir a reuniones en las que se trataba de la National Gallery o de asuntos políticos o económicos. Al parecer, le satisfacía que su mujer fuera de tiendas o a visitar a sus amistades siempre que estuviera disponible por la noche para acompañarlo a las cenas. Acostumbraba mostrarse distante y distraído. Ella tenía la impresión de ser como un miembro del Consejo de Ministros con sus propias tareas y responsabilidades, y con su marido como presidente del Gobierno, y de que él se alegraba de haberla elegido para el puesto y, por lo visto, se sentía complacido de que realizara su labor con el mínimo alboroto.

No obstante, a los pocos meses de volver a Inglaterra comenzó a preocuparla la posibilidad de que la descubrieran y a imaginar con espanto, no que su marido la acusaba o la sorprendía in fraganti, sino lo que sucedería

después. Soñaba, por ejemplo, que la enviaba a Roxborough, a casa de sus padres, donde estaría condenada a vagar día tras día por los pasillos de la última planta como un fantasma. Su madre se cruzaba con ella sin dirigirle la palabra. Sus hermanas iban y venían sin que al parecer la vieran. Los criados la rozaban al pasar. De vez en cuando bajaba la escalera, pero no encontraba ninguna silla para ella en la mesa del comedor ni ningún sitio donde sentarse en el salón. Todos los asientos estaban ocupados por sus hermanas y hermanos y los invitados, que charlaban a voces y se reían mientras les servían el té, y que, por mucho que se acercara a ellos, no le prestaban la menor atención. Ese sueño variaba en ocasiones. Se hallaba en su casa de Londres o en Coole con su marido, Robert y los sirvientes, pero nadie la veía, de modo que entraba y salía de las habitaciones desolada, en silencio y desesperada. Su hijo caminaba en dirección a ella como si fuera ciego a su presencia. Su marido se desvestía por las noches en la alcoba matrimonial como si ella no estuviera y apagaba la lámpara mientras ella seguía vestida al pie de la cama. Al parecer, a nadie le importaba que vagara como un espectro por los espacios que habitaban, porque nadie reparaba en ella. En esos sueños se había convertido en un ser invisible para el mundo.

A pesar de que sir William se ausentaba de casa durante el día y de que le traía sin cuidado a qué dedicara ella el tiempo mientras no gastara mucho dinero, lady Gregory era consciente de que podía tener la mala suerte de que la descubrieran. Cabía la posibilidad de que un amigo o un conocido, o incluso un enemigo, sospecharan de ella y la siguieran, o de que lady Anne encontrara una llave de la habitación y acudiera con una noticia urgente para su marido o lo visitara de improviso por pura curiosidad. Sabía que Blunt era prudente y que podía confiar en él, pero también era apasionado y temperamental. En un arranque de rabia o en un momento en que perdiera los nervios fácilmente podía decir algo que diera a entender que tenía una

aventura con la joven esposa de sir William Gregory. Su marido contaba con muchos viejos amigos en Londres; una nota dejada en su club bastaría para que mandara vigilarla y seguirla. Lady Gregory se daba cuenta de que el idilio con Blunt no podía durar. Pasaron los meses y dejó que Blunt decidiera cuándo ponerle fin. Le parecía que lo mejor sería que se cansara de ella y encontrara a otra. Tener celos de otra mujer resultaría menos doloroso que pensar que se había negado a sí misma ese placer profundo y pleno sin más razón que el miedo y la cautela.

Hasta ese momento no había reflexionado en serio sobre el sentido del matrimonio. Había pensado vagamente que era un contrato o un sacramento. Algo que ocurría en la vida, que formaba parte del orden de las cosas. Sin embargo ahora, cuando coincidía con los Blunt en actos sociales, leía un poema de él u oía mencionar su nombre, el hecho de que su relación no fuera pública y notoria a veces le provocaba un profundo dolor, percibía lo que existía entre ambos como una especie de vacío o de ausencia. Sabía que su vida quedaría destruida si su secreto llegaba a conocerse o a revelarse. Aun así, con el paso del tiempo, el hecho de que nadie lo supiera la llevó a imaginar con fruición y brío cómo sería estar casada con Wilfrid Scawen Blunt, entrar con él en un salón, irse en un carruaje con él, ver su nombre unido sin rebozo al del poeta. Eso lo sería todo para ella. En cambio, a menudo el tiempo que pasaba a solas con él parecía reducirse a nada una vez que se despedían. La memoria, antaño tan aguda y preciosa para ella, se había convertido en un cuarto oscuro por el que vagaba deseando que hubiera una luz que encender o cortinas que descorrer. Deseaba la luz de la publicidad, que todos conocieran su vida secreta. Era muy consciente de que eso no sucedería mientras viviera si estaba en su mano evitarlo. Seguiría gozando en la oscuridad.

Una vez terminado el idilio, en ocasiones le parecía que en realidad no

hubiera sucedido. No había en él nada sólido ni patente. Pensaba que la mayoría de las mujeres tenían una amiga íntima discreta a quien contar sus confidencias. Pero ella no. Creía que en Francia daban a conocer esas aventuras de manera sutil. Ahora entendía el porqué. Se sentía sola sin Blunt, y más sola aún al pensar que el mundo seguía su curso como si no lo hubiera amado. El tiempo pasaría y los actos y sentimientos de ambos parecerían sombras de actos y de sentimientos; menos que sombras, en realidad, puesto que las proyectaba algo que había carecido de sustancia.

Por eso compuso los sonetos; aprovechó el tiempo del que ahora disponía para trabajar en esquemas métricos y formas poéticas. Escribió en secreto acerca de su amor secreto y guardó la hoja donde había escrito:

*Inclinando la cabeza para besar la tierra
que han pisado los pies de quien amo,
bajo la guía y dirección de la voz cuyo sonido
me es más preciada que la de Dios.*

Confiaba al papel el miedo al descubrimiento y la vergüenza que lo acompañaría; escondía las páginas y, cuando reinaba la quietud en la casa, las sacaba para leer lo que había hecho y su sentido:

*Si llegara el funesto día en que el mundo
conociera el secreto que celosamente guardo,
si lanzaran befas y escarnios a mi cabeza inclinada
y se revelara todo mi amor y toda mi vergüenza,
yo, a diferencia de algunas mujeres,
no arrojaría chanzas y oro para aplacar el escándalo.*

Cuando unos meses después de la ruptura pidió a Blunt que se vieran una vez más, él le respondió con tono brusco, casi frío. Lady Gregory se preguntó si quizá suponía que iba a rogarle que reanudaran la relación o a dirigirle recriminaciones. Disfrutó viendo que el poeta se sorprendía de que se limitara a entregarle unos cuantos sonetos, señalando al darle las páginas que los había escrito ella. Observó a Blunt mientras los leía.

—¿Qué hacemos con ellos? —le preguntó él tras leerlos.

—Los publicarás en tu próximo libro como si los hubieras escrito tú —respondió lady Gregory.

—Pero el estilo delata que no es así.

—Deja que el mundo crea que has cambiado de estilo para componerlos. Que los lectores creen que querías escribir con otra voz. Eso explicará que sean tan torpes.

—No son torpes. Son muy buenos.

—Entonces publícalos. Son tuyos.

Él accedió a publicarlos con su nombre en su siguiente libro tras introducir algunos cambios sin importancia. Salieron a la luz seis semanas antes de la muerte de sir William. Durante esas semanas lady Gregory hizo a su marido el favor de no tener el volumen junto a la cama, sino en el estudio; además consiguió no pensar en los poemas mientras lo cuidaba.

Como viuda de sir William sabía quién era y lo que él le había legado. Lo había amado a su manera y en ocasiones lo echaba de menos. Sabía qué significaban palabras como «amar» y «echar de menos» en referencia a su marido. En cambio, cuando pensaba en Blunt no estaba segura del significado de nada, salvo de los sonetos que había escrito sobre su idilio. Los leía con moderación y a menudo sentía la necesidad de leerlos si se despertaba por la noche, pero la mayor parte del tiempo ni los tocaba. Le bastaba con saber que por todo Londres, en casa de quienes habían comprado libros de poesía recién

publicados, esos poemas reposaban, misteriosos y en silencio, entre las páginas. La confortaba pensar que la gente los leería sin conocer su origen.

Reconstruyó su vida como viuda, cuidó de su hijo y, tras guardar el debido luto, comenzó a salir de nuevo en Londres, a alternar y a participar en actividades. Solía preguntarse si en el salón, o en la calle, habría alguien que hubiera leído sus poemas y se hubiese sentido intrigado o apenado siquiera un segundo.

Había leído las obras de Henry James a medida que se publicaban. De hecho, ella había llamado la atención de sir William por primera vez debido a una conversación sobre *Roderick Hudson*. Había leído un fragmento de la novela pero no tenía el libro. Él se ocupó de que se lo enviaran. Después de casarse, durante una visita a Roma con sir William conoció a James, a quien recordaba con cariño como un hombre que hablaba con seriedad a las mujeres, incluso a las jóvenes provincianas como ella. Recordaba que cuando se lo presentaron en Roma le había preguntado cómo era posible que Isabel Archer se hubiera casado con el detestable Osmond. Él le respondió que Isabel no tenía más remedio que cometer una estupidez, pues de lo contrario no habría habido historia. Y añadió que, siendo un hombre pobre, le había encantado conceder tanto dinero a su heroína. A lady Gregory le pareció que Henry James era amable y ocurrente, y que lograba no darse aires de superioridad ni hablar como un charlatán.

Tras la muerte de su marido lo había visto en varias ocasiones, y en todas ellas había advertido que Henry James escondía mucho de sí mismo y que la expresión de su rostro parecía ocultar tanto como revelaba. La trataba siempre con suma cortesía y acostumbraban hablar del destino del huérfano Paul Harvey, cuya madre había tenido amistad con ambos. Una noche le sorprendió ver al novelista en la cena a la que lady Layard la había invitado; asistían a ella diplomáticos y algunos extranjeros, unos cuantos militares y algún que

otro político de poca monta. No era el mundo de Henry James, y era el mundo de lady Gregory tan solo en la medida en que se requería una mujer extra, de la misma manera que la gente podía necesitar un carruaje extra o una toalla extra en el cuarto de baño. No importaba quién fuera siempre y cuando llegara puntual, se marchara en el momento adecuado y no hablara demasiado alto ni compitiera con la anfitriona.

Era lógico que la pusieran al lado de Henry James. Ninguno de los dos pintaba nada en una velada en que los hombres hablarían de política y las mujeres de tonterías. Esperó ilusionada a tener al novelista a su derecha. Una vez que se deshiciera del joven diplomático español de la izquierda, prestaría atención a James y le preguntaría por su trabajo. Cuando todos estuvieran muertos, pensó lady Gregory, él sería el único del grupo cuyo nombre sobreviviría, pero quizá para los ricos y poderosos era importante pasar las veladas reprimiendo ese penoso pensamiento.

Se fijó en los dedos del español, largos y finos, con hermosas uñas redondeadas. Se sorprendió mirándolos siempre que podía, confiando en que el diplomático, cuyo acento le costaba comprender, no reparara en lo que ella hacía. Lo miraba a los ojos y asentía mientras él hablaba, sin dejar de preguntarse si sería de mala educación volver a contemplarlos, esta vez durante más rato. Pensó que en algún lugar cercano a Londres Wilfrid Scawen Blunt estaría cenando, quizá con su mujer y algunos amigos. Lo imaginó alcanzando algún objeto de la mesa, una jarra de agua tal vez, y sirviéndose en el vaso. Recordó sus dedos, finos y largos, las uñas redondeadas, y su cabello, tan sedoso, y los delicados huesos del rostro, y sus dientes y su aliento.

Se contuvo y se concentró en lo que decía el español. Le planteó una pregunta que él no entendió, de modo que se la repitió, formulada de manera más sencilla. Tras hacerle otras preguntas y escuchar con atención las respuestas, se sintió aliviada cuando le hubo dedicado el tiempo que era de

rigor y por fin pudo volverse hacia Henry James, quien parecía más robusto que antes, como si su enorme cabeza estuviera llena de roble o marfil. En cuanto empezaron a conversar, él la escudriñó con sus ojos grises, que poseían un grado de comprensión casi conmovedor. Durante una fracción de segundo estuvo tentada de contarle lo ocurrido con Blunt dando a entender que le había pasado a una amiga suya en el curso de una visita a Egipto, una amiga casada con un hombre mayor a la cual un amigo poeta de este había seducido. Pero sabía que era ridículo; James la descubriría de inmediato.

Con todo, algo se había despertado en su interior, una necesidad sobre la que había reflexionado en el pasado y en la que desde hacía cierto tiempo evitaba pensar. Quería pronunciar el nombre de Blunt y rumió cómo podría preguntarle a James si había leído la obra del poeta y si le gustaba. Pero James estaba enfrascado en la descripción de la mejor manera de ver la Roma antigua ahora que la ciudad había cambiado tanto, y el mejor modo de eludir en Roma a los norteamericanos, con los cuales uno no quería cruzarse ni tener trato. ¡La consideraría de lo más extravagante si lo interrumpiera o aguardara a una pausa para preguntarle qué opinaba de la obra de Wilfrid Scawen Blunt! Era posible que ni siquiera leyera poesía contemporánea. Lady Gregory pensó que le resultaría difícil desviar la conversación hacia Blunt e incluso encontrar la forma de nombrarlo de pasada. Entretanto James había desplazado su interés hacia Venecia y sopesaba si era mejor hospedarse en casa de amigos o buscar alojamiento propio para así gozar de mayor independencia.

Mientras él analizaba los méritos de diversas anfitrionas norteamericanas de Venecia, comparando la calidad de sus mesas, el tamaño de sus habitaciones de invitados y lo que ponían a disposición de estos, ella pensaba en el amor. James comentó con un suspiro hasta qué punto una persona de carácter fogoso, sobre todo del tipo norteamericano, tenía la capacidad de

enfriar la admiración que despertaba la belleza de lo antiguo, sin hacer caso de lo magnífico que es el *palazzo* que posee, ni lo veloz o bonita que es su góndola.

Cuando terminó de hablar, lady Gregory se volvió con calma hacia él y le preguntó si estaba cansado de que le contaran historias que pudiera usar en sus ficciones, o si consideraba esas ofrendas como un elemento fundamental de su arte. Él le respondió que al llegar a casa solía anotar las anécdotas interesantes que le habían referido; en alguna ocasión el germen de una historia le llegaba de la fuente más insospechada, y otras veces, naturalmente, de la más previsible y grata. Le complacía imaginar a sus personajes, añadió, pero también le gustaba que ya hubieran vivido, en pequeña medida quizá, antes de pintarles un nuevo telón de fondo y de crear una nueva trama. La vida, afirmó, la vida era el material que usaba y necesitaba. Nunca habría suficiente vida. Sin embargo, eso era solo el principio, por supuesto, pues la vida era inconsistente.

Había una vez un distinguido londinense, empezó a contar ella, un sacerdote que comía en las mejores mesas, hombre de gran experiencia y muchos amigos, los cuales se alegraron y sorprendieron cuando por fin contrajo matrimonio. Se sabía que la dama en cuestión era muy respetable. Sin embargo, el día de la boda, en la travesía de Dover a Calais, él encontró una nota escrita a la novia por un hombre que a todas luces había sido su amante y que, pese a las nuevas circunstancias, se sentía con la libertad de dirigirse a ella con un tono ardiente e íntimo.

James la escuchaba, atento a cada palabra. Lady Gregory notó que estaba temblando y hubo de controlarse; se dio cuenta de que tendría que hablar despacio y en voz baja. Se interrumpió para tomar un sorbo de agua, consciente de que si no continuaba en un tono tranquilo y despreocupado acabaría revelando más de lo que deseaba. El sacerdote, prosiguió, se sintió

muy disgustado y, como solo llevaba unas horas casado con la mujer, decidió que apenas llegaran a París la enviaría de vuelta a casa de sus padres, la convertiría en una paria; sería su esposa solo nominalmente. No volvería a verla nunca más.

Sin embargo, prosiguió lady Gregory, ya en el hotel de París decidió no emprender esa acción. Informó a su descarriada mujer, su manzana podrida, de que seguiría con ella pero no la tocaría. La acogería en su casa pero no como esposa.

Lady Gregory intentó sonreír con naturalidad al llegar al final del relato. Le alegraba que su oyente no hubiera adivinado nada. La historia conjugaba elementos franceses e ingleses, por lo que James comprendería que formaba parte de su ámbito. Él le dio las gracias y le dijo que anotaría la anécdota apenas entrara en su estudio esa misma noche y que quizá —eso esperaba— le hiciera justicia en el futuro. Resultaba imposible saber, añadió, por qué una pequeña chispa provocaba un gran incendio y por qué otra estaba destinada a apagarse sin llegar a generar llama.

Mientras los otros invitados se levantaban de la mesa, ella se dio cuenta de que había contado tanto como podía contar, lo cual, pensándolo bien, era prácticamente nada. Casi deseó haber dado más detalles, haberle dicho a James que la carta la había enviado un poeta, o que contenía un conjunto de sonetos cuyo tema no dejaba lugar a dudas, o que el sacerdote sacaba más de treinta y cinco años a su esposa, o que no era un sacerdote, sino un antiguo parlamentario y que había ocupado un alto cargo. O que los hechos habían tenido lugar en Egipto y no camino de París. O que en realidad la mujer no había sido descubierta, que había actuado con prudencia y había sobrevivido al marido al que había sido infiel. Que tan solo había temido y soñado que la mandara a casa o la alejara de sí sin llegar a tocarla.

Pensó que dejaría caer alguno de esos detalles la siguiente vez que se

encontrara sentada al lado del novelista. Comprendió por qué la idea la emocionaba tanto. Cuando Henry James se levantó de la mesa, lady Gregory experimentó una insólita satisfacción por haber depositado su secreto en manos del escritor, un secreto quizá con excesivas envolturas, pero cuyas líneas esenciales al menos quedaban claras, si no para él, sí para ella, que consideraba que esos asuntos eran imperiosos, apremiantes, y que daban sentido a su vida. Cuando fue a unirse al grupo de las mujeres para conversar, se sintió ligera por haber guardado el secreto al tiempo que revelaba una pequeña parte de él. Pensó que en conjunto había sido una velada inesperadamente interesante.

La familia vacía

He vuelto. Al mirar hacia fuera veo el cielo blando, la tenue línea del horizonte y los cambios de la luz sobre el mar. Amenaza lluvia. Puedo sentarme en este sillón antiguo que mandé traer en barco desde una tienda de viejo de Market Street, y contemplar la calma del mar contra el cielo brumoso.

He vuelto. Durante estos años me he asegurado de que se pagara la factura de la luz, de que siguiera habiendo línea telefónica y de que se limpiara y quitara el polvo. Y la vecina que se ocupaba de todo, la hija de Rita, abría la casa al cartero o al mensajero cuando yo enviaba los libros, las pinturas y fotografías que compraba; a veces los mandaba por FedEx, como si fuera urgente que llegaran puesto que yo no podía venir.

Puesto que no quería venir.

El espacio por el que camino era el espacio de mis sueños; el sonido apacible del viento en días como este es el sonido con el que soñaba.

Supongo que sabes que he vuelto.

A la bicicleta de montaña que me regalaron con la lavadora solo había que inflarle las ruedas. A diferencia de la lavadora, funcionaba como si nunca me hubiera marchado. Así pues, he podido realizar el lento trayecto soñado hasta el pueblo: bajar por la colina en dirección a la cantera de arena y dejar atrás la pista de frontón viendo a lo lejos las caravanas y casas prefabricadas, que antes no estaban.

Un domingo por la mañana, al final de ese trayecto me encontré con tu cuñada. Supongo que te lo habrá contado. Los dos observábamos el enorme

surtido de periódicos dominicales que había en el supermercado del pueblo, sin saber cuál comprar. Se volvió y nos miramos. Hacía años que no la veía; ni siquiera sabía que Bill y ella aún tenían la casa. Bill te habrá dicho que he regresado.

O tal vez no te lo haya dicho todavía.

Quizá no te haya visto. Quizá no se apresure a contarte todas las novedades de las que se entera. Pero pronto, muy pronto Bill y tú tendréis que hablar y él te lo contará, tal vez de pasada, como una curiosidad, o tal vez como un notición. ¿A que no sabes a quién he visto? ¿A que no sabes quién ha vuelto?

Le dije a tu cuñada que había vuelto.

Más tarde, cuando bajé a la playa por el viejo sendero, el camino de siempre, y no sabía si nadar, si el agua estaría demasiado fría, los vi acercarse. Vestían ropa bonita. Tu cuñada ha envejecido; en cambio Bill rebosaba energía, parecía casi un joven. Le estreché la mano. No había nada que decir aparte de lo acostumbrado, las frases que solemos pronunciar por esta zona: miramos el mar y comentamos que nunca viene nadie, que no hay ni un alma y que es una maravilla estar aquí en un día de junio despejado y ventoso sin nadie a la vista, pese al turismo, las nuevas viviendas y el dinero que llegó y desapareció. Este tramo de playa continúa siendo un secreto.

Durante estos años, en algún que otro momento inexplicable he venido aquí. He imaginado este encuentro y los sonidos que emitimos entre el ruido del viento y de las olas.

Y entonces Bill me habló del telescopio. «Sin duda —dijo—, tendría que haberme comprado uno en Estados Unidos, donde son más baratos, mucho más baratos.» Me contó que había construido una habitación con una claraboya de Velux, las vistas de que disfrutaba, y que no tenía en ella más que una silla y el telescopio.

Como bien sabes, hace años les enseñé esta casa, y me constaba que él se

acordaba de esta habitación, este minúsculo cuartito de luz cambiante, que parece propio de un barco, donde estoy sentado. Yo tenía unos prismáticos baratos para observar el ferry de Rosslare, el faro y los contados veleros que pasaban. No los encuentro, y eso que me puse a buscarlos apenas llegué. Siempre me ha parecido que un telescopio sería un armatoste, difícil de usar y de manejar. Pero Bill afirmó que me equivocaba, que el suyo era sencillo.

Me invitó a ir a su casa a comprobarlo por mí mismo, a cualquier hora, pues no pensaban salir en todo el día. Tu cuñada me miró con recelo, como si temiera que fuera a necesitarla, a pedirle algo, como había ocurrido hacía tantos años, como si fuera a presentarme en plena noche otra vez. Dudé.

—Pásate a tomar una copa —dijo. Comprendí que quería decir la semana siguiente, o cualquier otra; comprendí que quería mostrarse distante.

Respondí que no, pero que iría a ver el telescopio, solo un momento, si les parecía bien..., a lo mejor más tarde, solo para echarle un vistazo. Me interesaba el telescopio y me daba igual que ella quisiera que fuera ese día u otro. Nos despedimos y seguí caminando hacia el norte, en dirección a Knocknasilloque, y ellos se dirigieron hacia el barranco. Ese día no nadé. Habían ocurrido suficientes cosas. El encuentro ya era suficiente.

Más tarde el viento cesó por completo, como suele suceder. El sol arrojaba sus mortecinos rayos oblicuos sobre las ventanas de atrás de la casa cuando decidí ir a ver el telescopio.

Tu cuñada tenía encendida la lumbre, y recuerdo que había dicho que su hijo estaría en casa. He olvidado cómo se llama el chico, pero me impresionó verlo en aquella gran sala diáfana con ventanas a ambos lados que daban al mar. No lo veía desde que era un niño. Bajo cierta luz podría haber sido tú, o tú cuando te conocí: el mismo pelo, la misma altura y complexión y el mismo encanto que ya debían de tener tu abuela o tu abuelo, o incluso antepasados más lejanos, la sonrisa dulce, la mirada reconcentrada.

Me aparté de ellos para ir hasta la escalerita con Bill, que me esperaba inquieto, y bajamos al cuarto del telescopio.

No soporto que me enseñen cómo se hacen las cosas, ya lo sabes. Cambiar un enchufe, poner en marcha un coche alquilado o entender el funcionamiento de un móvil nuevo me echa años encima, me provoca frustración y unas ganas casi desesperadas de huir y ovillarme a solas. Pues bien, me encontraba en un espacio cerrado y Bill me enseñaba cómo mirar por el telescopio, me guiaba las manos para indicarme cómo debía girarlo, levantarlo y enfocar. Me mostré paciente con él, durante unos instantes olvidé mis maneras. Enfocó las olas, a lo lejos. Y a continuación retrocedió.

Comprendí que quería que moviera el telescopio, que lo dirigiera hacia el pueblo de Rosslare Harbour, hacia la roca Tuskar, hacia Raven Point, hacia la playa de Curraclloe, y convine en que se veían con gran claridad pese a la escasa luz del atardecer. Pero lo primero que me enseñó me había dejado boquiabierto. Al ver las olas a kilómetros de distancia, su concienzuda y frenética soledad, su embotada indiferencia ante su destino, me entraron ganas de gritar, quise pedirle que me dejara un rato a solas para asimilarlo. Le oía respirar a mi espalda. Entonces se me pasó por la cabeza que el mar no es un sistema; es una lucha. Frente a ese hecho, nada importa. Las olas eran como personas batallando, personas con entendimiento y voluntad, con un destino y una conciencia permanente de su propia belleza.

Mientras lo contemplaba conteniendo la respiración comprendí que sería mejor que no me quedara mucho rato. Le pregunté si le importaba que mirase unos minutos más. Sonrió como si eso fuera lo que él quería. A diferencia de ti, que nunca has mostrado interés por los objetos, tu hermano es un hombre que aprecia lo que tiene. Me volví y a toda prisa enfoqué una ola al azar. Vi el blanco y el gris y una especie de azul y verde. Era una línea. No se agitaba ni estaba quieta. Toda ella era movimiento, desbordamiento, y a la vez pura

contención: estaba concentrada por completo mientras la observaba. Poseía un control esencial. Era algo que venía hacia nosotros como si quisiera salvarnos y sin embargo no hacía nada; se retiraba como quien se encoge de hombros con ironía, como si diera a entender que así es el mundo y el tiempo que pasamos en él: todo posibilidades elevadas, complejidad y fervor precipitado, para acabar en nada en una playa pequeña y retroceder a fin de reintegrarnos a la familia vacía de la que partimos a solas en un vigoroso arranque de valentía e inconsciencia.

Sonreí un momento antes de darme la vuelta. Podría haberle dicho que la ola que había contemplado tenía la misma capacidad de amar que nosotros en nuestra vida. Él le habría comentado a tu cuñada que yo había perdido un poco el juicio en California, e incluso es posible que te lo hubiera dicho a ti, y tú habrías sonreído con aire tolerante, como si eso no fuera nada malo. A fin de cuentas, tú mismo lo perdiste en su momento. Quizá te hayas serenado desde que te dejé; quizá los años transcurridos te hayan ayudado a recuperar la cordura.

Antes de volver, durante todo el invierno y hasta principios de junio, los sábados salía de la ciudad para ir a Point Reyes. Mi GPS, que tenía acento australiano, me indicaba dónde debía girar, en qué carril debía situarme y cuántos kilómetros faltaban para llegar. Al final ya me conocían en el pueblo de Point Reyes Station —o Station, como lo llamaba mi GPS—, en la quesería, donde además compraba pan y huevos, y en la librería, donde adquirí libros de poesía de Robert Hass y de Louise Glück y donde un día encontré *Sobre lo azul*, de William Gass, y también me lo compré. Compraba fruta para toda la semana y, cuando empezaba el tiempo a mejorar, me sentaba delante de la oficina de correos a comer las ostras que una familia de

mexicanos asaba en un tenderete colocado al lado del supermercado.

Todo eso no era más que un preparativo para el viaje hasta South Beach y el faro. Era como venir en coche hacia aquí, donde estoy ahora. Invariablemente, al doblar un determinado recodo sabes que te aproximas a uno de los confines de la tierra. Tiene el mismo halo de desolación que los últimos poemas de un poeta, que los últimos cuartetos de Beethoven o que las últimas canciones compuestas por Schubert. El aire es distinto y todo crece de manera forzada, retorcido, combado por el viento. El horizonte es blancura, vacío; apenas hay casas. Avanzas hacia una frontera entre la tierra y el mar que no tiene playas hospitalarias, pensiones pintadas con franjas acogedoras, tiiovivos ni puestos de venta de helados, sino señales de peligro, acantilados escarpados.

En Point Reyes había una playa larga, con dunas y un mar impetuoso y despiadado, demasiado bravo para practicar surf, nadar o incluso remar. Las señales advertían de que no se caminara demasiado cerca, pues podría aparecer de improviso una ola con una resaca fortísima. No había socorristas. Era el océano Pacífico más inhóspito e implacable, y yo acudía allí un sábado tras otro: soportando el viento, avanzaba con suma cautela por el borde de la orilla y observaba cómo cada ola se estrellaba contra mí y retrocedía con un ruido como de sorbo.

Añoraba mi tierra.

Añoraba mi tierra. Iba a Point Reyes todos los sábados para añorar mi tierra.

Mi tierra era esta casa deshabitada de Ballyconnigar apartada del acantilado, una casa medio llena de objetos empaquetados, pequeños dibujos y pinturas de la bahía de San Francisco, un grabado de Vija Celmins, fotografías de puentes y de agua, sillones, alfombras estampadas. Mi tierra era una habitación repleta de libros al fondo de esta casa, junto a dos dormitorios y dos cuartos de baño. Mi tierra era una espaciosa sala de techo alto en la parte

delantera, con suelo de cemento y una chimenea enorme, un sofá, dos mesas, cuadros todavía apoyados contra las paredes, entre ellos el de Mary Lohan que compré en Dublín y otras obras adquiridas hace años que esperaban alcayatas y cordel. Mi tierra era también este cuarto en lo alto de la casa, empotrado bajo el tejado; un cuarto con una puerta vidriera que se abre a un balcón pequeño desde donde en las noches claras contemplo las estrellas y veo las luces de Rosslare Harbour, los destellos del faro de la roca Tuskar y la tenue línea reconfortante en que el cielo nocturno se convierte en oscuro mar. Ignoraba que esos viajes solitarios a Point Reyes en enero, febrero, marzo, abril y mayo, y el regreso con un coche cargado de provisiones, como si hubiera carestía en San Francisco, ignoraba que fueran una forma de decirme a mí mismo que volvería a mi tierra, a mi propio mar, más benigno, con una playa plácida, más domesticada; a mi propio faro, menos espectacular y menos sufrido.

Hasta entonces había evitado pensar en mi tierra porque mi tierra no era únicamente la casa donde estoy ahora ni este paisaje de confines. Algunos de aquellos días en que iba al faro de Point Reyes debía afrontar qué más era mi tierra. En el asiento contiguo al volante tenía unas piedras que había cogido y pensaba que podría llevarlas a Irlanda.

Mi tierra eran las tumbas donde yacen mis muertos, en las afueras de la ciudad de Enniscorthy, junto a la carretera de Dublín. Allí no podía enviar paquetes, ni pinturas y litografías firmadas y envueltas en plástico de burbuja, con las señas del remitente en el reverso. Los objetos de ese tipo no servirían de nada. Esa tierra poblaba mis sueños y mis horas de vigilia más que cualquier otra variante de mi tierra. Soñaba con depositar una piedra sobre cada una de esas tumbas, como hacen los judíos, del mismo modo que los católicos ponen flores. Sonreía al pensar que en el futuro un arqueólogo encontraría esas sepulturas, estudiaría los huesos y la tierra que los rodeaba,

escribiría un artículo sobre la presencia de esas piedras sueltas, piedras gastadas por las olas del Pacífico, y cavilaría sobre qué locura, qué motivos, qué tiernas necesidades habían llevado a alguien a transportarlas tan lejos.

Mi tierra eran asimismo dos casas que ellos me dejaron al morir y que vendí en pleno boom de este pequeño país tan extraño, cuando los precios se elevaron como Ícaro, el hijo de Dédalo, quien le avisó de que no se acercara demasiado al sol ni al mar; Ícaro desoyó la advertencia y las alas se le derritieron por el radiante calor del sol. La venta de las dos casas me ha dado libertad, como si esa palabra significara algo, de modo que por muchos años que viva no tendré que volver a trabajar. Y a lo mejor tampoco tenga que preocuparme más, aunque ahora eso parece un chiste amargo del que quizá me ría con el paso de los días.

Me uniré a ellos en esas tumbas. Se ha dejado un espacio para mí. Un día de estos iré al cementerio y contemplaré la luz sobre el río Slaney, la escueta belleza de la luz gris de Irlanda sobre el agua, y sabré que, como todos los demás seres nacidos, al final estaré condenado a yacer en la oscuridad hasta que el tiempo se acabe. Entretanto solo tengo esta casa, esta luz, esta libertad; y, si no me falla el valor, pasaré el tiempo observando el mar, fijándome en sus cambios y en los ruidos que produce, escrutando el horizonte, escuchando el viento y disfrutando de la calma cuando no sople. Ni en mis sueños más profundos me acercaré demasiado ni al sol ni al mar. Esa oportunidad ha quedado atrás.

Ojalá supiera cómo se crearon los colores. Algunos días mientras impartía clase miraba por la ventana y pensaba que todo cuanto decía era fácil de averiguar y ya se daba por supuesto. En cambio, tengo una piedrecita rectangular traída de la playa que contemplo en estos momentos, tras una

noche de truenos y un día de cielos grises sobre el mar. Despunta la mañana en esta casa, donde el teléfono no suena y las únicas cartas que llegan son facturas.

Me fijé en la piedra por la delicadeza de su color sobre la arena: verde claro con vetas blancas. De todas las que vi, era la que mejor parecía transmitir el mensaje de que estaba gastada por las olas, su color desvaído por el agua, y sin embargo estaba más viva por ese motivo, como si la batalla entre el color y el agua salobre le hubiera proporcionado una fuerza muda.

La tengo sobre el escritorio. Sin duda el mar es lo bastante fuerte para atacar todas las piedras y volverlas blancas o uniformes como lo son los granos de arena. Ignoro cómo resisten al mar. Cuando salí a pasear ayer en la tarde húmeda, las olas lamían apacibles la orilla y agitaban las piedras, mayores que guijarros, todas de colores distintos. Al girar esta piedra verde, la que traje a casa, advierto que es menos lisa por un extremo, como si se tratara de una juntura, de un fragmento roto, y hubiera formado parte de una masa mayor.

Ignoro cuánto habría durado en la playa si no la hubiera salvado; desconozco la duración de la vida de las piedras en las playas de Wexford. Sé qué libros leía George Eliot en 1876, qué cartas escribía y qué frases componía, y quizá me baste con saber eso. El resto es ciencia y yo no me dedico a la ciencia. Es posible que se me escape el quid de muchas cosas: la apacible calma de este día sin viento, el vuelo de las golondrinas, cómo estas palabras aparecen en la pantalla a medida que las tecleo, el verde de la piedra.

Pronto tendré que tomar una decisión. Tendré que llamar a la agencia de alquiler de coches del aeropuerto de Dublín para prorrogar el contrato del vehículo. O devolverlo. Quizá me haga con otro. O regrese a casa sin coche y me quede tan solo con la bicicleta de montaña y números de teléfono de taxis.

O me marche. Anoche, cuando cesaron los truenos y no se oía ya ningún ruido, me conecté a internet en busca de telescopios; consulté precios e intenté encontrar el de Bill, tan fácil de manejar. Miré cuánto tardarían en entregármelo y me planteé la posibilidad de esperar una semana, o dos o seis, a que me trajeran ese medio de acceso a las olas lejanas; de aguardar en esta casa de mis sueños a que me entregaran un nuevo sueño, a que una furgoneta llegara al camino de entrada con un paquete grande. Fantaseé con instalarlo aquí, delante de donde estoy sentado, sobre un trípode que tendré que encargár, y con enfocar sin prisa una línea rizada, un fragmento del mundo al que le es indiferente que exista el lenguaje, que haya una gramática, verbos y nombres para describir las cosas. Mi mirada, solitaria, provista de su propia historia, arde en deseos de eludir, borrar, olvidar; en estos momentos observa, con intensa atención, como un científico en busca de una cura, y decide olvidarse de las palabras durante unos días, comprender al fin que los nombres de los colores, el azul-gris-verde del mar, el blanco de las olas, no menoscabará la plenitud de contemplar el fértil caos que producen y transmiten.

Dos mujeres

Al ver que el taxista, sumido en un sueño embotado, no se percataba de que el semáforo había cambiado, Frances se preguntó si sería muy descortés avisarle, ordenarle que avanzara, que siguiera adelante. No había detrás ningún coche cuyo conductor tocara con impaciencia el claxon; a las seis de la mañana Dublín era un lugar desierto y gris; era la ciudad que ella recordaba y comenzaba a reconocer ahora que se encontraban en Upper Drumcondra Road tras haber recorrido la autopista, tan corta que casi daba risa.

Le sorprendía la rapidez con que había decidido, en cuanto llegó al aeropuerto de Dublín, que no regresaría jamás, que sería su última visita. Sin embargo la noche anterior, en el JFK, había suspirado por Irlanda al charlar con una familia irlandesa mientras esperaba para embarcar; la había enternecido pensar que eran su gente y que volvía a estar entre ellos. En cambio ahora, cruzando la ciudad camino del hotel, tenía la impresión de viajar por un territorio extranjero, mediocre, lamentable y deprimente. Si seguía experimentando esos cambios de humor, pensó, eso significaba que no era tan vieja.

Era importante que actuara con brío en el vestíbulo del hotel, que vigilara todas las bolsas y mantuviera las mandíbulas apretadas como si se dispusiera a tomar una decisión difícil. Había pagado también la noche anterior para asegurarse de que le tenían preparada la habitación, y se lo recordó a la joven recepcionista, que tecleaba nerviosa en el ordenador, incapaz de encontrar la reserva.

Señaló el papel del mostrador.

—Rossiter, Frances —dijo—. El apellido es Rossiter. Mire en la R.

Al ver que la muchacha le lanzaba una ojeada, se dio cuenta de lo intimidante que podía llegar a ser y no se esforzó en ocultar la severa impaciencia por la que era conocida entre quienes habían trabajado con ella en el transcurso de los años.

La recepcionista encontró por fin la reserva y le tendió una tarjeta para que la rellenara, lo que Frances hizo con prontitud, de manera casi maquinal.

—¿Tiene equipaje?

—Sí, aquí está. Que lo suban ahora mismo a la habitación, por favor.

No soltó el gran maletín que contenía sus dibujos e indicaciones; se aseguró de llevarlo ella misma. Una vez instalada en la habitación, supo qué debía hacer: una ducha rápida para quitarse de encima la mugre de una noche en un avión; ropa limpia colocada en la silla junto a la cama, y luego oscuridad, tumbarse e imaginar que era joven, que no había sido más que una salida nocturna y que había llegado a casa de madrugada. Al cabo de cinco o seis horas estaría a punto para la nueva jornada y para su primera reunión.

A la una de la tarde, cuando Gabi, la joven que iba a ser su ayudante, la telefoneó desde el vestíbulo, ya estaba vestida y había redactado una lista de los asuntos que debían tratar. Tras ordenarle que subiera, cogió de la mesita del salón la bandeja con alimentos a medio comer y la sacó al pasillo. Se echó un vistazo en el espejo, consciente de que con toda probabilidad Gabi no habría trabajado en su vida con una mujer justo a medio camino entre los setenta y cinco y los ochenta. Como era muy mayor, pensó, tenía el deber de mostrarse activa y brillante.

En cuanto Gabi entró, Frances tuvo la impresión de que la escena que se representaba estaba sacada de un guion. La joven quedó fascinada por el tamaño de la suite y por las vistas que ofrecía del parque de Saint Stephen

Green, y le dijo que admiraba muchísimo su trabajo y que no pocos la envidiaban en Dublín por haber conseguido el empleo como ayudante de una decoradora tan famosa.

—No soy decoradora —dijo Frances—. Yo creo ambientes. Ahora debemos concentrarnos, porque tenemos problemas que resolver.

—No creía que hubiera suites tan grandes —comentó Gabi—. ¿Siempre reserva una suite?

—Siempre me pongo manos a la obra en cuanto me reúno con alguien. Eso es lo que hago siempre.

—Lo sé —afirmó Gabi—. He hecho averiguaciones sobre usted.

Frances le informó de que el realizador quería unos colores determinados, pero que bien podía cambiar de opinión durante el rodaje. Estaba segura de que algunas ideas del hombre no funcionarían. Y debía dejarle claro a Gabi que tendrían que actuar con rapidez si el director deseaba algo más, y averiguar hasta qué punto podrían hacerlo en un país pequeño donde rara vez se filmaban películas ambiciosas y de esa envergadura.

—El estudio no está mal. Nos proporcionará casi todo —dijo Gabi.

—«No está mal» no nos sirve. Tenemos que ir a averiguarlo por nosotras mismas en cuanto haya hablado con dos o tres personas. ¿Sabes conducir?

—No.

—Supongo que el estudio dispondrá de un chófer. Dile que pase a buscarme mañana a las diez. Y telefona a los del estudio para avisarles de que iré. Durante unas dos horas necesitaré a quien está al mando de todo; tengo su nombre por ahí. Tú llegarás antes que yo. Y diles que nada de comité de recepción.

—¿Manos a la obra de inmediato? —Gabi le dirigió una sonrisa casi burlona.

—Nada de té, por ejemplo. Ni café ni nada por el estilo.

—¿Y pausas para ir al baño?

—Odio a la gente que va al baño —respondió Frances. Y las dos se echaron a reír.

Le preocupaba sobre todo la escena del pub que quería el director, quien había sido joven en su momento —sonrió al pensarlo mientras desplegab los dibujos que había llevado consigo—, pero ya no lo era. Aun así, no era lo bastante mayor para saber que no se ganaba nada utilizando un pub de verdad, por muy pintoresco que fuera y mucho carácter que tuviera, en vez de uno construido en un plató. Ella sabía que un decorado solo necesitaba algún que otro elemento de utilería para sugerir algo; con un pub auténtico habría que pasar horas retirando objetos que sugerían demasiado y pintando para eliminar colores que, si bien a simple vista parecían apagados, desentonarían ante unas luces brillantes y una cámara.

Jamás había discutido con un realizador, y no pensaba hacerlo. Escucharía, tomaría notas, reflexionaría con detenimiento y organizaría con antelación cuanto le fuera posible; luego se pondría manos a la obra y, una vez terminada su labor, se haría a un lado para que comenzara el verdadero trabajo. Finalizado el rodaje, la mayoría de las personas casi se habrían olvidado de ella; en la fiesta de despedida, tras haberse granjeado uno o dos amigos, y quizá tres o cuatro enemigos, se mantendría en las sombras.

Además de su profesión, en esos momentos solo le interesaban su casa y su mente. Las ciudades no le decían nada; hasta Dublín, donde se había criado, le parecía un miasma de formas y figuras deslavazadas con las que no tenía nada que ver. Uno de los últimos días de su estancia en Irlanda iría a Killiney a visitar a su sobrina Betty, convertida ya en una mujer de mediana edad, y quizá viera a los nietos de esta, y pasaría un rato agradable porque no ejercían

ninguna influencia afectiva sobre ella, tenían dinero suficiente y no le pedirían nada.

De todas formas, hacía años que había informado a su sobrina de cuál sería el destino de su dinero y su casa de Los Ángeles cuando muriera. Betty había dado la impresión de sentirse casi aliviada. Había parecido sincera al aprobar el plan.

Frances los llamaba «vecinos» aunque no lo eran; era la familia que la atendía. Vivían en una casita del jardín en la que se habían realizado diversas ampliaciones, todas pagadas por ella.

Ito había sido su chófer cuando ella trabajaba para un estudio. A Frances le habían gustado no solo sus modales, que supiera estar callado y que no se quejara de los horarios ni de tener que esperar, sino también su inteligencia, su apostura y su amabilidad. Algunas veces, al verla alimentarse solo de comida basura, había detenido el coche ante locales que le parecían mejores, pero ni una sola vez se había ofrecido a llevarla al apartamento que compartía con la esposa, la madre y las hijas para que tomara la cena preparada por su mujer. Ella lo había agradecido. Sabía que era guatemalteco; aparte de eso y de sus circunstancias inmediatas, lo desconocía todo de él. Ella nunca le preguntaba nada y a menudo pasaban horas enteras en el vehículo sin pronunciar palabra. Ito no le había hecho ni una sola pregunta personal, algo que ella también agradecía.

Cuando el inquilino de la casita le anunció que se marchaba y ella se enteró de que al cabo de poco tiempo tendría que irse a trabajar a Inglaterra, una noche pidió a Ito que la acompañara y echara un vistazo a la pequeña vivienda. Aunque solo constaba de dos dormitorios, Frances suponía que era más amplia y estaba mejor acondicionada que el apartamento donde el chófer

vivía con la familia. Ito recorrió las habitaciones, entró en la sala de estar y le sonrió encogiéndose de hombros.

—Es bonita —dijo.

—¿Es mejor que donde vives?

Él no respondió y ella interpretó que eso significaba que era mucho mejor.

—Te la dejo gratis.

—¿Por qué?

—Porque necesito que alguien corte la hierba y pinte la valla, plante flores, a poder ser, y vigile que no me desvalijen la casa mientras estoy fuera.

—¿Nada más?

—Nada más.

Sin embargo, poco a poco, al advertir que Rosario, la mujer de Ito, era tan reservada, discreta e inteligente como él, fue asignándoles más tareas. De manera paulatina habían asumido el papel de sirvienta a tiempo parcial y de chófer a tiempo parcial mientras Frances costeara la escuela de las hijas y la construcción de dos pequeñas habitaciones en la casita para que fuera más confortable. También se había ocupado de conseguirles documentos y por último les había pagado la obtención de la ciudadanía.

Suponía que les gustaba que ofreciera fiestas y tuviera huéspedes, pues eso les permitía entrever cómo era cuando no trabajaba, participar en su vida real, algo que por lo demás se les negaba, del mismo modo que ellos le negaban toda implicación en su vida doméstica e íntima. Con los años había descubierto de ellos poco más de lo que ya sabía, pero se había acostumbrado a su amistad, manifestada con discreción, y le habían dado prueba, a veces en los momentos más inesperados, de que confiaban en ella y le tenían cariño, y quizá —creía— de que habían llegado a preocuparse por ella al ver que se hacía mayor.

Las hijas ya eran adultas y los domingos el ruido de los nietos resonaba en

la casa y en el jardín; como ese alboroto la animaba y no la molestaba en absoluto, les dejaba claro que esos días el jardín les pertenecía y que ella no necesitaría nada, y tenía la prudencia de rechazar las invitaciones a comer con ellos. Era el día que pasaban con la familia y, en su opinión, no necesitaban una persona de fuera, por mucho tiempo que llevaran viviendo en estrecha vecindad. De todas formas, siempre tenía algo que hacer, incluso los domingos calurosos en que se quedaba en casa.

Cuando trabajaba en el extranjero, como ahora, al regresar a casa encontraba el frigorífico lleno y la cama aireada, la ropa lavada y el jardín cuajado de flores. Ito iba a recogerla al aeropuerto, a menos que estuviera trabajando para el estudio. Les pagaba más a medida que ganaba más dinero, y cuando redactó el testamento pidió a Ito y a Rosario que la acompañaran, junto con unos testigos, al despacho del abogado; así se enteraron de que les había dejado toda la propiedad, cuyo valor había aumentado con los años, y el dinero que tuviera. En aquel entonces no había nadie más importante en su vida y sabía que no volvería a haberlo.

Salió del hotel, recorrió Merrion Row y enfiló Merrion Street en dirección a la National Gallery. Quizá contemplar los colores de las pinturas irlandesas le diera ideas para algunas escenas de la película. Mientras hurgaba en el bolso en busca del monedero para pagar la entrada se dio cuenta de que era gratis, de que podía entrar sin más, de que ni siquiera le registrarían el bolso. Recordaba que hacía años había un salón largo con dos escaleras, y creía que se hallaba justo enfrente del vestíbulo; sin embargo, se encontró con un conjunto de salas pequeñas comunicadas entre sí.

Los cuadros abarcaban los siglos XVIII y XIX y representaban sobre todo escenas estereotipadas de felicidad bucólica y personas junto a cascadas. No

era de extrañar que no hubiera nadie en las salas, pensó; la mayor parte de las pinturas no merecían una segunda mirada. Solo cuando llegó a las dos últimas salas empezaron a interesarle; los autores eran hombres de apellido irlandés que intentaban pintar como artistas franceses. Pensó que debían de haberse marchado del país huyendo de los deprimentes cielos bajos, de la ciudad lóbrega y sucia, de los paisajes sombríos, de los rostros con una perenne tristeza norteña. Supuso que el director, el hombre para quien trabajaba en esos momentos, también había huido. A él solo le interesaba Irlanda como tema; en cambio los colores que quería, los fondos, su manera habitual de mover la cámara y montar la película eran típicamente italianos, cuando no franceses.

Fue de una pintura a otra, estudiando sobre todo la composición y el color de las que mostraban escenas irlandesas, todas de estilo francés, lo cual le recordó las reuniones que había tenido con el realizador en Los Ángeles y Nueva York, y se preguntó si no debería replantearse los colores de fondo que había elegido para algunas escenas, optar por tonos más audaces, quitarle todo rasgo asociado a Irlanda, a fin de dotar de más fuerza y belleza a la película. Comprendió que si lo hacía una vez tendría que hacerlo en toda la cinta. Luego se dijo que no, que podía utilizar colores de algunos de esos cuadros en unas pocas escenas clave y dejar más austero el resto. Sería arriesgado, pero el director le había comentado que deseaba una obra con estilo y que contaba con un presupuesto lo bastante alto para conseguirlo, aunque no tanto para que hubiera necesidad de dirigirse al gran público.

Volvería en otro momento con un cuaderno para tomar notas. Comenzó a examinar las escenas francesas pintadas por artistas irlandeses, se fijó en el tono alegre de algunas composiciones y en la belleza de los colores y sonrió para sus adentros al pensar en el alivio que debieron de sentir en las mañanas de primavera o en los días estivales sin llovizna ni nubarrones a la vista ni

cambios de luz cada dos segundos. Deseó estar de vuelta en su casa de California, si bien se alegró de haber vivido en ese país lo suficiente para agradecer el hecho de estar lejos de él.

En una de las salas anteriores, al detenerse ante un cuadro había echado una ojeada a un vigilante uniformado sentado en una silla. Él la había saludado y ella le había devuelto el saludo de manera lacónica. Era un hombre de poco más de sesenta años, con rostro delgado, cabello cano y ojos brillantes; parecía contento en su trabajo. Mientras se preparaba para salir del museo, lo vio pasar presuroso por su lado en busca del colega de la sala contigua, donde se exponían las obras irlandesas pintadas en Francia.

Simulando que contemplaba con atención un cuadro observó a través de la puerta el encuentro entre los dos vigilantes. No oía lo que decían, pero vio que el que la había saludado contaba algo al otro, quien lo escuchaba con absoluta curiosidad y una especie de regocijo. Los dos hombres se reían de vez en cuando pese a que la anécdota, fuera la que fuese, todavía no había terminado. Al parecer les resultaba desternillante, pero ambos se pusieron serios cuando el que hablaba, aunque no había nadie cerca, le susurró al otro la última parte. Por último se miraron entre sí fingiendo estupor y sorpresa.

Estaban tan enfrascados en la conversación que no advirtieron que los observaba. Cuando el vigilante pasó de nuevo por delante de ella para regresar a su puesto, Frances apartó la vista y volvió a contemplar el cuadro. De repente le acudió a la memoria la única vez en su vida en que había estado enamorada. El vigilante no se parecía en nada a Luke Freaney, que tenía el rostro mucho más delgado. Luke era asimismo un poco más bajo y de facciones más irregulares. Sin embargo, la ligereza de los andares y la forma de hablar, como si el menor comentario fuera una confidencia, la risa constante y la manera en que la cara, que de pronto recordó con nitidez, se volvía seria poco a poco... Todo eso era propio de Luke. Tal vez, pensó, se trataba de una

característica irlandesa, pero él la había transformado en una bella obra de arte, la había usado a modo de máscara y la había convertido en puro encanto, en un rasgo tierno y afectuoso a la vez.

Y de pronto Frances volvía a encontrarla, encarnada en un vigilante de la National Gallery, después de treinta años sin verla y de creer que pertenecía en exclusiva a Luke. Llevaba más de una década muerto. Los primeros años tras perderlo había aprendido a no echarlo de menos, a no dedicarle un solo pensamiento. En esa y otras visitas a Dublín posteriores a la muerte de Luke no había pensado en él. Sin embargo, no había contado con lo que acababa de ver: la esencia de la personalidad de Luke, lo que más recordaba de él, reaparecía como una parte de la vida.

Las reuniones la tuvieron ocupada el resto del día. Luego, como estaba demasiado cansada para salir, cenó en la habitación y leyó un rato antes de dormirse. Por la mañana, según lo acordado, el coche la llevó al estudio; durante el trayecto señaló en el guion las escenas en las que creía que podría intensificar los colores, si bien no tomaría ninguna decisión definitiva hasta hablar con el director. Por si acaso él rechazaba la idea, tendría que asegurarse de que el estudio se hallaba en condiciones de cambiar los planes con celeridad; de todos modos, creía que, si se entrevistaba a solas con el realizador y le exponía con absoluta claridad lo que tenía pensado, él no se opondría a lo que le propusiera.

No había soñado por la noche y se había despertado como nueva, dispuesta a trabajar, de modo que hasta ese momento en el automóvil, mientras la llovizna se extendía sobre el sur de Dublín y el café bien cargado del desayuno empezaba a surtir efecto, no volvió a pensar en la escena de la National Gallery. Había estado doce años con Luke, aunque nunca habían

vivido juntos. Solían verse en Nueva York, en Londres o en París. Y la manera que él tenía de recibirla o de acompañarla a un taxi, casi conmovedora por la cantidad de ternura que ofrecía, suplía la vida doméstica que nunca habían compartido.

Cuando Luke no hablaba de su trabajo —y a ella le encantaban esas conversaciones con él, la seriedad con que abordaba los personajes que interpretaba y cómo los preparaba—, se dedicaba a hacerla reír. Bebían y se acostaban tarde siempre que se veían, pero ella sabía que él poseía otra faceta: era disciplinado y extremadamente puntual, estaba consagrado a su vida en el teatro y mostraba una desusada tolerancia con los directores, los dramaturgos y los otros actores si tenían algo con lo que pudiera trabajar, aunque fuera algo que lo exasperase o le resultara difícil. Era el mejor actor cómico de su generación, y si hubiera tenido más suerte, y quizá si no hubiese nacido en Irlanda, habría sido mejor aún, habría interpretado papeles más serios. La brecha entre el inmenso talento que poseía y su sensación de que ese talento solo le servía para encarnar a payasos y bufones lo había consumido poco a poco —y a ella también— con el paso de los años, por más que intentara hacerse el héroe en el tiempo que compartían, un tiempo arañado entre un trabajo y otro.

Había ido a Hollywood unas cuantas veces para actuar en películas irlandesas y en una ocasión había interpretado un pequeño papel de camarero norteamericano de origen irlandés; Frances pensó que a ojos de los demás esas visitas debían de haber sido los momentos más felices para ambos. Pero no fueron los momentos más felices, pese a las fiestas y las horas que pasaron juntos. A Luke le afectaban las condiciones de trabajo como si este fuera una estación: los papeles pequeños eran un invierno riguroso, mientras que cualquier obra de Eugene O'Neill o Sean O'Casey correspondía siempre al glorioso verano. Ella advertía con qué facilidad se descorazonaba y cuánto le

costaba ocultar el desprecio que sentía.

En su opinión, los mejores momentos los habían pasado a solas en la oscuridad. El cuerpo de Luke era más fuerte de lo que parecía. El sexo lo excitaba, o quizá lo excitara ella. Noches en habitaciones de hotel, noches en las que él había bebido unas copas tras la función, noches en que su profunda confianza en sí mismo y una fuerza tierna —todo lo que casi siempre ocultaba, lo que escondía envuelto en cinismo y autoescarnio— aparecían sin temor. Era entonces cuando ella más lo había querido.

Era de esos hombres a los que las mujeres desearían reformar o proteger con instinto maternal. Ella no había pretendido ni lo uno ni lo otro. Tenía sus propias necesidades; por ejemplo, nunca había permitido que Luke interfiriera en su trabajo. Por ese motivo sus encuentros eran aún más intensos, pero también caóticos, y algunos años las facturas de teléfono eran casi tan altas como los impuestos que ella pagaba y sin duda superaban lo que gastaba en comida. Luke necesitaba hablar con ella cuando abordaba una nueva interpretación, detallarle todo con pelos y señales, y Frances adoraba su voz, su seriedad y los chistes que le contaba. A menudo colgaban el teléfono bien entrada la noche, algo que a ella nunca le había importado. Al final de esas prolongadas llamadas se quedaba con una sonrisa en los labios.

Sonreía al recordarlo cuando el coche se detuvo delante del estudio.

—¿Cuánto tardará? —le preguntó el chófer.

—No lo sé —contestó ella recogiendo los papeles.

—O sea, ¿vuelvo más tarde a recogerla o la espero?

—Espéreme.

Como siempre, debía identificar a algún miembro del equipo con quien pudiera trabajar. Podía ser joven o mayor, hablar al principio de la reunión o permanecer callado, asentir cada vez que ella recalcara algo o dar la impresión de que se oponía a cada una de las ideas que planteaba.

Reconocería a esa persona, que por lo general era un hombre, porque irradiaría un halo de profesionalidad y calma. Se fijaría en quien pareciera más concentrado, menos propenso a distraerse.

No despegó los labios cuando le presentaron al personal.

—¿Están todos aquí? —preguntó.

—¿Se refiere...? —preguntó a su vez el regidor.

—Me refiero a todos los que trabajarán conmigo. Los pintores, los albañiles, la jefa de utilería.

—No. Algunos están...

—Tráigalos. Quiero verlos a todos.

De los bocetos que había entregado a Gabi, esta había realizado dibujos más grandes y detallados, que había fijado en cartón para que parecieran cuadros.

—¿Es posible sacar copias? —preguntó Frances.

—Sí, ya lo hecho —respondió Gabi—. Y puedo sacar más.

Frances tamborileó sobre la mesa con el índice de la mano izquierda mientras la joven la miraba.

—¿Y bien? —preguntó Gabi.

—¿Bien qué?

—¿No va a darme las gracias? Me he pasado toda la noche levantada. ¿Es que ha perdido los modales en Estados Unidos?

El regidor y la jefa de utilería, que acababa de llegar, las miraban sobresaltados.

—Sí, eso es —contestó ella—. Perdí los modales en Estados Unidos. Y ahora, jovencita, tráeme una jarra de agua con hielo y mucho limón.

Gabi se levantó y empujó la silla hacia atrás. Le lanzó una mirada asesina y se echó a reír.

—Pienso arrojarle el agua con hielo sobre la puta cabeza —dijo desafiante

con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muy bien, cielo, adelante —replicó Frances, que se concentró en los dibujos como si tal cosa—. Vamos, date prisa. Tus dibujos son una maravilla y tú eres un tesoro nacional. ¿Está bien así? Ahora tráeme el agua. Y no te olvides del limón. ¿Me oyes? ¡Con limón!

La mañana transcurrió más tranquila de lo que había previsto. Le cayó bien la encargada de utilería y se alegró de que nadie se mostrara demasiado contrariado cuando les advirtió que había pensado en dos estilos muy distintos para algunas escenas y que debían estar preparados para trabajar en el que prefiriera el director.

En el trayecto de vuelta a la ciudad con Gabi percibió el resentimiento del chófer, rayana en la mala educación. Sentada en el asiento trasero, señaló la espalda del hombre y se cruzó la garganta con el dedo para indicar que habría que despedirlo. Gabi negó con la cabeza en un gesto de fingida reprensión.

—¿Qué vamos a hacer con usted? —preguntó.

Los días siguientes dispuso de mucho tiempo libre. Regresó a la National Gallery, donde encontró la sala que recordaba, la de techo alto que tenía dos escaleras, y recorrió las del primer piso antes de volver a contemplar los colores de las pinturas irlandesas expuestas en la planta baja. No vio al vigilante que le había llamado la atención en la visita anterior. Telefonó a su sobrina y quedaron en pasar un día juntas una vez que concluyera el trabajo en la película.

El director, con quien se reunió en el salón del hotel, parecía más bien un actor, pensó: pese a su rostro infantil, irradiaba una insólita brutalidad. Se mostró aún más angustiado que en las entrevistas que habían mantenido en Los Ángeles y Nueva York, pero angustiado por sus propios sueños y no por la

película que iba a rodar. Solo prestó más atención cuando ella le habló de los colores que pensaba utilizar y recalcó que algunos resultarían incluso estridentes. La miró y asintió sin pronunciar ni una palabra; Frances advirtió que de repente se interesaba por ella.

—Usted es irlandesa de verdad, ¿no?

—Sí. Trabajé en el teatro Abbey antes de que usted naciera.

—¿Y le gustaría quedarse aquí?

La sonrisa del director era casi cruel.

—No —respondió ella mirándolo de hito en hito.

Luke había perdido el interés por ella, lo que en su momento había sido un mazazo. Todavía necesitaba charlar con ella, contarle lo que hacía y hablarle de los trabajos que rechazaba, pero siempre que se veían Frances notaba con claridad, en cuanto se quedaban a oscuras, que él ya no quería hacer el amor. Suspiró al pensar que jamás se le había pasado por la cabeza que cuando ella se hiciera mayor a Luke le satisfaría más dormir a su lado las noches que lograban estar juntos; abrazarla y dormir, pero no hacer el amor. Y que las noches en que el trabajo lo ponía tenso preferiría quedarse con cualquiera en el bar antes que irse a la cama con ella.

No había preguntado al director si de veras quería que el pub de Wicklow apareciera en la película; si el hombre hubiera cambiado de opinión la habrían avisado. Cuando fue con Gabi a ver el local se dio cuenta de lo difícil que resultaría, con tantos objetos que retirar y tan poco espacio; por otro lado, el dueño, aunque se le pagaba muy bien, se mostró arisco e inquieto al ver a las dos mujeres ir de aquí para allá decidiendo qué cuadros había que descolgar y

comentando que habría que pintar toda una pared.

—Sería facilísimo construirlo —afirmó Gabi en voz alta—. ¿Verdad que sí?

—Entonces ¿por qué no lo hacen? —preguntó el dueño, que se mostró ofendido y luego belicoso.

—Es un sitio muy bonito —afirmó la joven. Frances se acercó a la ventana sin prestarles la menor atención—. Había oído hablar del pub, pero no lo conocía. Espero que no le molestemos demasiado.

El hombre no dijo nada al principio y después les preguntó si les apetecía tomar algo.

—Hoy no —respondió Gabi.

—Invita la casa —dijo él cuando Frances se dio la vuelta.

Aceptaron que les sirviera una cerveza a cada una y se quedaron sentadas cerca de la ventana, lejos del dueño, hasta que Gabi tuvo que realizar una llamada telefónica y dejó a Frances a solas con el hombre, que se paseaba detrás de la barra como un animal acostumbrado a su jaula desde hace tiempo. No hablaron. Ella se alegró al concluir que el propietario del pub no tenía nada que le recordara ni por asomo a Luke, que no iba a recorrer Irlanda topándose con hombres de mediana edad que tuvieran algún rasgo de Luke.

Aun así, en aquel espacio de luz tenue lleno de polvo, con marcos viejos y la pintura descolorida, evocó el final de la relación y el comportamiento de ambos. Sus sentimientos sobre lo ocurrido estaban teñidos de pesar, pero no demasiado; era mayor la tristeza de que hubiera transcurrido tanto tiempo, de que él llevara más de diez años muerto y de no haber vuelto a verlo tras una noche en la que Luke, en lugar de regresar con ella a la habitación del hotel, se había quedado en el bar.

Recordó que al despertarse aquella mañana de hacía tantos años había descubierto que él no había dormido en la habitación; quizá ni siquiera se hubiera acostado. En las dos noches que ella llevaba allí no habían hecho el

amor; aquella era la tercera y quedaban otras dos. Decidió que abandonaría el hotel si Luke no se presentaba a la once de la mañana; regresaría a casa y no lo vería nunca más.

Recordó que había observado con calma cómo avanzaba el reloj y que a las diez había empezado a hacer la maleta, a prepararse para partir. Dejó la ropa de Luke esparcida por el suelo y sus cosas en el baño. La habitación estaba a nombre de él; que pagara él la cuenta. Fue una decisión que, por su claridad y firmeza, casi le produjo satisfacción, o quizá fuera dolor, aunque no se permitió sentirlo, ni entonces ni después. A las once y cinco llevó el equipaje al ascensor y entregó la llave en recepción diciendo que su marido regresaría enseguida y que ella debía marcharse. Fue en taxi al aeropuerto y esperó hasta que hubo un asiento libre en un avión con destino a la Costa Oeste de Estados Unidos.

—¿Por qué sonrías? —le preguntó Gabi—. Parece una mujer enamorada.

Frances suspiró.

—Daré mucho trabajo ambientar este pub para la película —dijo.

El teléfono sonó una noche tras otra, pero ella no contestaba porque sabía que se trataba de Luke. Cada vez que sospechaba que era él, lo dejaba sonar y luego descolgaba el auricular. Le constaba que también llamaba a Ito y a Rosario, quienes sin embargo tenían la prudencia de decir muy poco. Luego estuvo ocupada en Brasil con una película y más tarde trabajó en los estudios. Durante una larga temporada no viajó a Nueva York, ni a Londres, ni a Dublín. Él no le escribió; si lo hubiera hecho, ella no habría abierto la carta.

Con todo, no pudo por menos que seguir la carrera de Luke, pues su interpretación en *Tal día como hoy* le valió una nominación a los Premios Tony y con el monólogo inspirado en el padre de Eugene O'Neill ganó todos los galardones de Nueva York y Londres. También habría sido imposible no enterarse de su boda con una ex actriz llamada Rachael Swift. Se los veía

felices en la fotografía nupcial que publicaron las revistas del corazón. La mujer era rubia y costaba adivinar su edad. Declaró a un periodista que, ahora que estaba casada con Luke, esperaba no apartarse nunca de su lado.

Durante todos esos años, la única vez en que Frances lamentó lo ocurrido y se arrepintió de no haber mantenido el contacto con Luke fue cuando se enteró de su fallecimiento. Le habría gustado estar con él durante la enfermedad. Sabía que, por muy feliz que hubiera sido Luke en su matrimonio, con ella tenía algo que no debía de haber olvidado, sobre todo si al final de su vida le había dado tiempo a reflexionar; debía de haberse acordado de ella, igual que ella se acordaba de él. Le habría gustado acariciar el cuerpo sin vida, y quizá asistir al funeral, aunque no estaba segura.

De todos modos, creía que habría sido mejor no lamentar nada, salvo que ciertas cosas sean inevitables, como el hecho de que Luke se cansara de ella. Había pasado mucho tiempo desde todo aquello, que ahora le habían evocado dos vigilantes de la National Gallery y las cambiantes nubes del cielo irlandés.

Los días siguientes no dispuso de mucho tiempo para pensar en nada más que en la película. Se levantaba al alba y no dejaba ningún asunto al azar. Le preocupaba el director de fotografía, demasiado ambicioso y con excesivas ganas de imponer su propio estilo. Frances pensaba que tal vez algunos decorados eran demasiado normales, poco arriesgados. Ese hombre, en cambio, no temía el riesgo y derrochaba brillantez; ella admiraba su audacia y desearía haber trabajado antes con él, pues así habría sabido si ella solo obtenía buenos resultados con decorados que eran tan interesantes en sí mismos como la iluminación que él les aportaba. El director de fotografía la evitaba y Frances se preguntaba si se debía a su fama de mujer intratable o

simplemente a que él no tenía el menor interés en consultarle nada ni en pedirle que introdujera cambios en su trabajo.

Poco a poco le entraron ganas de marcharse. Los edificios bajos de Dublín, las tiendas —malas imitaciones de los almacenes, más amplios y mejores, de las grandes ciudades—, la forma de vestir de la gente, andrajosa o bien cursi, su manera de caminar por la calle, sin vivacidad ni estilo..., todo comenzaba a exasperarla. Los fines de semana, y sobre todo los viernes, el vestíbulo del hotel y los bares se llenaban de personas que bebían, y en un par de ocasiones, al abrirse paso entre una multitud de hombres y mujeres achispados, se sintió orgullosa de haber vivido la mayor parte de su vida lejos de individuos como esos y se alegró de que los empleados del hotel, siempre educados y comedidos, fueran de otros lugares.

Se prometió que no volvería nunca más, que en el futuro trabajaría en cualquier sitio menos allí. Le parecía que la eficiencia y la dulzura de Gabi se debían solo al deseo de complacer, y que algunos de los hombres que trasladaban los decorados eran demasiado lentos, de una holgazanería casi descarada. Durante la tercera y cuarta semanas de rodaje le costó disimular su impaciencia. Adoraba a las personas inteligentes y decididas que obraban con resolución, y en las contadas ocasiones en que tuvo que llamar a casa y habló con Rosario se percató de cuánto echaba de menos su inteligencia, casi exquisita a veces por su profundidad de percepción, así como la elegancia, la cautela y el aplomo con que se movía.

Con el tiempo habían aprendido a leerse el pensamiento. Le parecía que a Rosario se le daba mejor adivinarle el suyo, aunque ella también era capaz de captar en un gesto, o en un instante de vacilación, lo que Rosario deseaba comunicar. En todo ese tiempo Frances había enfermado una sola vez, hacía dos años. Le había atacado un virus y el período agudo había durado dos días y una noche. Tuvo fiebre y no podía moverse, y Rosario se quedó en la

habitación con ella en todo momento. Se sintió cuidada. Rosario le cambiaba las sábanas y las fundas de las almohadas cada pocas horas.

Frances recordó que se había resistido con firmeza a la idea de acudir a un hospital. Cuando por fin estuvo en condiciones de sentarse, aún se sentía demasiado débil para hacer nada y no tenía hambre. Rosario le dio de comer, permaneció a su lado y únicamente la dejó dormir sola cuando consideró que podía hacerlo.

Durante aquellos días Rosario le preguntó una vez si había en Irlanda alguien con quien deseara ponerse en contacto. Frances negó con la cabeza; no había nadie. Rosario sonrió y siguió metiendo las sábanas en el cesto de la ropa sucia como si tal cosa. Frances no quería que su sobrina se preocupara ni dar a entender que debería viajar a Los Ángeles para velar por su cuidado. Consideró mejor no contactar con ella a menos que empeorara o quedara claro que iba a morir.

Durante esos días comprendió qué inquietaba a Rosario. Como Ito y Rosario habían visto el testamento, sabían que no mencionaba ninguna tumba ni lo que debería hacerse con su cuerpo cuando falleciera. Era una de las razones por las que Frances adoraba Estados Unidos: el desinterés por la muerte. A las personas con que trabajaba les traía sin cuidado dónde las enterrarán; le constaba que muchos de sus amigos y colegas se contentarían con que esparcieran las cenizas en alguna parte o sepultaran el cuerpo en el cementerio más cercano. En cambio, Ito y Rosario se preocupaban muchísimo por los difuntos; habían agradecido que Frances costeara el traslado del ataúd de la madre de Ito a Guatemala, pero si no lo hubiera hecho habrían obtenido el dinero ellos mismos. Cuando regresaban a su país, lo que hacían cada pocos años, visitaban las tumbas.

Mientras se recuperaba de la enfermedad se dio cuenta de que Rosario quería que dijera dónde deseaba ser enterrada. Comprendió que debía ser

justa con ambos: ella no era pariente de la pareja y, por mucho dinero que fuera a legarles, no podía dejarles sin ningún contacto en Irlanda y con la responsabilidad de qué hacer con sus restos.

Por las conversaciones que había tenido con Rosario en los días posteriores al fallecimiento de la madre de Ito, sabía que no estaban a favor de la incineración; consideraban que había que vestir con ropa bonita a los difuntos y exponerlos en un ataúd abierto durante un par de días antes de sepultarlos en tierra sagrada. Para ellos tierra sagrada era Guatemala, y suponían, aunque nunca lo habían dicho, que para ella debía de ser Irlanda.

El pub de Wicklow seguía siendo un problema y a medida que avanzaba el rodaje cada vez le daba más quebraderos de cabeza. Admiraba la intensidad con que trabajaba el director de fotografía: todos los detalles de los planos que encuadraba debían ser correctos, y por eso Frances procuraba usar un escaso número de elementos pero cargados de significado. Poco a poco advirtió que la película adquiriría un estilo, una coherencia no solo en el desarrollo de la trama y en la interpretación de los actores, sino también en un aspecto más sutil, extraordinario y asombroso que podía desinflarse con facilidad y quedar en nada; si había una escena mal rodada o filmada con solo buen oficio, el resto resultaría artificial, como si se pretendiera impresionar sin llegar a conseguirlo. Le sorprendía la iluminación de la película y tenía que trabajar de prisa y cambiar de planes para adaptarse al interés del director de fotografía por buscar una especie de pureza en los planos. Le parecía que el realizador observaba todo esto con un aire de distanciamiento que apenas disimulaba la preocupación de que estuvieran llevando el estilo demasiado lejos, pero tampoco su satisfacción al ver lo bella que quedaría la película.

Frances se planteó varias veces la posibilidad de proponerle que

desecharan la idea de rodar en un pub de verdad y montaran en el estudio un espacio mucho más manejable. Lo veía mirar por la cámara cada encuadre y alejarse sin despegar los labios, cavilando sobre lo que había visto, con el aspecto de un hombre que llevara mucho tiempo sin dormir ni lavarse, sin peinarse ni dirigir una palabra amable a nadie. El director de fotografía casi competía con ella en el trabajo; cada jornada era una guerra de nervios, ya que Frances intentaba prever qué encuadres e iluminación elegiría él. No tenía la menor intención de acudir al director con un problema que no supiera resolver para que luego el otro se enterara.

Supo que el regidor conocía al dueño del pub donde iban a rodar. Vivía cerca del local, del que era un cliente habitual. Frances le preguntó si creía que podrían disponer de un día más para preparar el bar —para vaciarlo casi por completo y después recrearlo de forma que fuera posible filmar—, y el regidor respondió que no. El director lo quería tal cual estaba y el dueño se enorgullecía de que se hubiera conservado así. Como este apreciaba a sus parroquianos y no tenía demasiada paciencia con los extranjeros, había accedido a que se rodara en el establecimiento únicamente porque conocía al regidor y al realizador. Había aceptado de mala gana. Por la manera en que le habló el regidor, Frances intuyó que el propietario del bar había informado de su visita y que ella no le había caído bien.

Comprendió que no podrían pintar el pub. Podían ocultar o desmontar los tiradores de cerveza modernos, descolgar los cuadros y esconder las botellas y vasos innecesarios, pero nada más. Cuando volvió al local a echar una última ojeada antes de que lo prepararan para el rodaje, no intentó congraciarse con el dueño, que de inmediato las reconoció a Gabi y a ella y acto seguido fingió no haberlas visto. Al final lograron que les prestara atención y le pidieron dos cervezas. El hombre se las sirvió de mal humor, les cobró y entregó el cambio a Frances sin pronunciar palabra.

Al día siguiente el regidor le informó de que el domingo podría disponer del pub a partir de las cuatro y que el rodaje comenzaría a las ocho. Frances se quejó, insistió en que necesitaba más tiempo, y él se encogió de hombros y le dijo que podía hacer todo lo que ella quisiera —construir una maqueta a tamaño natural de la torre Eiffel o de la oficina central de correos de Dublín—, salvo conseguirle más de cuatro horas para preparar el pub. Y para obtenerlas había tenido que recurrir a la persuasión. Acordaron que el regidor estaría presente por si surgía algún problema mientras ella ambientaba el local y que pondría a disposición de Frances a cuatro de los mejores trabajadores que tuviera.

—Relájese —le dijo él.

—Quiero ver a todo el mundo en el pub a la hora en punto —replicó ella.

—No es más que una secuencia de tres minutos.

—Adviértales de que se aseguren de llevar todas las herramientas. No quiero que tengan que recorrer el país de punta a punta porque se hayan dejado alguna.

—Me cercioraré de que cojan los martillos neumáticos y todo lo demás.

—Sí, eso es.

El director había dejado la secuencia del pub para la última semana de rodaje; algunos de los actores menos importantes ya se habían marchado. El equipo técnico, consciente de que iba a filmarse algo interesante y especial, estaba dispuesto a esforzarse para que nada fallara. Aquel domingo Frances almorzó con Gabi en la habitación del hotel mientras repasaban los dibujos. No habían consultado al director sobre los escasos elementos que pensaban dejar en el local, pero Frances creía que solo tardarían una hora en cambiarlo si él así lo deseaba. No obstante, confiaba en que el realizador comprendiera la lógica de

su decisión. De camino a Wicklow se dio cuenta de que se había acostumbrado al chófer y de que casi había llegado a apreciarlo, aunque nunca habían intercambiado una palabra amable. Comprendió que Gabi, que por naturaleza tendía a hablar con todo el mundo, se abstenía de dirigirse al conductor por una mezcla de lealtad a ella y temor.

Como llegaron pronto, esperaron a que los clientes apuraran las bebidas y se fueran después de que el dueño les avisara, con tono seco, de que iba a rodarse una película en el pub. Se presentaron la jefa de utilería, el regidor y, más tarde, dos asistentes, que lenta y concienzudamente, con la ayuda del dueño, desmontaron los tubos y los tiradores de cerveza de barril y los trasladaron a un almacén contiguo al local. Frances pidió al regidor que tuviera la bondad de llevarse un rato al tabernero, pues no estaba segura de cómo reaccionaría al ver que retiraban cuanto había en dos de las paredes y todos los vasos y botellas de detrás de la barra.

Cuando ambos hombres se marcharon, Frances advirtió que quedaban dos clientes sentados a una mesa situada junto a la puerta —una anciana y un joven— y que tenían los vasos llenos, pues el dueño les había servido justo antes de salir del local en lo que había parecido una despedida cargada de desafío. Ella y la jefa de utilería empezaron a vaciar las cajas. Al cabo de un rato echó un vistazo y observó que Gabi se había sentado a charlar con la pareja; parecían un relajado grupo de amigos en un tranquilo pub de pueblo un domingo por la tarde. A punto estuvo de ordenarle a gritos que fuera ayudarla de inmediato, pero optó por esperar a que se acercara.

—¿Tendrías la bondad de echar una mano? ¿O es mucho pedir?

—Estaba saludando, nada más.

Durante los minutos siguientes Frances se desplazó entre los elementos de utilería y la barra, y en cada ocasión retrocedía para observar los cambios del escenario. Un par de veces, al recorrer el pequeño espacio, vio que la pareja

no se había marchado: bebían sin prisa y observaban la escena con interés y regocijo, como turistas que hubieran encontrado una manera fascinante de pasar la tarde. La segunda vez que pilló a Gabi hablando con ellos, los observó desde las sombras. La anciana era glamurosa, no tenía aspecto de irlandesa; el joven, de rostro vivo, era quien más hablaba y las dos mujeres se reían de lo que decía. Frances necesitaba una intensa concentración durante las dos horas siguientes, tenía que sustituir algunos cuadros y replantearse alguna que otra idea; no le hacía falta la escena en la que Gabi participaba, y no estaba dispuesta a tolerarla. Esperó hasta que la joven se levantó y se alejó de la mesa con despreocupación para reanudar la tarea de desempaquetar las botellas de Guinness. Entonces se acercó a ella.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó Frances.

Gabi la miró con expresión ceñuda.

—Estoy trabajando. Ya ve que me he puesto a trabajar otra vez.

—¿Te importaría pedirles a esos dos que se vayan? Son una distracción.

—Se irán enseguida. Son amigos míos. Shane es actor. Conoce a todos los que trabajan en la película.

—¿Te importaría pedirles que se vayan?

—No se pase, Frances. Se irán cuando les apetezca. No le molestan en absoluto.

—¿Los has invitado tú?

—No, han venido por casualidad. Rachael frecuentaba el pub hace mucho tiempo. Llevaba años sin venir.

—¿Rachael? ¿Quién es Rachael?

—Rachael Swift. La viuda de Luke Freaney.

Frances echó un vistazo a la pareja; la mujer escuchaba absorta a su compañero.

—Es la viuda de Luke Freaney —repitió Gabi—. Fue actriz.

—¿Le has dicho quién soy yo? —preguntó Frances.

—La película no le interesa hasta ese punto. Solo quiere acabarse la copa.

—¿Le has dicho cómo me llamo?

—No. Por el amor de Dios, ¿por qué lo pregunta?

Frances fue al coche, donde había dejado el bolso. Sin dirigirle la palabra al chófer, se sentó en el asiento trasero y sacó el estuche de maquillaje. Empezó a trabajar despacio, a aplicarse el rímel, la sombra de ojos y el delineador. Hacía años había aprendido de uno de los mejores maquilladores de Hollywood que, para una persona de su edad, lo más importante era el contorno de la boca, definir la línea de los labios y ocultar las arrugas que los rodeaban y las de la barbilla. Se cepilló el pelo y al terminar se miró una vez más en el espejo de mano. Suspiró. No podía hacer nada más.

Regresó al pub y fue derecha a la mesa de la pareja.

—Rachael —dijo—. Soy Francie.

Lo que vio cuando la mujer la miró fue una pena velada y después una sonrisa que expresaba una tristeza aún mayor.

—¡Dios mío! No tenía ni idea.

—Ya lo sé. No nos conocíamos, ¿verdad?

—Él me habló de usted —dijo Rachael, que se levantó con desmaña para estrecharle la mano. Tenía acento inglés—. Me habló de usted —repitió.

—No sabía que era usted hasta que me lo ha dicho Gabi.

—Creía que vivía...

—Y así es, Rachael. Estoy aquí trabajando.

—Espero que no le molestemos.

—No se preocupe.

—¿Tiene unos minutos para sentarse a charlar con nosotros?

—Claro que sí, Rachael.

Rachael se la presentó a su compañero.

—Estuvo con Luke antes que yo —añadió, y de nuevo su sonrisa traslució una tristeza enorme. Aun así, irradiaba elegancia, casi belleza—. Esta mujer fue el amor de su vida —comentó a su compañero, y a continuación sonrió a Frances.

—Tuvo suerte con las dos, ¿verdad que sí?

—Fue el amor de mi vida —afirmó Rachael—. Es lo único que puedo decir.

En su voz y en su cara Frances percibió lo amable que era y lo bien que debía de haberse portado con Luke.

—Le encantaba este pub —prosiguió Rachael—. Trató con Miley, el dueño, durante años.

—No tenía ni idea —dijo Frances—. Verá, nunca estuvimos juntos en Irlanda. Ni una sola vez.

—Eso sí lo sabía. Hablaba mucho de usted, sobre todo cuando cayó enfermo, pero también otras veces. Era feliz fuera de Irlanda. Solo echaba de menos unos cuantos lugares curiosos.

Se miraron en silencio mientras a su alrededor proseguía el ruido de los que trabajaban. Frances era incapaz de decir nada. Sabía que tampoco nada de lo que dijera Rachael cambiaría las cosas. Los años habían pasado; era tan simple como eso. Luke había recibido amor y atenciones; cuando estaba muriéndose, esa mujer debía de haberlo cuidado como no lo habría hecho nadie.

—Me alegro mucho de conocerla —dijo Frances.

—Pensaba escribirle a usted cuando él murió, pero no escribí a nadie, y después ya fue demasiado tarde.

—Sí, siempre resulta duro.

—Él hablaba de usted. Decía que no había nadie que pudiera comparársele.

—Claro, claro.

Al ver que Rachael bajaba la mirada en busca del bolso, Frances comprendió que quería irse. Se levantó para ponérselo fácil.

—Siempre tenemos algo que hacer, ¿verdad?

—Sí —respondió Rachael—, y debemos dejar que usted siga con su trabajo.

Cuando se disponía a irse con su compañero, Frances le estrechó la mano.

—Ha sido estupendo conocerla —dijo Rachael al encaminarse los tres hacia la puerta.

—Sí, lo mismo digo. Ha sido una gran sorpresa.

Cuando se marcharon, Frances se quedó unos instantes de espaldas a la puerta, como si protegiera de intrusos el pub.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Gabi.

—Sigamos con el trabajo.

—¿Se han ido?

—Sí —respondió Frances, y se dirigió hacia el centro del local para observar los estantes y la hilera de botellas de Guinness—. Hace falta algo más detrás de la barra —le dijo a Gabi—. Algo más. Pensemos a ver si se nos ocurre qué es.

Gabi asintió.

—¿Por qué se ha maquillado? —le preguntó.

—Tenía que hablar un momento con tus amigos, eso es todo.

—¿Conocía usted a Rachael?

—No. Era la primera vez que la veía.

—Por lo visto tenían mucho de qué hablar.

—Sí, puede que lo pareciera —repuso Frances—. Puede que lo pareciera.

La nueva España

Cuando el autobús dejó en plaza de España a los pasajeros procedentes del aeropuerto, Carme Giralt no sabía qué hacer. Era casi medianoche. Por la nebulosidad y la pesadez del ambiente, el olor fétido de las alcantarillas y la ausencia de viento comprendió que, tanto si le gustaba como si no, estaba en su ciudad. Había pasado dos días frenéticos en Londres tirando ropa y papeles y regalando muebles y libros antes de adecentar el sótano de Islington a fin de recuperar la fianza. No había dedicado un solo pensamiento a lo que haría en cuanto llegara a Barcelona, con su familia tan cerca: sus padres preparándose quizá para acostarse en el viejo piso, la hermana en algún lugar de la ciudad con un marido y dos hijos a los que ella nunca había visto, y la abuela recién enterrada en el cementerio de Montjuïc, no lejos de donde Carme se encontraba.

Hacía ocho años que se había marchado de la ciudad, que su padre la había llevado en silencio al aeropuerto; la ira del hombre contra ella había sido palpable y elemental mientras la observaba para cerciorarse de que cruzaba la puerta de embarque. Carme recordaba que para fastidiarlo había agitado la mano y le había dirigido una sonrisa fugaz. Había supuesto que no volvería a verlo, pero —pensó al prepararse para cruzar la calle desierta— se había equivocado. Lo vería muy pronto.

Decidió que primero buscaría un hotel pequeño o una pensión para pasar la noche. Por la mañana, una vez que hubiera dormido y el aire se hubiese aclarado, pensaría en cuánto tiempo tendría que esperar antes de llamarlos

para anunciarles su regreso.

En los ficheros de la comisaría de Via Laietana había un informe sobre ella. O tal vez, pensó, con la llegada de la democracia los hubieran trasladado o incluso hubiesen destruido algunos. De todos modos, la situación no había cambiado hasta ese punto. Pese a la legalización del Partido Comunista — Carrillo se hallaba de vuelta en Madrid, al igual que la Pasionaria y Rafael Alberti—, aún debía de existir la necesidad de saber quiénes habían sido comunistas. Imaginó una sala subterránea, una bombilla desnuda y una larga fila de carpetas bien apretujadas. Una contendría fotos suyas y el informe del interrogatorio. Quizá hubieran anotado la profunda aversión que mostró hacia el acento sureño de los dos policías que la interrogaron, una aversión que no ocultó durante aquellos dos días. Y tal vez tuvieran fotos suyas, tomadas en los dos años posteriores a la llegada a Londres, manifestándose ante la embajada española por el fin de la dictadura y la vuelta de la democracia, o un informe sobre la fiesta nocturna que había organizado en Londres al día siguiente de que Carrero Blanco volara por los aires.

El antiguo régimen había llegado a su fin mientras ella se encontraba en el extranjero. No había estado en Barcelona para brindar por la desaparición del dictador. Su abuela la había llamado para celebrar la muerte del general y le había anunciado exultante que acababa de abrir la botella de cava que guardaba desde hacía años. Carme caminaba despacio por la Gran Vía cargada con la maleta, que pesaba cada vez más. Seguía sin lamentar haberse perdido aquella noche y no haber votado en el referéndum sobre la nueva Constitución ni en las primeras elecciones; por su hermana, que había viajado sola a Londres hacía apenas un año, y por un par de conversaciones telefónicas con su abuela sabía que algunos viejos amigos y antiguos camaradas se habían unido a los socialistas y que otros empezaban a hablar del eurocomunismo y a maniobrar para conseguir una posición ventajosa.

Todos ellos habían evitado participar en manifestaciones a menos que consideraran necesario salir en las fotos. Astutos como eran, sabían que pronto tomarían el poder en Barcelona y Madrid para prestar sus servicios bajo el reinado de un monarca que había prestado con gusto los suyos bajo la dictadura.

El vestíbulo del hotel que encontró era ostentoso y radiante, a diferencia de la habitación, lóbrega, con muebles oscuros y demasiado grandes, cortinas deprimentes y cubiertas de polvo. Todo transmitía una sensación lúgubre, incluida la ropa de cama y la lámpara de la mesilla, que emitía una luz tan tenue que era imposible leer. Solo sería una noche, al día siguiente se iría, pensó. Era la primera vez que se alojaba en un hotel de la ciudad. En el silencio de la noche que avanzaba lentamente, un silencio quebrado a intervalos por el gorgoteo de las tuberías y por los ruidos del pasillo, se preguntó si el desaliento que la había invadido nacía de aquel ambiente descorazonador o de que no tenía el menor deseo de ponerse en contacto con nadie, con ninguna persona de las que había dejado en Londres ni con la familia y los antiguos amigos de Barcelona.

Por la mañana, una vez duchada y vestida con ropa limpia, se sintió más animosa, más preparada para lidiar con ellos, pero cuando llamó a casa de su hermana no contestó nadie. Llevada por un impulso telefoneó a sus padres y mantuvo el auricular apartado como si temiera que fuera a estallar; tampoco obtuvo respuesta. Le extrañó la facilidad con que el hecho de que ambos teléfonos hubieran sonado sin que nadie contestara se le antojaba una gran derrota, hacía que se sintiera inerme, deprimida e incapaz de decidir si debía pagar la cuenta del hotel y dejar el equipaje en recepción, o salir a dar una vuelta, comprar el periódico, desayunar y regresar más tarde para llamarles

otra vez.

Se encaminó hacia Rambla de Catalunya y al principio se permitió pensar que paseaba sin rumbo, que se limitaba a deambular, pero luego resolvió dirigirse hacia donde vivían sus padres. Contemplaría el edificio desde la calle o bien tomaría una taza de café en alguna granja cercana.

Pensó que la democracia no había afectado a las mañanas de la ciudad: hombres con traje oscuro, el runrún del tráfico en la ordenada cuadrícula de calles anchas, las tiendas donde siempre habían estado, la sensación de sólida riqueza de abolengo. Poco a poco, al observar a las mujeres y el corte sobrio, elegante y conservador de sus trajes, tuvo la sensación de que no vestía adecuadamente y de que tardaría mucho tiempo en volver a encontrar el estilo correcto. Esas mujeres debían de creer que era una turista con ropa inglesa barata que había llegado de la costa.

Con esa impresión de no encajar se sintió más valiente que si se hubiera puesto de punta en blanco. Así se encontró en el portal del edificio frente a Gloria, la portera, que llevaba en el inmueble desde que Carme recordaba.

—No están aquí —dijo Gloria antes incluso de que se saludaran.

—¿Y dónde están?

—No están aquí.

Gloria se mostraba casi insolente. En el tenso silencio que se hizo entre ellas, Carme pensó que la portera debía de saber que tras la muerte de la abuela se había convertido en la dueña de un tercio de la finca, que ya no era la jovencita que había causado tantos problemas, la comunista, la chica a la que habían detenido; que ahora era igual que la madre y la hermana. Erguida cuan alta era, miró a Gloria a la cara con la arrogancia y la aureola natural de señorío que su madre y su abuela habían irradiado toda la vida.

Se dispuso a hablar y enseguida cambió de parecer al presentir que Gloria se negaría a franquearle el paso y a entregarle la llave del piso de sus padres.

—No están aquí —repitió la portera, como si fuera una excusa o un pretexto.

—Ya lo he oído la primera vez.

Se dio cuenta de que esa manera de hablar era muy catalana y de lo plenamente dueña de sí misma que se mostraba. No repetiría la pregunta. La había formulado una vez; era suficiente. El poder que tenía en ese portal, un poder que no había sentido ni una sola vez durante su estancia en Inglaterra, le proporcionó de pronto más energía. Sabía que Gloria no tardaría en hablar.

—Se han ido a Menorca.

Carme no sonrió ni dio muestras de haberla oído.

—También se ha ido su hermana con los niños. Se han ido todos. Se quedarán hasta el domingo. Pasarán allí las fiestas de San Juan.

Carme asintió y se dio la vuelta para salir. Pensó que debería haber tenido en cuenta la fecha y haber supuesto dónde estarían.

—¿Quiere que...? —dijo Gloria cuando ya se alejaba. Carme no respondió.

Detuvo el primer taxi que vio y pidió al conductor que parara en el hotel, donde recogió el equipaje, tras lo cual indicó al taxista que la llevara al aeropuerto.

Soplaba el viento sobre el mar, aunque en la ciudad no lo había notado. Por ese motivo el avión salió con retraso y, una vez en el aire, pareció demasiado pequeño y frágil para abrirse paso hasta la isla. Por lo general era un trayecto breve y tranquilo. Recordó que cuando eran niñas siempre iban a Menorca en barco, y de pronto creyó sentir la emoción de entonces: cruzaban la ciudad en el coche, conducido por su padre, que lo introducía lentamente en el vientre del barco; a continuación sus padres las llevaban a ella y a su hermana al camarote, limpio y climatizado, y después a cubierta para que contemplaran

cómo la ciudad se alejaba poco a poco.

Intentó recordar: el viaje de ida, a principios del verano, empezaba al atardecer y se prolongaba toda la noche, y el de vuelta, con el verano a punto de acabar, duraba un día entero: atracaban en el puerto de Barcelona cuando ya casi había oscurecido. Siempre que regresaban, la ciudad les resultaba extraña porque el verano era largo y carecía de normas; además, la presencia de la abuela había logrado aplacar la impaciencia de la madre y paliar la incapacidad del padre para estarse quieto y relajarse.

Núria y ella esperaban con especial ilusión aquellas semanas de agosto en que los padres salían a navegar con sus amigos y las dos se quedaban solas con la abuela y los invitados que iban y venían. Todas las piezas de la casa, protegidas de la luz, eran frescas y austeras. Debajo del balcón de la parte posterior había una mesa larga que se ponía con esmero tres veces al día para las comidas. El jardín estaba abrasado por el sol y el viento del mar; en la playa más cercana no había nadie por las mañanas y en ocasiones tampoco en las horas más bochornosas. Recordó el olor de la citronela que quemaban para ahuyentar a los mosquitos durante la cena; recordó el calor salobre cuando se quedaba dormida en la mesa oyendo hablar a los adultos y la llevaban a la cama sin hacer ruido.

No había dejado a Ian, su último novio inglés, por los comentarios que había hecho acerca de España, aunque lo cierto era que tampoco la habían animado a continuar con él. Había ocurrido una noche en que bebió más vino de la cuenta en un restaurante español de Camden Town. No tenía intención de hablarle de la casa, el verano y el mar; hasta entonces nunca lo había hecho. Sin embargo, en cuanto empezó se dio cuenta de que le provocaba demasiada emoción y de que no podía dejar de hablar, de contarle que los adultos se quedaban siempre las habitaciones sin vistas al mar, que las vistas al mar eran para los niños; que sus padres tenían un dormitorio con terraza, tocador, cuarto

de baño y vestidor, igual que la abuela; y que las mujeres evitaban el sol y no pisaban la playa.

Ian la interrumpió para decirle que había estado en España, que había ido a Lloret con su hermano y sus padres, y que no le había gustado nada la comida, demasiado aceitosa; que apenas había playa y que el apartamento que les habían dado era sórdido.

Ella se quedó mirándolo desde el otro extremo de la mesa y una vez más observó la belleza del rostro, su palidez, el color gris de los ojos, los labios finos. Deseó con todas sus fuerzas seguir describiéndole la casa donde había pasado todos los veranos hasta que cumplió los veinte años: los postigos y las puertas pintados de azul oscuro, las baldosas antiguas del suelo, los techos altos con vigas de madera a la vista y los muebles, incluidas las mecedoras y el piano procedentes de Cuba, donde había nacido la abuela. Pero se contuvo y tomó un sorbo de vino confiando en que Ian se refrenara a su vez y no tuviera más motivos para mencionar la comida aceitosa, el apartamento sórdido y su visita a España.

Durante la estancia en Inglaterra, sobre todo en los días sofocantes del verano londinense, había intuido que estaba perdiéndose la posibilidad de vivir los mejores años de su vida en el mejor lugar que había conocido; los años en que más se habría deleitado con el agua salada, con las olas calmas de primera hora de la mañana, y en que habría disfrutado de la ceremonia en que la abuela había convertido las comidas familiares en la larga mesa a la sombra. Se imaginaba sentada en una mecedora con un gato en el regazo, el canto de los grillos y el olor de la comida puesta al fuego. Todo eso era irrecuperable, y le costaba no tener la sensación —mientras esperaba a que abrieran las puertas tras el aterrizaje— de que había cometido un error con diez años de su vida, durante los cuales había comenzado demasiados cursos universitarios en Londres sin terminar ninguno, había estado con hombres a los

que no había querido y había vivido en casas y calles que no deseaba volver a ver.

Tras alquilar un coche y colocar el equipaje en el maletero se sintió tentada de buscar un hotel, pero pensó que ya había pospuesto las cosas una vez y que debía armarse de coraje para atravesar la isla y reunirse con la familia en la casa de la abuela: la casa que su hermana y ella habían heredado conjuntamente y que —suponía— sería para siempre de las dos. Imaginaba que Gloria, la portera, les habría alertado de su llegada y de que ya sabía que se encontraban en Menorca; aun así, no contarían con que se presentara tan pronto.

Abrió todas las ventanillas de par en par y percibió el calor del aire, la brisa marina y un olor casi acre, imposible de identificar, mezclado con el del alquitrán derretido. Eso era lo único que quería, pensó: la luz blanquecina, el viento procedente del mar, el olor, fuera cual fuese, y la carretera recta como una cinta a través de la isla llana. Si hubiera tenido plena conciencia de cuánto amaba el lugar, habría vuelto unos años antes, habría tomado un avión el primer día en que su regreso no hubiese entrañado peligro alguno.

Al doblar a la izquierda la sorprendió encontrar una carretera pavimentada donde antes había un camino que en verano era de barro seco y polvo, casi una pista en realidad, y todavía la sorprendió más ver hileras de casas adosadas y, más adelante, viviendas independientes con verjas. Aun así, estaba demasiado animada para que eso la inquietara, y tan emocionada por la perspectiva de volver a ver la casa de su abuela que no le preocupaba tener que enfrentarse a sus padres después de tanto tiempo.

Al poco llegó a una bifurcación que no conocía. Tomó el ramal de la izquierda, que llevaba hacia la playa. Al principio le pareció que sencillamente no recordaba la bifurcación, pero luego se dio cuenta de que la carretera era nueva. A la derecha se alzaban pequeños bungalows con cubierta

de teja y un jardín delante, cada uno con una buganvilla plantada. Supuso que cuando los dejara atrás encontraría un desvío a la derecha que conduciría a la casa de su abuela; sin embargo, no tardó en ver que la carretera desembocaba en un conjunto de bares y restaurantes situados frente a la playa y que no había ningún desvío a la derecha. Al girar el coche vio personas que tomaban una copa o comían sentadas a mesas con sombrillas de vivos colores. Las observó un instante como si tratara de reconocerlas, pero el color de la piel y la expresión tensa y distante de los rostros le indicaron que eran turistas.

La casa no podía haber desaparecido. Quedaba cerca de la playa, a solo unos minutos a pie, de modo que debía de estar —no le cabía la menor duda— al final de la otra carretera, la de la derecha. Al enfilarla vio más bungalows a mano izquierda, que debían de hallarse detrás de los que miraban al mar. Los jardines eran más amplios, todos bien cuidados, todos idénticos. Al cabo de un rato atisbó la casa de su abuela, que se veía abandonada y extraña, casi destartalada, en comparación con los minúsculos bungalows, tan perfectos y bonitos.

Aparcó a la sombra de un toldo junto a otros dos coches, uno de los cuales le pareció alquilado, como el suyo; el otro estaba cubierto del polvo de la isla. Se preguntó si este último había sido de su abuela.

Al avanzar hacia la luz del sol sintió la intensidad del calor radiante de la tarde. Oyó música procedente de la playa y aguzó el oído por si captaba algún ruido en la casa, pero no percibió nada. Le costaba decidir qué debía hacer: coger el equipaje y doblar la esquina para dirigirse a la entrada, que no daba al mar, como si fuera su hogar y regresara sin ceremonias, o rodear la casa con timidez, llamarlos a voces para saber dónde estaban y volver luego al coche por las bolsas.

De repente se dio cuenta de que estaba nerviosa; le habría encantado encontrar la casa vacía, la llave escondida en el sitio de siempre y las

habitaciones cerradas y en sombras, a la espera de que ella entrara y las abriera para que se colara la luz estival. Recordaba esas habitaciones y las añoraba como ningunas otras que hubiera conocido en su vida. Pero las quería sin las personas que posiblemente habría en ellas. Al caminar hacia la entrada, con solo las llaves en la mano, sintió una hostilidad inmensa contra cualquiera con quien pudiera toparse.

Lo primero que le sorprendió al doblar la esquina fue ver una piscina larga y moderna donde antes había un olivar. Su madre y dos niños nadaban y chapoteaban. Su padre, en bañador, estaba repantigado en una silla de plástico verde junto a una mesa igualmente de plástico. Fue el primero en verla. Cuando se levantó, Carme se fijó en lo mucho que había engordado, y al acercarse a él procuró mirarlo a los ojos para no ver la enorme barriga al aire.

—Te esperábamos —dijo él, e hizo ademán de abrazarla—. Gloria nos ha llamado.

Ella no se movió.

—¿Y esto? —Señaló la piscina mientras la madre, percatada ya de su presencia, nadaba hacia el borde. Los dos niños, que llevaban manguitos inflables, no prestaron atención a la llegada de Carme.

—Sí, acabábamos de comentar que encontrarías algunos cambios.

La madre subió por la escalerilla de la piscina.

—No te acerques a mí —dijo—. Estoy mojada.

Carme la miró y a continuación se volvió hacia el padre.

—Núria está dentro —indicó la madre.

Carme no supo qué responder, dudó de si decir que entraría a ver a su hermana, pero continuó en silencio y no se movió. Su madre se apartó para dirigirse hacia la ducha instalada junto a la piscina mientras el padre se ponía una camiseta sin mangas. Los niños seguían chapoteando en el agua.

—¿Cómo has venido?

—He alquilado un coche.

—Creíamos que llegarías mañana.

El padre intentó sonreír pero ella se mantuvo imperturbable.

—¿Y los olivos? —preguntó.

—Tu abuela quería una piscina para los niños.

Salió la hermana y las dos se abrazaron y se besaron. Carme se fijó en lo bronceada y delgada que estaba Núria, en su elegancia pese a llevar tan solo una falda y una blusa finas y unas sandalias sencillas. En los años que había estado en el extranjero, pensó Carme, algo había cambiado en la forma de vestir de las mujeres, y habría deseado saber qué era.

La madre se acercó y empezó a secarse con una enorme toalla de playa.

—Es mucho mejor ahora que tenemos la piscina —comentó—. Verás, una ya no sabe a quién se encontrará en la playa. Todo ha cambiado. Es más agradable estar a solas. Sin turistas.

Sonrió a Carme.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un café? —le preguntó el padre.

—No.

—Al menos siéntate —dijo la madre.

Le arrimó una silla mientras Carme miraba alrededor en busca de las mecedoras, pero no vio ni rastro de ellas.

—Gloria se quedó de una pieza al verte. Nos llamó porque le preocupaba no haberte invitado a entrar —añadió la madre.

—He dormido en un hotel —contó Carme. Continuaba de pie.

—Tendrías que habernos avisado —dijo Núria.

Presentaron a los dos niños a su tía en cuanto salieron del agua. El mayor, un chico, le estrechó la mano; en cambio su hermana se limitó a mirarla con timidez. Enseguida cogieron las toallas y entraron en la casa.

—Les encanta estar aquí —afirmó la madre.

Siguieron unos instantes de silencio. Carme observó a su madre, que se esforzaba por encontrar algo que decir.

—Tenemos que arreglarte una habitación —dijo Núria.

—Ya no es como antes —intervino la madre—. Con los niños por aquí, no nos andamos con muchas ceremonias y ya no invitamos a nadie, al menos a quedarse a dormir.

Carme se disponía a señalar que ella no era una invitada, que según el testamento de la abuela le pertenecía la mitad de la casa, pero captó la mirada de su hermana, que al parecer le advertía de que mantuviera la boca cerrada. Supuso que Núria ocupaba una de las suites situadas encima de donde se encontraban y que los padres dormían en la otra. Casi sonrió para sus adentros al pensar que eso no tardaría en cambiar. Sin duda, la abuela lo había sopesado al redactar el testamento y decidir que no dejaría ninguna parte de la vivienda a su única hija, la madre de las chicas, que en ese momento estaba poniéndose un vestido largo de verano. Debía de ser, pensó Carme, la venganza de la abuela por algo que la otra había hecho o dejado de hacer.

—Núria, encárgate de todo —propuso la madre— y luego nos vemos aquí para tomar una copa antes de cenar. Necesito darme una ducha y hasta es posible que me eche un rato.

A Carme le extrañó que no pusieran la mesa debidamente y que nadie mandara a los niños sentarse derechos y estar callados durante la cena. Además, los dos iban descalzos. Todo le parecía caótico. Se preguntó si sería siempre así al ver que Núria se pasaba el rato intentando sosegar a los chiquillos e instándolos a comer. Esperaba que alguien le preguntara cuánto tiempo pensaba quedarse o qué tenía previsto hacer, pero cuando acabaron de cenar y Núria llevó a los chicos a la cama advirtió que sus padres buscaban la forma

de alejarse de ella. El padre fue a la salita a llamar por teléfono; la madre entró en la cocina y al salir comenzó a poner orden alrededor de la piscina.

Se quedó sola en la mesa, oyendo el canto de los grillos en la hierba y retazos de la conversación telefónica de su padre a través de la ventana abierta: hablaba de aviones, autobuses y horarios. Luego lo oyó llamar al aeropuerto y preguntar horas de llegada. Estaba cansada y pensó que no tardaría en irse al dormitorio que antes de la cena había preparado con Núria en el otro lado de la casa.

Cuando comenzó a retirar los últimos cacharros de la mesa, dobló la esquina un hombre que buscaba a su padre. No parecía un amigo de la familia y le habló en castellano. A Carme le sorprendió porque eran las once de la noche y el hombre hablaba con toda naturalidad, como si acostumbrara acudir de visita a esas horas. Entró en cuanto ella le informó de que el padre estaba al teléfono. Era evidente que conocía bien la casa.

Carme los oyó por la ventana: el padre hablaba con el visitante sobre llaves, números de chalets y cuáles estaban desocupados. Se preguntó qué tendría que ver su padre con llegadas de aviones, llaves y chalets. Recogió los últimos vasos, entró en la cocina y los dejó al lado del fregadero. Se dirigió al dormitorio sin desear las buenas noches ni al padre ni a la madre. Una vez arriba sintió la tentación de ir a buscar a Núria, pero decidió esperar a la mañana para interrogarla.

Se despertó temprano y abrió de par en par postigos y ventanas. El cielo estaba despejado y el azul del mar era tenue, casi blanqueado por el sol de la mañana. El cielo de Londres estaba así en ocasiones, lo que sin embargo no significaba que fuera a mantenerse sereno. Hasta en pleno verano encontraba siempre una pizca de frescor en el viento inglés, y no pasaba un día sin que

aparecieran nubes. Sabía que el día en la isla sería perfecto, y la noche, cálida.

Al mirar hacia la izquierda divisó los tejados de las casas nuevas que había visto el día anterior. Trató de recordar qué había antes y llegó a la conclusión de que no había habido nada, de que era un terreno azotado por el viento en invierno y demasiado arenoso para que creciera algo más que hierba rala. De pronto cayó en la cuenta de que esa tierra había sido propiedad de su abuela y recordó que esta solía quejarse de tener que mantenerla, pese a lo cual le gustaba porque no había en ella ninguna construcción que les tapara la vista del mar.

Durante el desayuno estuvo a punto de preguntarles cómo era posible que la abuela hubiera vendido la finca, pero otra vez hubo mucho barullo con los niños, de modo que no pudo coger por banda a uno de los tres para plantearle una pregunta directa. Al poco su padre se fue al pueblo, Núria subió al primer piso y la madre y los pequeños se zambulleron en el agua. Solo eran las diez de la mañana. Se preguntó en qué ocuparía el día. Pese a que su madre la invitó a meterse en la piscina con ella y los chiquillos, no se puso el bañador que Núria le había proporcionado. Se dirigió a la parte delantera de la casa y vio que un muro cerraba la vereda que bajaba a la playa. Recorrió el camino de entrada y la estrecha carretera polvorienta hasta el primer grupo de bungalows, los que no tenían vistas al mar. Observó que varios se encontraban deshabitados. Estaban adosados unos a otros, a diferencia de las antiguas viviendas tradicionales de esa parte de la isla, lo cual, junto con el hecho de que tuvieran rejas en las ventanas, le recordó cuánto había detestado las horribles urbanizaciones turísticas que había visto hacía años en Mallorca. Supuso que debía de haber muchos sitios parecidos en Menorca, pero jamás habría imaginado que llegarían tan cerca de la casa de su abuela.

Más tarde Núria apareció para anunciar que iba al pueblo a recoger unos

pollos asados que había encargado el día anterior. Carne propuso acompañarla en el coche cubierto de polvo, pues su padre se había llevado el nuevo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó al llegar a los bungalows.

—Más vale que se lo preguntes a padre.

—¿Qué tiene que ver esto con él?

—Él los construyó.

—¿Quién le dejó hacerlo?

—Pregúntaselo a él.

—Te lo pregunto a ti.

Al mirar a Núria vio que estaba muy concentrada en la carretera, como si se aproximara algún peligro.

—La abuela estaba muy preocupada por el dinero.

—Era la dueña de todo el edificio de Barcelona y además tenía las acciones.

—El edificio de Barcelona es de renta limitada y la abuela no quería vender las acciones.

—¿Por qué no?

—Porque le daba miedo tocar sus ahorros y el capital. Quería los beneficios que le rentaban, para seguir mandándote dinero a Londres todos los meses y para darme la misma suma a mí, de lo que no me quejo.

—Tenía muchísimo dinero.

—Pues ella creía que no.

—¿Conque vendió al viejo idiota ese magnífico terreno urbanizable?

—Sí, y él construyó las casas.

—¿Qué sabe él de construcción?

—Nada. Y por eso mismo tiene un problema.

Núria aparcó pero mantuvo la vista fija en el parabrisas y no se movió.

—¿Qué problema? —preguntó Carme.

—La abuela le vendió la tierra con una cláusula que indicaba que padre podía edificar si quería y alquilar las casas y quedarse con el dinero, pero para venderlas necesitaba el permiso de la abuela. Eso decía la cláusula. Ella insistió en añadirla.

—Le gustaba controlarlo todo, ¿eh?

—Ahora quiere venderlas porque debe dinero al banco y tiene dificultades para cumplir con los pagos. Quiere vender al menos unas cuantas.

Carme tardó un instante en comprender las implicaciones de lo que su hermana le contaba.

—¿Hemos heredado nosotras esa cláusula?

—Sí.

—Entonces necesita nuestra autorización, nuestra firma.

—Sí.

Carme estuvo a punto de echarse a reír.

—No te regodees —le dijo Núria.

—Más vale que vayamos a recoger los pollos asados antes de que se enfríen.

En el trayecto de regreso permanecieron un rato en silencio. Carme esperó a que Núria le preguntara algo; luego comprendió que su hermana no pensaba hablar.

—¿Has consultado a algún abogado? —preguntó—. A tu abogado, quiero decir.

—No —respondió Núria.

—¿Por qué no?

—Te diré por qué no: porque el hombre con el que estoy casada invirtió en algunos de esos bungalows y él también quiere venderlos. Tanto Jordi como padre consideran que es el mejor momento para vender.

—¿Jordi también tiene problemas con el banco?

—No.

—¿Necesita el dinero?

—No, pero prefiere vender en el momento adecuado.

—¿Estás segura de que padre necesita nuestra autorización para vender?

—Sí. Y él también lo sabe. Nadie comprará hasta que firmemos.

Durante el almuerzo la madre le propuso que se trasladara al dormitorio grande; ella y su marido se instalarían en el que Carme ocupaba o en una de las habitaciones más pequeñas.

—No nos importa cambiarnos de cuarto, ¿verdad, Paco? —dijo.

El padre asintió.

—Has estado mucho tiempo fuera.

La madre sonrió.

—Me parece que Carme se encuentra a gusto donde está —terció Núria—.

Además, solo vamos a quedarnos otras dos noches.

—A lo mejor quiere que nos traslademos —insistió la madre—. Si es así, no tardaríamos ni un minuto.

—Estoy bien donde estoy —afirmó Carme.

—No, de veras... —prosiguió la madre.

—Basta ya, madre —la interrumpió Núria.

El cambio de actitud de la madre era demasiado calculado; Carme advirtió que a Núria la abochornaba.

—Bueno, nuestra habitación es preciosa —continuó la madre—, siempre nos ha encantado, pero vosotras dos tendréis que decidir si queréis redecorarla. Ya sabéis que las cañerías...

—Sí, habrá tiempo de sobra para hablar de eso —la interrumpió Núria.

Al poco los niños comenzaron a llamar la atención de todos y el hombre que había acudido la noche anterior regresó y entró en la casa con el padre de

Carme.

—Ojalá no viniera durante las comidas —comentó la madre.

—No le ofrezca café, madre —dijo Núria—. Hoy necesitamos un poco de tranquilidad.

Carme preguntó a su hermana si se compraba ropa en alguna tienda de la isla y Núria mencionó una de Ciutadella a cuya dueña conocía.

—No vayas hoy —le aconsejó la madre—. Casi todo está cerrado por las fiestas de esta noche. No encontrarás aparcamiento.

—A las cinco abren otra vez —comentó Núria—. Mañana cierran. Si quieres, llamo a mi amiga.

—No. Iré en coche y daré una vuelta —dijo Carme.

Al subir a la habitación pasó por delante de su padre y el visitante, que examinaban con sumo detenimiento un libro de contabilidad. Se duchó y se puso ropa limpia antes de partir hacia Ciutadella. Tomaría un café mientras esperaba a que abrieran las tiendas.

Casi toda la ropa que vio en la pequeña boutique que su hermana le había indicado, situada en una bocacalle umbría de la ciudad vieja, era sencilla y ligera. Aun así, tenía un diseño tan distinto de la que había llevado de Inglaterra que le resultaba extraña. Se probó varias prendas, pero tuvo la impresión de que necesitaría otra piel, otro cabello y otra expresión para ponérselas. Se arrepintió de no haber pedido a Núria que la acompañara; al menos su hermana habría mantenido a raya a la dueña. Además, le habría aconsejado qué sandalias elegir y le habría recomendado que se arreglara el pelo, las uñas y la piel antes de comprarse faldas, blusas y camisetas, por muy bonitas que fueran.

La dueña de la tienda, que estaba sola, se mostró ofendida cuando Carme le

devolvió la ropa que se había probado.

—Tendré que venir con mi hermana.

La mujer no se esforzó lo más mínimo en disimular la irritación y miró las prendas como si estuvieran manchadas. Llevaba un vestido gris de corte austero y zapatos que parecían zapatillas por lo ligeros que eran. Lucía además muchas joyas: anillos y pendientes demasiado grandes. El bronceado tenía que ser artificial, pero Carme no estaba segura. En Londres el aspecto de aquella mujer habría llamado la atención por ser demasiado sofisticado; en cambio, en la pequeña ciudad de la isla parecía casi natural. Carme suspiró y se miró al espejo antes de salir de la boutique.

Recorrió sin prisa la calle y se detuvo a mirar el escaparate de un anticuario. Recordó el comentario de su madre sobre la redecoración y se preguntó si Núria y ella deberían hablar de comprar unos buenos muebles antiguos. De repente se fijó en un piano que le resultó familiar. Abrió la puerta para entrar a echar una ojeada y vio dos mecedoras, a todas luces las de su abuela, y se dio cuenta de que el piano expuesto era igualmente el de ella; lo habían trasladado desde Cuba, y había ocupado el amplio pasillo que conducía a la escalera. Al mirar alrededor vio otros muebles que también eran de la casa. Cuando el dueño se acercó, Carme supuso que debía de parecerle una mujer que había comprado una propiedad en la isla hacía poco, una forastera, y le habló a propósito en un castellano vacilante.

—Y esos —dijo—, ¿de dónde son?

Señaló el piano y las mecedoras.

—Eran de una anciana que murió. Hay que restaurarlos, pero son muy buenos.

—¿Cuánto?

El hombre le dijo el precio, que era alto.

—¿Hace mucho que los tiene?

—No, un mes, más o menos —respondió él.

—Me los quedo.

Pensó que tendría que haber regateado. El anticuario la observó. Carme no quería decirle su nombre ni su dirección, y tampoco entregarle un cheque o una tarjeta de crédito, por si reconocía su apellido.

—¿Le importaría que viniera a pagar el lunes, cuando acaben las fiestas? —preguntó.

Él aceptó y le pidió que le dejara un nombre.

—Le daré el de mi marido: Ian Lee. ¿Le parece bien?

—Habla usted muy bien el castellano.

—Gracias.

El anticuario escribió el nombre con un gran rotulador negro y lo puso sobre el piano.

—Nos vemos el lunes —dijo ella.

—Disfrute de San Juan. Procure venir temprano esta noche a ver las fiestas, antes de que todo se salga de madre.

—Así lo haré —respondió ella.

Durante la cena, cuando Núria subió a acostar a los niños y en la mesa se produjo un silencio tenso, Carme comentó que a lo mejor iría más tarde a Ciutadella a ver las fiestas.

—Bah, nosotros ya no vamos —repuso la madre—. Desde hace años. No va nadie.

—¿Nadie? —preguntó Carme.

—Nadie que conozcamos. No hay más que forasteros y turistas.

—Las han echado a perder —afirmó el padre.

Volvió a hacerse el silencio, quebrado únicamente por el canto de los

grillos y las ranas más allá de la piscina. Carme observó a sus padres y por un momento se sintió tentada de permanecer callada, esperar a que Núria regresara. Sin embargo, al ver la forma en que su madre comía, con una especie de autocomplacencia, no pudo contenerse.

—Echadas a perder... —murmuró—, como las vistas desde la casa.

El padre dio un sorbo al vaso de agua; la madre se quedó mirando al frente.

—Como las vistas desde la casa —repitió alzando la voz.

Sus padres hicieron como si no hubiera hablado.

—¿Me han oído? —les preguntó—. Echadas a perder como las vistas desde la casa. ¿No están de acuerdo?

Cuando Núria volvió a la mesa, la madre se dispuso a decir algo.

—Perdone —dijo Carme a su padre—, ¿no está de acuerdo? ¿O es que además de gordo se ha vuelto sordo?

—¡Carme! —exclamó Núria.

—¡Ha engordado vendiendo nuestra propiedad a los turistas y ahora tiene el valor de quejarse de que estropean las cosas!

—No perdamos la calma —dijo el padre.

—Por cierto, he vuelto a comprar los muebles. Los vi en una tienda de una bocacalle. El viejo piano y las mecedoras. Y si vende usted algo más —se volvió hacia el padre— llamo a la policía.

—¡Anda! ¡Oíd a la comunista! —intervino la madre—. ¡La policía! ¿Te refieres a la policía rusa? ¿A la china?

—Los bungalows son una birria —afirmó Carme.

—¿Sabes por qué vuestra abuela vendió la tierra? —le preguntó la madre—. Porque quería tener suficiente dinero en el banco para enviarte una suma todos los meses. ¡Cómo nos reíamos cada vez que íbamos juntas al banco! Verás, el director se tronchaba cuando tu abuela decía que quería enviar dinero a su pequeña comunista de Londres.

—¡Cállate, Montse! —exclamó el padre.

—Su pequeña comunista, la holgazana: demasiado holgazana e inútil para trabajar; demasiado holgazana e inútil para acabar un solo curso.

—Montse, te he pedido que no...

—¡Cómo nos reíamos cuando lo decía! La pequeña comunista que vivía a costa de su abuelita. Y ahora la pequeña comunista come nuestra comida. Y se queja de las vistas.

—Montse, necesitamos que... —terció el padre, furioso y agitado.

Carme se volvió hacia él.

—¿Qué necesitan?

El padre se puso en pie.

—Vamos —añadió Carme—, acabe. Siéntese y diga lo que iba a decir.

—Ya sabes lo que necesitamos que hagas, Carme —respondió él tras sentarse de nuevo. Habló con calma—. Núria ya te ha puesto al corriente. Yo le pedí que te lo dijera.

Carme miró a Núria, que no levantó la cabeza.

—¿Quién vendió los muebles? —preguntó Carme.

—Estaban podridos —dijo la madre.

—Podrido, he ahí una buena palabra —repuso Carme—. Para quitarle la tierra a una anciana hay que estar podrido. Y tu marido, Núria, ¿también ha engordado... también ha engordado con los beneficios que sacasteis?

Núria se puso en pie sin pronunciar palabra y entró en la casa.

—Cada trapito que llevas puesto lo pagó la pobre anciana —replicó la madre—. Y tú la llamabas una vez al año: eso es lo que obtuvo a cambio. ¡Y ahora vuelves justo a tiempo para reclamar tu herencia!

—Justo a tiempo, eso es —repitió Carme—. Justo a tiempo.

Se levantó de la mesa. Cuando subió a coger las llaves y dinero se cruzó con Núria en el pasillo sin dirigirle la palabra. Al salir de la casa vio que sus

padres seguían sentados a la mesa. Pasó por delante de ellos, subió al coche y se dirigió a Ciutadella.

Había filas de coches aparcados a ambos lados de la estrecha carretera que llevaba a la ciudad y se oían petardos y gritos a lo lejos. La noche era oscura como boca de lobo cuando Carme echó a andar, pero sabía que solo faltaban tres o cuatro horas para el amanecer. Era la víspera de San Juan. Se había perdido la primera parte de la fiesta, en que se dejaban sacos de avellanas en la plaza para que la gente las cogiera y se las tirara a cualquiera, a un amigo, a un amante, a un desconocido, a un enemigo. Le divirtió pensar que podría haberles lanzado una a su padre, otra a su madre y otra a su hermana, y que cada uno le habría arrojado a su vez una a ella —suponía— con una fuerza aún mayor.

Todavía se sentía desazonada por algo que había dicho su madre. No le molestaba que la llamaran «la pequeña comunista de Londres». Era típico de su abuela hacer esa clase de chistes y contárselos al director del banco si él estaba dispuesto a escucharlos. Le había herido el comentario de que la había telefoneado solo una vez al año. Era cierto. Debería haber hablado más a menudo con su abuela; no tenía excusa. Había dejado pasar demasiados años; así de sencillo. De pronto la invadió un intenso pesar al dirigirse hacia el centro de la ciudad, el lugar que su abuela más había querido en el mundo.

Sabía cuánto le habría gustado a su abuela llegar a solas con ella para disfrutar de unas horas de las fiestas y asistir al desfile de los caballos por las calles. Al doblar una esquina y ver la arena amarilla que habían esparcido sobre el adoquinado para que los caballos no resbalaran, susurró unas palabras al fantasma de la abuela. Le dijo que lo sentía. Que sabía que ya era demasiado tarde. Pero que había vuelto y que lamentaba haber estado fuera

tanto tiempo. Y que también se arrepentía de no haber hablado más con ella.

Una mujer plantada a la puerta de una casa con vasitos de plástico en una bandeja la detuvo para ofrecerle pomada. Carme aceptó la bebida riendo y tomó un sorbo. El sabor la hizo retroceder varios años; con la mezcla de limonada y ginebra local tuvo la sensación de que volvía a ser una adolescente y de que había llegado a Ciutadella con Núria y sus amigos. Recordó que en aquella época era la menor del grupo y que tenía que suplicar a su abuela que le diera permiso. Y esta lo controlaba todo y se aseguraba de que no pareciera muy jovencita ni demasiado sofisticada; además la obligaba a prometer que tomaría como mucho dos pomadas, ni una más, y que no se separaría de Núria ni se acercaría a los chicos que corrían detrás de los caballos. Carme le prometía que volverían temprano a casa, y su abuela le decía que eso sería un error: la víspera de San Juan ninguna muchacha de la isla llegaba a casa hasta mucho después del amanecer, y Carme y Núria no debían defraudar a la familia rompiendo esa tradición.

Le resultaba extraño andar sola por las calles de Ciutadella. En las partes más concurridas de Londres, ni siquiera de noche era insólito ver a una joven sentada a solas, o paseando sola, o yendo sola al cine. En Ciutadella nadie iba solo. Ni siquiera había parejas. Se veían grupos grandes de hombres jóvenes que daban vueltas, o de cinco o seis muchachas que paseaban con otros tantos chicos, o de tres o cuatro mujeres mayores que caminaban de arriba abajo. Observó que era la única persona que iba sola y supuso que debía de parecer una turista. De todos modos, pese a lo que habían dicho sus padres, turistas no había. Como era más de medianoche, quizá se habían ido a dormir, mientras que los isleños sabían que la fiesta comenzaba a medianoche. Y por lo visto tampoco había forasteros: la gente se saludaba con familiaridad y se sentía a sus anchas agolpada a ambos lados de las callejuelas a la espera de que los caballos pasaran al galope con sus jinetes.

Los caballos eran más grandes de lo que recordaba y llegaron a toda velocidad entre aplausos y gritos. Los jinetes, vestidos con trajes medievales, no se inmutaron cuando unos grupos de muchachos se plantaron en el centro de la calle para impedirles el paso; los jóvenes se colocaron bajo el vientre de los caballos y con los hombros empezaron a alzarlos con delicadeza para que se levantaran sobre los cuartos traseros. Sabía que los animales habían sido adiestrados para no dar coces ni espantarse; aun así, imperaba una sensación de lucha y dramatismo debido a los gritos de ánimo de quienes se hallaban en la calle y de los apiñados en las ventanas altas de las casas. Como si se tratara de una competición, los hombres intentaban mantener los caballos empinados tanto tiempo como podían antes de dejarlos descender para que se apoyaran sobre las cuatro patas.

Una vez frenados de este modo los caballos, a los umbrales salieron mujeres que invitaban a los jinetes a entrar por las estrechas puertas a los zaguanes y los cuartos de estar para realizar un *botet*. Insistían en pedir un *botet*: que el caballo se pusiera de manos un segundo para así dar suerte a los de la casa durante el resto del año. Carme observó que algunos jinetes complacientes guiaban a las monturas por puertas increíblemente angostas; una vez fuera, apartaban la vista al recibir nuevas peticiones y avanzaban hacia la calle siguiente.

Viéndolos alejarse advirtió lo que recordaba que sucedía años antes la víspera de San Juan cuando los caballos, tras llevar a cabo su ritual, abandonaban la calle. Un sentimiento de melancolía embargaba a todo el mundo, se producía una especie de decaimiento colectivo cuando se daban cuenta de que la emoción había pasado. El verano se encontraba en su punto culminante: en adelante los días serían más cortos; las sombras, más densas. Ese sentimiento duró solo unos minutos, pero trajo consigo recuerdos de quienes habían presenciado esa noche en años anteriores y habían muerto; de

quienes habían adorado esa noche y se habían ido para siempre. Al mirar alrededor, sobre todo el rostro de las mujeres, lo percibió: la expresión de pesar, una quietud repentina. Y luego se disipó con la misma rapidez con que se había producido. La gente alcanzaba las bebidas que les ofrecían gratis los vecinos de la calle, o decidía seguir a los caballos, o daba media vuelta para encaminarse a casa.

Carme tenía previsto regresar al coche cuando vio un grupo de hombres que se acercaban. Conocía a varios de haberlos tratado en los veranos pasados en la isla. Unos cuantos eran menorquines; otros pocos de Barcelona. Deseó haberse escabullido hasta que se dio cuenta con alivio de que al parecer ignoraban que había estado en el extranjero. Le hablaban como si la vieran a diario. Cuando les contó que Núria se había quedado en casa al cuidado de los niños se sorprendieron de que estuviera sola e insistieron en que los acompañara. No se molestó en preguntarles adónde se dirigían; sabía bien que pasarían por las calles y luego irían de bares y más tarde, al romper el alba y comenzar las justas, a la playa. La fascinó la desenvoltura de los hombres y le divirtió la actitud resuelta con que se abrieron paso a empujones entre la multitud que encontraron en la primera esquina, como si fueran los organizadores de las fiestas y se reclamara urgentemente su presencia en otro sitio. Le gustó asimismo que ninguno le preguntara nada ni intentara acapararla o coquetear de manera abierta con ella. Daban por sentado que formaba parte del grupo; con la compañía de esos hombres y el calor de la noche se sintió a sus anchas para reír y sonreír mientras caminaban.

En el primer bar pidieron cerveza para todos, también para ella, sin preguntarle siquiera. Durante los años pasados en el extranjero no había probado una sola Estrella y su sabor destapó un conjunto casi ilimitado de sensaciones y recuerdos —de veranos en la isla, de copas con los amigos y camaradas en bares de la plaza Universidad de Barcelona después de

asambleas en la facultad—, todos ellos asociados en su mente al placer. Cerró los ojos y se la bebió de un trago. Uno de sus compañeros le pidió otra antes de enseñarle un porro y preguntarle si quería ir a fumárselo a la esquina con él y su amigo. Al mirar al grupo de hombres Carme comprendió que la mezcla de determinación acelerada, relajación y buen humor se debía a que estaban colocados. Pensó que tendría que haberse percatado nada más verlos. Una vez en la calle, le chocó la naturalidad con que se fumaban el porro a la vista de todos, la despreocupación con que se lo pasaban. Al parecer, a ninguno de los numerosos viandantes le llamaba la atención. Los dos hombres eran barceloneses, pero Carme los conocía de la isla y no de haberlos visto en Barcelona. Al más alto lo había conocido como Nando, pero ahora se hacía llamar Ferran, lo que le resultó gracioso; el otro seguía llamándose Oriol. Comprendió que al salir con ambos había dado pie a que uno de los dos intentara intimar con ella y permaneciera a su lado el resto de la noche. Sabía que si no quería que eso sucediera debía entrar cuanto antes en el bar y dejarlos en la calle. Ellos entenderían que no debían ir detrás de ella. Dio unas cuantas caladas más y bebió un trago de cerveza fría. Reflexionó mientras los miraba a los dos, que tenían una manera encantadora de fingir que no ocurría nada, si bien su actitud indicaba que esperaban a ver si se quedaba con ellos o volvía al local. Se encogió de hombros y se apoyó en la pared tras determinar que dejaría que las cosas siguieran su curso; se quedaría, no tomaría ninguna decisión, y que Ferran y Oriol resolvieran entre ellos el asunto. Si uno de los dos quería caminar a su lado por las calles, invitarla en los bares e ir a la playa al salir el sol, a ella le parecería bien.

Cuando comprendieron que pensaba seguir con ellos, Carme casi rompió a reír por la diferente manera como tenía cada uno de actuar para ser el que acabara con ella. Estuvo tentada de preguntarles si escaseaban las mujeres en la isla. Y se rio como una tonta al pensar que todas las madres de Menorca

tenían a sus hijas encerradas, a salvo de las garras de Ferran y Oriol. Ferran le hablaba, intentaba contarle algo sobre la casa donde se alojaban, en un catalán trufado de vulgarismos castellanos y vocablos locales; Carme disfrutó viendo que apenas se le entendía. Oriol se limitaba a poner cara de interesante. Llevaba melena y vaqueros ceñidos y era flaco como una estrella de rock. Se las arreglaba para participar en la conversación sin pronunciar una sola palabra. Carme sintió la tentación de hincarle un dedo en el vientre y pedirle que ayudara a Ferran, quien había perdido el hilo del relato. Una vez terminado el porro, volvieron al bar, donde los otros se disponían a salir para ir otro sitio.

En el siguiente local pidieron gin-tonics. Como la música estaba muy alta, apenas conversaron. Ferran y Oriol se quedaron a su lado, el primero balanceándose sonriente, el segundo más relajado y distante. Cuando Oriol se echó el pelo hacia atrás, Carme observó lo guapo que era. Al advertir que ella lo miraba Oriol sonrió con una expresión que denotaba orgullo, casi engreimiento. Eso la llevó a volverse hacia Ferran y decirle algo a sabiendas de que no la oiría; se acercaron. Ferran le rodeó la cintura con el brazo y ella se pegó a él solo un momento. Bastaba para señalar que, si no ocurría nada, estaría con Ferran el resto de la noche.

En el siguiente bar en que entraron sonaba una música más suave. Encontraron asientos y otros amigos al grupo se incorporaron. A Carme la complació ver que Ferran la dejaba a su aire y que Oriol había aceptado la derrota y no se acercaba. Ferran no intentaba imponerle su compañía, sino que charlaba con los otros e iba de vez en cuando a la barra; aun así, permanecía dentro de la órbita de Carme y se aseguraba de darle a entender que no pensaba ir a ninguna parte sin ella. Al cabo de un rato se acercó a decirle que

uno del grupo quería subir al convento y esperar a las puertas, pues antes de ir a la playa para las justas los caballos y jinetes visitarían a las monjas, que se levantaban antes del amanecer. Añadió que todos irían en cuanto se terminaran las copas, o quizá un poco más tarde. No valía la pena llegar demasiado temprano, ya que tal vez las monjas no se hubieran vestido todavía.

Carme se rio y dijo que sin duda estarían encantadas de verlos a todos. Ferran se sentó a su lado. Por un instante ella pensó que iba a besarla, pero algo lo distrajo y se limitó a mirarla varias veces con gesto serio. Mientras se tomaba la copa se sintió cansada y casi se arrepintió de haberse quedado hasta tan tarde; no sabía si marcharse. Sin embargo, en cuanto la música cambió y sonó más alta, se arrellanó en el asiento y disfrutó del agotamiento. Se levantó y siguió a Ferran cuando él le propuso que salieran a fumarse otro porro.

Cuando llegaron a la playa, el sol casi calentaba y ya se había congregado una multitud: unos habían pasado la noche de parranda y otros habían madrugado para asistir a las justas, que tenían todos los elementos de un espectáculo medieval. De dos pértigas clavadas en la arena pendía un cable con una anilla colgada en el centro. Armados con una lanza, los jinetes avanzaban despacio por la playa y de pronto aceleraban hasta adquirir una velocidad temeraria para tratar de atravesar la anilla con la lanza entre los gritos de aliento del gentío. Carme, que hacía un rato —en el convento y cuando se habían dirigido con paso indolente a tomar un café— se había sentido exhausta, casi irritada y con ganas de echarse a dormir en cualquier parte, volvía a rebotar energía mientras gritaba con los demás cada vez que se acercaba un jinete a lomos de su caballo.

El mar se veía terso y hermoso con la luz de la mañana. En algunos momentos de las horas siguientes se sintió exultante por la noche que había

pasado y quiso llevar a Ferran a casa para hacer el amor. Sin embargo, siguió guardando las distancias: no se acercó a él ni lo tocó y evitó que la sorprendiera mirándolo. Aun así, sabía que Ferran no se iría, y la sensación de que habían llegado a un acuerdo tácito acrecentó su placidez y su satisfacción cuando quedó claro que pronto llegaría la hora de marcharse.

Tras esperar un rato, atrajo la atención de Ferran y le hizo un gesto con la cabeza. Se encaminaron juntos a la ciudad como si lo hubieran organizado todo de forma minuciosa. Se alegró de que no intentara cogerle la mano ni rodearla con el brazo; tan solo la rozaba tiernamente mientras se dirigían en silencio hacia el coche.

Al consultar la hora vio que no eran más que las seis y cuarto. En casa de su abuela todavía estarían dormidos; no tendría que preocuparse de presentar a Ferran a la familia. No obstante, se llevó un dedo a los labios tras aparcar y doblaron la esquina con cautela, como adolescentes que llegan tarde a casa. Cuando Ferran profirió un grito al ver la piscina a ella casi le entró pánico y le ordenó que no hiciera ruido. Él miró alrededor como un ladrón de comedia y le preguntó por señas si le apetecía que liara un porro. Carme casi se rio a carcajadas y respondió que sí.

Mientras ella fumaba repantigada, Ferran se desvistió en silencio y tras dar una calada se lanzó a la piscina en calzoncillos. El ruido de la zambullida sonó atronador y unas palomas que anidaban cerca se alejaron en un inmenso revuelo. Ferran daba vigorosas brazadas desmañadas, y Carme pensó que el estruendo que causaba en el agua sin duda despertaría a los de la casa. Por eso no le sorprendió ver que se abrían unos postigos. Su madre asomó la cabeza e hizo un gesto con la mano para indicar que Carme y quienquiera que fuera su amigo debían abandonar la finca. Ella le respondió dando con calma una larga calada al porro y saludándola con la mano en que lo sostenía. Se echó a reír. Cuando la madre cerró los postigos, Carme no pudo contener la risa.

Ferran salió de la piscina y se vistió, y entonces se dieron cuenta de que estaban muertos de hambre. Fueron a la cocina y se prepararon unos bocadillos con el queso y la carne que encontraron en el frigorífico; Ferran descorchó una botella de cava frío para brindar en honor de la mañana y el tapón se estrelló con estrépito contra el techo de la cocina.

Más tarde la despertaron las voces de los niños y miró a Ferran, todavía dormido; tenía un brazo estirado y con el otro le rodeaba el hombro. Los ingleses no dormían así, pensó Carme; o al menos los que ella había conocido. Ferran tenía la boca entreabierta. Se oía el subir y bajar de su respiración, que era suave, y se percibía la placidez de su sueño. Carme recordó que Ian roncaba siempre que se tendía de espaldas y que nunca dormía abrazado a ella; por la noche se daba la vuelta y se apartaba, y si se arrimaba a ella por la mañana era señal de que quería sexo.

De todos modos, a fin de cuentas quizá no hubiera muchas diferencias entre esos hombres: tenían las mismas necesidades de afecto. Eran capaces de pasar toda una noche —como Ferran acababa de hacer; como Ian había hecho en el pasado— observando y esperando discretamente, con cuidado de evitar cualquier cosa que la llevara a desear irse a la cama sola. En todo momento estaban pendientes de lo que vendría después. Pensó que eran como niños el día de su cumpleaños, y tuvo que reprimir una risita. El efecto de lo que Ferran había puesto en los porros le había durado hasta la mañana.

Al despertarse Ferran le dijo que había quedado con sus amigos a las cinco de la tarde. Le contó que lo hacían todos los años: el 24 de junio iban al restaurante que tenían dos de ellos a comer entre la hora del almuerzo y la de la cena, cuando el local estaba cerrado. Todos habían pagado por adelantado, y la comida sería buena. Le propuso que lo acompañara y Carme aceptó. Se

ducharon en el cuarto de baño del final del pasillo. Ella accedió a pasar por la casa donde se alojaba Ferran para que se cambiara de ropa.

Sus padres y Núria tenían invitados a comer. Estaban sentados a la mesa del exterior. Carme había advertido a Ferran que no se detuviera; no pensaba presentarlo, pasarían de largo y, si alguien les hablaba, dirían que tenían prisa. Su madre hizo ademán de levantarse cuando los vio salir. Carme la miró de frente y enseñó a todos la llave del coche mientras conducía a Ferran por delante de la mesa sin pronunciar una sola palabra ni esperar a que le presentaran a los invitados. Al llegar al coche sintió la tentación de asomarse un instante por la esquina para ver qué hacía su madre, pero se contuvo y se alejó en dirección a Ciutadella.

El restaurante parecía una cabaña. Se hallaba en una cala, junto a un embarcadero. Bajo el toldo de la entrada los dueños habían instalado una mesa larga con cubiertos para veinte o más comensales. Cuando llegaron, un amigo de Ferran al que Carme había conocido la víspera lo llamó desde el embarcadero. Le contó que iba a recoger a dos o tres personas en su bote de motor y los invitó a acompañarlo.

Carme se sentó en la borda y se alejaron del muelle a toda velocidad. El agua era clara y azul y el sol calentaba en un cielo sin una sola nube. Soplaban el viento, por lo que a veces el bote se balanceaba mucho y había que gobernarlo con aplomo y destreza. Al cabo de unos minutos Carme acabó mojada por las salpicaduras y se sentó dentro de la embarcación. Con los ojos cerrados y agarrada a un cabo, se reía mientras el fondo se llenaba de agua. Tenía la ropa empapada y el cabello despeinado por las rociadas salobres. En una ocasión, cuando el bote giró hacia una ensenada, estuvo a punto de pedir a gritos al amigo de Ferran que fuera más despacio y con más cuidado, aunque

él no la habría oído por el ruido del motor.

Cuando recogieron a los otros y ya se disponían a regresar, estuvo tentada de aconsejarle que no corriera tanto en la vuelta, pero dudó al ver la expresión de su rostro y cómo manejaba la embarcación. Comprendió que no se había dado cuenta de hasta qué punto el comportamiento de ese hombre —brusco, masculino y muy competente— era propio de la isla. La habría considerado una chica boba de Barcelona si ella le hubiera pedido que fuera más despacio. Despeinado, con las chancletas, los vaqueros desgarrados y la camiseta descolorida, estaba plenamente al mando.

De regreso en el restaurante, vio que ponían ensaladeras en la mesa y que un cocinero con delantal blanco sacaba botellas de vino blanco y jarras de agua. Percibió el olor de las gambas que hacían a la plancha. Por fin se sentaron todos. El marisco se sirvió tan pronto como estuvo listo, con la promesa de que había más. Las primeras gambas eran pequeñas y deliciosas; las que llegaron después parecían cigalas por el tamaño. Estaban asadas a la perfección y no llevaban aderezos ni ninguna salsa; su textura no era ni demasiado dura ni gomosa, sino firme. Tenían mucho sabor. Le gustó que se sirvieran sin más acompañamiento que la ensalada; nada de arroz, patatas o verduras. Deseó que Ian pudiera ver esa mesa mientras todos comían con ganas entre gritos joviales, bromas, platos que se pasaban y copas escanciadas. Llevaron grandes cuencos de cerámica para que tiraran en ellos las sobras, así como recipientes con agua y rodajas de limón para que se lavaran los dedos al acabar de comer.

Se retiraron las fuentes, los cocineros se sentaron a comer las gambas que quedaban y, mientras se ponían en la mesa las tazas de café, una mujer sentada en el otro extremo, a quien Carme no conocía, se dirigió a ella.

—¿Llevas mucho en la isla? —le preguntó.

—No. Y hacía años que no venía.

Por primera vez se oía una única conversación en la mesa. Carme habría deseado que tratara de otro tema, o que la pregunta fuera dirigida a cualquiera de los otros.

—¿Estabas en Inglaterra?

—Sí.

—¿Has tenido que pedir un pasaporte británico?

—No. Tenía un visado de estudiante.

—¿Es que no te retiraron el pasaporte?

—Tardaron en entregármelo cuando tuve que renovarlo, pero no...

—¡Menudos cabrones estaban hechos! —dijo la mujer.

—¿Quiénes? ¿De quiénes habláis? —preguntó un hombre.

—De la policía —respondió la mujer—. La torturaron.

—No, no me torturaron —la interrumpió Carme.

—Me lo dijo tu abuela.

—Me detuvieron.

—Tu abuela me contó que tuviste que salir del país a toda prisa.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó alguien.

—En tiempos de Franco.

Todos guardaron silencio. Carme miró a Ferran, que la observaba con renovada atención. Por la manera en que se había pronunciado la última frase daba la impresión de que Franco había quedado muy atrás, de que formaba parte de la historia pasada. Aunque llevaba menos de tres años muerto, su nombre se había dicho como si perteneciera a una época igual de remota que el reinado de Isabel y Fernando. De repente Carme se sintió señalada, como si su presencia, o la política, hubiera arrojado una sombra sobre la vida de esas personas, la comida, las fiestas. Se alegró cuando llevaron dos cafeteras grandes a la mesa y una botella de brandy Mascaró pasó de mano en mano y todos dejaron de prestarle atención. Miró a Ferran, que se encogió de hombros

y extendió las manos con las palmas hacia Carme para indicar que era peligroso meterse con ella. Carme le apuntó con un dedo amenazador, él se echó hacia atrás y los dos se rieron. Ferran lio otro porro.

Llegaron después de la medianoche a casa de la abuela, donde de nuevo reinaba el silencio. Carme se alegró de que todos se hubieran acostado ya. Como estaban rendidos, pensaban ir derechos a la habitación, pero Ferran dijo que quería subir un vaso de agua fría. Carme profirió un grito ahogado al encender la luz de la cocina y ver el frigorífico. Alguien lo había rodeado con una cadena oxidada y había cerrado el candado, de modo que la puerta no se abría más que un par de dedos. Ferran examinó el candado, tras lo cual ambos retrocedieron perplejos.

—Esta noche, nada de bocadillos —dijo él—. Y tampoco agua fría. ¿Quién lo habrá hecho?

—Mi madre —respondió Carme.

Se acercó a la puerta del frigorífico y le asestó una patada que lo lanzó contra la pared. Ferran también le propinó puntapiés hasta dejar una abolladura. El zumbido del aparato aumentó como si se quejara de dolor; después descendió hasta convertirse en un ruido más sosegado. Carme supuso que mientras ellos estaban en la cocina todos los de la casa se habían despertado. Se llevó un dedo a los labios e indicó a Ferran que la siguiera en silencio por la escalera. Él entró en el cuarto de baño y ella lo oyó orinar en la taza y lavarse las manos. Imaginó que los demás también lo habían oído.

Por la mañana, al cruzar la habitación para ir al baño vio una nota bajo la puerta. Era de Núria.

Nos vamos. Encontrarás las llaves en la mesa de la cocina, para que cierres cuando te marches. ¿Te importaría dejarlas donde siempre, bajo la piedra grande? Siento en el alma lo de la nevera. No tengo nada que ver. Y papá también está muy enfadado. Mamá se niega categóricamente a darnos la llave para que la abramos. Esta no es forma de recibirte. Llámame pronto. Besos,

NÚRIA

La palabra «categóricamente» le dio risa, y cuando Ferran se levantó de la cama para leer la nota encontró a Carme en el suelo casi presa de un ataque.

Más tarde, después de que tomaran café en una pequeña cafetería de un pueblo, ella lo llevó en el coche a recoger sus cosas y luego al aeropuerto, donde Ferran debía subir a un avión con destino a Barcelona. Carme le anotó su número de teléfono y le prometió que no tardaría en ponerse en contacto con él. Se despidieron y regresó a casa de su abuela.

Estaba cansada. Se sentó en una de las sillas de plástico, junto a la piscina, que la familia había tapado antes de partir. Pensó que le apetecía una bebida fría y comer algo ligero, y al instante se dio cuenta de que había olvidado que el frigorífico seguía cerrado con la cadena. Entró a mirarlo otra vez. Habría deseado tener una cámara para fotografiarlo.

No sabía qué hacer en la vieja casa vacía. Temía que si se echaba la siesta se despertaría en plena noche y no podría volver a conciliar el sueño; decidió permanecer despierta tanto tiempo como pudiera. Subió a la habitación a ponerse el bañador y un vestido ligero. Se calzó las sandalias y buscó una bolsa donde meter el monedero, una toalla y las llaves de la casa. Años antes habría llegado a la playa en cuestión de minutos, pensó; con la vereda cerrada, tendría que rodear los bungalows.

En la playa no había casi nadie y la arena estaba revuelta por quienes habían pasado el día tumbados al sol o corriendo por la orilla. Recordó que en

los viejos tiempos el lugar habría estado desierto a esas alturas de junio y que siempre habían encontrado la arena lisa, tersa. Ahora saltaba a la vista que había habido turistas durante todo el día, y seguía habiéndolos en las terrazas de los bares y restaurantes que daban a la playa. Dejó la bolsa en la arena, se quitó el vestido y caminó hacia la orilla. El agua estaba deliciosa, como siempre al atardecer; las olas habían avanzado y retrocedido apacibles bajo el intenso calor del sol, e incluso la arena que el oleaje cubría estaba caliente. Se alejó nadando con una destreza que jamás la había abandonado y con respiraciones profundas, y cuando dejó de tocar fondo se puso boca arriba para contemplar el cielo. Flotó empujada mar adentro por la fuerza de las olas; volvió el rostro hacia la cala, en el pasado un paraje de una inmensa belleza solitaria y ahora invadido por la multitud. Vio a los turistas que bebían cerveza en las mesas con sombrillas de colores chillones oyendo una canción de Julio Iglesias que sonaba a todo volumen por los altavoces de un bar.

Después de secarse encontró una mesa vacía en una terraza y se fijó en una tiendecita que, encajonada entre el bar y un restaurante, vendía postales, carretes de fotos, pelotas de playa y juguetes. Se acercó al ver que tenía fuera un estante con periódicos; echó una ojeada a los ingleses, que, según vio, eran de hacía dos días. Volvió a la mesa tras comprar un ejemplar del *Guardian* y pidió una cerveza y calamares.

Pensó que pronto iría a Barcelona y localizaría a algunos amigos de la universidad, los que seguían en política, los que se preparaban para tomar el poder en la nueva España. Estaba segura de que el padre o el tío de uno de ellos era abogado. Recordaba un despacho con ventanas altas en el Eixample, en la calle Mallorca o la Gran Vía; imaginó un anciano que, sentado a un escritorio, examinaba con detenimiento el testamento de su abuela y en un catalán correcto y anticuado le aconsejaba cómo actuar con todos ellos: con el padre, la madre y la hermana, Núria. Y qué hacer con la propiedad y las

acciones heredadas de la abuela.

A su alrededor solo oía lenguas extranjeras, a personas que se daban voces en inglés, alemán y holandés. Decidió que antes que nada buscaría un contratista de obras para derribar el muro que impedía ir de la casa de su abuela a la playa. Sobre eso no consultaría a nadie. Empezaría a buscarlo al día siguiente, después de pagar al anticuario los muebles de la abuela. Entretanto leería en el periódico las noticias de Inglaterra, donde había pasado ocho años, y por la noche dormiría a pierna suelta, sola. Al acercarse a los labios el vaso de cerveza fría sintió una satisfacción que nunca había esperado experimentar, un bienestar que no había creído que llegaría a conocer.

Barcelona, 1975

Al principio eran dos. Me observaban con naturalidad y desenfado. Eran guapos y, como los actores, estaban muy pendientes de sí mismos, vestidos, según recuerdo —y es posible que me equivoque respecto a algunos detalles—, de blanco y negro, uno con chaleco, el otro con camisa de manga larga y sin cuello. Uno era más alto; los dos eran delgados y ágiles. El más alto era también más atrevido y descarado; el otro se contentaba con deleitarse en su propia belleza de pocas carnes. Me observaban y querían algo de mí, y yo no estaba seguro de qué era.

Tenía veinte años. Había partido de Dublín al acabar los exámenes finales. Primero había tomado un barco a Holyhead, luego un tren nocturno a Londres y por último un avión —mi primer viaje en avión— a Barcelona. Era un novato, estaba triste y añoraba mi tierra. Al principio a veces me quedaba el día entero en la cama, oyendo los ruidos de la ciudad —el subir y bajar de persianas metálicas, motos, voces—, con ganas de estar en mi cama de antes, en una habitación de Hatch Street, en un lugar donde todo me resultara familiar y sencillo.

Una noche soñé que encontraba un globo enorme que me llevaba por encima de los Pirineos y del golfo de Vizcaya hasta el bienestar de Dublín. Soñé que desde las alturas contemplaba los reinos de la tierra, que relucían como oro ante la perspectiva de abandonar el suplicio diario y la constante agitación de estar solo en una ciudad extranjera durante un período indeterminado sin conocer ni una palabra del idioma.

Aquellos dos continuaban mirándome. Para cerciorarme de que en verdad iban detrás de mí, de que no eran imaginaciones mías, me levanté y bajé despacio por las Ramblas en dirección al puerto. Ellos se levantaron del banco de enfrente, y al mirar hacia atrás vi que me seguían. Volví a sentarme y ellos se sentaron con toda insolencia frente a mí. Uno me sonrió y le sonreí a mi vez. No me amenazaban, no me daban miedo y no pensaban irse. De todos modos, a esas alturas yo no estaba seguro de que quisiera que se fueran.

El más alto vino a sentarse a mi lado. No tardamos en descubrir que teníamos un problema. Yo no sabía español y él no sabía inglés. Cuando le hablé en un balbuceante francés escolar, negó con la cabeza, señaló a su amigo y le pidió que se acercara. El amigo tampoco sabía inglés, pero dominaba el francés. Enseguida salieron a relucir varios datos: vivían cerca, en la plaza Real; uno era pintor; el otro, el más bajo, estudiaba literatura. No se sorprendieron cuando les conté que estaba solo en la ciudad, que vivía en una pensión cercana y que buscaba trabajo de profesor. Me hablaban como si no quisieran separarse de mí.

Debimos de tomar una copa o charlar largo y tendido. También es posible que, confiados y necesitados de afecto, nos dirigiéramos enseguida a un piso de la última planta de un edificio situado en una esquina de la plaza Real; un piso que, como un laberinto, contenía a su vez apartamentos y habitaciones cerradas con llave, una de las cuales era del pintor. La del estudiante de literatura, con baño como la de su amigo, estaba al otro lado del pasillo, mugriento y mal iluminado.

Yo ignoraba qué íbamos a hacer cuando fuimos. Conversar un rato más, supuse. Tomar una copa quizá. No, en realidad debía de saberlo. No era tan inocente, aunque nunca había hecho nada parecido. Imagino que lo que en realidad no sabía era cómo lo haríamos, cuándo ni en qué combinación. Sé que al final estuve desnudo en una cama con cada uno de ellos por separado, pero

no recuerdo el orden ni las circunstancias exactas.

Sé que estábamos en la habitación del pintor. Sus cuadros me parecieron malos, demasiado prosaicos y toscos; en cambio, la habitación era espléndida, abarrotada de objetos raros, grabados, pósters y adornos curiosos. Había un pequeño estéreo y un único disco de música clásica entre la colección de jazz, rock y canciones españolas de antes. Era el Triple Concierto de Beethoven. Les pedí que lo pusieran y se convirtió en la sintonía de mis visitas a esa habitación en los meses siguientes, la única música que oí en aquella época. La hermosa entrada del violonchelo al inicio era algo más que un aspecto del placer que experimenté y de lo que aprendí en aquel cuarto y ahora los simboliza; los acordes y las cadencias del concierto y sus magníficos cambios súbitos bastan para evocar la escena con todo lo que tuvo de novedad, excitación y gloria.

La habitación del pintor se me aparece de dos formas. Era una pieza pequeña, íntima, iluminada por una lámpara y presidida por una cama enorme; por otra parte, era una pieza grande donde muchas personas dormían a gusto. No entiendo cómo es posible que fuera las dos. La primera noche era una habitación pequeña. Creo que había una silla. Sonaba la música. Uno de nosotros estaba sentado en la cama. El pintor entraba y salía. El otro, el interesado en la literatura, se acercó y empezó a besarme. Su aliento tenía un sabor desconocido para mí. Era sabor a ajo. Y aún ahora, cada vez que lo huelo en el aliento de alguien, me transmite una carga erótica, una sensación de puro placer despreocupado, de labios, lenguas y dientes bellos y la promesa de cálida piel suave y de sexo.

Me incomodaba que el pintor regresara y nos pillara besándonos, y cuando volvió me aparté como si nos hubiera sorprendido un progenitor o un profesor. Eso les hizo gracia. Barcelona en 1975 era un territorio extranjero, como no tardé en descubrir. Trataba de adivinar las reglas. Esos dos jóvenes eran

amigos, no amantes. Por lo visto me habían seguido sin haber hablado de cuál de los dos se ocuparía de mí cuando llegáramos al piso. No deseaban estar juntos conmigo, pero no les daba vergüenza que el otro lo viera en esa fase preliminar. De modo que volvimos a besarnos, esta vez como si diera igual quién miraba.

Aquella noche —u otra, no mucho después—, me follé al literato en la cama del pintor. Desnudo era con diferencia el más bello de los dos: era más suave, más femenino; tenía la cintura mucho más delgada y las piernas largas y bonitas; el culo lampiño y casi gordezuelo.

Me besaba con lenta pasión y reaccionaba a cada movimiento con lentitud, cuidado y parsimonia. Sus labios y su aliento eran lo que más me gustaba. De un cajón de la mesita de la derecha sacó vaselina. Se untó con ella el ano y me embadurnó la polla y se puso de espaldas a mí, boca abajo, con los brazos estirados hacia delante, la cabeza de lado.

Yo solo lo había hecho una vez. Suponía que era fácil. Me tumbé encima y se la metí con fuerza, con una violencia que él no debía de haber percibido antes en mí. Chilló y me gritó en francés que la sacara, que la sacara, que le hacía daño. Una vez libre de mí, se dio la vuelta y se estrechó con los brazos gimiendo. Me excitó pensar que le había hecho daño, pero también me preocupó que no volviera a hablarme o no quisiera saber más de mí. Yo no creía que hubiera hecho nada malo.

Por algún motivo, durante los minutos siguientes la lengua francesa dejó de servirnos. Él tuvo que emitir sonidos y gesticular con las manos para recalcar que le había penetrado muy de sopetón, con excesiva rapidez y demasiada fuerza, y que debía entrar más despacio, poco a poco, con mayor delicadeza. Todas esas indicaciones llevaron su tiempo. No se me pasó por la cabeza que yo pudiera perder el interés en acabar lo que había empezado. Seguía dispuesto a aprender y tenía ganas de follarlo más. Así pues, estaba preparado

para comenzar de nuevo y hacerlo como él decía. Se dio la vuelta otra vez y se puso más vaselina en el ano. Él quería que volviera a follarlo; yo sabía ahora que no deseaba que le hiciera daño. Aun así, buscando complacerlo le provoqué una mueca de dolor al meterle la polla lo máximo que pude. Empecé a follarlo tan despacio como era posible y procuré seguir moviéndome hasta que pareció dolorido y satisfecho a la vez.

No sé si fue aquella misma noche cuando acabé en otra habitación, mucho más pequeña, con el pintor y observé que poco a poco se aburría de mí, tras haber comenzado, con un ardor inmenso y arrollador, a besarme, a abrazarme y a acariciarme todo el cuerpo. No sé si llegamos al orgasmo; si así fue, representó el final de nuestras relaciones sexuales. La pasión que sentimos era un juego sin importancia y terminó apenas iniciado.

Mientras el viejo dictador se moría, los tres intentábamos volver a vernos. Acudí al piso en varias ocasiones: llamaba a los timbres, alguien me abría la puerta pulsando un interruptor y al subir a la última planta me encontraba siempre con un desconocido. A veces dejaba una nota. El tío al que me había follado fue a mi pensión un día y me dejó una a mí. Mi patrona, que se sintió intrigada por él, meneó la cabeza y gesticuló para darme a entender que un hombre interesante había ido a visitarme. En una ocasión me crucé con el pintor en las Ramblas; me indicó por señas que tenía prisa y que esperaba verme más tarde en el piso.

No sé si la siguiente vez que encontré a mis amigos en casa fue la primera noche de la orgía. Sea como sea, en mi recuerdo la habitación del pintor se agranda y de pronto hay otras camas y colchones en el suelo y quizá una veintena de tíos. Aquella noche nadie iba borracho y en el piso no había bebidas alcohólicas, lo que me sorprendió. En Irlanda, de haberse celebrado

una orgía —algo inimaginable en 1975—, todo el mundo habría tenido que emborracharse primero y hacer como si en realidad no ocurriera nada. En esa orgía del último piso del edificio de la plaza Real, los veinte no tardamos en desnudarnos con total desinhibición. No había drogas, pero sí muchas risas espontáneas. Inocente de mí, creí que las orgías carecían de reglas: buscabas al que te gustaba y te enrollabas con él durante tanto rato como te apeteciera y cuando te cansabas lo dejabas para montártelo con otro, o con otros al mismo tiempo si se presentaba la oportunidad.

Me enrollé con el primero que se me acercó. Era simpático y corpulento, de ojos castaños y piel suave. Se empalmó apenas lo toqué. Encontramos una cama al lado de la cama grande y empezamos a jugar. Poco a poco me di cuenta de que había reglas. En aquella habitación nadie follaba ni se la chupaba a nadie. Todos se besaban y se acariciaban entre sí. Era como si hubiera surgido un pudor insólito. Todos estaban en pareja; nadie molestaba a las otras parejas ni dejaba al tío que había elegido para escoger a otro que le gustara más. Tras media hora de agradable monogamia, me di cuenta de que lo había entendido todo mal. Tendría que haber esperado. Había cometido un gran error.

Aquel error me sonreía mientras nos besábamos. Yo le sonreía a mi vez. El chico estaba bien, pero al otro lado de la habitación había un tío solo que estaba aún mejor. Observaba la orgía con considerable atención y todavía llevaba puestos los calzoncillos. Advirtió que yo lo miraba. No era alto pero sí fuerte, aunque sin ser demasiado musculoso. Es posible que fuera atleta o nadador. Tenía el pelo castaño y lustroso, que le caía desaliñado, y los ojos oscuros; aun así, no parecía español. Podía muy bien ser holandés o de la Europa del Este. Deseé haber esperado a verlo y poco a poco quedó claro que él también deseaba que lo hubiera hecho. El problema estribaba en deshacerse del tío con el que yo estaba, que se mostraba cada vez más apasionado e

impaciente.

Si hacía que se corriera, ¿me libraría de él? Sin embargo, ni mi compañero ni los demás querían llegar al orgasmo, según parecía. Era otra de las reglas secretas. Esa pérdida de la serenidad, como la llamó el Papa en una ocasión, no formaba parte de la orgía. Correrse habría significado exponerse por un momento y nadie quería hacerlo en público. Tendría que esperar. Mi compañero tardó un rato en reparar en mi desinterés. Se lo tomó con buen humor. Se levantó y salió del cuarto tras indicarme por señas que volvería enseguida. Me di cuenta de que en el pasillo había otras habitaciones con camas. Lo seguí en busca del baño. Al pasar por delante del tío con los calzoncillos puestos le dirigí un gesto de asentimiento y él asintió a su vez. Encontré un cuarto vacío con una cama vacía y aguardé.

El tío nuevo se mostró tímido y titubeante al entrar. Se sentó en el borde de la cama y me miró. Ya sabía que yo era irlandés; se lo habían dicho. Hablaba muy bien el inglés, pero solía interrumpirse entre una frase y otra para pensar. Me fijé en lo terso que tenía el cuerpo, en lo firme y duro que parecía. Me pregunté qué querría él y cómo sería besarlo. Transmitía una sensación de distancia. Su sexualidad quedaba más oculta, más protegida que la de los otros hombres de la habitación. Se mantenía retraído.

De repente, sin previo aviso y sin disculparme, le puse la mano en el pecho. Me miró con expresión grave y no se movió. Antes de eso había sonreído al hablarme y habíamos intercambiado sonrisas cuando se quedaba callado. Ahora la seriedad del momento era tal que no cabía sonreír. Me miró. Era como si fuera a cambiarle el color o la naturaleza de la sangre, lo que llevaría su tiempo. No haría nada hasta que el proceso hubiera terminado. Durante dos minutos parecimos estatuas. No obstante, comprendí que al final vendría a mí, y en cuanto lo supe me complació contemplar cómo se preparaba para hacerlo.

Le acaricié la espalda y el pecho cuando se tumbó. Él me tocó como si cada

caricia fuera a ser recordada y a significar algo. Se dejó los calzoncillos puestos. Me pareció que esa reserva era importante para él, de modo que no lo toqué ahí. Nos besamos con una seriedad pasmosa. Al poco entraron en la habitación el tipo con el que yo había estado antes y el pintor. Supongo que este era el anfitrión de la fiesta. Llevaba una mantilla en la cabeza, un sujetador en el pecho y nada más. Se había maquillado. Hablaban descaradamente de mi descaro, de mi desfachatez al pasar con tal rapidez de un hombre a otro. Mi nuevo amigo me lo tradujo y nos reímos los dos, pero caí en la cuenta de que había incumplido una regla y que aquella casa tenía muchas aunque no lo pareciera.

No sé en qué momento le dejé follarme. El año anterior un tío me había follado unos segundos: me dolió tanto que le pedí que sacara la polla de inmediato y que no volviera a metérmela. El verano antes de marcharme de Irlanda, otro tío lo había intentado con mayor éxito; aun así, había sido mejor follarlo. Por eso, cuando mi nuevo amigo me preguntó si me gustaba follar o que me follaran, respondí que lo primero. Dijo que a él también, que odiaba que lo follaran, que no lo soportaba. Lo contó con timidez pero me lo dejó muy claro. Teníamos un problema. Conque cedí.

No nos lo habríamos montado con gente entrando y saliendo de la habitación. Creo que esperamos hasta bien entrada la noche, cuando reinaba la tranquilidad en el piso, la mayoría de los tíos se habían ido a casa y los demás dormían. Estaba nervioso. Ese hombre tenía el don de insinuar una inmensa vida interior en la que los actos externos se consideraban primero como teoría y luego, de manera paulatina y meditada, se llevaban a cabo. Tardó en ponersele dura y después siguió empalmado. La tenía bonita. Era larga, no demasiado gruesa ni rígida, y daba gusto agarrarla.

Mientras me besaba y me abrazaba, empecé a desear que me follara. Me aseguró que no había prisa, que podíamos hacerlo en otro momento, pero

comprendí que él quería hacerlo entonces y en aquella época para mí no había nunca otro momento. Yo lo quería todo al instante. Así pues, en plena noche, en aquella habitación desconocida me di la vuelta para ponerme abajo y él se movió con su misteriosa lentitud. Me acarició los hombros y a continuación bajó la mano para examinarme el ano, en el que hurgó con delicadeza. Lo oí jadear, como si ese acto, más que ningún otro, lo hubiera excitado muchísimo. Yo también estaba excitado, pero tenso. La idea de que iban a follarme era mucho más dulce que la mecánica, torpe, incómoda y dolorosa, de que otro tío me la metiera en el culo hasta el fondo.

Al principio sentí pánico. Creí que iba a defecar y quise avisarle. Él había deslizado las manos por debajo de mis hombros y me sujetaba con fuerza, sin moverse ni empujar, dejando tan solo que la polla se hundiera. Ya no lo oía respirar. Estaba quieto y me tenía inmovilizado; aplacaba mi pavor con una energía intensa y estable. Fui relajándome y, de desear que la sacara, pasé a querer tenerla dentro. Comenzó a follarme lentamente.

En *The Book of Shadows*, una recopilación de aforismos, el poeta Don Paterson escribe: «El sexo anal tiene una importante ventaja: hay pocos precedentes cinematográficos que instruyan a las dos partes sobre qué expresión deberían adoptar». Imaginaba que mi amigo tenía cara de estar a punto de desentrañar los misterios del universo; supongo que mantenía los ojos muy abiertos. De vez en cuando me volvía la cabeza y nos besábamos con tanta pasión como nos permitía la postura. Cuando se corrió, me tuvo un buen rato abrazado sin moverse. Luego concentró toda su energía en que me corriera yo. En una ocasión posterior, al salirse la polla cinco o diez minutos después de correrse dijo «Adiós», pero creo que eso no ocurrió aquella primera vez.

La ciudad era diversión a raudales. Encontré un restaurante que me gustó; algunos bares; unos cuantos amigos que hablaban inglés. Me contrataron para dar clases por horas. Me apunté a un curso de español. Como todos los demás, seguía las noticias sobre la debilitada salud del viejo dictador. Y durante aquellos meses, un período crucial de la historia de España, a veces observaba que en general a la gente le traía sin cuidado cuanto no perteneciera a la esfera privada, que los jóvenes vivían con gran intensidad. Los libros que leíamos, los amigos a los que veíamos, los amantes con los que nos acostábamos, la música que escuchábamos, las nuevas identidades que adoptábamos..., todo eso era importante aquel otoño en Barcelona. La desintegración del viejo y de su régimen era como una marea invisible. La superficie de la vida resultaba tan emocionante que todos nos limitábamos a encogernos de hombros ante la posibilidad de que esa marea comenzara a arrastrarnos a otra parte.

Siempre que estaba caliente me pasaba por la plaza Real. En ocasiones encontraba a mi amigo en el piso y hacíamos el amor. Quedábamos en vernos para hacerlo de nuevo, a veces en habitaciones de otras casas de la ciudad que eran de amigos suyos. Nunca se lo presenté a nadie. Jamás hablé a nadie de esa vida secreta. Cuando iba al piso y él no estaba, a veces me quedaba si se celebraba una fiesta. Las fiestas estaban muy bien. Observé que el pintor, con sus disfraces, abanicos y mantillas recargados, se convertía poco a poco en un personaje de la ciudad. Descarado, burlón y ocurrente, se paseaba con un par de amigos por las calles vestido como una joven española en un día de feria o en una ceremonia religiosa, pero con barba de tres días.

Una noche descubrí que era muy gracioso. Me había quedado a dormir en su habitación, tumbado con otros en un colchón tirado en el suelo. De madrugada inició un monólogo en el que imitaba acentos y fingía voces. Yo no tenía ni idea de lo que decía, pero todos se partían de risa. Quizá aquella misma

mañana, o puede que fuera otra, una mujer que al parecer tenía una habitación en el dédalo de cuartos de aquel piso llegó con su hijo, de menos de un año, que gateaba pero todavía no sabía andar. Lo dejó con nosotros, veinte hombres medio desnudos y medio dormidos. Nuestro amigo pintor empezó a entretener al crío, y los demás lo ayudamos. Teníamos celos de quien conseguía captar la atención del pequeño, que gateaba por encima de nosotros riendo y provocándonos carcajadas. Hacíamos muecas, imitábamos voces, jugábamos a todo lo que sabíamos, hasta que regresó la madre. El niño lloró al ver que se lo llevaban de nuestro lado.

Descubrí que mi amante leía inglés con una facilidad y fluidez increíbles. Titubeaba al hablarlo, pero me di cuenta de que le ocurría lo mismo con el castellano y el catalán. Algunas noches, tendido a su lado, lo observaba mientras él leía las últimas novelas de Henry James y me asombraba su agudeza para entender las frases más complejas. Una vez que el pintor no estaba y mi amigo tenía la llave de la puerta, o esta se había quedado abierta, hicimos el amor en su cama. Yo sabía dónde guardaba la vaselina. Fue la primera vez que me folló por delante, yo con las piernas abiertas y los tobillos sobre sus hombros. Al principio fue incluso más doloroso que otras veces, pero pronto resultó cómodo. Me encantó verle la cara mientras me follaba con una mirada tan intensa que parecía que fuera a devorarme. Cuando el pintor volvió y nos vio en la cama, con la vaselina sobre la mesilla, alzó las manos y exclamó: «¡Por favor!».

Mi amigo no estaba en el piso la noche en que murió el dictador, y yo tampoco. Más tarde me contó que había oído decir que la fiesta de aquella noche fue la mejor. Se cometió una fechoría tras otra y supongo que se idearon nuevas reglas no escritas. Lamenté habérmela perdido. Empezaba a distanciarme. El pintor se había hartado de tenerme sentado en su cama oyendo el Triple Concierto. En aquellos años yo estaba muy interesado en

desvestirme; ponerme más ropa para disfrazarme de señorita no me iba.

Por eso no asistí al estreno de la película de Ventura Pons sobre el pintor, en el cine Maldà. Leí la noticia en el periódico. Por aquel entonces el nombre del pintor había llegado a ser sinónimo de la nueva libertad y de la alegría juvenil que trajo consigo.

Dejé de ver a mi amante. Seis meses después, al alquilar un piso al lado de la plaza Real descubrí que se había mudado a otro en el mismo edificio y la misma planta que aquel donde nos habíamos conocido. Si estaba en casa, se veían las luces desde una calle situada entre Escudellers y la plaza Real. Al volver a la mía a veces miraba para ver si estaban encendidas, y si me encontraba de humor, le hacía una visita. Él jugaba al juego de siempre: hablaba y escuchaba como si no hubiera tensión sexual entre nosotros. Después yo me acercaba a tocarle e, igual que la primera vez, él se quedaba inmóvil, sumido en aquel trance suyo encantador. Ese paso de lo social a lo sexual, que yo efectuaba en un instante, a él le llevaba un rato. Luego estaba a punto.

Después de tantos años todavía me produce placer su cuerpo firme y duro, su lengua, su glande, el destello de sus ojos, su sonrisa tímida. Siempre supe que si no hacía nada por retenerlo se iría. Otra persona se lo quedaría.

Una noche, hacia el final de mi estancia en la ciudad, titubeó más de lo habitual cuando lo toqué. Me dijo que no podía hacer el amor conmigo. Había aparecido otra persona que lo quería, y él no podía follar con ninguna otra. Se disculpó. Asentí. Era culpa mía. No debería haberme alejado de ese modo acudiendo a él solo cuando estaba demasiado caliente para evitarlo. Bajé por última vez la escalera de aquel edificio de la plaza Real y me interné en la resplandeciente ciudad. Una vez más estaba dispuesto a lo que fuera.

La calle

Malik estaba en el rincón junto al cajón donde guardaban el dinero mientras Baldy contaba los ingresos del día. Intentó mostrarse humilde y a la vez espabilado cuando, por primera vez desde su llegada, Baldy le habló, aunque sin levantar la vista ni una sola vez. Le anunció que dispondría de medio día de fiesta a la semana hasta que aprendiera el oficio y luego de un día entero. Malik asintió y se quedó inmóvil; repitió el gesto de asentimiento por si Baldy se volvía hacia él o por si los miraba alguno de los otros barberos de Las Cuatro Esquinas. Todos aseguraban que Baldy les caía mal, pero Malik creía que no debía fiarse de ellos.

Baldy era hosco. Ni siquiera le había saludado cuando se vieron en el aeropuerto de Barcelona hacía unas semanas. Malik había querido hablarle del largo retraso en Madrid, y Baldy, sin prestarle la menor atención, se había alejado tras indicarle con un gesto brusco que lo siguiera. Había salido impaciente del edificio del aeropuerto y se había encaminado al aparcamiento. Mientras conducía en dirección a la ciudad había hablado de negocios en un móvil minúsculo que llevaba sujeto a la oreja y delante de la boca, y no había dirigido ni una sola palabra a Malik.

Este recordaba lo oscura y aterradora que le había parecido la ciudad. Al cabo de un rato Baldy había aparcado en una calle estrecha, delante de un edificio alto, y sin levantarse del asiento le había indicado por señas que sacara el equipaje del coche. Con Malik plantado a su lado en la acera, llamó a un timbre de un portal y cuando le contestaron por el interfono dijo a gritos

un nombre. Acto seguido, sin pronunciar ni una palabra más, volvió al vehículo y se marchó. Malik aguardó en la calle hasta que un hombre bajó y lo acompañó a su alojamiento. La espera le había asustado aún más que la llegada a Madrid.

A Malik le sorprendía que Baldy considerara que podía llegar a ser un buen barbero. Aunque en las prácticas iba adquiriendo seguridad, los otros todavía se reían de lo torpe que era. Le costaba manejar los aparatos eléctricos. Una noche de la semana anterior, por ejemplo, le habían dejado hacer un corte con la maquinilla y Salim había fotografiado el resultado para que todos se rieran. En algunas partes había apurado demasiado y en otras había dejado mechones sin cortar.

Malik barrió hasta que el suelo quedó bien limpio y entonces fue a plantarse cerca de la puerta. Vio un periódico encima de una silla y lo dobló con esmero. Se preguntó si debía hacer algo más y procuró parecer atareado, aunque pensó que debía de saltar a la vista que no lo estaba. Baldy sumaba el número de clientes que habían entrado en Las Cuatro Esquinas ese día y lo que había pagado cada uno. Al terminar las operaciones se guardó los billetes de euro en el bolsillo de atrás y dejó las monedas en el cajón. Acto seguido salió de la barbería sin pronunciar ni una palabra.

El ambiente cambió en cuanto se marchó. Un barbero fue a subir el volumen del radiocasete. Por un instante Malik pensó que podía sentarse, pero temió que Baldy regresara de improviso y lo pillara de brazos cruzados. Entró en la trastienda a ver si las toallas estaban en orden y volvió a la sala, donde todavía había dos clientes a quienes les cortaban el pelo. Los otros barberos charlaban y limpiaban. Se apoyó en la pared y los observó. Pensó que a algunos les molestaba que fuera huraño, callado.

Se preguntó qué harían ellos en la jornada o la media jornada de descanso que les correspondía. Jamás les había oído contar que fueran a algún sitio o

hicieran algo. Supuso que no le quedaría más remedio que pasar su medio día libre sentado junto a Súper ante la caja registradora del supermercado que había en esa misma calle, a una manzana de Las Cuatro Esquinas. Había conocido a Súper a los dos días de llegar a la calle, cuando le mandaron a por té. Súper había sido la primera persona que lo había llamado por su nombre y le había hecho preguntas personales. Malik se dijo que echaría una mano a Súper si tenía mucho trabajo; cuando no hubiera ajetreo en la tienda, se sentaría a escuchar sus comentarios sobre los que pasaban por la calle, sobre los clientes habituales o sobre lo que sucedía en el mundo.

Más tarde, cuando ya se preparaban para echar el cierre, se alegró de que nadie propusiera que continuara su aprendizaje. Esperó con los demás hasta que salió el último cliente. Entonces se encaminó con ellos a casa, con cuidado de no decir nada ni dar la impresión de escuchar con excesivo interés, no fuera a ser que se mofaran o se rieran de él. Se moría de ganas de meterse en la cama y sentirse a solas en la oscuridad; con ese pensamiento agradable se sintió casi contento y a gusto.

Un día confió a Súper que le preocupaba no aprender tan bien como los otros y advirtió la atención con que lo escuchaba y las ganas que tenía de conocer el nombre de todos los barberos, así como lo que decía y hacía cada uno. Esperó a que le aconsejara o le previniera de lo que posiblemente ocurriría; sin embargo Súper se limitó a mirar hacia la calle a través del escaparate. Como el supermercado cerraba muy tarde, algunos días Malik se pasaba por él al salir del trabajo, pero Súper no siempre estaba en disposición de conversar con él, pues en ocasiones había otros hombres que se sorprendían al verlo acercarse y guardaban silencio mientras Súper le indicaba que estaba ocupado y lo invitaba a volver en otro momento. Los hombres, mayores y casi todos

con barba, no parecían clientes; Malik se preguntaba quiénes eran. Tenían un aspecto serio, como si fueran empresarios o mulás.

Nunca se aventuraba más allá de la calle y le complacía que los vecinos fueran conociéndolo de verlo ir al supermercado a por leche, refrescos o té. Le encantaba que lo saludaran. Y se sentía a gusto por otros motivos. Por ejemplo, aunque compartía habitación con otros siete hombres, no hacía falta que cerrara con llave la maleta: tenía la certeza de que nadie la tocaría. Una noche uno de los otros inquilinos quiso moverla un momento y fue a pedirle permiso. Sabía que todos guardaban dinero, fotografías y otros artículos personales en la maleta, con la plena seguridad de que nadie se acercaría a ella.

También había observado que cada uno poseía algo especial —una cámara, un walkman, un móvil, un reproductor de DVD—, que lo distinguía de los demás y que prestaban como un favor extraordinario o en determinadas ocasiones. Mahmud era el único que no tenía nada. Se mataba a trabajar y no gastaba ni un euro porque deseaba con toda el alma volver a su tierra. Contó a Malik que algunos de los otros se gastaban la mitad del sueldo en llamadas a la familia. Él no había telefonado a su mujer ni una sola vez, no había hablado con ella ni un segundo. No quería tirar el dinero; además, solo conseguiría entristecerse.

Todos los días, excepto los sábados y domingos, Mahmud salía temprano para ir a repartir butano. Subía las pesadas bombonas por escaleras estrechas. Por las tardes se ocupaba de hacer la colada en la casa. Dejaba la ropa limpia y doblada encima de la cama de cada uno, sin equivocarse jamás. Y por las noches cocinaba; cobraba por los platos menos aún que el restaurante más barato de la calle.

A Malik le cayó bien Mahmud desde el principio. Le gustaba que una persona conocida le lavara la ropa y se la dejara sobre la cama como si él

fuera igual que los demás. Le gustaba asimismo la comida que preparaba. Pero por encima de todo le intrigaba la obstinación de Mahmud, lo decidido que estaba a volver a su tierra.

Súper le advirtió que no deambulara por la ciudad. El problema no eran sus habitantes, ni siquiera los turistas. Con quien había que andarse con ojo era con la policía. En esa calle y las aledañas solo paraban a los negros, pero en otras partes era probable que lo confundieran con un marroquí.

—¿Por qué les caen mal los marroquíes?

—No lo sé, pero no les gustan —respondió Súper—. Es así. Y tampoco les gustan los africanos. Y nosotros les caemos bien únicamente porque nos dedicamos a los negocios; para eso hemos venido.

Debajo del mostrador tenía un montón de revistas con fotografías de los prisioneros que los estadounidenses habían hecho en Irak. Malik había visto las imágenes en la televisión; había observado que nadie quería hablar de ellas. Cada vez que en el televisor de casa aparecían los hombres desnudos torturados por los carceleros norteamericanos, sus compañeros los miraban en absoluto silencio. Cuando el informativo pasaba a otro tema, seguían un rato callados y con la vista clavada en la pantalla.

Súper y él tampoco hablaban al hojear las revistas; miraban con detenimiento las imágenes para fijarse en cada uno de los detalles. La del enorme perro negro era la que Malik mejor recordaba; era la que más lo había asustado. A veces pensaba en ella por la noche y los dientes afilados del animal y el prisionero maniatado y acuclillado le hacían temblar.

Súper le recordaba a los hombres de su pueblo que, tras las oraciones en la mezquita, se reunían en grupitos para enfrascarse en conversaciones serias, o que visitaban las casas donde alguien se hallaba en un aprieto. Sabía estar

callado y adoptar un aire grave.

Un día, mientras observaban cómo Mahmud golpeaba una bombona de butano con un pedazo de metal para que sus clientes supieran que estaba en la calle, Malik comentó a Súper que era estupendo que Mahmud fuera a volver a su tierra cargado de dinero porque había trabajado de firme. Súper lo escuchó y al principio no dijo nada.

—No. Volverá sin un céntimo —aseguró al cabo de un momento—. Sin blanca. Le arreglaron todos los papeles, le consiguieron el visado y le pagaron el billete. Ahorra para devolverles el dinero y así poder marcharse.

—¿A quiénes tiene que devolvérselo?

—A los mismos que costearon tus gastos.

—¿Te refieres a Baldy?

—Baldy también trabaja para ellos.

Por la noche, tumbado en la oscuridad, Malik pensaba a veces en la inmensa ciudad que se extendía a su alrededor y en los ruidos nocturnos que se filtraban. Había aprendido algunas palabras del idioma y se preguntaba cómo podría aprender más. Aunque nunca consiguiera hacerse barbero, siempre se necesitaría a alguien que barriera y limpiara. Tenía la certeza de que jamás se alejaría demasiado de esas cuatro calles, pero le gustaba pensar que en la ciudad vivían otras personas, personas distintas a las que nunca llegaría a conocer, ni siquiera a ver. Tal vez con el tiempo se aventurara a la calle siguiente. Se imaginaba conociendo una calle cada vez, del mismo modo que se imaginaba aprendiendo unas pocas palabras al día. Y quizá al cabo de un mes se armara de valor para preguntarle a Baldy qué media jornada podía librar. No sería tan terrible, se decía, y se ovillaba en la cálida cama esperando volver a conciliar el sueño.

Una vez al mes acudía al mismo locutorio al que iban los demás y llamaba a Fátima, como había acordado antes de partir. Fátima tenía en el mercado un

puesto de venta de pollos, tanto vivos como muertos, y conocía al padre de Malik, que solía pasar por allí. Malik le preguntaba siempre si había alguna noticia, a lo que ella respondía que no, y a continuación él le contaba las novedades que le venían al pensamiento, aunque nunca eran muchas. Luego comentaba que Fátima debía de tener trabajo y ella decía que a veces sí. Por último le pedía que informara a su padre y su hermana de que había telefonado y de que se encontraba bien. Ella prometía que así lo haría. El coste de la llamada no llegaba a cinco euros si duraba menos de tres minutos.

Malik esperaba con ilusión los momentos de quietud en que todos dormían y lo despertaba algún que otro ruido. Podía ser cualquier cosa: el estruendo de una moto que al poco se desvanecía en la distancia; o alguno de sus compañeros de habitación, que gemía en sueños o farfullaba unas palabras apenas coherentes; o bien alguien que hablaba o gritaba en la acera debajo de la ventana; o los hombres que regaban con mangueras las calles; o el camión que pasaba recogiendo la basura. En esas noches pensaba que, pese al tormento de aprender el oficio de barbero, se alegraba de vivir en Barcelona y estar entre extranjeros, lejos de todos a los que conocía.

Y al rayar el día en Barcelona los ocho de la habitación de Malik y los tres que dormían en la del fondo debían usar el único cuarto de baño que había. No guardaban cola ni tenían ninguna regla sobre quién entraba primero y quién esperaba hasta el final. Si alguno tenía prisa o llegaba tarde al trabajo, se lo decía a los demás y le dejaban pasar. No se eternizaban en el cuarto de baño; lo ocupaban el tiempo necesario para hacer sus necesidades, ducharse, secarse y quizá afeitarse, tras lo cual salían a vestirse. Todos llevaban los calzoncillos o el pijama puestos, o una toalla alrededor de la cintura, mientras se preparaban para la jornada.

Algunos tenían una alfombra de oración y rezaban por la mañana mientras los demás se afanaban a su alrededor. Malik no rezaba. Tras la muerte de su madre no había habido en casa nadie que le mandara orar, de modo que había perdido la costumbre.

Sabía que Súper sí oraba. A veces Súper le leía unas líneas del Corán y le pedía que las repitiera. Malik obedecía. Le gustaban las palabras y a menudo intentaba recordarlas.

Algunos días había poco trabajo. Y curiosamente por las mañanas solía haber una hora de inactividad en la que no entraba ni un cliente y todos debían mantenerse ojo avizor por si Baldy irrumpía en el establecimiento. Exigía que cada barbero permaneciera de pie detrás de un sillón como si en ese mismísimo momento esperaran la llegada de un cliente. Pero, según decían todos, la mayor parte del tiempo Baldy estaba demasiado ocupado vendiendo teléfonos móviles a precios tirados.

Por lo general Malik no apartaba la vista de la puerta y la ventana. Aunque conocía a algunos transeúntes, porque bien eran clientes de Las Cuatro Esquinas, bien iban al supermercado a comprar o a consultar a Súper, procuraba saludarlos con solo una leve inclinación de la cabeza. No quería que lo vieran sin trabajar, aunque la mayor parte del tiempo no tenía nada que hacer.

Al parecer, de momento habían desistido de enseñarle a cortar el pelo; decían que era un inútil. La diversión de verlo trasquilar a alguien y el placer de reírse de él cuando se alteraba y se ponía más nervioso había perdido su gracia inicial. Un par de barberos lo trataban con indiferencia indisimulada o con leve irritación, y pronto —incluso Súper estaba de acuerdo— su total inutilidad llamaría la atención de Baldy, y a saber qué sucedería entonces. De momento Baldy no se daba cuenta de nada y, cuando Malik lo abordó un día para preguntarle si podía tomarse la tarde de los martes como medio día de

fiesta, accedió de inmediato.

Aunque Súper le había advertido que no se alejara demasiado de la calle, que se mantuviera cerca de otros paquistaníes, Malik suponía que no había ningún peligro en aventurarse en las dos que discurrían a ambos lados. Avanzaba con cautela, deteniéndose y volviendo a menudo sobre sus pasos. Observaba las numerosas tiendas que vendían teléfonos móviles. Confiaba en no toparse con Baldy y estaba preparado para desviarse hacia las sombras si lo veía aparecer. Habría deseado tener un teléfono móvil, pues a la gente no le molestaba que alguien se plantara en la calle y los mirara a ellos o mirara sus tiendas si estaba hablando por un móvil.

Un día Baldy entró en Las Cuatro Esquinas y fue derecho hacia él ante los ojos de clientes y barberos.

—¿Qué miras? —le preguntó Baldy.

—No miro nada —respondió Malik.

—Bien, no lo hagas. No mires nada, gusano. ¡Sigue con tu trabajo! Por cierto, ¿qué haces?

Malik no contestó.

—¿Qué haces? —repitió Baldy—. No sé por qué te tenemos aquí. Un día de estos tendremos que ocuparnos de ti. ¿Me oyes?

Malik no respondió.

Más tarde refirió lo ocurrido a Súper, a quien le pareció grave. Dijo que él o uno de los otros intentarían hablar con Baldy, aunque no estaba seguro de cuál sería el resultado.

Malik se concentró en pequeñeces para no pensar demasiado en Baldy. Procuró no pasar mucho rato en las calles, ni siquiera en su medio día de fiesta, para evitar que Baldy lo viera.

Al cabo de unos días Baldy entró en Las Cuatro Esquinas buscándolo.

—¿Dónde te metes? —le preguntó.

—Estoy aquí.

—Ya sé dónde estás.

Baldy se acercó a echar un vistazo al libro de contabilidad y al cajón donde guardaban el dinero.

—Súper dice que eres inteligente —comentó—, pero yo no he visto ninguna señal de que lo seas.

A Malik no le habría molestado que le llamara holgazán. Podía parecerlo porque por lo general no hacía gran cosa. Sin embargo, no quería que Baldy le dijera que no era inteligente.

—No veo la menor señal de inteligencia —continuó Baldy—. De hecho, solo veo imbecilidad.

Malik se acercó a él y lo miró de hito en hito, sin alterarse.

—No soy imbécil —dijo.

—¿Sabes contar?

—Sí.

—¿Cuántos bolsillos tienes?

—En los pantalones tengo dos delante y otros dos detrás.

—Muy bien. Te daré tarjetas de teléfono para que las vendas. Te las guardas en el bolsillo izquierdo de delante, en ningún otro sitio. Y el dinero lo metes en el bolsillo derecho de delante. Solo sirven para los teléfonos móviles y son las más baratas del mercado. Cinco horas de llamadas por diez euros.

Le entregó un fajo de tarjetas. Malik se apresuró a guardárselas en el bolsillo delantero de la izquierda.

—Si te pillo engañándome, te quedas sin pantalones —le dijo Baldy—. Te retorceré el pescuezo con ellos.

Malik no respondió.

—¿Entendido?

Malik asintió.

—Y espero verte aquí cuando venga.

Malik quería preguntarle cómo sabría la gente que él vendía tarjetas, pero decidió no decir nada.

Baldy salió de Las Cuatro Esquinas como si estuviera de mal humor.

Salim se acercó a Malik y le dio una palmada en la espalda.

—Ya estás en el mundo de los negocios —le dijo sonriendo.

Un cliente sonrió también. Hasta Abdul, el barbero más serio, esbozó una sonrisa.

Cuando Malik fue al supermercado, Súper se comprometió a aclarar las condiciones con Baldy, si bien suponía que este daría a Malik un porcentaje de lo recaudado si las ventas de las tarjetas superaban una determinada cifra. En ese momento Malik solo había vendido dos o tres, y encima a compañeros de la barbería. Quizá las hubieran comprado porque les daba pena. No obstante, en los días sucesivos empezó a entrar en Las Cuatro Esquinas gente que preguntaba por él y decía que iba de parte de Baldy. Al final de la semana estuvo en disposición de informar a Súper de que había vendido más de treinta tarjetas a diez euros la unidad.

—¿Has tenido que entregar todo el dinero a Baldy? —le preguntó Súper.

Malik asintió.

—Hablaré con él —dijo Súper.

Al cabo de dos días Baldy se dirigió a él cuando fue a recoger la recaudación.

—Lleva la cuenta de las que vendes cada semana. Te corresponde un diez por ciento. Lo cobrarás los viernes.

Malik comprendió que le hablaba de negocios y que, en consecuencia, era importante no sonreír ni decir nada. Asintió con un gesto hosco que le pareció

que Baldy sabría apreciar.

No le cabía duda de que Baldy se daría cuenta de que era inteligente y honrado. Y se ocupaba de algo más que de barrer, limpiar e ir a buscar toallas y capas de corte. Entraban hombres preguntando por él, y también mujeres, y en la calle lo reconocían y lo saludaban.

Al despertarse por la noche a veces ya no le inquietaba la posibilidad de que lo mandaran de vuelta a su país o le dieran más tareas subalternas. Le gustaba vender tarjetas telefónicas. Tendido en la cama a oscuras en esa gran ciudad desconocida, respirando el aire hediondo de la habitación, por primera vez pensaba que quizá todo saliera bien.

Los viernes y los sábados, al cerrar Las Cuatro Esquinas solía ir al supermercado y se sentaba a escuchar a Súper, o le echaba una mano si necesitaba ayuda, o bien comía algo con él. En ocasiones Súper le hablaba del Corán, seleccionaba un fragmento largo y se lo leía en voz alta deslizando el dedo por las líneas. Sin embargo, soltaba el libro en cuanto aparecía un cliente. Una tarde un hombre entró en la tienda a comprar jabón y cuchillas de afeitarse y Súper habló educadamente con él un rato.

Cuando el cliente se marchó, Súper se quedó preocupado unos instantes y le dijo a Malik que debía estar alerta y evitar que lo vieran conversando con ese hombre, ya que era un espía de la policía.

—Les cuenta todo —añadió— y ellos le pagan; de eso vive. Les contará que estábamos leyendo el Corán. Lo vio antes de que yo lo escondiera. A nadie de la calle le preocupa porque aquí no hacemos nada malo. Nos dedicamos a los negocios, nada más. Nos aseguramos de que así sea. Mientras no les vaya con mentiras, estamos tranquilos. De todas formas, debemos vigilar lo que decimos y lo que le permitimos ver.

—¿Dónde vive? —le preguntó Malik.

—Cerca de tu casa.

—¿Duerme en una habitación con otros hombres?

—Lo hace todo igual que nosotros, excepto el trabajo. Cuando estallaron aquellas bombas en Madrid, estuvo una semana fuera. Nos inquietaba que inventara cuentos para darles gusto, que les fuera con mentiras sobre los vecinos de la calle. No les importaría detener a cualquiera. A ellos les da igual. No sabemos adónde fue ni lo que contó, pero aquí no pasó nada. Volvió y todo siguió normal.

—¿Adónde fue?

—Supongo que a Madrid. Quizá lo necesitaban allí. No lo sé. Pero de esta calle no detuvieron a nadie. Eso es positivo. Aquello no tuvo nada que ver con nosotros.

Baldy ordenó a Malik que avisara a los compradores de tarjetas de que además vendía teléfonos móviles en un puestecillo de una bocacalle y en una tienda grande donde se ofrecían todos los modelos nuevos. Malik fue a mirar un par de veces los escaparates de la tienda, que flanqueaban la entrada. Observó las luces, lo mucho que brillaban, y le pareció que todos los modelos de teléfono eran perfectos y bonitos.

Al final de cada jornada informaba a Baldy de las tarjetas vendidas y del dinero recaudado. Nunca había ningún problema con el dinero. La cantidad era siempre exacta. A veces le comentaba que había mandado a algún cliente a la tienda o al puestecillo, aunque se cuidaba de hacerlo muy a menudo, pues Baldy solía enfadarse si hablaba por iniciativa propia; prefería que solo abriera la boca para responder a sus preguntas.

Una noche no pudo conciliar el sueño porque Abdul, que ocupaba la cama

de enfrente, no paraba de toser. Se preguntó cómo lograban dormir los otros, pues a veces la tos era bronca y estruendosa. Tal vez estuvieran despiertos como él, pensó. Abdul respiraba con dificultad, resollaba, y luego se quedaba callado, hasta que le sobrevinía otro ataque. Malik se preguntó si Abdul fumaba e intentó visualizarlo con un cigarrillo. De los empleados de la barbería, Abdul era el que mayor atención prestaba al trabajo, el que más se concentraba al afeitarse y cortar el pelo; casi nunca miraba por la ventana ni participaba en las conversaciones, y solo hablaba de vez en cuando para pedir que cambiaran la música. Imposible imaginar que se parara a fumar. Era el mayor de los trabajadores, y quizá en el pasado hubiera fumado o se hubiera dañado los pulmones, o tal vez se tratara tan solo de un resfriado que parecía más grave debido a su edad. Malik intentó calcular cuántos años tendría, pero no estaba seguro; le echaba unos cuarenta.

Viendo que la tos continuaba, salió de la habitación sin hacer ruido para ir a la cocina, que estaba en el piso de abajo, y sacó del frigorífico una botella de agua fría. Llenó un vaso y subió de puntillas, se acercó a la cama de Abdul y le susurró que le llevaba agua. Al tocarle notó el sudor que le cubría la piel y pensó que debía de tener mucha fiebre. Cuando alcanzó el vaso, Abdul le acarició la mano y se la estrechó un momento en señal de gratitud. A continuación se incorporó y bebió. Malik lo oyó tragar. No sabía si debía esperar a que le devolviera el vaso o dejar que lo depositara en el suelo cuando acabara. Le susurró que le llevaría más agua si quería. En lugar de responder, Abdul le apretó el brazo y bajó la mano para acariciarle el muslo. Fueron solo dos o tres segundos, pero bastaron para que Malik se sintiera contento y confortado al regresar a la cama, más que si Abdul le hubiera hablado. No tardó en dormirse; por la mañana, al oír a uno de los otros decir que Abdul no iría a trabajar porque estaba muy enfermo, se sintió unido a él y tuvo la impresión de que algo había ocurrido entre los dos.

Al día siguiente esperó hasta el descanso del almuerzo para volver corriendo a casa. Al abrir la puerta de la habitación vio que Abdul dormía. Abdul era el más alto de todos, demasiado largo para el colchón, de modo que le asomaban los pies por debajo de la sábana. Malik vio que eran angulosos, de dedos huesudos. Se sentó en su propia cama a observarlo. Abdul no sonrió cuando abrió los ojos; se le veía fatigado, exhausto, como si estuviera angustiado. Cuando Malik le preguntó si se encontraba bien, asintió y se quedó inmóvil. Sin preguntarle nada más, Malik fue a la cocina y volvió con la botella de agua fría y un vaso.

Abdul estaba bañado en sudor, que casi empapaba las sábanas. Malik pensó que había que cambiárselas y ponerle un pijama limpio. Sabía dónde dejaba Mahmud las sábanas de repuesto, pero ignoraba dónde habría pijamas limpios. En la habitación de abajo, donde Mahmud planchaba, encontró dos sábanas de cama individual y unos pantalones cortos de Malik acabados de lavar. Cogió un barreño de plástico pequeño en la cocina y lo llevó todo arriba. En el cuarto de baño llenó el recipiente de agua fría y tomó una esponja.

Abdul seguía con los ojos cerrados. Malik se acercó a la cama y dejó el barreño en el suelo. Se arrodilló y le desabotonó con delicadeza la camisa del pijama susurrándole que iba a lavarlo con agua fría. Abdul asintió y permaneció callado cuando empezó a pasarle la esponja por el pecho. Tras pedirle que se incorporara, Malik le quitó la camisa y le frotó despacio los hombros y la espalda. Dio la impresión de que eso provocaba un leve dolor a Abdul. Tenía los hombros anchos y la piel brillante, con una lisura solo interrumpida por la forma del espinazo. Malik deseó mantener tanto tiempo como pudiera la mano sobre el hombro de Abdul al sentir el calor que desprendía.

No sabía si le permitiría bajar la sábana para lavarle el vientre y alrededor de la entrepierna. Sin embargo Abdul continuó tumbado boca arriba como si

no se diera cuenta o no le importara. Malik le desabrochó el botón de los pantalones y se sorprendió al ver el pene erecto. Nervioso, lo miró a la cara y observó que seguía con los ojos cerrados, en parte por el agotamiento, pero también —pensó— por una mezcla de vergüenza y algo más, algo que no estaba seguro de qué era mientras le pasaba lentamente la esponja. No apartó la vista de la puerta y se mantuvo atento para captar cualquier pisada en la escalera, pero no se oía nada. Aunque tenía la certeza de que se encontraban solos en la casa, estaba preparado para arrojárselo a toda prisa al menor indicio de que alguien entraba.

Tras frotarle las piernas con la esponja le indicó que se levantara y se pusiera los pantalones cortos mientras él cambiaba las sábanas. Abdul se incorporó con dificultad, tiritando y gimiendo muy bajito. Cuando estuvo en pie, Malik vio lo largo que tenía el pene; era mucho más largo que el suyo, pensó, hasta el punto de que los shorts no lograban taparlo. Abdul se tumbó sobre la sábana limpia y Malik le susurró que debía volver al trabajo antes de que Baldy reparara en su ausencia, pero que regresaría más tarde por si necesitara algo. Fue al cuarto de baño a vaciar el barreño en la ducha y dejó las sábanas y el pijama en el piso de abajo, hechos un rebusco junto a la tabla de planchar. Más tarde le explicaría a Mahmud que era él quien lo había hecho.

Durante los días siguientes, en los que Abdul mejoró y pudo tomar sopa y luego alimentos sólidos, Malik advirtió que no le hacía el menor caso. Antes de enfermarse, Abdul era callado, casi nunca gastaba bromas ni participaba en las conversaciones nocturnas. Era frecuente verlo tendido boca arriba en la cama con las manos en la nuca, y de ese modo dejaba claro que le gustaba estar solo, que quería pasar inadvertido y permanecer en su propio mundo. Alguna que otra vez, tanto en la barbería como en casa por la noche, Malik intentaba arrancarle algún gesto que indicara que era consciente de su

presencia, alguna señal de que recordaba lo ocurrido entre los dos, pero Abdul solía mirarlo como si no lo conociera. Al regresar una noche del trabajo Malik encontró sobre la cama los pantalones cortos que había dado a Abdul. Estaban lavados; aun así, cuando se los acercó a la nariz percibió un leve olor que supuso que era el de Abdul. Los guardó en la maleta, y en los días sucesivos los sacó varias veces para volver a olerlos.

Un atardecer Baldy contaba el dinero y de pronto se volvió a mirarlo.

—Eres un poco tonto, ¿no? —Casi sonreía, como si en realidad no lo dijera en serio.

—¿Cómo? —replicó Malik. No le gustaba que Baldy dijera nada que se saliera de lo habitual. Confió en que la cosa quedara ahí, en que se limitara a contar el dinero para asegurarse de que la cantidad era correcta y por último echara una ojeada al local antes de irse.

—Sí, tú —añadió Baldy con tono acusador.

Malik no respondió. Posó la vista en el dinero con la esperanza de que Baldy terminara la tarea y se fuera.

—Muy bien —prosiguió Baldy, como si hablara para sí—, ya basta. ¿Sabes usar los teléfonos móviles?

Malik asintió.

—Estupendo. A partir de mañana te dedicarás a venderlos. No vengas más aquí. Ya buscaré a otro idiota para que barra el suelo y venda las tarjetas. Ve mañana a la tienda grande. A las nueve en punto.

Cuando Baldy se marchó, Malik observó que los barberos que terminaban sus tareas lo miraban como si hubiera ocurrido algo importante. Intentó atraer la mirada de Abdul al pasar por su lado, pero este estaba muy concentrado cortando el pelo alrededor de la oreja de un cliente. Ni siquiera levantó la

cabeza cuando Malik salió de la barbería.

Casi todos los que entraban a comprar un móvil ya tenían uno. Malik sabía que su labor no consistía en informarles de que había muy poca diferencia entre el que usaban y los relumbrantes modelos nuevos, más caros, expuestos en la tienda. En muchos casos esta se reducía a la marca, el número de modelo y la caja en que venía. Sin embargo, los clientes que, solos o en parejas, entraban a pedir que les enseñara el último grito en telefonía móvil adoptaban una actitud tan seria, tan solemne, que a Malik no le cabía duda de que durante meses, quizá durante todo un año, no les sucedería nada más importante que esa compra, ese cambio de un modelo bueno por otro nuevo.

Todo el mundo entendía de teléfonos. Era uno de los temas que propiciaban la conversación por la noche entre los clientes de Las Cuatro Esquinas y los barberos, y entre quienes entraban en el supermercado. Discutían sobre marcas y sistemas como si ellos mismos hubieran intervenido en la fabricación o el diseño.

Tocaban los modelos nuevos con reverencia y admiración, e igual que si fueran expertos en la materia. Malik solo tenía que dejarles examinar el que deseaban comprar e informarles de los colores en que estaba disponible, pues los teléfonos ya tenían el precio anotado. Recalcaba que no podían sacarlo de la caja hasta que lo pagaran. Sí les permitía mirar uno de muestra, cogerlo, probar sus funciones, cómo hacía fotografías, la facilidad en el manejo de las teclas, superior a la de algunos modelos de hacía solo un año, los cuales bien podían tirarse a la basura o regalarse, puesto que por lo visto nadie querría comprar un móvil de segunda mano.

A los hombres que acudían con vaqueros andrajosos, con *kurta* y pantalones anchos de tela delgada o con calzado viejo sentía la tentación de aconsejarles

que se gastaran el dinero en ropa o en una zapatería. Poco a poco se percató de que el rato que pasaban con él no tenía nada que ver con una necesidad ni con una buena relación calidad-precio. Era la actitud que los hombres mostraban en su país respecto a los coches, los camiones y las casas: la misma seriedad, la misma sensación de que el objeto más novedoso mejoraría su reputación, conseguiría que los vecinos los respetaran. Lejos de su tierra, esos hombres nunca tendrían dinero suficiente para comprarse un coche, un camión o una casa. A sus ojos, ese artículo pequeño con numerosos artilugios modernos había llegado a sustituir tales cosas.

Abdul empezó a hablarle. Comenzó una noche en que los otros veían un partido de críquet y Malik se había retirado al dormitorio a colocar en la maleta la ropa limpia. Advirtió que Abdul revoloteaba por la habitación, que iba y venía de la puerta a la ventana, hasta que se sentó en la cama. Al principio Malik dudó en hablarle y pensó que quizá hubiera entrado porque quería estar solo o abrir la maleta sin que nadie lo mirara. Se disponía a salir cuando Abdul le preguntó:

—¿Vendes muchos móviles?

Malik se volvió hacia él. Abdul parecía nervioso, como si hubiera pedido algo, por ejemplo que le prestara jabón o champú, y esperara inquieto la respuesta.

—Hay días buenos —contestó Malik sonriendo— y otros en que las ventas son flojas.

Abdul asintió y clavó la vista en el suelo.

—Supongo que no echas de menos Las Cuatro Esquinas.

Al decirlo, levantó la mirada. Malik observó que su rostro reflejaba tristeza. No respondió y se sentó en el borde de la cama.

—¿No ves el partido?

—No vale la pena —contestó Abdul—. Es un vídeo. Ya sé el resultado.

—¿Te gusta el críquet? —le preguntó Malik.

—Antes jugaba.

Abdul volvió a bajar la mirada. Enseguida dio la impresión de que se quedaba absorto en sus pensamientos y Malik juzgó que era mejor no romper el silencio. Se tumbó en la cama con las manos en la nuca, como a menudo había visto hacer a Abdul. Al cabo de un rato oyó gritos y jaleo y supuso que debía de haber terminado la serie de seis lanzamientos o que el vídeo había finalizado. Poco después unos cuantos entraron en la habitación riendo y parloteando y se prepararon para acostarse.

La mayoría de las noches, cuando Malik se dirigía al dormitorio en cuanto cenaba, Abdul lo seguía. En ocasiones estaban un rato a solas y Abdul, sentado en el borde de la cama, le hacía preguntas o lo miraba en silencio. Malik quería preguntarle cosas a su vez pero estaba demasiado nervioso y prefería esperar. Si entraba alguien más, Abdul se ponía en pie y hacía como si rebuscara en la maleta, o bien iba al cuarto de baño o a la cocina. Nunca participaba en la conversación general.

Abdul comenzaba siempre preguntándole cuántos móviles había vendido ese día. Las contadas veces en que Malik entraba en detalles sobre un cliente o un nuevo modelo que acababa de recibir, Abdul bajaba la vista como si estuviera incómodo o aburrido, de modo que Malik no sabía si continuar. Le contó que su madre había muerto, que su hermano había fallecido el año anterior y que en su tierra solo le quedaba el padre, que había contraído segundas nupcias, y una hermana ya casada. Cuando añadió que una vez al mes llamaba a su país pero no hablaba con su padre, sino con la dueña de un puesto de venta de pollos, Abdul asintió comprensivo y comentó que estaría bien que tanto el padre como él se compraran un móvil para enviarse mensajes

de texto. Malik no le dijo que su padre ya tenía teléfono y que creía que este no le mandaría SMS porque jamás le había pedido que lo llamara a su número.

Cuando fue a visitar a Súper, mencionó el nombre de Abdul y estuvo atento a ver qué decía de él. Súper se limitó a preguntarle si era el barbero alto y, cuando Malik respondió que sí, señaló que era muy callado. Malik se dio cuenta de que Súper veía con buenos ojos ese rasgo. Súper no comentó nada más sobre Abdul, y a Malik le resultó difícil volver a nombrarlo, aunque deseaba encontrar cualquier pretexto para sacarlo a colación.

A veces se quedaba tumbado en la cama sabiendo que Abdul se encontraba enfrente, sentado en el borde de la suya. Al principio sus silencios lo incomodaban, pero poco a poco se acostumbró a ellos; los atribuía a que era tímido o un hombre que se guardaba sus pensamientos para sí. No lo seguiría al dormitorio si no quisiera ser su amigo, pensaba Malik. No era raro que los inquilinos de la casa, o los hombres que trabajaban en la barbería y en otros comercios de la calle, tuvieran un amigo especial, al que quizá habían conocido en su tierra, con quien se dejaban ver y en quien confiaban. Abdul no tenía ningún amigo; y él tampoco.

Abdul se mostraba más distante que los demás. Nadie decía nada cuando se levantaba de la mesa antes incluso de que hubiera terminado la cena. Malik creía que debían de advertir que los dos charlaban a menudo en voz baja. Si bien en esas conversaciones no había descubierto nada acerca de su persona, sí había aprendido a confiar en él y había llegado a apreciarlo, de modo que tenía muchas ganas de regresar cada noche sabiendo que a Abdul le gustaba sentarse a su lado durante la cena y que por lo visto después quería estar con él.

Al volver a casa un anochecer Malik se enteró de que todos los comercios paquistaníes de la calle habían recibido el mismo anuncio que él: el miércoles siguiente, a las diez de la noche, una banda paquistaní llamada Woeee actuaría

en una plaza cercana. Salim recalcó que el cantante era hermano de Alí Azmat, del conjunto pop Junoon, y que los había visto en televisión. Nadie más había oído hablar de la banda y Mahmud comentó que no iría al concierto porque sería la ocasión ideal para pedir los papeles a todo el mundo.

—Eso pueden hacerlo a diario con solo recorrer la calle —repuso Salim.

La noche siguiente Salim anunció que había buscado en Google el nombre de la banda y que la había visto en YouTube y que tenía razón: el cantante era hermano de Alí Azmat y era fabuloso. Había enseñado el videoclip a otros clientes del locutorio y todos estuvieron de acuerdo con él. Aseguró que pronto todo el mundo conocería la música del grupo. Sus componentes eran jóvenes y por eso nadie había oído hablar de ellos. Sería una velada muy especial; ya estaba harto de oír música en radiocasetes y reproductores de CD malos. En su tierra, prosiguió, su hermano tenía un estéreo con altavoces y era como si la música se tocara en la habitación. No quería perderse el concierto.

Más tarde Malik preguntó a Abdul si pensaba ir y este respondió que no estaba seguro: no salía de trabajar hasta la diez y luego tendría que comer algo, de modo que quizá no le diera tiempo.

La noche siguiente Mahmud contó que había visto el videoclip en YouTube, que Salim tenía razón y que él también iría a ver a Wohee. Al avanzar la semana hubo más conversaciones sobre la banda y Malik esperó alguna señal de Abdul. Varias veces estuvo a punto de volver a preguntarle. Como todos los demás tenían previsto asistir al concierto, el edificio se quedaría desierto esa noche. Empezó a imaginarse que Abdul y él, solos en el dormitorio, se preparaban para acostarse: Abdul se desvestía despacio y quizá hablaba más que de costumbre. Se imaginó cruzando la habitación para apagar la luz e imaginó que ambos se tumbaban en silencio a oscuras, conscientes de que durante una hora o más tendrían el dormitorio para ellos solos y de que oirían sin dificultad a los otros cuando regresaran. Malik no imaginó con mucho

detalle lo que ocurriría entre ellos en la oscuridad; le bastaba con pensar que estarían a solas y con saber que Abdul se tendería boca arriba y que él le oiría respirar.

La mañana del día del concierto, al prepararse para la jornada, Malik seguía creyendo que Abdul le indicaría de algún modo sus intenciones; sin embargo, este se mostró aún más distante que de costumbre. Como durante el día hubo poca actividad en la tienda, Malik se sorprendió mirando hacia la puerta. A lo mejor durante la pausa del mediodía Abdul se pasaba para informarle de lo que pensaba hacer. De todas formas, Malik sabía que era muy poco probable que se acercara a la tienda. Reflexionó sobre las noches en que Abdul lo había seguido al dormitorio y se preguntó si lo habría hecho para huir de los otros, si era posible que en realidad no intentara ser su amigo; si aquella vez en que lo había lavado con la esponja no significaba nada y si no le daba él demasiada importancia.

La tienda cerró a las nueve, cuando faltaba una hora para que se iniciara el concierto y para que Abdul regresara a casa. Se encaminó con paso lento al piso, casi contento de que aún no hubiera nada resuelto con respecto a la noche. Una de dos: o Abdul volvía a casa, o iba al concierto. Cualquiera de esas dos posibilidades sería algo nuevo, y esa misma novedad, con toda su imprecisión e incertidumbre, lo llevó a sonreír cuando subía la escalera del edificio. Decidió que comería un poco mientras esperaba a ver si Abdul iba a casa.

No se oía ningún ruido en el interior, y hasta los de la calle sonaban mortecinos, lo que era insólito. Se sentó a la mesa de la cocina y comió curri de pollo frío y pan que habían sobrado de la noche anterior. Después se dirigió al dormitorio. Al tenerlo para sí solo fue muy consciente de que era también la habitación de Abdul, la habitación donde Abdul dormía, la habitación de la que sus pulmones tomaban el aire, la habitación que albergaba

la maleta donde guardaba la ropa y los objetos especiales que valoraba como un tesoro. Malik se acercó a acariciar la almohada de Abdul y dibujó con la mano la silueta que este formaría si hubiera llegado y estuviera tumbado en la cama. Miró la maleta depositada en el rincón, pero sabía que no debía tocarla, y mucho menos abrirla. Cogió la almohada y se la llevó a su cama. Percibió en ella el aroma de loción de afeitar y quizá de fijador o tónico capilar, junto con otro olor fuerte, orgánico, a tierra, que pertenecía a Abdul, que procedía de su aliento, de su boca. Se puso la almohada sobre la cara y aspiró el olor para que también fuera suyo. A continuación la deslizó hacia el pecho y la abrazó, con los ojos cerrados, imaginando que él era otra persona, que estaba en una habitación a oscuras a solas con Abdul, quien se apretaba suavemente contra él.

Cuando dejó la almohada en su sitio, asegurándose de que no quedara ninguna señal de que la había cogido, vio que eran las diez menos cuarto. Decidió esperar media hora o treinta y cinco minutos a ver si llegaba Abdul; si pasado ese tiempo no había regresado, iría a la plaza donde tocaba la banda con la esperanza de encontrarlo allí. Habría deseado tener la capacidad de adivinar el pensamiento de Abdul o incluso de saber dónde estaba y qué hacía, pues así no habría tenido que aguardar de ese modo, yendo del dormitorio a la cocina y luego al cuarto de baño a mirarse al espejo, y después al recibidor, donde se detenía junto a la puerta, preparado para dirigirse a la habitación si oía algún ruido que indicara que se acercaba Abdul.

Esperó y no acudió nadie. Mientras el tiempo transcurría despacio, como si hubiera quedado suspendido en el dormitorio a oscuras, le vino a la memoria un retazo de un sueño que había tenido, una escena que había recordado con viveza al despertar por la mañana unos días antes, como si de verdad hubiera sucedido.

Tras la muerte de su madre, su tía paterna había pasado un año en casa con

ellos y había hablado mucho de cuando él era un bebé y su madre enfermó y ella tuvo que cuidarlos a los tres: a Malik, a su hermano y a su hermana. Les cantaba canciones y se ocupaba de Malik siempre que lloraba por las noches. Mientras esperaba a Abdul evocó la voz profunda de su tía, de sonido dulce y agradable. Conocía esa voz desde siempre. Aunque era imposible que la recordara de cuando era un bebé, tenía la sensación de que siempre lo había acompañado.

En el sueño, pensó, no estaba esa voz, sino su tía misma, que llevaba cinco años muerta. Era una presencia muda en las calles de Barcelona, calles que jamás había pisado. En el sueño, su tía estaba en el supermercado, pasaba por delante de la ventana de la barbería, los dos se cruzaban cuando él iba de la casa a la tienda donde vendía móviles. Ella nunca le hablaba, pero sonreía en todo momento mientras se movía con desenvoltura, como si fuera de la ciudad o viviera allí desde hacía años. A Malik le parecía raro soñar con ella de esa manera, cuando jamás había soñado que su tía paseara por las calles de su pueblo; cuando, de hecho, nunca había soñado con ella, o al menos eso creía.

A las diez y cuarto dio por sentado que Abdul había ido al concierto, pese a lo cual siguió esperando. Recorrió mentalmente las calles que separaban la suya de la plaza donde tocaba la banda. Aguardó hasta las diez y veinte, puesto que así lo había decidido, si bien en los últimos minutos no se explicaba por qué no había adivinado que Abdul no volvería a casa. Sin duda se había ido con los otros; era lo más lógico desde el principio. Al bajar la escalera lamentó no haber caído antes en la cuenta.

Se encontraba a medio camino cuando le pareció oír música, aunque enseguida se desvaneció y no volvió a oírla hasta que le faltaban dos calles para llegar. Reconoció la canción, pese a que la interpretaban con un ritmo más rápido. Y no estaba seguro de si salían gritos del equipo de sonido o si bien el gentío gritaba de verdad. La primera entrada de la plaza que probó

estaba cortada; se detuvo a escuchar la canción hasta que terminó y, al estallar los aplausos y gritos, retrocedió corriendo y entró en la plaza por otra calle, que estaba abierta. En cuanto vio el escenario comprendió que el brillo de las luces le impediría distinguir con claridad a la compacta multitud de hombres. Avanzó hacia ellos intentando encontrar un lugar que le ofreciera una buena vista del escenario, donde el grupo volvía a tocar entre aclamaciones desenfrenadas. Nadie más se movía, todos parecían haber echado raíces junto a sus amigos. Nadie tenía paciencia con quien los distraía de lo que sucedía en el escenario.

Ignoraba que hubiera tantos paquistaníes en Barcelona. Se preguntó dónde vivirían, a qué se dedicaban. Hasta entonces había creído que todos residían en la misma calle; después recordó que algunos solo habían entrado una vez en la barbería o en la tienda de móviles. Viéndolos a todos juntos debería haberse sentido a gusto, como en casa, pero por algún motivo su presencia hizo que la ciudad le pareciera más extraña, casi más extranjera que antes.

Se deslizó en silencio entre dos hombres y se situó delante de ellos sin taparles la vista. Lamentó estar tan nervioso pensando en Abdul y haber pasado tanto tiempo esperándolo solo. No podía relajarse y disfrutar del estruendo que llegaba del escenario ni observar al cantante ni los cambios de luces. Se dio cuenta de que ya estaba preguntándose cuándo acabaría. De pronto se fijó en una gaviota solitaria que sobrevolaba la plaza como si acechara en busca de comida. A medida que las luces pasaban del rojo al amarillo y luego al azul, el vientre y el envés de las alas del ave parecían volverse aún más blancas. Malik cerró los ojos y comenzó a embeberse de la música, a expulsar de su mente todo lo demás, pero por más que se esforzó no dejaba de pensar que pronto terminaría.

Avanzó despacio por delante de la multitud buscando un sitio donde pudiera sentarse en el suelo y ver el escenario. Observó que un músico de la banda

tocaba lo que parecía un piano chiquitito; le sorprendieron los sonidos que el hombre arrancaba al instrumento, como si tuviera a sus órdenes una orquesta pequeña. Y entonces vio a Abdul, que, con una expresión radiante y feliz, daba palmas al ritmo de la música. Corrió hacia él y lo abrazó, como se abrazan los amigos que se encuentran en la calle. Abdul sonrió y lo atrajo hacia sí para decirle algo, pero el estrépito de la música no permitía oír nada. Malik notó en la cara el aliento de Abdul y vio la luz de sus ojos. Se encogió de hombros para indicar que no había entendido ni media palabra. Abdul se echó a reír y volvió a mirar al escenario. Cuando sonreía parecía más joven. Malik permaneció a su lado pero, como no veía a la banda, se apartó un poco y se esforzó en concentrarse en la música, contento de tener a Abdul cerca, contento de tener también la sensatez de dejarlo disfrutar de la música, de no mirarlo demasiado ni tratar de hablar con él.

Cuando el gentío se movió, Abdul acercó a Malik de un tirón y este encontró la manera de ponerse delante de él, con la cabeza ladeada. Se dio cuenta de que eso era lo que había esperado en el piso y el motivo por el que había ido a la plaza. Era como estar a solas porque nadie se fijaba en ellos, y Malik pensó que quizá fuese aún mejor que estar solos porque podían concentrarse en la música mientras Abdul lo atraía hacia sí y lo rodeaba con los brazos y luego los dejaba caer.

El cantante comenzó un tema lento sobre el amor: acerca de una mujer que no reparaba en el hombre que la quería de verdad. El estribillo contaba que los ojos de la mujer no lo veían ni su mente pensaba en él, quien esperaba que la situación cambiase, y repetía las palabras «cambiase, cambiase, cambiase». La voz del cantante se elevaba con ternura en el aire nocturno mientras el público permanecía inmóvil y Abdul estrechaba a Malik; le había rodeado el pecho con los brazos y pegaba la entrepierna a él cada vez más, cada vez más a medida que avanzaba la canción.

Concluido el concierto, Abdul y Malik salieron juntos de la plaza hacia una bocacalle. Malik estaba seguro de que nadie que los conociera los había visto marcharse y de que, con el entusiasmo y la aglomeración de las últimas canciones, nadie se había fijado en que Abdul lo había abrazado estrechamente ni en cómo habían revoloteado las manos de ambos. Tenía la sensatez de no hablar, de limitarse a caminar despacio junto a Abdul. Se habría sentido feliz de volver a casa con él, de prepararse para dormir en la habitación con él y los otros sin pronunciar ni una palabra, sabiendo lo que había ocurrido entre los dos en el concierto, y de tenderse en la cama y recordar lo sucedido mientras Abdul dormía enfrente.

Suponía que se dirigían al edificio donde vivían y, tras atravesar varias calles, le sorprendió descubrir que se alejaban del piso y que Abdul lo llevaba a la barbería. Sin decir ni media palabra, este sacó un llavero cuando se encontraban cerca del local. Malik caminó en silencio a su lado hasta que Abdul le indicó con un gesto que se pusiera detrás de él. Cuando la puerta se abrió, se rezagó para echar un vistazo a la calle antes de cruzar como una flecha el umbral. Abdul cerró con llave por dentro. Malik se dirigió detrás de él a la trastienda, donde había un fregadero y se guardaban las toallas y las capas de corte.

El cuarto quedó a oscuras al cerrar la puerta Abdul. Mientras este se desabrochaba el cinturón y se bajaba la cremallera de los pantalones, Malik se acercó para abrazarlo, deslizó las manos por debajo de la camisa de Abdul y le acarició la espalda. A continuación las introdujo bajo el elástico de los calzoncillos, donde las dejó un momento antes de bajar la prenda para liberar el pene. Lo agarró con una mano y mantuvo la otra bajo los testículos hasta que Abdul comenzó a apretarle con suavidad la coronilla para indicarle que se

arrodillara. Malik se agachó hasta tener la cara a la altura de la entrepierna de Abdul. Percibió el olor de la carne sudada al introducirse el pene en la boca. Lo mojó con saliva. Lo soltó y lo lamió y volvió a meterse en la boca todo lo que pudo al tiempo que deslizaba la mano entre las piernas de Abdul.

Al principio este dejó los brazos caídos a los costados. Luego apoyó las manos sobre la cabeza de Malik y lentamente le acarició las orejas y el rostro, donde se entretuvo; después se la aferró y de ese modo le apremió a meterse y sacarse el sexo de la boca, y solo le habló para pedirle que no pasara demasiado la lengua por la punta, ya que eso lo excitaba mucho, y que se limitara a mover la boca como había hecho antes. Malik obedeció.

Cuando Abdul empezó a gemir y Malik supuso que iba a correrse, se encendió la luz. Malik no se movió, no se volvió a mirar, mientras Abdul se subía los pantalones y se abrochaba la bragueta y el cinturón.

Se oyó la voz de Baldy, que murmuró algo y acto seguido rompió a chillar. Malik deseó que aquello no estuviera ocurriendo, y de pronto recibió un golpe en el arranque de los muslos que lo dobló en dos. Vio que Baldy empuñaba la pata de una silla y aporreaba con ella a Abdul, acuclillado en un rincón. Baldy volvió a vociferar al avanzar hacia Malik y soltando maldiciones y obscenidades comenzó a propinarle puntapiés en las costillas, lo que lo obligó a levantarse y a retroceder hasta un rincón para protegerse al tiempo que se cubría la cara.

Baldy se apartó y la emprendió a patadas con Abdul, lo puso en pie tirándole del pelo y le golpeó con el palo en la espalda y las piernas. Abdul gritaba de dolor. Malik no sabía si arriesgarse a cruzar corriendo el cuarto hasta la puerta, pero pensó que de momento se quedaría donde estaba, hasta que tuviera la certeza de que lograría zafarse de Baldy, que parecía aún más colérico. Seguía pegando a Abdul, al que había arrastrado hacia el centro de la pieza. Malik se preguntó si sería mejor cerrar los ojos para fingir que

estaba muerto o sin sentido, pero no le dio tiempo a tomar una decisión, pues Baldy volvió hacia él, lo levantó de un tirón y le descargó un rodillazo en la entrepierna que le hizo chillar y doblarse por la mitad. Quedó tendido en el suelo y Baldy le asestó con el palo una serie de golpes brutales en el brazo y la pierna. Vio un destello rojo y pensó que iba a desmayarse de dolor mientras recibía más porrazos.

En cuanto abrió los párpados distinguió en el centro de la habitación a Baldy. Este, con los ojos casi fuera de las órbitas, alternaba la mirada entre Malik y Abdul. Malik no estaba seguro de si le descargaría la pata de la silla sobre los hombros y la cabeza o si volvería a golpearle en la pierna y el brazo. Lo oía respirar. Por un segundo sintió el impulso de acercarse a él como pudiera, arrebatarse el palo y confiar en que Abdul fuera lo bastante rápido para derribarlo agarrándole por las piernas a fin de impedirle dar patadas. Supuso que luego los dos se irían, aunque ignoraba qué harían después. Mientras rumiaba esas posibilidades, Baldy salió del cuarto. Oyó girar las llaves en la cerradura de las dos puertas.

Se preguntó si habría ido a buscar a la policía, si existiría un cuerpo especial para casos así. Deseó que hubiera apagado la luz para no tener que ver a Abdul arrastrándose por el suelo hasta acuclillarse, deshecho en lágrimas, en un rincón. Empezó a notar un intenso dolor opresivo en un costado y volvió a reclinarsse, temeroso de moverse e incluso de pensar.

Cuando más tarde trató de ponerse en pie para apagar la luz se dio cuenta de que estaba herido. Las costillas le dificultaban incluso el menor movimiento y al parecer le fallaba una pierna. Al mover el brazo se percató de que también lo tenía mal: alzarlo le causó un dolor atroz. De pronto tuvo ganas de vomitar; quiso hacerlo en el fregadero, pero el vómito salió de golpe y cayó al suelo a su alrededor. Casi rompió a llorar por el dolor en las costillas que le causaron las arcadas, y vio manchas negras. Logró levantarse apoyándose en la pierna

izquierda e impulsándose con el brazo izquierdo. Se quedó recostado contra la pared, sobre un solo pie, procurando no respirar hondo. Avanzó cojeando hasta el interruptor, apagó la luz y se sentó. Al otro lado del cuarto Abdul sollozaba, daba una bocanada profunda y volvía a sollozar.

Ahora Malik disponía de tiempo para meditar, para reflexionar sobre lo que ocurriría y para preguntarse si podía hacer algo. Puesto que le era imposible caminar y que la parte derecha de la caja torácica le dolía atrocemente cada vez que inspiraba, y como al parecer tenía roto el brazo derecho, la idea de salir del local y echar a andar por las calles era inviable. De todas formas, las puertas estaban cerradas por fuera y no sabía si las llaves de Abdul servirían para abrir desde dentro. Estaban atrapados y tal vez tendrían que esperar hasta la mañana, o quizá apareciera alguien para llevárselos por la noche. Supuso que debía de existir un sitio especial para ellos, para los hombres a los que sorprendían como los habían sorprendido a los dos. Abdul y él podrían negarlo, pero costaría encontrar una explicación convincente a la presencia de ambos en la barbería después del concierto.

Pensó en las personas que conocía, como Súper y los hombres que compartían habitación con Abdul y con él, por ejemplo Mahmud, que cocinaba y lavaba la ropa, y comprendió que ninguno querría ayudarlo, que todos ellos considerarían que los dos se merecían el castigo, fuera cual fuese. Quizá los enviaran a su país. Ignoraba si allí aquello sería mejor o peor. Imaginó que los sacaban esposados de un avión y los conducían a empujones hasta una furgoneta. Se acordó de los hombres que había visto encogidos de miedo ante un perro que enseñaba los dientes, pero sabía que eso era obra de los norteamericanos. Pensó en Baldy, casi siempre enfadado; nadie podía ni hablarle, y ahora todos lo apoyarían al enterarse de lo sucedido.

Abdul dejó de sollozar. El ruido de una alarma a lo lejos rompió el silencio. Malik pensó que les iría mejor con la policía si lo negaban todo.

Trató de inventar un pretexto para ambos. Podían decir que Abdul había dejado la billetera en la barbería para tenerla a buen recaudo durante el concierto y que cuando habían ido a recogerla Baldy les había atacado brutalmente sin ton ni son. Confiaba en que Abdul la llevara encima y en que se despertara pronto e hiciera algún ruido para que él lo supiera, pues así podrían hablar y acordar una explicación común. De todas formas, era posible que la policía prefiriera creer a Baldy, pero valía la pena intentarlo. Quizá le preguntaran a Baldy por qué no había acudido a ellos de inmediato y por qué se había tomado la justicia por su mano. No faltaría quien confirmara que era un matón. Si Abdul y él lo negaban todo con vehemencia y de manera convincente, al menos la policía tendría que reconsiderarlo. Por otra parte, Baldy no era idiota y querría ahorrarse problemas, de modo que cabía la posibilidad de que los subiera al siguiente avión con destino a Pakistán. Pero ¿quién pagaría los billetes? Trató de pensar desde el punto de vista de Baldy y comprendió que si él fuera Baldy no querría tener empleados a unos hombres como ellos dos. Luego se dijo que quizá se equivocaba, que quizá a Baldy le traían sin cuidado esos asuntos, que solo le interesaba el dinero, aunque entonces no era lógico que se hubiera enfurecido de esa manera. Tal vez le hubiera encolerizado tan solo el hecho de que hubiesen entrado en la barbería sin su permiso...; no, pensó Malik, eso no explicaría que los hubiera golpeado con semejante brutalidad.

Abdul dormía. Malik no entendía cómo era capaz de dormir. Sabía que no podía hacer más que esperar a que se despertara, para entonces hablar con él de cómo debían actuar.

Malik daba cabezadas cuando oyó girar la llave en la cerradura de la puerta de la calle. El brazo le palpitaba de dolor. Aguzó el oído para captar si Baldy entraba solo o había acudido con la policía. No oyó voces. De pronto sintió el impulso de desaparecer, de ver si había un armario donde esconderse, de

encerrarse en el cuarto de baño. Por la respiración pesada y regular de Abdul dedujo que seguía dormido. Aguardó inmóvil. Se hizo el dormido al encenderse la luz. Supuso que era Baldy quien había entrado. Oyó que Abdul se rebullía y le extrañó que Baldy no hablara. Estuvo tentado de darse la vuelta y abrir los ojos, pero comprendió que sería un error.

—Levántalo —oyó decir a Baldy— y sácalo de aquí.

Malik se volvió y se incorporó, estremecido por el dolor de las costillas y del brazo. Alzó el izquierdo para protegerse los ojos de la luz. Baldy se hallaba a su lado y Abdul ya se había puesto en pie. Vio que Baldy no estaba enfadado, sino que parecía inquieto, casi preocupado.

Intentó levantarse y se tambaleó, de modo que Baldy tuvo que ayudarlo.

—Quítalo de mi vista —murmuró Baldy a Abdul, que se acercó a Malik sin mirarlo y le permitió apoyarse en él.

Cruzaron la trastienda y salieron de la barbería. Se dirigieron a casa cojeando. Malik tuvo que detenerse varias veces por la intensidad del dolor que tenía en el costado. Vio que había amanecido. Las tiendas continuaban cerradas y no había casi nadie en la calle. Advirtió que Abdul no quería hablar, y al verlo tan distante no se atrevió a preguntarle qué debían contarles a sus compañeros de habitación. Le resultaba imposible apoyarse en la pierna derecha, que empezó a palparle pese a que descargaba todo el peso en la izquierda. Tampoco podía mover el brazo, y cada vez que respiraba le entraban ganas de gritar de dolor. Sabía que no podría ir a trabajar y, viendo cómo caminaba Abdul, supuso que este tampoco. De todas formas, imaginaba que Baldy no querría tenerlos cerca aunque pudieran trabajar.

Subieron por la escalera muy despacio y entraron en la habitación en silencio. Un par de hombres se movieron en sueños, pero nadie se despertó. Abdul y Malik se descalzaron procurando no hacer ruido y se metieron en la cama sin desvestirse.

Al rato, cuando ya todos se habían despertado y entraban y salían del dormitorio, Malik oyó a Abdul comentar que no irían a trabajar hasta pasado el mediodía porque los dos habían estado ayudando a Baldy a trasladar cajas y se habían acostado tarde. Supuso que les extrañaría la explicación, puesto que debían de saber que Abdul había asistido al concierto y quizá lo hubieran visto a él mismo, pero al parecer todos estaban demasiado atareados preparándose para iniciar la jornada y nadie dudó de las palabras de Abdul, que volvió a dormirse en cuanto se quedaron solos.

Al cabo de dos horas o más Malik oyó que se abría la puerta del piso. Se quedó quieto, preparado para cerrar los ojos y hacerse el dormido. Esperó. La puerta de la habitación se abrió sin el menor ruido. Malik no se movió cuando alguien se acercó a su cama.

—¡Vamos, despertaos! ¡Los dos!

Era la voz de Baldy, inconfundible. Malik se volvió y de inmediato se cercioró de que no llevaba nada en las manos. Le sorprendió verlo aún más nervioso que unas horas antes; parecía casi asustado. Aunque por un momento se preguntó si la policía estaría fuera, dedujo que Baldy había acudido solo cuando este le susurró que se pusiera en pie.

Intentó levantarse de la cama, pero le dolían muchísimo las costillas y el brazo. Se apoyó en el izquierdo. Baldy se acercó, le subió la camiseta y le preguntó si estaba herido al ver que se encogía de dolor. Malik asintió.

—¿Dónde?

Malik se señaló el brazo y la pierna derechos y a continuación el lado derecho de la caja torácica.

—Intenta andar —murmuró Baldy.

Malik trató de moverse pero tenía muy rígida la pierna derecha. Gritó cuando Baldy le tocó el brazo. Se quedó sentado en el borde de la cama. Abdul se despertó y se dio la vuelta.

—Sal de la cama —le susurró Baldy.

—Porque tú lo digas... —replicó Abdul.

—Vamos. Quiero ver si estás bien. No te haré daño.

Abdul se incorporó despacio y se puso de pie. Al ver que Baldy se aproximaba, extendió el brazo para impedir que se acercara demasiado. Baldy se dirigió hacia la ventana y se asomó a la calle. Malik miró un momento a Abdul y observó que estaba enfadado; parecía ileso. Se preguntó cómo era posible que Baldy lo hubiera dejado tan malparado a él mientras que Abdul había quedado prácticamente indemne. Supuso que se debía a que Abdul era más corpulento y quizá a que sabía defenderse de los golpes, o bien a que Baldy no le había pegado con tanta fuerza.

—¿Puedes andar? —preguntó Baldy a Abdul.

—Sí. Y no gracias a ti.

—¿Estás herido?

—Supongo que tengo moretones —respondió Abdul con tono seco, casi distante.

—Voy a llevar a este al hospital —anunció Baldy.

De pronto Malik se echó a llorar. Habría deseado que aquel fuera un día normal y corriente, ir a trabajar y enseñar a algún cliente a usar el último modelo de un móvil. Había estado una vez en un hospital, cuando su hermano se moría, y recordó la sala larga y los olores, los quejidos y los gritos. No quería ir al hospital; comprendió que tendría que hacer algo para impedir que Baldy lo sacara del piso. Al tratar de levantarse se apoyó un instante en la pierna derecha. Chilló de dolor y creyó que iba a desmayarse.

—Cálzate —ordenó Baldy a Abdul— y cálzalo a él también. Luego ayúdalo a ir hasta el coche.

Baldy salió de la habitación mientras Abdul ponía los zapatos a Malik. No le entró el derecho porque tenía el pie hinchado y yerto. Abdul no daba

muestras de preocupación. Malik estuvo a punto de preguntarle qué ocurriría, pero se contuvo, consciente de que no le respondería, pues lo notaba aún más retraído que de costumbre. Se apoyó en él cuando lo ayudó a levantarse. La proximidad y la serenidad de su amigo lo tranquilizaron. Sin duda Abdul sabía el lío en que se habían metido. ¿O acaso no estaban en ningún lío ahora que había remitido la cólera de Baldy?

Todavía le quedaba hacer frente al hospital. ¿Quién le daría de comer? ¿Qué sería de él? Empezó a decir algo, pero Abdul se apresuró a taparle la boca con la mano para acallarlo y con sumo cuidado lo llevó a donde los esperaba Baldy.

Baldy solo habló una vez mientras atravesaban la ciudad en coche tras haber dejado a Abdul en la calle.

—Si te preguntan qué te ha pasado, les dices que unos tipos te atacaron y huyeron corriendo. Y si te preguntan cómo eran, les dices que eran negros, africanos.

Malik se volvió y lo observó con atención porque Baldy había hablado de nuevo con nerviosismo. Pensó que Baldy no quería que nadie se enterara de lo que había hecho, lo cual significaba que era poco probable que contara lo que había visto. Quizá en España fuera ilegal agredir a alguien de ese modo y deportaran a quienes lo hacían, o quizá si recurría a la policía acudiera algún agente a plantear preguntas, y sin duda había asuntos relacionados con el dinero y los visados que Baldy y las personas para las que trabajaba preferían que nadie supiera.

Baldy le indicó que esperara en el coche y se encaminó hacia un edificio moderno con jardín situado en una de las montañas que bordeaban la ciudad. Al cabo de un rato salió acompañado de un hombre con bata blanca que

empujaba una silla de ruedas. Este ayudó a Malik a bajar del coche y a sentarse en la silla, y asintió cuando Malik se señaló el brazo derecho para advertirle que no se lo tocara.

Le quitaron la camiseta cortándola con unas tijeras y le rajaron los pantalones con unas más gruesas. Metieron la ropa en una bolsa negra y se la llevaron. Durante la hora siguiente lo examinaron con detenimiento dos médicos, que lo tumbaron en calzoncillos sobre una mesa y lo alumbraron con luces brillantes. Luego lo trasladaron a una cama con ruedas y lo transportaron por el hospital. Baldy había hablado con los médicos al principio; ahora seguía a Malik sin que nadie le preguntara nada. Este reparó por primera vez en lo pobre que era la ropa de Baldy y en lo incómodo y nervioso que se mostraba al lado de los médicos y las enfermeras, todos jóvenes, en los pasillos limpios y relucientes del hospital.

Recordaba que le habían puesto una inyección en el brazo y ya no recordaba nada más hasta que se despertó en una habitación pintada de blanco y con una ventana. Estaba solo. Al tratar de moverse se dio cuenta de que tenía la pierna y el brazo escayolados y un vendaje que le comprimía las costillas. Quería ir al baño, pero no pudo hacer nada hasta que alguien entró a ayudarlo. No había ni rastro de Baldy.

Durante las jornadas siguientes le dieron de comer tres veces al día y lo ayudaron a ir al baño cada vez que tocaba un timbre. Le gustaba el barullo del pasillo y le caían bien los médicos que iban a hablar con él y a ponerle inyecciones. A pesar de que no les entendía, cuando se señalaba el brazo y la pierna escayolados le respondían con gestos tranquilizadores antes de dejarlo de nuevo solo en la habitación blanca con ventana. Dormía y reflexionaba, y volvía a dormirse otra vez. La inquietud respecto a Baldy y a la policía había desaparecido, sustituida por la imagen de Abdul y de lo que había ocurrido entre los dos en el concierto y en la barbería antes de la llegada de Baldy.

Al cabo de un tiempo le proporcionaron un andador con ruedas para que fuera al cuarto de baño sin apoyarse en la pierna derecha. Al principio le costó manejarlo debido a la escayola del brazo derecho, pero poco a poco aprendió a mantener el equilibrio apoyándose con fuerza sobre el izquierdo, lo que le permitía avanzar con cuidado hasta el lavabo. El día que los médicos lo vieron desplazarse por sí solo, alzaron el pulgar en señal de ánimo y salieron sin ponerle ninguna inyección.

Una noche se despertó y de repente lo asustó el silencio y le dieron miedo la puerta cerrada y el armario. Encendió la luz, pero la claridad de la habitación lo atemorizó aún más. Pensó que al menos su hermano había fallecido en una sala larga con más pacientes, donde nunca reinaba el silencio, aunque siempre había sufrimiento o miedo al dolor. Lo atemorizó pensar que si pulsaba el timbre acudiría una enfermera limpia y vestida de blanco que no entendería ni una sola palabra que él dijera, como si farfullara disparates. Se preguntó si las celdas de las cárceles españolas serían como esas habitaciones de hospital: piezas blancas, perfectas y cerradas, donde tampoco nadie lo entendería. Pensó una y otra vez que debía de haber una manera de llegar al aeropuerto, una forma de conseguir ropa y dinero, de comprar un billete y lograr que le devolvieran el pasaporte. Se dio cuenta de que eso era lo único que deseaba y de que en adelante todos sus actos deberían ir dirigidos a volver a su país. Un billete. El pasaporte. Susurró las dos palabras al apagar la luz.

En la oscuridad intentó pensar en Abdul, pero solo recordó la indiferencia que le había mostrado, la indiferencia con que lo había tratado desde el principio. Hasta el hecho de que lo hubiera obligado a arrodillarse delante de él y a meterse el pene en la boca formaba parte de esa indiferencia. Y era Abdul quien lo había llevado a la barbería, quien le había puesto en peligro. Por un momento trató de imaginar que él era Abdul, de adoptar su mentalidad,

y se preguntó si era posible que Abdul le echara de menos o estuviera preocupado por su paradero. Sin embargo, tan solo le vinieron al pensamiento imágenes que sugerían vacío: el rostro inexpresivo de Abdul, su atención centrada en otros asuntos.

Al despertarse por la mañana vio a Baldy en la habitación. Este se acercó en cuanto Malik abrió los ojos.

—¿Te han preguntado algo?

Baldy seguía nervioso. Malik creyó percibir su olor: a colonia y a algo desagradable, como a ropa sucia.

—No lo sé —respondió—. No les entiendo.

—¿No han mandado un traductor?

—No.

—Tengo el coche fuera. Te llevaré a casa cuando te examinen y digan que estás bien.

—¿A mi casa? ¿A mi tierra?

—Te sacaré de aquí. ¿Y qué les dirás a los demás cuando los veas?

—Que me atacaron.

—¿Quiénes?

Malik suspiró y cerró los ojos.

—Sé lo que tengo que decir.

—¿Quiénes?

—Unos negros. Africanos.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé. Dos o tres.

—Tres. Di que eran tres.

—Tres.

—Y, por cierto, no volverás a casa. Te he buscado otro sitio.

—¿No vuelvo a mi casa? Has dicho que volvería a mi país.

Malik cerró los ojos.

—Te he traído ropa —dijo Baldy.

—¿Adónde iré?

—No preguntes. No irás lejos.

Malik se apoyó en el codo izquierdo para incorporarse. Miró a Baldy, observó su rostro y su cuerpo. Luego le sostuvo la mirada hasta que el otro apartó los ojos.

—Nadie está enterado de lo que pasó —dijo Baldy—. Perdí los estribos y ya está. Yo no me chivo y tú tampoco te chivas, y te aconsejo que...

—¡Déjame en paz!

Baldy aguardó en silencio hasta que entró el médico, quien examinó a Malik y anunció que ya podía irse. Le indicó que tendría que llevarse el andador y evitar en lo posible forzar la pierna derecha. Añadió que debían pagar un depósito por el andador y devolverlo en la siguiente visita, que sería al cabo de un mes, cuando probablemente el brazo ya estaría lo bastante fuerte para permitirle usar una muleta.

A Malik no le gustó que Baldy tuviera que vestirle y percibió su desagradable olor aún con mayor intensidad. Se sentó en una silla del vestíbulo cuando el otro entró en un despacho. Supuso que iba a pagar la factura, pero no se lo preguntó, y tampoco hablaron durante el trayecto hasta la ciudad entre el denso tráfico. Le dolía la pierna tras la breve caminata hasta el coche. Sabía que no podría usarla durante una temporada; se preguntó cuánto sería.

Baldy adoptó una actitud furtiva al aparcar en una calle que Malik sabía que no quedaba lejos de la tienda de móviles. Mirando a derecha e izquierda lo ayudó a bajar del vehículo y sacó el andador del maletero. Cuando echaron a andar, se situó unos pasos por delante de él. Malik lo observó con atención y advirtió que la expresión de su rostro reflejaba casi pánico por la lentitud con

que avanzaba él y por el temor a que cualquier transeúnte los viera juntos.

Baldy se detuvo delante de un portal y probó sin éxito varias llaves de los diversos manojos que llevaba en el bolsillo.

—¿Sabes qué? —le dijo a Malik—. No me has dado más que problemas desde el día que llegaste.

Cuando por fin abrió la puerta, lo ayudó a subir por la escalera al tiempo que arrastraba con impaciencia el andador tras de sí. Malik se detenía en cada rellano creyendo que ya habían llegado y Baldy le indicaba que tenían que ir más arriba. En el último piso Malik vio una puerta entornada con salida a una azotea. Baldy volvió a probar varias llaves hasta que logró abrir la de enfrente, que daba a un pequeño pasillo. Había una puerta que llevaba a una sala espaciosa, donde entraron.

—Aquí estarás bien —dijo Baldy—. Tendrás comida todos los días y te daré una copia de las llaves. Y no quiero que vuelvas a hacer de las tuyas, ¿lo entiendes? Tienes suerte...

—¿De que me dieras una paliza? —lo interrumpió Malik, que se sentó en un taburete que acababa de ver.

—Sí, eso mismo iba a decir.

—¿Vive alguien más aquí? —preguntó Malik.

—No. Quien quita la ocasión quita el peligro.

Se dirigió presuroso al pasillo. Malik le oyó echar la llave por fuera.

Había una cama con una mesilla, un sofá cerca de la puerta y una mesa y dos sillas junto a la ventana. Su maleta estaba en el suelo al lado de la cama. La habían llevado de la otra casa. Vio un televisor en un rincón. El pasillo era oscuro y daba a un cuarto de baño que tenía una lavadora y a una cocina pequeña con fogones y un frigorífico, que estaba vacío. Ninguna de esas piezas tenía ventanas. La de la sala principal era vertical y daba a la azotea, iluminada por el sol. Unas cuantas plantas se pudrían en las macetas. Abrió la

puerta de la azotea y salió con la ayuda del andador.

Era un espacio reducido, limitado por tres paredes, al que solo daba esa habitación. En el cuarto lado se alzaba un murete desde el que se veía la parte posterior de unos edificios más bajos. Advirtió que en la terraza nadie podía verlo. E imaginó que tampoco nadie le oiría si gritaba. Estaba a merced de Baldy. Comprendió que se consumiría allí si Baldy decidía olvidarse de él o si lo atropellara un coche. Nunca lo encontrarían. Miró alrededor y solo vio paredes ciegas y el cielo. A lo lejos se oía el débil rumor del tráfico. Se sentó y esperó a ver si captaba alguna voz o algún sonido humano, hasta que reparó en la sombra que avanzaba poco a poco por la terraza. Declinaba el día. Tenía hambre y sed, y cuando la sombra se acercó a él hasta que solo quedó un cuadrado de luz, justo donde estaba sentado, le entró miedo.

Se preguntó qué debería hacer para convencer a Baldy de que lo mandara a su tierra. Poco importaba que en su tierra no quisieran verlo. Si hubiera tenido el número del móvil de su padre le habría llamado para contarle que Baldy le había maltratado y habría negado haber hecho algo para merecerlo. De todas formas, sabía que su padre no insistiría en que regresara. Que probablemente le anunciaría que iba a buscar a un hermano de Baldy para amenazarlo, o bien le advertiría que Baldy era su jefe y que tenía que aprender a llevarse bien con él.

Una vez que la luz del sol desapareció de la azotea, entró y se tumbó en la cama. Dormitaba, medio soñando, cuando Baldy entró con una bolsa de comestibles que contenía una botella de agua, arroz, muslos de pollo, *garam masala* en polvo, aceite, alubias, un paquete de sal, té y azúcar.

—Tendrás que aprender a cocinar. ¿Puedes levantarte?

Malik asintió.

—Bueno, solo tienes que hervir el arroz y freír en aceite el pollo y las cebollas.

—¿Cuánto tiempo debe hervir?

—Hasta que se consuma el agua.

—¿Cuánta agua hay que poner?

—¡Y yo qué sé!

Baldy le entregó una caja de cerillas.

—Hay una bombona de butano llena y tienes una sartén y una cacerola.

—¿Me has traído las llaves?

—¿Para qué las quieres?

—Si hubiera un incendio o algo así, tendría que salir.

—Si hay un incendio, salta desde la azotea. Alguien te cogerá.

—Quiero las llaves —insistió Malik.

—Mírate. Eres un inútil, por no decir algo peor. Mañana te traeré las llaves.

Durante el mes siguiente Malik cocinó a diario pollo, cebollas y arroz. Poco a poco aprendió cuánta agua debía poner en la cacerola para hervirlo. En la televisión solo se sintonizaban canales españoles; a veces la veía, pero la mayor parte del tiempo no hacía nada. Se sentaba al sol y, cuando el sol desaparecía, se tumbaba en la cama. Baldy le entregó las llaves. Se llevaba la ropa y la devolvía lavada y doblada. Malik guardaba las llaves a buen recaudo, pero no quería arriesgarse a bajar solo la escalera ni a salir a la calle. Por la noche pensaba en qué les diría a Baldy o a su padre por teléfono, palabras de rabia, o exigencias, pero por la mañana comprendía que nunca le diría nada a ninguno de los dos.

Baldy le llevó jabón y champú. Malik se aseaba lo mejor que podía. A veces, cuando le picaban el brazo y la pierna escayolados, intentaba pensar en Abdul, lo que lo excitaba, pero pronto se cuidó de hacerlo, porque tras la excitación se deprimía, se encolerizaba y le entraban ganas de golpear la

pared con los puños o incluso con la cabeza, o de salir a la azotea y ponerse a gritar.

Algunos días se sentía contento y le complacía pensar que no ocurriría nada en toda la jornada, salvo que quizá Baldy se presentara con una bolsa de comestibles. Baldy nunca se quedaba mucho rato ni decía gran cosa. Malik suponía que Súper le echaba de menos. Se preguntaba si debería decirle a Baldy algo acerca de Súper o tratar de averiguar qué le había contado Baldy. Además estaban sus antiguos compañeros de dormitorio, Mahmud y los dos que trabajan con él en la tienda de móviles. Sin duda todos debían de echarle en falta y habrían preguntado por él. Y también estaba Abdul. Incluso por las mañanas, cuando casi todos los pensamientos que había tenido le parecían enardecidos y exagerados, se sentía libre de imaginar que tenía un vínculo con Abdul y que este pensaba a menudo en él, que lo sucedido la noche del concierto no había sido un accidente ni un error ni algo que había pasado por casualidad. Estaba convencido de que Abdul lo había buscado y planeado, por más que hubiera hecho lo imposible por disimularlo.

Baldy volvió a llevarlo al hospital, donde le examinaron la pierna y el brazo y le retiraron el vendaje de las costillas. Malik se fijó una vez más en que Baldy se acobardaba delante de los médicos, en lo mal afeitado que iba y en lo grandes que tenía las manos, con las uñas mordidas hasta la raíz. Al lado de Baldy, los médicos parecían casi delicados, eran todo perfección y esplendor, como los ricos. Malik disfrutaba observando cómo hablaban y se movían, pese a que no entendía ni una palabra de lo que decían.

—Otro mes —anunció Baldy en el coche, de vuelta a la ciudad—. Dentro de un mes te quitarán la escayola y podrás volver a la tienda y hacer algo de provecho.

—¿Sabe Súper dónde estoy?

—Ese se pasa día y noche en la mezquita.

—¿Ya no trabaja en el supermercado?

—Claro que sí, pero tiene más cosas en las que pensar que en ti. Piensa en sus oraciones, igual que sus amigos. Oyéndoles hablar cualquiera diría que son gobernantes. Me ha dado el libro sagrado para que te lo entregara.

—¿Dónde está?

—Me he olvidado de traerlo. Te lo traeré mañana. No le digas que me lo he olvidado o me soltará un buen sermón.

En los días siguientes subió la temperatura en la ciudad. En vez de viento, había humedad. Daba igual tener la ventana abierta o cerrada: la habitación era un horno, incluso por la noche. El picor del brazo y de la pierna le impedía dormir; en ocasiones se habría arrancado la escayola de haber podido. Pidió un ventilador a Baldy, que tardó varios días en entregárselo. Malik estaba convencido de que lo había traído únicamente para refrescarse él mismo cuando llegaba sudoroso y jadeante tras subir tantos escalones.

Cuando le preguntó qué día debían ir al hospital, si ya tenían cita, Baldy se encogió de hombros y respondió que volverían pasado más un menos un mes desde la última visita. Malik dijo que le gustaría que le quitaran antes la escayola, y Baldy se comprometió a llamar al hospital, pero no volvió a sacar el tema. Como Malik temía que le prohibiera usar demasiado el ventilador y así ocasionar gasto, no habló más de su malestar y se limitó a esperar confiando en que la temperatura descendiera o soplara el viento.

El día que Baldy lo acompañó de nuevo al hospital, Malik llevaba semanas sin dormir bien. Durante el trayecto, cada vez que se acercaban al coche que tenían delante se preparaba para el impacto, convencido de que chocarían con él. En el último tramo se quedó dormido y Baldy tuvo que despertarlo en el aparcamiento. En el hospital solo se fijó en el aire acondicionado: miraba sin cesar alrededor hasta ver de dónde salía el aire para acercarse al aparato e impregnarse del frescor. Volvió a dormirse esperando al médico, y al

despertar se preguntó si cuando le retiraran la escayola lo tendrían ingresado una noche, o incluso unos días. Sin embargo, todo fue muy rápido y, mientras aguardaba en el vestíbulo a Baldy, que había entrado en el despacho con dinero en la mano para pagar, cayó en la cuenta de que podía caminar, de que en el tiempo libre podría ir a donde se le antojara; por ejemplo, a la barbería a ver a Abdul, o a visitar a Súper. Y pronto remitiría el calor, o al menos eso esperaba. Se tocó la pierna y el brazo; la piel estaba en carne viva y le pareció ajena a él y casi le excitó tocarla. Ya en el coche, mientras Baldy le informaba de que al día siguiente se incorporaría al trabajo, pensó en Abdul; se imaginó que este cortaba el pelo a un cliente y que al echar un vistazo hacia la ventana lo veía a él, a Malik, en la calle. Decidió pasar por delante de Las Cuatro Esquinas tan a menudo como pudiera.

Como ya había aprendido a preparar arroz y pollo, podía ir a comprar, mirar distintas piezas de carne en la carnicería y, cuando fuera a ver a Súper, hablar con él de las diversas hortalizas y variedades de cuscús.

El primer día que Malik fue a verlo, Súper no le hizo ningún comentario sobre su ausencia. Sin embargo, una tarde que estaban los dos sentados ante la caja registradora y Baldy pasó por delante del escaparate, le contó que sabía lo que había ocurrido la noche del concierto. Malik se quedó helado y lo miró sin decir nada.

—Es un matón, sin duda, y cuando fuma pierde la cabeza, pero no volverá a fumar —afirmó Súper—. Le hemos ordenado que deje el hachís. Tuvimos una reunión con él. El hachís lo estaba desquiciando. No queremos problemas en la calle. Si la policía descubre que fumaba chocolate y que culpaba a los demás de lo que hacía, nos cerrarán los locales. Por eso le mandamos que te escondiera hasta que estuvieras presentable. Si no, la policía se habría

enterado. Ha tenido suerte de que no lo enviaran de vuelta a Pakistán.

Malik habría querido preguntarle qué sabía sobre la noche del concierto, pero se limitó a escuchar con atención mientras Súper culpaba de todo a Baldy.

—Tiene suerte de que Abdul y tú no os quejarais. Bien lo sabe. Conque, si os da más problemas, decídmelo.

Malik asintió.

—Por cierto, ¿qué hacíais los dos aquella noche? —le preguntó Súper.

—Nada.

—Le dije a Baldy que no quería oír ni una palabra. Que tenía que dejar de fumar y controlar su mal genio.

Malik asintió de nuevo y apartó la vista.

—Pero al final me lo contó —añadió Súper.

Por un instante Malik pensó que debía salir corriendo del local, volver a la habitación y ovillarse en la cama.

—Me describió lo que había visto.

Súper empleó un tono frío y objetivo. Guardaron silencio. Malik no sabía si Súper estaba enfadado. Volvió la cabeza al entrar un cliente. Cuando el hombre se acercó con una cesta llena de comestibles, Súper se levantó y tecleó los precios en la caja registradora. Malik metió lentamente los artículos en dos bolsas de plástico y el comprador salió del supermercado tras pagar y recibir el cambio.

—Le pregunté si se lo había contado a alguien más —prosiguió Súper—, y dijo que no. Le advertí que si contaba a alguien lo que me había contado a mí recibiría algo más que una tunda con la pata de una silla. Y él sabía que lo decía en serio.

Malik lo miró de reojo y vio que sonreía.

—En cuanto a ti...

—¿Qué?

—Bah, nada. Tú ya lo sabes.

Malik lo miró y asintió.

—Tienes suerte de que me lo contara a mí antes que a nadie —dijo Súper—. Nada más.

Malik se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Nadie más sabe lo que pasó. Todos creen que Baldy fumó demasiado antes del concierto y que perdió la chaveta. Todos le echan la culpa a él. Pero Abdul sabe que lo sé.

—¿Le dijiste algo?

—No. Lo miré. Eso bastó. Una larga mirada severa.

Un día de la semana siguiente, al volver a casa con una bolsa de comestibles a la hora del almuerzo, Malik vio que había otra cama en la habitación. Echó un vistazo en la maleta para cerciorarse de que no la habían tocado y abrió el frigorífico por si se habían llevado algo. No echó nada en falta ni observó nada extraño. Tan solo una cama al lado de la suya, sin sábanas ni colcha. Se preguntó si, aparte de Baldy, alguien más tenía una llave; lo ignoraba. Había dispuesto del apartamento para sí solo durante tanto tiempo que sintió pánico al pensar que alguien había entrado o tenía previsto instalarse en él. Le disgustó la idea de que dos o tres intrusos hubieran llevado la cama y hubiesen husmeado en la habitación. Se estremeció y volvió enfadado al trabajo.

No dijo nada de la cama cuando vio a Baldy más tarde. Lo encontró tan atareado como de costumbre y comprendió que no obtendría ninguna información si le preguntaba por qué la habían llevado y quién la había subido por la escalera.

Durante una semana la cama siguió en la habitación como un fantasma, como

una presencia que Malik hubiera imaginado por la noche. La contemplaba por la mañana y sonreía al pensar que quizá hubiera entrado por iniciativa propia.

Unos días después, al regresar por la noche con la idea de ponerse a cocinar, vio la maleta de Abdul encima de la cama, que además tenía sábanas, colcha y almohadas con funda blanca. Le pareció una broma. El día anterior, sin ir más lejos, había pasado por delante de Las Cuatro Esquinas y Abdul había evitado con descaro y esmero mirarlo. ¡No iría a presentarse para compartir la habitación con él! Si se trataba de una broma, era incapaz de adivinar quién se la gastaba. En cualquier caso, aquello no iba en serio. Baldy era el único que podía autorizar que Abdul se instalara en el apartamento, y Malik sabía que eso sería lo último que Baldy habría deseado hacer. Tocó la maleta un momento y la abrió despacio. Al ver la ropa no le cupo la menor duda de que era la de Abdul. Faltaba menos de una hora para que saliera de trabajar.

Puso a hervir el arroz y comenzó a freír la carne de cordero que había comprado. Como era una noche calurosa, había dejado abierta la puerta de la terraza. Con la comida al fuego, entró en la sala principal imaginando que era Abdul. Tras encender la lámpara del techo y la de la mesilla se hizo bien la cama. Estuvo pendiente de la hora. Sabía que tenía tiempo de cenar antes de que Abdul saliera del trabajo. Se preguntó si este ya habría estado en el apartamento y supuso que así era, puesto que ahí estaba su maleta.

Después de cenar subió a la azotea, donde se había confeccionado un asiento con cojines viejos que le había dado Súper. Tomó la determinación de no mirar el reloj ni pensar más en lo que sucedería. Aun así, estaba tan tenso que se sobresaltó al oír voces y la llave girar en la cerradura. En cuanto miró hacia la sala vio entrar a Abdul y a Baldy. Ambos lo observaron con recelo, y por un instante dio la impresión de que esperaban que Malik explicara su presencia o incluso la de ellos. Los dos se mostraron incómodos, y poco a

poco se dio cuenta de que no apartaban la vista de él porque no querían mirarse el uno al otro.

—Bueno, pues ya está... —dijo Baldy.

Abdul no despegó los labios.

—Mañana te daré las llaves —añadió Baldy.

Abdul tenía la piel más oscura de lo que recordaba Malik y parecía más alto en esa sala de techo bajo. Llevaba desabrochados los botones superiores de la camisa, de modo que se le veía el vello del pecho. Sudaba. Cuando Baldy se dio la vuelta para irse, Abdul se giró rápidamente hacia él y se detuvo. Malik observó que ocupaba mucho espacio de la habitación. Se quedó apoyado contra la pared, respirando hondo, como si tratara de dominarse. Baldy salió sin hacer ruido y le oyeron cerrar la puerta que conducía a la escalera.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Malik.

—¿Tienes llaves? —preguntó a su vez Abdul.

—Sí.

—Dámelas.

Malik se las entregó. Abdul salió del apartamento sin pronunciar palabra.

Le despertó el ruido que hacía Abdul al desvestirse y a continuación lo oyó meterse en la cama. Abdul no tardó en quedarse dormido. Malik distinguía su cuerpo tendido en la cama. Pese a que Abdul le daba la espalda, le alegraba tenerlo a su lado, aunque seguía sin entender por qué lo había llevado Baldy. Abdul le devolvió las llaves antes de marcharse por la mañana.

Durante los días siguientes Abdul entraba y salía sin dirigirle una palabra, ni siquiera una mirada. Algunas noches Malik le preguntaba si tenía hambre y Abdul salía del apartamento y no regresaba hasta muy tarde. Por la mañana se

llevaba la ropa al cuarto de baño, donde se duchaba y se vestía, y se marchaba al trabajo sin volver a la habitación donde estaba Malik.

Cuando Súper le preguntó cómo le iba todo, Malik se encogió de hombros y respondió que bien.

—¿Compartes la habitación con alguien?

Malik asintió. No imaginaba qué le diría Súper a continuación.

—Me pareció que te sentías solo —añadió Súper.

Malik le lanzó una mirada penetrante.

—Por eso mandé a Baldy que llevara a Abdul.

—¿Y qué dijo Baldy?

—Me preguntó si le prometería que a cambio le dejaría fumar hachís a sus anchas y no volvería a acusarle de alterar la tranquilidad de la calle.

Malik aguardó en silencio.

—Conque le prometí que lo haría de momento si llevaba a Abdul a tu casa.

Al día siguiente, a la hora de comer, Malik fue a un locutorio y dio el número de teléfono de Fátima. Una vez más, lo sorprendieron la rapidez de la comunicación y la claridad con que se oía la voz de la mujer.

—Por aquí no hay novedades —le dijo Fátima—, salvo que el negocio va mal. Tu padre está bien, igual que tu hermana y sus hijos.

—¿Les dirás que yo también estoy bien?

—Claro que sí, Malik. Se alegrarán de saber que has llamado, como siempre.

Malik esperó por si añadía algo. De fondo se oía el estridente piar de los pollos junto con otros ruidos. Empezó a hablar pero titubeó.

—¿Decías algo? —le preguntó ella.

—No, no.

—Entonces, ¿ninguna novedad?

—No.

—Te oigo como si estuvieras aquí al lado.
—La línea es buena.
—Bien, le diré a tu padre que has llamado.
—Muchas gracias. Espero que no te moleste que llame.
—Claro que no. Es un placer oír tu voz.
—Adiós —dijo Malik.
—Adiós.

En la tienda recibieron una remesa de móviles, entre los cuales había no solo modelos con cámara de fotos incorporada, sino también iPhone. Un compañero suyo llegó a un acuerdo con Baldy: se quedó uno a un precio rebajado para descargarse la música que le gustaba y hacer con él demostraciones a los clientes. Propuso a Malik venderle su magnetófono y las casetes a un precio módico. Malik lo meditó durante la mañana, a la hora del almuerzo fue a casa y sacó el dinero de la maleta.

Tenía música puesta cuando Abdul llegó por la noche. Por primera vez Abdul salió a la terraza, se sentó en los cojines y aceptó una taza de té y un vaso de agua. Cuando volvió a la habitación, Malik le enseñó las cintas; Abdul las examinó con atención, una por una, y apartó unas cuantas.

—¿Quieres que ponga una de esas? —le preguntó Malik.

Abdul asintió y le entregó una. Era la banda sonora de *Kuch Kuch Hota Hai*.

—¿Te gusta Shahrukh Khan? —le preguntó Malik.

—Me gusta la película, y la música aún más.

Al sonar la música, Abdul se tumbó en la cama con las manos en la nuca. Por primera vez parecía relajado.

La noche siguiente, una vez apagada la luz, Abdul preguntó en voz baja a

Malik si quería poner otra vez la cinta para que la oyeran mientras se dormían. Malik logró ponerla a oscuras y bajó el volumen para que la música no sonara muy alta. Antes de volver a deslizarse entre las sábanas preguntó a Abdul si así estaba bien o si prefería que lo subiera.

—No, está bien.

Malik notó que Abdul seguía despierto.

—¿Abdul? —susurró.

—¿Sí?

Malik guardó silencio y se arrepintió de haber hablado.

—¿Sí? —repitió Abdul.

—¿Me dejas ir a tu cama?

—¿La puerta está cerrada con llave?

—Sí, pero además la atrancaré con una silla.

—Sí, por favor.

Malik cogió una silla y la apoyó contra la puerta del apartamento. Antes de volver a la habitación se detuvo a escuchar la música. Se acercó despacio a la cama de Abdul, que, como la noche era cálida, se había arropado tan solo con una sábana y una colcha fina. Estaba tumbado de lado. Malik se pegó a él y frotó con suavidad su cara contra el velludo pecho de Abdul, le puso la mano izquierda en la espalda y le deslizó la otra entre las piernas. Oía la música y la respiración de Abdul y notaba los latidos de sus corazones. La ventana de la terraza estaba abierta y le complació pensar que, en la calurosa y húmeda noche de la ciudad, los coches circulaban y la gente caminaba por las calles; que el mundo entero estaba despierto mientras ellos dos yacían inmóviles escuchando música.

Se preguntó si harían eso todas las noches y qué habría pasado por la mente de Abdul hasta ese momento; luego intentó no pensar. Se arrimó más a él y apretó los labios contra su pecho. Deseaba con toda el alma abrir la boca y

lamerle el cuello, el torso y la cara, pero había decidido no dar más pasos hasta que Abdul tomara la iniciativa. Sabía que la cinta se acabaría, y cuando se terminó y oyó el clic, movió la mano para estrujar la de Abdul, se levantó de la cama y se dirigió en silencio a la suya, donde se acostó feliz y al rato se quedó dormido.

Nunca sabía a ciencia cierta cómo actuaría Abdul. En ocasiones, cuando ponía música después de apagar la luz, Abdul volvía a encenderla, cruzaba la habitación para sacar la cinta y la guardaba en su estuche. Un par de veces Abdul no pronunció palabra al llegar a casa ni quiso cenar; cuando Malik le preguntó qué le ocurría, su reacción consistió en salir disparado del apartamento, al que regresó al cabo de unas horas. Unas cuantas noches, sin embargo, pasaron varias horas tendidos en la cama desnudos; notó que Abdul le deseaba y, por su contacto y lo mucho que se pegaba a él, adivinó que había pensado en eso, que no se trataba de algo imprevisto ni de un error.

Tenía ganas de hablarle en susurros, de preguntarle qué le sucedía y por qué no se tumbaban juntos todas las noches, pero comprendía que debía esperar. Ignoraba cuál era el motivo. Debía de ser que Abdul se sentía avergonzado o tenía miedo, y Malik se preguntaba si la situación cambiaría o si la vergüenza y el miedo habían prendido en él, igual que el silencio parecía prender en Abdul en las malas noches de desaliento. Una de esas noches en que se tendieron juntos, por primera vez desde el incidente de Las Cuatro Esquinas se llevó a la boca el pene de Abdul. Colocado entre las piernas de este, jugó con él y lo recorrió con los labios arriba y abajo. Cuando Abdul soltó un grito ahogado, Malik notó las descargas de esperma y lo mantuvo en la boca unos segundos antes de escupirlo. Cambió de posición para apoyar la cabeza sobre el pecho de Abdul. Aunque la música ya había cesado, permaneció así un buen

rato antes de regresar a su cama.

Al volver al apartamento una noche encontró junto a la ventana un colchón nuevecito y al lado, en el suelo, ropa de cama sin estrenar. Se preguntó si sería un nuevo método de Baldy para torturarlo y si Súper estaría al corriente. Pensó en todos los hombres que trabajaban para Baldy y se dio cuenta de que la presencia de uno solo de ellos trastocaría su vida junto a Abdul, la cual había adquirido sus propios ritmos, de los que formaban parte las ausencias de Abdul y sus momentos de mal humor. Tenía la impresión de que Abdul se acostumbraba poco a poco a estar a solas con él y de que la situación no haría más que mejorar con el tiempo. No quería que ningún intruso estuviera presente cuando Abdul se marchaba de improviso, ni que oyese la misma música que ellos dos escuchaban las noches en que dormían juntos. Lo que hacían tendría que ser siempre furtivo, pero a buen seguro cesaría por completo si un desconocido se mudaba a la habitación.

No se le ocurrió pensar que el colchón había llegado con el conocimiento y la aprobación de Abdul. Cuando este acudió por la noche, reconoció que había ayudado a transportarlo durante la pausa del almuerzo.

—¿Para quién es?

—Para mi primo Alí, que se viene a vivir aquí. Es carnicero.

—¿Por qué se queda en nuestra casa?

—Porque es mi primo.

—¿Lo sabe Baldy?

—Claro que sí.

Malik salió a la terraza y se sentó en los cojines. Abdul no tardó en seguirle.

—No puedo hacer nada. Es mi primo. ¿Qué iba a decirle a su padre? Viven en el mismo edificio que mi familia.

—Podrías haberle dicho que no tenías sitio.

—Nadie de mi familia ha dicho nunca eso.

Más tarde cenaron en silencio. Al cabo de un rato Malik se dispuso a apagar la luz y preguntó a Abdul cuándo llegaría su primo.

—La semana que viene.

—¿Quieres que le diga a Baldy que prefiero volver a la habitación de antes?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Entonces ¿qué haremos cuando tu primo esté aquí?

—No lo sé.

Malik estuvo a punto de preguntarle si le preocupaba que no pudieran estar a solas nunca más. Se dio la vuelta e intentó dormir. Al cabo de un rato se arrepintió de no haberlo preguntado. Convencido de que Abdul seguía despierto, se planteó formularle la pregunta, pero no se le ocurrió ninguna manera de reanudar la conversación y además no estaba seguro de que quisiera oír la respuesta.

La imagen que se había formado de Alí, el carnicero, era la de un hombre de la misma edad que Abdul, o incluso mayor, de modo que se llevó una sorpresa la primera vez que lo vio. Era un joven de aspecto cándido, muy educado y tímido. Sonreía con dulzura al hablar, pero la mayor parte del rato se dedicó a escuchar mientras Malik le describía la calle. Le extrañó que no dispusieran de un aparato de vídeo junto al televisor y que en la cocina solo hubiera una sartén y una cacerola, que además tenía marcas de quemaduras. Preguntó si comían en la terraza y se sorprendió cuando Malik le respondió que nunca habían movido la mesa de donde estaba.

Malik observó que Abdul parecía mayor al lado de Alí; que, frente a la lozanía de su primo, se le veía cansado, y más tarde, tumbado en la cama mientras los otros dos dormían, pensó que por eso mismo deseaba aún más estar con él. La fuerza de Abdul, su estatura, su vellosidad y su solidez se volvían más reales y presentes, y hacían que se sintiera orgulloso de la vida que habían llevado antes de la llegada de Alí. Sus silencios ya ni siquiera lo desazonaban: siempre que advertía que Abdul empezaba en encerrarse en sí mismo, Malik le sonreía y se encogía de hombros.

Resultó que Alí, además de carnicero, era cocinero. Mandó a Abdul y Malik comprar una sartén grande con el poco dinero que tenían. Compró especias y algunos días llevaba a casa restos de la carnicería y los guisaba para los tres.

Lo malo era que se marchaba por la mañana a la misma hora que ellos y regresaba por la noche a la misma hora que Malik, antes que Abdul. Así pues, como no habían pedido el mismo día o medio día de fiesta, Malik y Abdul no estaban nunca a solas. Las primeras semanas, tumbado en la cama por la noche, Malik se sorprendía pensando en el cuerpo de Abdul e imaginaba que deslizaba la mano una y otra vez por el áspero vello de su entrepierna. Por las mañanas, apenas oían el agua de la ducha y tenían la certeza de que Alí pasaría un rato en el cuarto de baño, Malik se acercaba a la cama de Abdul para apretarle un momento la mano o besarle el pecho, aunque siempre procedían con mucho cuidado, no fuera a ser que por algún motivo saliera de la ducha sin cerrar el grifo.

Una noche, mientras cenaban los tres, Alí sacó de la maleta un álbum pequeño. Quería enseñarles unas fotos en las que salía con sus seis hermanos. Eran unas fotografías muy alegres y luminosas; los siete chicos se parecían mucho y, según comentó Alí, como cada uno se llevaba tan solo un año con el siguiente, con frecuencia la gente no los distinguía.

—Todos tenemos la misma ropa. Nadie sabe de quién es cada prenda.

Hojeó el álbum.

—Mira, Abdul, aquí estás con Nadira el día que nacieron los mellizos.

Malik vio que Abdul dejaba caer los hombros; de pronto parecía asustado. Era evidente que la fotografía mostraba a un hombre con su mujer y sus dos hijitos. Todos sonreían. El hombre era Abdul, más delgado y menos calvo, y la mujer, muy guapa, tenía el cabello largo y los dientes blancos y brillantes. Malik miró de reojo a Abdul, que había bajado la mirada.

Se levantó y fue al cuarto de baño, donde aguardó un rato antes de volver a la habitación y anunciar que iba a salir. Abdul ni siquiera lo miró.

—Me apetece tomar el aire y andar. No volveré muy tarde.

A Alí le tranquilizarían esas palabras, pensó Malik, pero Abdul sabía que era la primera vez que salía a esas horas; también sabía que no tenía a donde ir y que no conocía la calle de noche. De todas formas, no podía hacer otra cosa, se dijo al bajar por la escalera, y si debía pasarse el rato mirando un escaparate hasta que se apagarán las luces de la habitación, lo haría para no tener que volver a ver a Abdul.

Mientras recorría la calle arriba y abajo pensó que debería haber adivinado que Abdul estaba casado. Muchos de los mayores lo estaban, de modo que era lógico. Y si no lo había adivinado tendría que habérselo preguntado. Sin embargo Abdul no había hecho la menor alusión en las conversaciones que habían mantenido, apenas había hablado de su familia, del mismo modo que Malik casi nunca la nombraba. Malik jamás le había oído decir que había llamado por teléfono. Por otra parte, había supuesto que Súper estaba bien informado sobre todos los de la calle, los que pasaban por delante del escaparate y los recién llegados. Se preguntó si Súper lo sabía y había decidido no contárselo.

Recordó cómo era Abdul la primera vez que lo había visto: callado y

retraído, muy distinto de los demás. No se lo imaginaba casado. Algunos hombres casados llevaban anillo de boda o enseñaban fotos de su familia, algo que Abdul jamás había hecho. Y de repente cayó en la cuenta de que todo en Abdul —sus silencios, su costumbre de estar solo, lo reservado que se mostraba acerca de sí mismo, el cuidado que ponía en no dar la impresión de que lo buscaba—, todo apuntaba al hombre de la fotografía, feliz con su mujer y sus hijos, al hombre apenado por estar lejos de ellos. Y también explicaría su tristeza el día en que entró por primera vez en la habitación que compartiría solo con Malik, tal como lo habían organizado Súper y Baldy. ¡Cuántas ganas debía de tener de que llegara su primo para que diera al traste con lo que había entre ellos dos!

Malik tenía veinte euros en el bolsillo, de modo que, al ver una terraza con algunos paquistaníes tomando café, se sentó y pidió una Coca-Cola.

Recordó a Abdul tendido en la cama cuando por las mañanas se cogían de la mano. Sabía que Abdul esperaba ese gesto y que le gustaba. De todas formas, esos eran solo momentos e imágenes. Qué necio había sido al pensar que representaban algo. Pronto serían tan solo recuerdos, pues no volvería a tomar la mano de Abdul ni a tocarle el bulto de la entrepierna, ni a mostrarse paciente con él cuando se sumiera en el silencio.

Aquel al que conocía y recordaba no era una persona real, de eso no cabía duda. No conocía a Abdul, que se había asegurado de que así fuera. Continuaba siendo desconocido, impenetrable. Todo su comportamiento podía explicarse por la añoranza del hogar; todo, incluso su esporádica ternura con Malik, el deseo de que lo abrazara y excitara y luego la negativa a que lo hiciera. Todo eso resultaba simple ahora. Malik lo comprendió mientras se tomaba el refresco.

Decidió que hablaría con Súper sin tardanza. Aún no sabía qué le diría, pero dejaría claro que no quería seguir compartiendo el apartamento con

Abdul y su primo. Quizá lo planteara como una cuestión religiosa, lo que complacería a Súper. No obstante, era consciente de que debía procurar no culpar de nada a Abdul y evitar que Súper recelara de él.

Imaginó a Abdul y a su primo desenrollando el colchón de Alí y preparándose, diligentes y pudorosos, para acostarse. Se preguntó si Abdul habría llegado a hablarle alguna vez de su mujer a Malik y si tendría más hijos aparte de los mellizos. Sabía que a Abdul le traería sin cuidado que él se hubiera enterado de que tenía familia. También se daba cuenta de que, pese al retraimiento habitual de Abdul, existía, o había existido, un vínculo entre ellos y que, aunque ese vínculo hubiera estado basado —o él así lo creía— en algo medio sobrentendido, por eso mismo resultaba aún más real; se había fundamentado en la idea de que a veces se deseaban el uno al otro, de que Malik no era para Abdul una forma de aliviar la soledad, un sustituto temporal de la joven de la fotografía.

Durante varios días evitó quedarse a solas con Abdul. Era el primero en ducharse y el primero en salir de casa. Por la noche, cuando Abdul estaba en el apartamento y Alí en la cocina o el baño, salía a la terraza, hurgaba en la maleta u ordenaba la ropa. El día en que libraba media jornada, volvió al apartamento como de costumbre. Dado que últimamente no pegaba ojo, decidió que esperaría a que el sol dejara de dar en la terraza para estirarse sobre los cojines y dormir. También pensó en poner la lavadora con su ropa y luego tenderla.

Le sorprendió encontrar a Abdul en el apartamento. En cuanto lo vio se dirigió al cuarto de baño, donde se quedó un rato con la esperanza de que el otro se fuera pronto. Cuando salió, Abdul seguía en la habitación. Miró a Malik con tristeza, extendió las manos y se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo. No apartó la vista y pareció indicarle que se acercara.

—No.

—Por favor.

—¿Has dicho por favor?

Abdul asintió exhalando un suspiro.

—Sí. Por favor.

Abdul lo abrazó en cuanto lo tuvo delante. Al principio Malik pensó que era una forma de pedirle perdón, de reconocer que no volverían a estar juntos, pero enseguida notó la erección de Abdul y comprendió que sus intenciones eran inequívocas. Debía decidir qué hacer.

—Quizá tendríamos que hablar —susurró.

—¿Y si lo dejamos para después?

Malik esperó un momento antes de responder.

—Dime solo una cosa ahora.

—No imaginarás que...

—¿Qué?

—Te prometo que hablaré contigo.

—Pero dime ahora una cosa.

—¿Te importa que haga algo?

—¿El qué?

Abdul se inclinó hacia él y lo besó. Le metió la lengua en la boca. Malik le rodeó el cuello con los brazos. Olió el aliento de Abdul y sintió cómo movía la lengua contra la suya. Ignoraba qué significaba eso. Era la primera vez que lo hacían. Se apartó porque tuvo la impresión de que iba a eyacular. Se quedó delante de Abdul, sin aliento.

—Es la primera vez que lo hago —dijo Abdul.

—¿No lo habías hecho con nadie?

—Con nadie.

—¿Qué quieres decir?

Vio que Abdul estaba a punto de llorar.

—Estás conmigo —dijo Abdul.

—No puedo.

—Estás conmigo.

Malik negó con la cabeza. Abdul llevó una silla hasta la puerta del apartamento para bloquearla y volvió a la habitación.

—No debemos —dijo Malik.

—Ven a tumbarte conmigo y escúchame.

Extendió la mano y lo condujo hasta la cama.

—¿Solo para hablar? —preguntó Malik.

—Tú solo escúchame —respondió Abdul. Lo atrajo hacia sí—. Perdona que no te lo dijera. Lo siento. Me quedé de piedra cuando Alí nos enseñó la foto.

Suspiró y siguieron como estaban.

—Algunas noches, al llegar, quería decirte algo, pero acababa marchándome y recorría la calle de arriba abajo confiando en que estuvieras dormido cuando volviera.

—No pasa nada. Ahora ya lo sé. No pasa nada.

—Sí pasa —dijo Abdul.

—¿Por qué?

—Estás conmigo. Por eso.

—No estoy contigo.

—Quiero...

—¿Qué?

—Quiero que tú y yo...

—No podemos.

—¿Tú quieres?

—¿El qué?

—Estar conmigo.

—Sí.

—Entonces todo está bien. Cuando vuelva a mi casa, vendrás conmigo.

—¿Y qué seré yo?

—Somos una familia grande y ahora también eres amigo de Alí. Tendremos que ser prudentes; la situación no será perfecta, pero será peor si no lo somos. Mira, he pensado sobre esto todas las noches. Casi siempre hay gente que se queda una temporada con mi familia, tanto amigos como primos. No es una casa pequeña en la que solo vivamos la mujer de la fotografía y yo.

—¿Es tu esposa?

—Sí.

—¿Tenéis más hijos?

—Además de los mellizos, tenemos una niña.

—¿Qué edades tienen?

—Los mellizos, once, y la niña, nueve. Y sus primos viven con ellos, y los amigos de mis hermanos se quedan en casa. Y también los amigos de los hermanos de Alí.

—¿Amigos como yo?

—No. El caso es que a nadie le extrañará que te quedes en casa.

—De todas formas, tu verdadera familia son tu mujer y tus hijos.

Abdul volvió la cara y se quedó callado. Al cabo de unos instantes murmuró algo que Malik no entendió.

—¿Qué has dicho?

—Que mi verdadera familia eres tú.

Las semanas siguientes nadie se percató de que elegían el mismo medio día de

fiesta, o quizá —pensó Malik— Baldy y Súper sí se dieron cuenta y decidieron callar. No sabía qué pensar sobre lo que había dicho Abdul. Lo observaba y veía lo relajado que se mostraba al llegar por la noche y cuánto le gustaba, después de la cena, escuchar música tumbado en el suelo con un cojín bajo la cabeza.

En varias ocasiones sacó con Alí el tema de la familia de Abdul y descubrió que lo que este le había contado era cierto; aun así, le costaba imaginar lo que sería vivir con personas que ignoraban el motivo de su presencia en la casa, hasta que cayó en la cuenta de que así era como vivía en ese momento.

Esperó en el apartamento a que llegara Abdul. La mañana había sido tranquila en la tienda. Abrió la ventana y salió a la terraza. Notó el cambio de estación: ahora hacía calor únicamente donde daba el sol. Había preparado una comida fría y había puesto la mesa para los dos. Al oír la llave en la cerradura se dirigió al pasillo para saludarle. Abdul le besó en la frente apenas entró. Se sacó dos casetes del bolsillo.

—Son nuevas —dijo—. Me las ha grabado Salim.

Malik sonrió y le dio un puñetazo de mentirijillas en el vientre.

—¿Qué haremos con las cintas cuando tengamos un reproductor de CD?

—Alí las picará para guisarlas.

Se sentaron y comieron en silencio. Abdul colocó la silla para que protegiera la puerta del apartamento y se ducharon, primero uno y después el otro. A continuación hicieron el amor en silencio en la cama de Abdul. Más tarde, mientras este dormía, Malik salió a la terraza en calzoncillos y camiseta y se sentó al sol sobre los cojines.

Levantó la vista al oír que Abdul se movía. Oyó el agua de la ducha. Estaba

de pie delante de la ventana abierta cuando Abdul salió desnudo del baño, secándose. Abdul se puso ropa limpia. Se llevó un dedo a los labios y salió del apartamento. Malik se duchó y se vistió. Al cabo de un rato salió y siguió las indicaciones que le había dado Abdul hacía unas semanas. Avanzó despreocupado por la acera sombreada hasta llegar a otra calle donde tenía la certeza de que nadie lo conocería. Entonces caminó al sol. Al poco vio en el puerto un buque enorme que unas semanas estaba atracado y otras no; pensó que era como una ciudad. Sabía que en ese punto debía cruzar la calle, girar a la izquierda y dirigirse hacia los muelles. Caminó despacio, tal como le había aconsejado Abdul, contemplando los pequeños barcos pesqueros y las palmeras e intentando aparentar que aquello no tenía nada de extraordinario.

Al final de los muelles cruzó la calle cuando el semáforo se puso rojo para los coches y verde para los peatones. Recorrió el paseo marítimo hasta que vio la heladería Dino. Pasó al otro lado y enfiló una calle transversal, que recorrió en línea recta hasta llegar a un paseo entarimado y con palmeras junto a una playa y el mar. Aunque había visto gaviotas a diario y había oído la sirena de niebla por la noche, hasta ese momento no se había dado cuenta de que el apartamento se encontraba cerca del mar.

Abdul lo esperaba en un banco, como habían acordado. Se levantó al verlo y chocó la mano extendida de Malik sonriendo como si fueran dos amigos normales y corrientes que hubieran quedado. Caminaron junto al mar. De vez en cuando se detenían a mirar a alguien de la playa o la entrada de un buque o una barca en el puerto.

Aunque Abdul no hablaba mientras paseaban, Malik notaba que no había tensión en ese silencio, que le divertía lo que veía, la gente con que se cruzaban y lo que él decía. Caminarían hasta donde pudieran, volverían sobre sus pasos y se separarían al llegar al banco donde se habían encontrado. Abdul se marcharía primero y Malik lo seguiría veinte minutos después. Abdul

pasaría por la tienda de Alí a recoger un pedazo de carne y la guisarían según las indicaciones de este, de modo que tendrían la cena preparada cuando él llegara. Como contaban con un reproductor de DVD, cenarían temprano para ver una película antes de acostarse.

Pero aún faltaba mucho para eso, para las horas posteriores al anochecer. De momento brillaba el sol. Y Malik solo deseaba que el paseo continuara, no decir nada más y que Abdul siguiera callado, que los dos caminaran despacio junto a aquel extraño pez enorme de bronce contemplando la arena removida y las pequeñas olas que tras romper se retiraban mar adentro. Era la tarde libre de ambos y se hallaban lejos de los otros, lejos de la calle; lentamente se alejaban de todo como si eso fuera posible, pero sin que les preocupara demasiado tener que dar media vuelta y hacer frente de nuevo a la ciudad. Se rozaban sabiendo que solo debían hacerlo un par de veces y cuando nadie los mirara.

Una canción

Noel era el que conducía aquel fin de semana en Clare, el único músico del grupo de amigos que no bebía. Iban a necesitar un conductor, pues en su opinión la ciudad estaba atestada de estudiantes y turistas ávidos; los bares eran impracticables. Durante dos o tres noches pondrían la mira en pubs rurales vacíos y en casas particulares. Noel tocaba la flauta irlandesa con más técnica que talento; era mejor acompañando a un grupo grande que en solitario. En cambio, poseía una voz especial, aunque sin la fuerza y singularidad de la de su madre, a quien todos ellos conocían por un disco grabado a principios de los setenta. Noel armonizaba a la perfección con cualquiera: subía o bajaba una milésima de tono y vagaba a su antojo alrededor de la otra voz, fuera del tipo que fuese. En realidad no tenía buena voz para el canto, pero sí oído, decía en broma, y en aquel mundillo reducido todos estaban de acuerdo en que tenía un oído perfecto.

El domingo por la noche la ciudad se había vuelto insoportable. En palabras de su amigo George, la mayoría de los visitantes eran de esas personas que te echarían alegremente una pinta sobre la gaita irlandesa. Y hasta algunos de los pubs rurales más conocidos estaban tan abarrotados de forasteros que era imposible sentirse a gusto. Por ejemplo, había corrido la noticia de la sesión de tarde en el KIELTY'S, en Millish, y ahora que caía la noche debía rescatar a dos amigos para llevarlos a una casa particular situada en el otro extremo de Ennis, donde podrían tocar tranquilos.

En cuanto entró en el pub los vio en un recoveco junto a la ventana, uno

tocando el acordeón diatónico y el otro el violín. Los dos lo saludaron con un levísimo parpadeo y un rápido fruncimiento de las cejas. A su alrededor se había congregado un grupo de gente, otros dos violinistas y una joven flautista. Delante tenían una mesa repleta de vasos de pinta y de media pinta.

Noel se mantuvo apartado y miró alrededor antes de encaminarse hacia la barra a pedir una soda con lima. La música había animado el ambiente del local, de modo que hasta los forasteros, incluidos los que no entendían nada de música, irradiaban una curiosa sensación de contento y bienestar.

En la barra vio a otro amigo que esperaba a que le sirvieran y le hizo un gesto con calma antes de acercarse para informarle de que ellos no tardarían en marcharse. El amigo accedió a acompañarlos.

—No le digas a nadie adónde vamos —le advirtió Noel.

Pensó que cuando pudieran irse sin que se les considerara descorteses —tal vez al cabo de una hora o más— los llevaría por el campo como si huyeran del peligro.

Una vez servido, su amigo se acercó a él con una pinta de cerveza rubia en la mano.

—Veo que tomas limonada —le dijo con una sonrisa agria—. ¿Quieres otra?

—Es soda con lima —repuso Noel—. Tú no podrías permitírtela.

—He tenido que dejar de tocar. No aguantaba más. Deberíamos irnos en cuanto podamos. ¿Hay bebida en el otro sitio?

—A mí no me preguntes —contestó Noel, que supuso que su amigo llevaba toda la tarde empinando el codo.

—Compraremos unas botellas por el camino.

—Estoy listo para salir en cuanto lo estén los chicos —dijo Noel moviendo la cabeza en dirección a los músicos.

Su amigo frunció el ceño y dio un sorbo a la cerveza, lo miró a la cara un

instante y echó un vistazo alrededor antes de arrimarse más para decirle algo de modo que solo lo oyera Noel.

—Me alegro de que estés bebiendo soda. Supongo que ya sabes que tu madre está aquí.

—Claro que sí. —Noel sonrió—. Ni una gota de cerveza esta noche.

El amigo se alejó.

A solas cerca de la barra, Noel calculó que, puesto que tenía veintiocho años, hacía diecinueve que no veía a su madre. Ni siquiera sabía que estaba en Irlanda y, mientras miraba con cautela en torno, dudó de que fuera a reconocerla. Sus amigos no ignoraban que sus padres se habían separado, pero ninguno tenía la menor idea de lo amarga que había sido la ruptura ni de los años de silencio que habían seguido.

Hacia poco se había enterado de que su madre le había escrito durante los primeros años y que el padre, que fue quien se lo contó, había devuelto las cartas al remitente sin siquiera abrirlas. Noel se había arrepentido profundamente de haberle dicho a su padre que ojalá le hubiera abandonado él en vez de su madre. Desde entonces apenas se hablaban y, mientras oía cómo la música subía de volumen y se aceleraba, decidió que iría a verlo cuando regresara a Dublín.

Vio que se había bebido la soda muy deprisa sin darse cuenta; volvió a la barra, que estaba a reventar, e intentó llamar la atención de John Kiely, el dueño, o de su hijo, el joven John, con la intención de estar ocupado mientras decidía qué debía hacer. Era consciente de que no podía salir del local, subir al coche e irse; sus amigos contaban con él y, además, no deseaba estar solo en esos momentos. Tendría que quedarse en el pub, aunque manteniéndose en un segundo plano, en las sombras, para no toparse con ella. Suponía que unos cuantos clientes sabían quién era él, pues hacía casi diez años que acudía allí todos los veranos. Esperaba que no hubieran reparado en él o que, si lo habían

visto, no tuvieran la oportunidad de decirle a su madre que su hijo se encontraba en el bar, a trescientos veinte kilómetros de su casa; que por casualidad había ido a parar al mismo local donde estaba ella.

En el transcurso de los años había oído en la radio la voz de su madre, las mismas canciones del disco grabado hacía tiempo y que acababa de salir en CD, dos en irlandés, todas lentas, sugerentes y perturbadoras; la voz profunda y dulce, segura y expresiva. Conocía su rostro por la carátula del álbum y por los recuerdos que guardaba, naturalmente, y también por haberlo visto en una entrevista que había concedido en Londres hacía unos diez años al *Sunday Press*. Tras contemplar cómo su padre quemaba el número de aquella semana, había comprado a escondidas otro ejemplar y había recortado la entrevista y la fotografía, muy grande, que la acompañaba. Lo que más le había impresionado fue la noticia de que la abuela de Galway seguía con vida. Cuando su mujer se fugó a Inglaterra con otro hombre, el padre —según supo Noel más tarde— prohibió tanto las visitas de la abuela como las de su esposa. La madre contaba al entrevistador que, en sus frecuentes viajes a Irlanda, iba a Galway a ver a su madre y a sus tías, de quienes había aprendido todas las canciones. No mencionaba que tenía un hijo.

Durante los meses siguientes Noel había observado la fotografía fijándose en la sonrisa vivaracha, la desenvoltura ante la cámara, la deslumbrante vida que irradiaban los ojos.

Cuando, aún no cumplidos los veinte, empezó a cantar y se apreció el timbre de su voz, lo contrataron como vocalista y para los coros en varios discos. Su nombre se imprimía junto al de los otros músicos. Siempre miraba las carátulas de los CD como si fuera su madre; se preguntaba si ella los compraría y se la imaginaba echando una ojeada distraída a la lista de nombres del reverso y, al encontrar el suyo, recordando la edad que tenía su hijo y preguntándose qué sería de él.

Pidió otra soda con lima y dio la espalda a la barra para mirar a la concurrencia tratando de adivinar dónde se encontraría su madre. De pronto vio que lo miraba fijamente. En la penumbra no parecía mucho mayor que en la fotografía del *Sunday Press*. Noel sabía que tenía poco más de cincuenta años, pero con aquel flequillo largo y el cabello color caoba aparentaba diez o quince menos. La observó con calma y serenidad, sin sonreír ni dar la menor señal de haberla reconocido. La mirada de ella era casi demasiado franca y curiosa.

Noel lanzó una ojeada hacia la puerta y la luz estival, ya declinante; cuando volvió a mirar a su madre, ella seguía observándolo. La acompañaba un grupo de hombres; por la forma de vestir dedujo que algunos eran lugareños y al menos otros dos forasteros, posiblemente ingleses, pensó. Entre ellos estaba sentada una anciana, a la que no logró ubicar.

De repente se percató de que la música había cesado. Echó un vistazo por si sus amigos habían empezado a guardar los instrumentos y vio que lo miraban como si esperasen algo. Le sorprendió que Statia Kielty, la esposa del dueño, estuviera en la barra. Según contaba a cuantos entraban en el local, la mujer tenía por norma no atender la barra pasadas las seis de la tarde. Sonrió a Noel, aunque él dudaba de que supiera cómo se llamaba. Pensó que para ella sería uno de los chicos de Dublín que aparecían unas cuantas veces en verano. Aun así, con Statia nunca se sabía; era sagaz y no se le escapaba nada.

En ese momento le indicó por señas que se apartara hacia un lado para permitirle ver mejor a la concurrencia y, cuando él obedeció, llamó a la madre de Noel.

—¡Eileen! ¡Eileen!

—¡Estoy aquí, Statia! —respondió ella. Hablaba con un leve deje inglés.

—Estamos todos preparados, Eileen —dijo Statia—. ¿Quieres empezar ya, antes de que esto se llene demasiado?

La madre de Noel bajó la cabeza y volvió a levantarla con expresión seria. La sacudió mirando a Statia Kielty con gesto grave como para decir que, aunque dudaba de que pudiera hacerlo, estaba dispuesta a intentarlo. John Kielty y el joven John habían dejado de servir y todos los hombres de la barra se habían vuelto a mirarla. Ella les ofreció una sonrisa infantil, se echó hacia atrás el flequillo y bajó la cabeza una vez más.

—¡Silencio! —gritó John Kielty.

La voz de la madre de Noel se elevó como surgida de no se sabía dónde. Era más poderosa, incluso en las notas graves, que la del disco. Noel supuso que la mayoría de los clientes del bar conocerían un par de versiones más sencillas de la canción, y algunos habrían oído además la versión de su madre. Sin embargo, la interpretación que realizaba en ese momento era más impetuosa, con apoyaturas, florituras y cambios súbitos de tono. Al iniciar la segunda estrofa alzó la cabeza, con los ojos muy abiertos, y sonrió a Statia, que estaba detrás de la barra con los brazos cruzados.

A Noel le pareció que había comenzado con demasiada intensidad, que le sería imposible terminar las ocho o nueve estrofas sin perder algo, sin verse obligada a bajar el voltaje. No obstante, oyéndola seguir comprendió que se había equivocado. El control de la respiración en las apoyaturas superiores era asombroso, pero lo más importante era la naturalidad que mostraba con el idioma; el irlandés era su lengua materna, como debía de haber sido la de Noel, que sin embargo ya lo tenía medio olvidado. El estilo de su madre era el antiguo, con electricidad añadida, casi declamatorio en ocasiones, sin apenas interés por la dulzura de la melodía.

Aunque no había tenido la intención de moverse de donde estaba, se dio cuenta de que se había acercado a ella y se encontraba solo entre el grupo de su madre y la barra. La canción, como otras muchas canciones antiguas, hablaba del amor no correspondido, si bien se diferenciaba de la mayoría de

ellas en su creciente amargura. No tardó en convertirse en una tonada sobre la traición.

Con los ojos cerrados, su madre desgranaba trinos y notas largas. A veces dejaba medio segundo entre un verso y otro, no para respirar, sino para tomar la medida al bar y a quienes lo ocupaban y permitirles oír su propio silencio a medida que la canción se aproximaba a su final, pausado y desesperado.

Al iniciar esas estrofas de puro lamento miró de nuevo a Noel. Su voz se volvió aún más impetuosa, aunque en ningún momento resultó demasiado dramática ni excesivamente forzada en busca de efecto. No apartó la vista de Noel cuando llegó a la famosa última estrofa. Por su parte, él había dado mentalmente con una manera de cantar por encima de ella. Imaginó con verdadera pasión cómo se haría, cómo la voz de su madre eludiría ese acompañamiento y quizá lo dejara en evidencia a propósito con un quiebro inesperado, pero creía que él podría lograrlo si estaba preparado para subir o bajar una milésima de tono cuando ella lo descolocara. Aun así, sabía que debía permanecer callado y contemplarla en silencio mientras ella lo miraba a los ojos; Noel era consciente de que todos la observaban mientras cantaba acerca de su amado, que le había quitado el norte y el sur, el este y el oeste, y ahora —volvió a bajar la cabeza y, más que cantar, casi recitó las últimas palabras— le quitaba a Dios.

Cuando terminó, dirigió una inclinación a John Kielty y a Statia y se volvió con actitud modesta hacia sus amigos, sin saludar a quienes la aplaudían. Al ver que Statia Kielty lo miraba y le sonreía con afecto y confianza, Noel supuso que sabía quién era él. Entonces comprendió que no podía quedarse. Tendría que avisar a los otros, tratar de rezumar una impaciencia espontánea; tendría que conseguir que pareciera normal que su madre se quedara con sus amigos y que él se fuera con los suyos.

—Dios mío, qué poderío —comentó uno cuando Noel se acercó al

recoveco de la ventana.

—Tiene una voz espléndida, desde luego —afirmó.

—¿Nos quedamos o qué? —le preguntó su amigo.

—He dicho a los otros que os llevaría a Cusshane en cuanto pudiera. Os estarán esperando.

—Nos acabamos las copas —dijo su amigo.

Mientras se preparaban sin prisa para marcharse, Noel no apartó la vista de Statia KIELTY, que había salido de detrás de la barra. Vio que se le acercaban unos cuantos borrachines para hacerle bromas corteses, pero era evidente que ella se dirigía a hablar con su madre. A lo mejor Statia tardaba un rato en mencionar la presencia de Noel en el bar. Incluso era posible que no la mencionara. Por otra parte, quizá fuera lo primero que dijera. Y eso bastaría para que la madre se pusiera en pie y lo buscara, o para que le sonriera con ternura, medio indiferente, y no se levantara del asiento ni le cambiara el semblante. Él no deseaba que ocurriera ninguna de esas cosas.

Se dio la vuelta y vio que sus amigos aún no habían apurado las copas; acababan de guardar los instrumentos.

—Yo salgo —les dijo—. Estaré en el coche. Y aseguraos de arrancar a Jimmy de la barra. A él también lo llevo.

Al ver que uno lo miraba desconcertado comprendió que había hablado de manera insincera y demasiado deprisa. Se encogió de hombros y se abrió camino entre los bebedores hasta la puerta procurando no mirar a nadie. Cuando salió, en el momento en que se aproximaba el primer vehículo de la noche con las luces largas, estaba temblando. Sabía que tendría que cuidar de no decir nada más, actuar como si hubiera sido una velada normal y corriente. Todo aquello se olvidaría; tocarían y cantarían hasta la madrugada. Se sentó en el coche y esperó a los otros en la oscuridad.

El quid de la cuestión

Al bajar por la escalera Nancy echó un vistazo a la fotografía y se preguntó si no debería descolgarla. Sabía que el espacio que cubría el marco destacaría en el empapelado, que no se había cambiado desde hacía años. Le recordaba, más vivamente aún que los otros vestigios —unos cuantos muebles oscuros y recios, las molduras de yeso del vestíbulo, los dos o tres óleos—, que antaño en esos pisos situados sobre el antiguo colmado-bar de Monument Square la familia de George se había rodeado de lo que se consideraba lujo. Ahora el vestíbulo estaba lleno de cajas y no se había vuelto a pintar, los muebles viejos se guardaban en las habitaciones que había sobre el almacén de al lado, George había muerto y su madre, que en la fotografía aparecía sentada con aire majestuoso en un gran sillón, llevaba mucho tiempo en la tumba. Nancy pensó que ya no había necesidad de tener un retrato de un George adolescente que posaba todo emperejilado detrás de su madre. Algún día lo descolgaría y lo metería en el almacén.

Aquella mañana, cuando estaba sola ante la caja registradora durante la pausa del almuerzo de Catherine, que trabajaba con ella, había pillado a una mujer robando. La había visto plantada en el centro del pasillo sin ninguna cesta metálica en la mano, con tan solo una andrajosa bolsa de la compra, y se había puesto a hojear un catálogo de congelados sin quitarle el ojo de encima. Cuando la mujer se abalanzó hacia la puerta, Nancy corrió y se plantó ante ella para cerrarle el paso.

—Déjelo aquí. —Señaló el mostrador que había junto a la caja

registradora.

La mujer no se movió cuando Nancy se dio la vuelta para echar el cerrojo.

—Vamos, rápido.

La mujer sacó de la bolsa dos paquetes de galletas de mantequilla. Los tiró al suelo.

—A partir de ahora vaya a robar al hipermercado Dunne. Tienen galletas a porrillo. Abra la bolsa para que vea que no se lleva nada más.

—Se cree usted muy importante —replicó la mujer abriendo la bolsa para que la inspeccionara—, con esta mierda de supermercado. No hay de nada.

—Váyase —dijo Nancy, y descorrió el cerrojo.

—No es más que una mercachifle, igual que su madre.

—Si no se va ahora mismo, llamaré a la policía.

—Anda, mira cómo habla. Lo finolis que se ha vuelto en Monument Square.

—Váyase a casa.

—¿Todavía vende cigarrillos Woodbine sueltos, de uno en uno o de dos en dos? —preguntó la mujer. Estaba a punto de irse. Había enrojecido de ira.

Otra clienta caminaba en silencio por el pasillo central del supermercado fingiendo no oírlas.

—Allí arriba no se limpiaban ni el culo. No entiendo cómo la aguantaban los Sheridan —soltó la mujer a gritos.

Nancy se acercó y la sacó a empujones a Monument Square.

—Váyase ya —dijo—. Váyase a la colina, que es donde debe estar.

Cerró la puerta y regresó en silencio a la caja registradora como si tuviera una tarea urgente entre manos. Vio en el suelo los paquetes de galletas de mantequilla y fue a recogerlos; algunas galletas se habían roto, por lo que los paquetes no podían venderse. Los dejó a un lado y volvió a coger el catálogo de congelados, que examinó con rabiosa concentración. En la ciudad no convencían los alimentos congelados, salvo los palitos de pescado. Aun así,

pasó las páginas mientras esperaba a que su única clienta se acercara a la caja registradora. Cuando por fin la mujer depositó la cesta en el mostrador, su actitud daba a entender que le habían dicho algo sumamente ofensivo. Nancy confiaba en que no fuera de la colina o en que no hubiera oído las últimas palabras que había dirigido a la ladrona. Era la primera vez que la veía en la tienda. Le pareció que no tenía sentido tratar de congraciarse con ella. Sin decir nada tecleó el precio de los productos mientras la clienta los sacaba de la cesta metálica del supermercado y los metía con movimientos lentos en su bolsa de la compra. La mujer llevaba un gorro de punto verde. No levantó la vista ni despegó los labios al recibir el cambio. Cuando se marchó, Nancy se quedó junto al escaparate y la vio cruzar con paso vivo la plaza.

Gerard llegó del colegio y quiso dejar la cartera junto a la caja registradora y marcharse enseguida sin pronunciar palabra.

—No sueltes aquí la cartera —le dijo Nancy—. Llévala arriba.

—Me están esperando. —Gerard señaló un grupo de chicos plantados al pie del monumento.

—Llévala arriba —repitió ella.

—¿Dónde están las chicas?

—En música.

Gerard puso cara larga, salió por la puerta de la tienda y abrió la del vestíbulo. Ella lo oyó correr escaleras arriba y luego bajar con gran estruendo. Cuando oyó el golpetazo de la puerta del vestíbulo, se acercó al escaparate para ver hacia dónde iba; se fijó en una joven con un cochecito que la miraba de hito en hito como si ella fuera un maniquí o una modelo vestida a la última moda. La joven mascaba chicle y poco a poco su mirada se volvió insolente, casi maliciosa. Nancy dio la espalda a la mujer, fuera quien fuese, y se dirigió al fondo de la tienda.

El recuerdo de la escena del banco había persistido, como un sarpullido o el efecto secundario de un medicamento fuerte. Sabía que George no había dejado ni un penique porque, un mes antes del accidente, ella había comentado que tal vez deberían cambiar la furgoneta y él le había dicho sin rodeos («sin rodeos» era una de las expresiones que él solía utilizar) que no tenían dinero. Fuera cual fuese el tono empleado, no le dio pie a proponerle que pidiera un préstamo en el banco. Ahora ya sabía que en el banco no le habrían concedido ningún préstamo porque había hipotecado la tienda y la vivienda de encima, además del almacén contiguo, y las cuotas eran iguales, y a veces superiores, a los ingresos del supermercado.

El señor Roderick Wallace, el director del banco, le había escrito una carta y más tarde había accedido a entrevistarse con ella. A Nancy le gustaba su bigote bien cuidado y la cordialidad de su sonrisa. Nunca habían hablado, aunque él siempre la saludaba afablemente cuando paseaba por la plaza a un pequinés al terminar la jornada en el banco. En cuanto entró en el despacho, el señor Wallace se disculpó varias veces por haberla hecho esperar, y volvió a disculparse cuando Nancy se sentó.

—No, no. Acabo de llegar. No he tenido que esperar.

El hombre la miró con un interés repentino y luego desvió la vista hacia las ventanas, que eran altas y daban a la plaza.

—Quienquiera que creara el tiempo no creó el suficiente —comentó.

—Es una gran verdad.

El director siguió mirando hacia la ventana, examinando con atención la parte superior, como si estuviera a punto de llegar a una conclusión sobre algo. Nancy observó que encima del escritorio no había más que papel secante y una pluma estilográfica. No había ni una sola hoja o carpeta, ni ningún teléfono a la vista.

El señor Wallace empezó murmurando unas palabras que estaba muy acostumbrada a oír.

—La acompaño en el sentimiento. Debió de ser un golpe terrible. No daba crédito cuando me enteré. Y tan repentino, tan repentino... Esa curva de la carretera es terrible. La he visto con mis propios ojos. De todos modos, nunca pensé... Ay, nunca pensé... En fin, la acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo ella, que clavó la vista en su bolso y en los zapatos de tacón.

El señor Wallace observó unos instantes la pared situada detrás de Nancy antes de volver a hablar.

—Supongo que está muy atareada y que le gustaría que fuera al grano.

—Sí —respondió ella con una sonrisa.

—Bien —prosiguió él mirando todavía hacia la pared—, he recibido el cheque de Rowe, los concesionarios de coche. Por lo visto se ha comprado usted uno de segunda mano.

Pronunció las palabras con un tonillo que a ella le resultó extraño. El hombre frunció los labios. A ella le pareció que tenía las cejas demasiado pobladas.

—Bien, vamos a pagar el cheque. Quiero que lo sepa.

Nancy trató de recordar si había firmado más cheques en fechas recientes. Dos o tres en los últimos días, pensó. El señor Wallace arrugó la cara y frunció el ceño como si de repente pensara en un asunto espinoso. Ella lo observó esperando a ver qué decía, pero él volvió otra vez el rostro hacia la ventana sin despegar los labios. Más tarde ella se arrepintió de no haberle hablado de sus necesidades o de lo que pensaba hacer, y en los días siguientes lamentó varias veces no haber salido del despacho con sigilo, de puntillas, en ese momento de la entrevista para cerrar la puerta tras de sí y dejarlo solo con sus pensamientos.

Él se enderezó en la silla.

—El problema que tenemos es que no se abonan las cuotas. En cambio, recibimos cheques librados contra su cuenta, y en la cuenta no hay ni un penique; hay menos de un penique.

Se interrumpió y sonrió como si le divirtiera la ocurrencia de «menos que un penique».

—Si fuéramos una organización benéfica —prosiguió—, evidentemente sería una situación ideal, ya que repartiríamos el dinero a manos llenas.

Se cubrió la boca con la mano y escudriñó a Nancy para observar su reacción.

—Tiene razón sobre lo de los cheques —dijo ella—. Como comprenderá, debo mantener el negocio en funcionamiento.

—Ah, funciona, sí —afirmó el señor Wallace con ironía.

Ella se esforzó por hablar en un tono más profesional.

—Quiero decir que, si tuviera que venderlo, sería mejor venderlo como un negocio solvente.

En ese punto se produjo el silencio más largo. Nancy hizo algo que llevaba años sin hacer. Lo había hecho cuando su madre la exasperaba, lo había hecho cuando se puso a trabajar por primera vez, y también lo había hecho estando con George, aunque solo en los dos primeros años de matrimonio. Con el dedo trazó la palabra JODER sobre la falda, tranquila y discretamente pero con toda intención. Y volvió a dibujarla. Y al acabar trazó otras palabras, palabras que jamás en la vida había pronunciado en voz alta. No dejó de mirar al director del banco mientras, sin que él lo advirtiera, seguía escribiendo con el dedo esas palabras invisibles.

—Un negocio solvente —dijo él sin darle pie a contestar. No era un comentario ni una pregunta, y las palabras quedaron suspendidas sobre ambos. Las contempló con fijeza antes de repetir las—. Un negocio solvente.

Esta vez hubo un dejo de duda, incluso de ironía, en su voz.

—Quiero decir que seguramente sería más fácil venderlo como negocio — dijo ella.

—¿Ha buscado asesoramiento? —le preguntó él.

—No. He llevado la tienda lo mejor que sé y he venido a verlo porque me mandó una carta.

Hablar de ese modo le infundió valor, hizo que se sintiera casi desafiante.

—«Llevar» es una buena palabra —observó el señor Wallace, que volvió a fruncir los labios—. Si el director del hipermercado Dunne, el de Davis's Mills o el de Buttle's Barley Fed Bacon vinieran y me dijeran que llevan un negocio, ya sabría exactamente qué querían decir.

Su voz bajó de volumen hasta apagarse, no sin que antes Nancy detectara por primera vez el acento de Cork. Le sostuvo la mirada mientras escribía otra palabra, la más soez que había trazado hasta entonces; la empezó en la rodilla y fue subiendo por el muslo.

—Uno de mis problemas, y espero que lo entienda —prosiguió el director tras juntar las manos ante sí como si fuera un hombre entrevistado en televisión—, es que no dispongo de todo el día. Tengo tres cheques con su firma por ahí y, aunque quizá a usted las cantidades le parezcan pequeñas, para nosotros no lo son. No obstante, los pagaremos. Y se acabó, no quiero más cheques. En vez de cheques me gustaría ver que las cuotas se abonan puntualmente todos los meses sin falta. Ese es el tipo de negocio que llevo yo.

Abrió un cajón del escritorio y sacó una agenda de citas o de direcciones, se la puso delante y la hojeó. Pasó varios minutos absorto en ella antes de mirar a Nancy.

—¿Me entiende, señora Sheridan? ¿Me entiende?

A ella no se le pasó por la cabeza llorar, y más tarde se preguntó si de haberse desmoronado y haber hecho de viuda afligida él se habría levantado a

consolarla y habría propuesto una postura menos dura. En cambio, se mostró más hostil.

—Entonces ya me voy, ¿no es eso?

—Bien, si tiene la bondad... —respondió él, de pronto con el acento de Cork marcado y sonoro.

Se fue a casa y escribió el nombre de todos los proveedores para decidir cuáles era más probable que toleraran el retraso en los pagos y cuáles necesitaba en mayor medida que siguieran abasteciéndola. Los clasificó por orden de prioridad. Al principio se planteó abrir otra cuenta en Bunclody o en Wexford, solicitar un talonario y cobrar allí los cheques que recibiera. Sin embargo, pensó que los directores de esas sucursales estarían conchabados; adivinarían lo que se proponía. Así pues, al día siguiente sacó cincuenta libras de la caja registradora, dejó a Catherine en la tienda y fue a Wexford, entró en el Munster and Leinster Bank y pidió que expidieran un giro bancario de cincuenta libras a nombre de Erin Creamery, su proveedor de productos lácteos. El empleado lo extendió sin preguntar nada y le cobró dos libras de comisión. Al volver a casa lo envió por correo a la lechería. Pensó que así no dirían nada durante una temporada.

Esperó unos días, atenta por si veía a Betty Farrell, del Croppy Inn, pasar por delante del escaparate. O si se la encontraba en la plaza. Cuando no había nadie en la tienda, Betty se había acercado a la caja registradora en varias ocasiones para cogerle la mano y decirle mirándola a los ojos que si necesitaba algo solo tenía que pedirlo. A Nancy le había parecido una forma amable de expresarle sus condolencias, aunque de todos modos le había conmovido que le dijera las mismas palabras en cada ocasión.

Al final la llamó por teléfono y quedó en ir a casa de los Farrell al día

siguiente al cerrar el supermercado.

Le sorprendió cómo vestía Betty cuando le abrió la puerta y se preguntó si no se habría arreglado especialmente porque esperaba su visita. Ella llevaba un traje de chaqueta fino y ancho de lana color lila claro que Betty no le había visto. Y cuando esta la condujo al piso situado sobre el pub, le asombró lo espacioso que eran las dos habitaciones, comunicadas entre sí por puertas, lo nuevo que era todo y cómo brillaba. En una mesita había una bandeja con tazas de porcelana.

—Siéntese, Nancy, que yo iré a preparar el té.

Era la primera vez que subía al primer piso de la casa. Conocía a Betty de verla en la calle, en la plaza, en la catedral y en los torneos de whist. A Jim, su marido, lo conocía de toda la vida, pero Betty no era de la ciudad. Miró alrededor y se fijó en que la alfombra estaba descolorida, lo que sin embargo parecía aumentar su suntuosidad. Lo mismo ocurría con el papel pintado: se veía viejo y desvaído sin parecer ajado, lo que supuso que significaba que era nuevo y caro.

—Me puse firme, Nancy —comentó Betty tras servir el té—. Le dije a Jim: «O arreglamos esta casa o nos construimos otra en el campo, donde nadie sepa nada de nuestros asuntos». Y, claro, Jim nació aquí y no quiso irse. Conque traje a los decoradores y fui a echar un vistazo en unas cuantas subastas. Hay un tratante muy bueno en Kilkenny. Es el mejor.

Nancy observó que las medias de nailon de Betty eran finas y de un curioso tono incoloro, ni oscuras ni transparentes. Cuando llevaban un rato conversando de los hijos de cada una y de los inconvenientes de vivir en la ciudad, en casas sin jardín, Nancy concluyó que había llegado el momento de explicar por qué quería hablar con Betty. En primer lugar le relató su entrevista con el director del banco.

—Bah, es un canalla —dijo Betty.

—¿Ustedes no tienen cuenta en ese banco?

—No, Jim siempre la ha tenido en el Provincial.

—Betty, no quiero entrar en detalles, pero necesito que alguien cobre cheques por mí, no mis cheques, sino los de clientes, los de conocidos míos.

—Tráigamelos, Nancy, o envíeme a Catherine con ellos, o nosotros mandaremos a buscarlos, tantas veces como quiera, siempre que lo desee, y los cobraremos. Para eso están los vecinos.

—¿Está segura?

—Bueno, debería preguntarle a Jim, aunque sé qué dirá. Dirá lo mismo que acabo de decirle yo. Fue compañero de colegio de George, y seguro que la conoce desde que usted nació. ¿Acaso no se portó de maravilla con la hermana de usted en Inglaterra?

—Sí, sí, desde luego —respondió Nancy—, pero ha llovido mucho desde entonces.

—Nos gustaría ayudarla, nada más —dijo Betty.

—Les estaría muy agradecida, y no será por mucho tiempo.

—Nancy, usted ha sido siempre una mujer muy capaz. Desde que estuvieron juntos en la comisión catedralicia, Jim suele decir que tiene madera de empresaria.

—¿Eso dice? —preguntó Nancy con aspereza.

Betty no contestó, sino que sonrió distraída, cruzó las piernas y se arrellanó en el sillón con un suspiro cálido.

—Me alegro de que haya venido —dijo.

Por la noche, cuando sus hijos se iban a la cama, esperaba a que se desvistieran y charlaran un rato antes de subir para entrar primero en la habitación de las chicas y luego en la de Gerard. Lograba que pareciera algo

natural, pero formaba parte del ritual de los cuatro, un ritual que la muerte de George no había desbaratado ni interrumpido. Les hacía preguntas y los escuchaba, lo que no le era posible cuando llegaban de la escuela. Les contaba quién había pasado por la tienda y ellos le hablaban del colegio, los maestros y los amigos. Cuidaba de no criticarlos ni darles demasiados consejos, y procuraba hablarles como si fuera su hermana más que su madre. Por eso, cuando Gerard soltó que le habría gustado pegar de hostias a Mooney, su profesor de latín y ciencias, se limitó a comentar sin alterarse:

—No deberías decir eso, Gerard.

—¿Y qué debería decir? —le preguntó él.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. —Se echó a reír.

—Bueno, pues es lo que me gustaría hacer —dijo Gerard, y se puso las manos en la nuca.

—No pasa nada por pensarlo. Supongo que yo no iría diciéndolo delante de mucha gente.

Conocía el horario de clases de Gerard y sabía al lado de quién se sentaban sus hijas en la escuela y quiénes les caían bien y quiénes mal. Les hablaba de la ropa que pensaba comprarse, de un abrigo que había visto. Sin embargo, había dos temas que nunca abordaba con ellos durante aquellas breves conversaciones nocturnas. Jamás mencionaban a George ni cómo había fallecido, y ella no les contaba que había dejado de abonar las cuotas al banco, que solo pagaba a los proveedores que consideraba indispensables y que en el cajón inferior de la cómoda de su dormitorio, debajo de las sábanas buenas, atesoraba el dinero que conseguía reunir. Creía que el señor Wallace tardaría en actuar contra ella, incluso cuando descubriera, como sin duda ocurriría, que cobraba los cheques en el Croppy Inn. Pasaría algún tiempo antes de que el hombre comprendiera que debería haber ejecutado la hipoteca a la primera oportunidad. El director no volvería a recibir ni un solo penique

de Nancy, que no pensaba responder a ninguna de las cartas que le enviara. Guardaría el efectivo para que ningún otro banco le entregara su dinero al señor Wallace. Al cabo de seis meses contaría con la cantidad suficiente para mudarse a Dublín, alquilar una casa y vivir tranquila mientras aprendía taquigrafía y mecanografía o alguna otra cosa que la ayudara a encontrar un trabajo.

Empezó a imaginarse como secretaria de un empresario, atendiendo las llamadas telefónicas, anunciando las visitas, mecanografiando cartas, vestida con elegancia, la eficiencia personificada. Un empresario como Tony O'Reilly, o como los que dirigían Aer Lingus y la Irish Sugar Company. No revelaba a nadie sus dificultades ni sus sueños, ni siquiera a su hermana y su cuñado. Atendía la caja registradora del supermercado y al final de cada jornada escondía el dinero donde nadie pudiera encontrarlo.

Su suegra todavía era dueña de la tienda cuando George quiso abrir un supermercado, el primero de la ciudad. Nancy no había participado en las negociaciones entre madre e hijo, y aquel viernes, mientras se dirigía a la aldea de Bree a las ocho de la noche, se arrepintió de no haber intervenido en ellas. Su suegra quería que se atendiera a los clientes de toda la vida, tanto a los que residían en el campo y tenían cuenta en el colmado desde hacía años, a quienes se entregaban las provisiones todos los viernes, como a los que acudían los sábados a la ciudad y se tomaban una copa en la pequeña barra que había en un lado del local y pagaban sus cuentas cuando les iba bien. George se plantó respecto al colmado-bar. Insistió en que mantendría la licencia de venta de bebidas alcohólicas, pero que convertiría el bar en un almacén. Le dijo a su madre que la gente tendría que irse a otro sitio a beber los sábados por la noche. Y decidieron que con el tiempo eliminarían poco a

poco las cuentas de los clientes y les pedirían que pagaran al contado. No obstante, George había cedido en lo tocante a los repartos. Convino con su madre en que no podían dejar en la estacada a los buenos parroquianos de siempre que carecían de un medio de transporte. Y ahora George y su madre estaban muertos y Nancy tenía que ir sola a Bree en la furgoneta de segunda mano cargada de cajas de comestibles.

Cuando se casaron, George dedicaba los jueves y los viernes a realizar los repartos, diez o quince por noche, y llegaba a casa muy tarde. Sin embargo, con el paso de los años los pedidos disminuyeron de forma paulatina. Algunos clientes se habían trasladado a la ciudad y otros se habían comprado un vehículo. Nancy observó que algunos de esos fieles clientes de toda la vida al final evitaban el supermercado. Y cuando se cruzaban con ella o con George en la calle se mostraban avergonzados y distantes, deseosos de escapar.

A Nancy le quedaban siete u ocho clientes, en su mayoría ancianos que pedían lo mismo todas las semanas y que le hacían los mismos comentarios cada vez que acudía. Sabía que algunos no pedían lo suficiente para que ella fuera su principal proveedora, y muchas veces pensaba que seguían comprándole por caridad. Se compadecían de ella. De todos modos, se mostraban tan cordiales y agradecidos al verla los viernes por la noche que no tenía valor para decirles que no le venía bien conducir por senderos enfangados una vez a la semana como si fuera la enfermera de atención primaria. El mejor momento para poner fin a los repartos habría sido tras la muerte de George; habría parecido natural que dejara de hacerlos, pero entonces estaba neciamente decidida a que nada cambiara, a que todo se llevara igual que antes. En aquel momento ignoraba que George la había dejado a merced del director del banco.

Mientras conducía repasó el nombre de los clientes que le quedaban por visitar: Paddy Duggan, que vivía solo en una casita de aparcero que no se

limpiaba desde el fallecimiento de su madre; Annie Parle y la alelada de su hermana, cerca del Bloody Bridge, con cinco portones que abrir y cerrar antes de llegar a la vetusta casa; los gemelos Patsy y Mogue Byrne, que comían patatas con mantequilla a diario, con arroz hervido y ciruelas pasas cocidas de postre. Pensó que ninguno de los dos se quitaba nunca la gorra. A los seis Sutherland —una hermana, tres hermanos, la esposa de uno de estos y una prima o tía que guardaba cama en el primer piso— les llevaba los viernes el pan de toda la semana. Le pagaban una vez al mes y solo compraban botes de Bovril y tarros grandes de mermelada de fresa; cada uno tenía el suyo, que no compartían. Y la pobre Mags O'Connor, tan risueña, sola junto a la lumbre con dos perros en una casa de dos plantas al final de un largo sendero lleno de roderas, debía de tener dinero o recibir una pensión de Inglaterra, ya que su pedido era el mayor de todos e incluía barras de pan de corteza crujiente, zumo de pomelo, galletas Mikado, latas de salmón, tarros de paté de pollo y jamón, y salsa para sándwiches.

A las diez solo le faltaba ir a casa de Mags O'Connor y a la de los Sutherland. Tenía frío, estaba cansada y habría deseado saber cómo decirles a esos clientes que se buscaran otra forma de que les repartieran sus compras. Al acercarse a la casa de Mags O'Connor vio dos coches aparcados, uno con matrícula inglesa. Cuando salió de la furgoneta, un perro pastor apareció y meneó el rabo, seguido de otro que arrimó el hocico a ella. Sacó las cajas del asiento trasero y se encaminó hacia la puerta, que, como de costumbre, estaba medio abierta.

—Anda, ¡mira quién ha venido! —Mags siempre la saludaba igual—. Esta mujer —dijo a sus tres visitantes, que estaban sentados a la mesa de la cocina—, esta mujer me ha salvado la vida. No sé dónde estaría sin ella. Nancy, ¿qué tal se encuentra?

Nancy la saludó y esperó.

—La veo muy bien, fresca como una rosa —añadió Mags como de costumbre mientras Nancy dejaba las cajas en el rincón—. Se tomará un té, porque hoy tengo aquí quien se lo prepare.

Era una mujer corpulenta y, aunque por lo general parecía amable y de sonrisa fácil, de pronto miró a sus visitantes con aire imperioso.

—Todos tomaremos té —agregó—, y espere, que le presentaré a mis dos sobrinas, Susan, de Dublín, y Nicole, de Sheffield, y este es Frank, que está casado con Nicole y no tiene un solo hueso irlandés en el cuerpo, y no por eso es peor, aunque más vale que no le diga a nadie que lo he dicho.

Nancy se preguntó si la mujer habría bebido, pero dedujo que la compañía la había vuelto locuaz.

—Sacad las tazas y los platillos buenos —indicó cuando las dos sobrinas empezaron a preparar el té—, y siéntese aquí, Nancy. Estaba hablándoles de usted y del pobre George, acababa de decirles que la difunta señora Sheridan era la mujer más buena de toda la ciudad, no había nadie mejor, y desde luego usted también es muy buena. Precisamente estaba diciéndolo, ¿verdad, chicas? Supongo que en el fondo les decía que todos los Sheridan eran muy buenos, y siguen siéndolo. Es una pena que no estuviera usted escuchando junto a la puerta, porque no habría oído nada malo sobre su persona.

Nancy se preguntó si todo aquello eran imaginaciones suyas. En el silencio que siguió le pareció que, de espaldas a ellas, una sobrina se desternillaba de risa.

—Ande, enséñeme el libro rojo antes de que me olvide —continuó la anciana—, para que vea cuánto le debo. Siempre tengo el dinero al lado, así que sería muy fácil robarme. Philly Duncan, que vive más arriba, va a la oficina de Correos por mí de vez en cuando. Si no fuese por él y por usted, y por esa radio y por Shep y Molly, estaría en el asilo para pobres del condado. —Tomó aliento y bebió un sorbo de té—. ¿Qué tal se encuentra, Nancy?

—Muy bien, señorita O'Connor, muy bien.

—Siempre me alegra verla. Les dije a estas chicas por carta, y a Philly Duncan en persona, que Nancy no tiraría la toalla. Conozco a los Sheridan y no tirará la toalla, vendrá, encontrará clientes a los que repartir. Los Sheridan siempre han sido muy buenos para los negocios.

Se puso seria y apretó las mandíbulas mientras atizaba la lumbre.

—Y siempre tienen lo mejor, seguro que nadie puede superar su pan, es el más fresco, y no hay nada que no tengan, pero me parece que ha habido grandes cambios en la ciudad, que hay un montón de tráfico y un montón de dinero. Y oigo en la radio los anuncios del hipermercado Dunne, y no me gusta ni una pizca, no son de la ciudad ni conocen a nadie. El Dunne ese no cuajará, Nancy.

Cuando acabaron de tomar el té, Mags O'Connor le preguntó si no le apetecería una copita de jerez.

—La ayudará en el camino —dijo.

Antes de que Nancy rechazara la invitación, una sobrina apareció con una bandeja en la que llevaba una botella y cinco copitas.

—Pedí a las chicas, que son dos verdaderos soles, que le compraran un regalito en señal de agradecimiento.

Mags sacó un paquete pequeño envuelto en papel rojo brillante y se lo entregó.

—Recuerde que no es más que un detalle —señaló en cuanto Nancy lo abrió y encontró un frasco de colonia 4711.

Sonrió y asintió con la cabeza cuando Nancy le dio las gracias.

—Sí, los Sheridan eran muy buena gente —afirmó.

Eran más de las once y llovía cuando Nancy salió de la casa. Al llegar a la carretera pensó que si giraba a la izquierda estaría en casa al cabo de veinticinco minutos y quizá encontrara a Gerard despierto. Si doblaba a la

derecha le aguardarían otros cinco kilómetros y otro sendero hasta la vivienda de los Sutherland, a los que debía entregar tres panes de molde grandes y cuatro de hogaza, seis tarros de mermelada y seis botes de Bovril. En cuanto la idea le pasó por la cabeza, supo que giraría a la izquierda para volver a casa. Se dijo que todavía podría vender el pan en el supermercado el día después.

Una noche de la semana siguiente Nancy se quedó estupefacta cuando Gerard le preguntó si iba a volver a casarse. Le respondió que era lo último en que pensaba.

—Ya —replicó él—. Pues no es lo que he oído decir.

Al final, tras muchos ambages y mofas, Gerard le contó que últimamente él y sus hermanas la habían visto tres veces conversando muy concentrada con Birdseye, el viajante de esa marca.

—Hablábamos de trabajo, Gerard. No digas más sandeces.

—Pues es lo que dice todo el mundo.

Durante los días siguientes el chico se empeñó en dejar un paquete de preparado para natillas Birdseye en el lugar que su madre ocupaba en la mesa. Como no había forma de que parara, Nancy hizo caso omiso, sorprendida por el aplomo y el descaro de su hijo y sin saber cómo reaccionar.

No quería que supiera nada de sus conversaciones con Birdseye, el viajante de comercio más apreciado y parlanchín de los que iban a la tienda. El hombre terminaba todas las frases con un «señora», como si fuera un nombre de pila. Incluso en vida de George, siempre que acudía a recoger el pedido la elegía a ella para charlar largo y tendido. Le contaba las noticias y todo lo que sabía —que era mucho— sobre los planes de expansión del hipermercado Dunne y sus entresijos. Era bajito y regordete, de cara ancha y expresión cordial.

Cuando se marchaba, George se reía de él y decía que era un vendedor nato, que la gente le compraba porque parecía inofensivo.

Nancy ignoraba por qué le contaba a él sus circunstancias. Tal vez se debiera al carácter inofensivo del hombre, y el hecho de que viviera lejos, donde nadie la conocía, también influía, pero por encima de todo tenía la certeza de que él la escucharía y no pasaría por alto ni un detalle. No le habló del dinero que poco a poco aumentaba en el cajón inferior de la cómoda, pues no podía imaginar cómo reaccionaría. Pero le contó todo lo demás, y él la miró con fijeza, concentrado en cada palabra, esperando el siguiente dato.

—Volveré mañana, señora. ¿La encontraré aquí a las cuatro? Volveré mañana, señora, y tendré mucho que decirle.

Al día siguiente regresó cuando Catherine trabajaba en el supermercado, y apenas llegó se puso a cuchichear con Nancy. Le pidió permiso para ver el almacén que había al otro lado del vestíbulo. El viejo mostrador del colmado-bar seguía allí, igual que el escaparate con la cortina corrida que daba a la plaza, pero el espacio estaba lleno trastos. El hombre lo observó en silencio, fijándose en todo.

—Muy bien —dijo—, ayer no iba errado, señora, pero quería consultarlo con la almohada, y he telefoneado a un colega que conozco, no le he dicho de qué ciudad hablaba, y me ha dado la razón, señora, así que ya lo tengo claro. Solo puede hacer usted una cosa. Poca inversión, señora, y dinero rápido. Ese es el quid de la cuestión.

Seguían en el polvoriento almacén. Él la miraba como un animalillo a punto de saltar, y ella le sostenía la mirada, sorprendida por la seriedad y la convicción del hombre.

—Patatas fritas, señora, hamburguesas, pollo rápido, pescado rebozado.

—No puedo vender patatas fritas —dijo ella—. Mis hijos se quejan de que no sé ni freír un huevo.

—Hay máquinas que salen muy baratas y que lo hacen todo, señora.

—¿Qué quiere? ¿Que me pase el día friendo patatas?

—Yo diría que los fines de semanas habría más clientela —respondió Birdseye.

—No puedo ponerme aquí a vender patatas fritas —observó Nancy.

—En ese caso tendrá que ponerse en un lado de la calle, si quiere que le sea sincero, señora.

—Ah, muchas gracias. Es una gran ayuda.

—Le montarían el local en un abrir y cerrar de ojos —aseguró el viajante entusiasmado, con la mirada clavada en Nancy.

—Mire, me gustaría irme de esta ciudad y no volver nunca más.

—Piénseselo, señora —dijo él echando un último vistazo al almacén—. El éxito está asegurado.

La noche del sábado siguiente se inauguró la nueva ampliación del bar del hotel Grace y una multitud invadió Monument Square a la una y media de la madrugada. Unas cuantas personas se sentaron alrededor del monumento y otras se apiñaron a la puerta del supermercado. A Nancy, que no podía conciliar el sueño, le preocupaba que el bullicio llegara a las habitaciones de atrás, donde dormían sus hijos.

Al atardecer se había cruzado con el señor Wallace cuando él paseaba al perro por la plaza. Pensó que debía de saber que no había abonado la cuota del mes, pese a lo cual el director del banco le dirigió una sonrisa aún más afectuosa y cortés que de costumbre. Por un instante a Nancy hasta le pareció que se detendría a intercambiar cumplidos con ella. Esto acrecentó el miedo que le tenía y su determinación de no volver nunca más al despacho del señor Wallace.

No tenía ningún número de teléfono para ponerse en contacto con Birdseye. Sabía que vivía cerca de Waterford, que estaba casado, tenía hijos pequeños y operaba en Kilkenny, Carlow, Wexford y las localidades intermedias. Debería esperar a que volviera al supermercado para plantearle las preguntas que la obsesionaban desde que había hablado con él. ¿Cuánto dinero podría sacar con una tienda de *fish and chips*? ¿Cuándo empezaría a ganarlo? ¿Cuánto costaría montar el local? ¿Cuánto se tardaría en tenerlo a punto? No podía dormir dándole vueltas a esos interrogantes.

Bajo su ventana cantaban dos hombres, a los que se sumaron otros, de modo que al cabo de un rato había un grupo de individuos medio borrachos berreando con voz estridente:

*Sus ojos resplandecían como diamantes,
se diría que era la reina del país.
Con el cabello que le cubría los hombros
recogido con una cinta de terciopelo negro.*

Esperó que pararan, pero al terminar la balada lanzaron un sonoro vítor y se arrancaron con otra canción:

*Que te vaya bien, mi hermosa Dinah, mil veces adiós.
Nos vamos lejos del Holy Ground^[8] y de las chicas a las que amamos.*

Un hombre, el de voz más estentórea, empezó a pronunciar las palabras a grito limpio. Nancy, tumbada en la oscuridad, sabía qué venía al final de la primera estrofa, el sonoro clamor al unísono de «¡Qué chica más bonita!». Se preguntó si sus vecinos también estarían despiertos y si tenía algún sentido llamar a la policía.

Cuando los hombres cantaron aún más fuerte, se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y subió la hoja inferior. Creía que el ruido los distraería, que quizá los acallara incluso, pero siguieron con el vocerío. Vio que había cinco o seis hombres jóvenes, con dos mujeres al lado.

—¡Oigan! ¡Oigan!

Al principio no la oyeron. Luego una mujer la señaló y los que cantaban retrocedieron hacia la calzada para verla.

—Perdonen, es que intentamos dormir y hay niños aquí.

—Nosotros no se lo impedimos —replicó a voces un hombre, y el joven que tenía al lado añadió:

—Estamos en un país libre.

Los otros la miraban en absoluto silencio.

—Es muy tarde. ¿Tendrían la bondad de irse a casa ahora mismo?

Se dio cuenta de que había hablado de un modo demasiado afectado.

—¿Habéis oído a su señoría de los cojones? —exclamó uno.

—Su encopetada majestad.

Nancy no sabía si quedarse donde estaba o retirarse. Observó que un joven se apartaba del grupo. Pensó que era el más zafio. No reconocía al hombre, que avanzó hacia el monumento y se puso a gritarle.

—¡Ya metió el morro! ¡Ya tuvo que meter el morro, joder!

Nancy cerró la ventana y corrió las cortinas, lo que al parecer enfureció aún más al joven de la plaza.

—¡La muy bocazas! —chilló—. La muy bocazas.

—¡Eh, Murt, vamos! —le gritó un amigo.

Pero el otro no quería dejarlo.

—¿Qué tal tienes la bocota? ¡Tu gorda bocota!

Cuando Birdseye se presentó la semana siguiente, Nancy le pidió que regresara a las seis, hora de cierre del supermercado. Tenía las preguntas preparadas, del mismo modo que él tenía las respuestas. Acordaron que el jueves ella iría a Dublín para ver el equipamiento que habría que instalar y para hablar de las condiciones con la empresa que le vendería cuanto necesitaba. Birdseye le aseguró que él se encargaría de establecer los contactos y concertarlo todo.

—Rapidez, señora. La rapidez es fundamental.

En cuanto el viajante se marchó, Nancy subió a llamar a Betty Farrell para preguntarle el nombre y el número del comprador y vendedor de muebles de Kilkenny que le había recomendado. Betty le dio el número enseguida y sin preguntar nada. Cuando Nancy telefoneó, la atendió el dueño de la tienda, que aceptó ir al día siguiente por la tarde a examinar lo que ella quería vender.

Era un hombre alto y canoso con el aspecto apacible de un maestro nacional de una escuela rural. Nancy lo condujo a la habitación que había sobre el almacén, donde guardaba la mesa de comedor vieja. Él recorrió el tablero con el dedo y se arrodilló para mirar la parte inferior.

—¿Quiere venderla?

—Sí, y las dos mesitas auxiliares si el precio es razonable. Y tengo más cosas.

Lo llevó a la sala de estar para mostrarle el cuadro colgado encima de la repisa de la chimenea.

—Le seré sincero: yo no lo vendería. No podrá recuperarlo.

—Lo venderé si consigo un buen precio. Tengo otro arriba.

—Será difícil tasarlos —observó el hombre—. Es posible que tarde una buena temporada en encontrar al comprador adecuado.

—¿Usted no es comprador?

—Soy tratante.

—Bien. También hay libros. ¿Comercia con libros?

Al final de la tarde el hombre había escrito dos listas. Una tenía tres puntos: una mesa de comedor de estilo georgiano con dos mesitas auxiliares; dos óleos del río Slaney pintados por Francis Danby; todos los volúmenes de la primera edición de la *Historia del condado de Wexford*, de Hore. La otra lista contenía quince o dieciséis artículos de menor importancia.

—Venga conmigo abajo —dijo Nancy—. La araña del vestíbulo lleva ahí desde el principio.

Él anotó la lámpara en la segunda lista.

—¿Y qué? —preguntó ella ante la puerta del vestíbulo.

—Bien, volveré cuando tenga un precio.

—Al contado —dijo ella.

—Habla como una persona que quisiera poner pies en polvorosa.

—¿Cómo dice?

—Es la primera vez que alguien me pide dinero en efectivo por una cantidad de cosas como esa.

El jueves fue a Dublín, aparcó en Saint Stephen's Green y se reunió en el hotel Russell con su contacto, que tenía la misma expresión que Birdseye, apasionada, afable, optimista, entusiasta.

—Bien, el hombre de Thomas Street le venderá todo lo que necesite y se lo instalará. Es honrado a carta cabal y sabe bien lo que tiene entre manos.

Calló y la escudriñó para asegurarse de que estaba de acuerdo. Ella no se movió.

—Necesitará un congelador grande —prosiguió el hombre—, conozco a alguien que tiene uno, y también necesitará un proveedor, y ahí es donde entro yo. Todo preparado y listo, congelado, entregado una vez a la semana. A

cambio, usted pagará a tocateja.

De repente a Nancy le pareció agresivo, casi amenazador, como si mostrara un atisbo de lo que llegaría a ser si no recibía el dinero.

—Si lo desea, puede comparar precios —añadió él—, aunque no encontrará unas condiciones mejores.

Nancy le formuló la única pregunta a la que había dado vueltas durante el trayecto a Dublín.

—Quiero saber una cosa: ¿cuánto cuesta una bolsa grande de patatas fritas congeladas y cuántas bolsas de patatas fritas puedo llenar con ella? ¿Y cuánto me cobrará por una hamburguesa congelada?

Él se ofreció a anotar las cifras pero ella insistió en que se las dijera si las recordaba. El hombre le facilitó los datos muy despacio hasta que ella le indicó que parara porque quería hacer unos cálculos mentales.

—No necesito comparar precios —dijo al cabo de unos minutos—. Si lo desea, será usted mi proveedor.

—¿No tiene nada más que decir sobre el tema? —le preguntó el hombre, flirteando con ella por primera vez.

—Nada más —respondió Nancy con una sonrisa.

El hombre de Thomas Street era rechoncho y jovial. Ya tenía las medidas del almacén, pues Birdseye se las había pedido a ella. Le enseñó un dibujo, su plano de la tienda de *fish and chips*, que montaría en veinticuatro horas justas, según afirmó, trabajando día y noche.

—Se quedará usted patidifusa —añadió, y soltó una risita—. Solo me hace falta una cosa más, aparte de una pierna nueva. —Se la tocó haciendo una mueca de dolor fingido, y se echó a reír—. Necesitamos un nombre. Lo pondremos en el rótulo luminoso.

—¿Para la tienda?

—Tenemos que hacer un letrero luminoso bien grande.

—El Monumento. La llamaremos El Monumento.

—Perfecto. —El hombre anotó las palabras—. Bien, estaremos a punto dentro de dos semanas. Necesitaré la mitad del dinero la semana que viene y la otra mitad al terminar el trabajo.

—Al contado —dijo ella.

—Eso es.

El hombre de Kilkenny se andaba con rodeos cuando hablaban por teléfono.

—No puedo tasar los cuadros. Nadie sabe cuánto valen. Habría que venderlos en Dublín, en una subasta importante.

—¿Y por qué no los compra usted y los lleva a la subasta?

—A eso voy. El grande en especial podría venderse por una suma cinco o seis veces mayor que la que puedo ofrecerle.

—Pues mejor para usted.

—Yo no trabajo así. Compró a precios razonables —afirmó él con frialdad.

—Si me hace una buena oferta y paga al contado, la aceptaré. Y no me quejaré si se convierte en millonario después de pagarme un precio razonable.

—La llamaré mañana.

No contó a nadie sus planes de abrir un *fish and chips* en el almacén contiguo al supermercado. Se planteó la posibilidad de revelárselos a Betty Farrell y decidió no hacerlo al suponer que no mostraría mucho entusiasmo ante semejante empresa. No obstante, continuó cambiando los cheques con los Farrell y guardando el dinero. No volvió a operar con el banco. Cuando por fin llegó a un acuerdo con el hombre de Kilkenny, que le ofreció más de lo que ella esperaba, fue a verlo. Él le entregó un sobre lleno de billetes de veinte

libras, suficientes para pagar el congelador y las máquinas y a los instaladores, así como el rótulo y la decoración. Pero también necesitaba dinero para el proveedor, el personal y el funcionamiento del local. Aunque no deseaba tocar el que tenía escondido, sabía que si lo ingresaba en la Cooperativa de Crédito le prestarían el doble de sus ahorros.

Le constaba que Jim Farrell formaba parte de la comisión de la Cooperativa de Crédito. Pidió a Betty que le preguntara a Jim si la Cooperativa de Crédito le concedería un préstamo en efectivo o en un cheque que Jim y Betty pudieran cobrar.

—Jim se ocupará de que sea en efectivo —le aseguró Betty horas después—. De todos modos, tendrá usted que asistir a la reunión y, según dice él, los otros miembros de la comisión son muy fisgones a veces, querrán saberlo todo de su negocio, aunque dice que no tiene usted que preocuparse por ellos, y que no les diga que el dinero será en efectivo.

Nancy se planteó de nuevo sincerarse con Betty, pero se dio cuenta de que perdería el ánimo si decía en voz alta lo que se proponía aunque solo fuera una vez. No dijo nada. Supuso que Betty habría sentido curiosidad; la admiraba por no hacer preguntas.

Al día siguiente de ingresar el dinero en la Cooperativa de Crédito, aguardó su turno para enfrentarse a la comisión que debía interrogarla sobre el préstamo. Si bien no había reconocido a una sola persona de las que estaban en la sala de espera, al entrar en el despacho vio que conocía a cuatro de los cinco componentes de la comisión. Jim Farrell, que trató de mostrarse profesional, manifestó que todos la conocían y deseaban darle la bienvenida a la Cooperativa de Crédito. A Nancy no le gustó que los otros la observaran mientras Jim Farrell hablaba, y dedujo que no veían con buenos ojos a los que solicitaban un préstamo al día siguiente de efectuar el primer depósito. Supuso que no lograrían resistir la tentación de interrogarla, y tampoco resistirían la

tentación de hablarles de ella a sus esposas en cuanto llegaran a casa.

Empezó Matt Nolan.

—Imagino que el hipermercado Dunne ha afectado mucho a su negocio.

—Algo ha afectado, sí. —Nancy se preguntó si se habría excedido con el pintalabios.

—Imagino que pasa apuros por no haber aparcamiento en la plaza — prosiguió el hombre.

Ella lo miró sin inmutarse y no dijo nada.

—Todos nosotros respetábamos a George y Nancy como comerciantes — intervino Jim Farrell—, y si no hay más preguntas...

—Es extraño que hasta ahora no haya venido a la Cooperativa de Crédito. —Matt Nolan no daba su brazo a torcer—. Y —alzó una mano—, si me lo permites, Jim, imagino que a una mujer sin experiencia le será difícil tomar las riendas de un negocio. Y por eso me preocuparía que decidiera ampliarlo. Me gustaría saber qué asesoramiento tiene y me gustaría ver más números.

El miembro de la comisión al que Nancy no conocía encendió un cigarrillo. Ella recordaba a Matt Nolan de niño, cuando iba a la tienda de su madre a comprarse golosinas y sobres de sidral. Pensó que desde hacía treinta años llevaba el mismo traje deslucido, se peinaba del mismo modo el pelo graso y lucía la misma insignia de la Asociación Pionera de Abstinencia Total del Sagrado Corazón.

—Por lo tanto, si pudiera... —continuó Matt Nolan, al que Jim Farrell interrumpió.

—Muchas gracias por venir, Nancy, y, una vez más, bienvenida a la Cooperativa de Crédito. Nos pondremos en contacto con usted si necesitamos más información.

Nancy se levantó y vio que Matt Nolan la miraba con rencor. Supuso qué estaba pensando: que ella había entrado por matrimonio en la familia Sheridan

y que ahora tenía la desfachatez de pedir un préstamo valiéndose de ese apellido.

Más tarde, al anochecer, cuando se encontraba en la sala de estar después de haber pasado un rato con sus hijos, la llamó Betty Farrell para anunciarle que habían aprobado el préstamo. Le informó de que Jim le llevaría el dinero en metálico al día siguiente.

Fue a Dublín a pagar la mitad de la factura al hombre de Thomas Street. Se puso en contacto con las dos muchachas a las que había despedido del supermercado y les ofreció recuperar el puesto de trabajo, si bien dejó claro que el horario sería distinto. Sabía que necesitaban el empleo. Con la ayuda de sus hijos, que se sentían intrigados por su repentina necesidad de poner orden, sacó del almacén las cajas y otros trastos y los llevó en varias tandas al vertedero municipal. Buscó a un hombre para que pintara el almacén y le pagó al contado una vez finalizado el trabajo. Y habló de todos los pormenores con Birdseye cuando él acudió al supermercado a recoger el pedido. Llamó al amigo del viajante para acordar las provisiones que necesitaría las dos primeras semanas. Luego no tuvo que hacer nada más que guardar silencio.

Dos días después le instalaron el congelador y más tarde llegaron las provisiones: cajas de hamburguesas, de pescado rebozado, de patatas fritas congeladas. Nadie se fijó en los hombres que metieron el congelador en el almacén, pese a que lo hicieron a plena luz del día, y a Gerard, al que le encantaba enterarse de cuanto pasaba, no se le ocurrió mirar en el local para ver qué novedades había. Nancy no descorrió las cortinas del almacén.

El hombre de Thomas Street se presentó un viernes a las ocho de la noche. Nancy había adelantado un día el reparto a los clientes para recibirlo cuando llegara. Él tenía una camioneta y, mientras ella esperaba en la puerta, un coche

ocupado por cinco hombres aparcó delante.

—Han venido de Inglaterra y tienen muchas ganas de hacer horas extras — dijo el hombre de Thomas Street—, así que les he dicho que les daría horas extras si las querían. Y he prometido que mañana los llevaría a casa a tiempo de que se tomaran la última pinta de la noche. Conque será un no parar. — Soltó una risita.

—¿Y cuándo piensan dormir? —le preguntó ella.

—No dormiremos mucho. Nos echaremos en el suelo. Lo que sí necesitaremos es una buena comida alrededor de la medianoche y otra a las ocho de la mañana. Salchichas, beicon, morcilla, huevos, de todo lo que se sirve en un desayuno.

—¿Cuándo aprenderé a manejar esas máquinas? —preguntó Nancy mientras los hombres entraban en el almacén.

—Para las patatas fritas hay que seguir cinco pasos, igual que para el pescado, pero con las hamburguesas el procedimiento es distinto. Si tiene papel y un bolígrafo, se lo escribo.

—¿Cuándo estaré en condiciones de abrir?

—Mañana a las nueve de la noche, en cuanto salgamos de aquí, solo tendrá que poner el aceite a calentar y ya está.

—¿Sugiere que abra mañana por la noche?

—Y le daré un consejo. He traído un ventilador que hace milagros. Lo colocaré en el rincón, junto a la ventana. Ponga a calentar el aceite, caliéntelo todo lo que pueda, y entonces eche las patatas. Al cabo de unos minutos, cuando ya estén casi fritas, abra la ventana, encienda el ventilador y los habitantes de esta ciudad las olerán y vendrán como un terrier que huele una sopa de rabo de buey.

Nancy cruzó en coche la ciudad en busca de las dos muchachas y les pidió que la noche siguiente se presentaran pasadas las nueve para trabajar unas

pocas horas. Ninguna le preguntó por qué el supermercado estaría abierto hasta tan tarde. Cuando llegó a casa ordenó a sus hijos que apagaran la televisión y les contó lo que iba a ocurrir.

—¿Se gana dinero con las patatas fritas? —preguntó Gerard.

—¿Vas a trabajar ahí? —preguntó una de las hijas.

—¿Mantendrás también el supermercado? —preguntó Gerard.

Les dio permiso para bajar a ver las obras recién iniciadas.

—¿Quién está al corriente? —quiso saber Gerard en el vestíbulo, mientras los hombres transportaban cajas pesadas.

A Nancy le pareció que el chico hablaba igual que su padre.

A medianoche invitó a los trabajadores a pasar a la cocina, donde había puesto la mesa. Había preparado una copiosa comida, tal como le habían pedido, y había calentado varias latas grandes de alubias. No obstante, enseguida se acabaron la comida y el té, por lo que tuvo que freír más salchichas y lonchas de beicon, calentar más alubias, bajar a la tienda a por más pan y hacer más té. Los hombres charlaban y reían entre sí, y solo reparaban en ella cuando les ofrecía más comida. Uno tenía en el antebrazo un tatuaje azul alargado en forma de ancla.

El ruido de los martillos y los taladros la mantuvo despierta toda la noche. A las siete de la mañana se vistió y bajó al almacén, donde encontró a Gerard mirando las obras. El chico apenas le prestó atención. El local era un amasijo de cables y serrín, aunque ya se distinguían un mostrador y el espacio destinado a la cocina. Nancy se preguntó cómo se las apañaría todo el día en el supermercado, qué respondería a las preguntas de quienes habían visto las obras del almacén, pues suponía que la puerta habría permanecido abierta a menudo mientras los hombres entraban y salían para ir a la camioneta aparcada en la calle.

—Tendremos que desayunar, señora —dijo el jefe.

—¿No han dormido en toda la noche? —le preguntó ella.

—Siempre les toca trabajar a los mismos —contestó él, y se echó a reír.

—¿De veras vas a abrir esta noche? —preguntó Gerard a su madre.

—Sí.

—Hay una barbaridad de trabajo que hacer antes —afirmó el chico.

Después del desayuno, mientras pensaba en el día que la aguardaba, vio al jefe.

—¿Se acuerda del rótulo? —le preguntó.

—El Monumento. Aquí lo tengo —dijo él.

—¿Le importaría dejarlo para el final? Es decir, no lo instale hasta que todo esté en su sitio.

—De acuerdo.

Nancy advirtió que Gerard la miraba con recelo.

Abrió el supermercado a las nueve y media, como de costumbre, y recogió el pan del repartidor. Sus hijas salieron temprano para pasar el día con amigos de la escuela, mientras que Gerard se negó a irse y se quedó rondando por el almacén. Catherine se presentó a las diez; las dos se colocaron junto a la caja registradora como si no sucediera nada anormal. El sábado cerraban tarde y era el día de más actividad. Catherine no preguntó cuando se intensificó el ruido de los martillos y taladros. Parecía demasiado soñolienta para advertir que sucedía algo anormal. Nancy esperó toda la mañana que entrara alguien en busca de una explicación de las obras que se llevaban a cabo en el almacén contiguo, pero nadie preguntó nada.

A la hora del almuerzo dejó a Catherine sola en la tienda y frió más beicon, salchichas y huevos, además de las patatas que los trabajadores habían pedido. Esperaba que el jefe, el hombre de Thomas Street, le dijera que

habían olvidado cargar una pieza indispensable de alguna máquina, o que había surgido un problema imprevisto, o que había calculado mal el tiempo que tardarían. Sin embargo, él seguía mostrándose sonriente y seguro de sí mismo. Mientras los trabajadores comían, Nancy bajó al almacén, donde encontró a Gerard sentado en una silla solo. Miraron juntos todas las máquinas y examinaron el techo, que era un laberinto de cables a medio conectar; ella abrió la cuba de acero donde se freirían las patatas e inspeccionaron juntos el lugar donde se pondrían a escurrir antes de echarlas en las bolsas, que también había proporcionado el proveedor. En casa tenía los saleros y las vinagreras de plástico, así como los botes rojos en forma de tomate para el ketchup.

Mientras examinaba las máquinas con Gerard, al principio no se dio cuenta de que las cortinas estaban descorridas y de que dos mujeres la miraban de hito en hito. Retrocedió hasta las sombras y, cuando las mujeres siguieron su camino, se apresuró a cerrar las cortinas.

—¿Qué mosca te ha picado? —le preguntó Gerard.

—Voy arriba. No hables con nadie.

—Parece que fuera a detenerte la policía.

—Gerard, si alguien te pregunta algo, me refiero a alguien de la ciudad, le dices que hable conmigo. Pero no le cuentes nada.

—De acuerdo —respondió él, como si asumiera el mando—. Ve arriba. Y si llama alguien preguntando por mí, dile que no estoy.

A las seis Nancy volvió a dejar a Catherine a cargo del supermercado y regresaron sus hijas, que se limitaron a mirar con indiferencia el interior del almacén, sin mostrar el menor interés por lo que ocurría. En cambio, Gerard se quedó observando las obras como si el local fuera a desaparecer si él apartaba la vista. Los hombres pidieron sándwiches de jamón, té y galletas de chocolate.

La nueva tienda estaba casi a punto; no había fallado nada. Dos hombres

colocaban el letrero: picaban la piedra que coronaba la puerta y el escaparate y la perforaban con el taladro. El largo rótulo de plástico blanco, con las palabras El Monumento en un rojo audaz, estaba apoyado en la pared.

—Espere a verlo iluminado —le dijo el jefe a Nancy.

Ella permanecía en las sombras, segura de que en cualquier momento se congregaría una multitud.

—¡Anítese! —le dijo él—. ¡A lo mejor no pasa!

—¡Claro que pasará! —exclamó Gerard—. Pasará esta noche a las nueve.

—¿No tienes deberes? —le preguntó Nancy, pero el jefe distrajo la atención de ambos al levantar la lista de precios, un plástico rígido como el del rótulo de la puerta en el que figuraban los productos a la venta y cuánto costaban, información que ella le había facilitado días antes.

—También la iluminaremos —afirmó el hombre—. Y estos son los precios que me indicó, y cambiarlos es la mar de fácil. Le dejaré más números. Bien, antes de nada, le daré dos consejos. El primero es: paciencia. Paciencia. El aceite lleva su tiempo, las patatas fritas llevan su tiempo, el rebozado lleva su tiempo y las hamburguesas también. El cliente quiere la comida ya y el olor que produce al cocinarse lo deja con los ojos llorosos y la lengua fuera. No le haga usted ningún caso, es lo que le aconsejo, porque será el primero en ir pregonando que las patatas estaban crudas y el rebozado, acuoso. Ese es el primer consejo. Ahí va el segundo: cuando eche las patatas en la bolsa marrón de papel, añada unas pocas más, a usted no le costará nada y dará buena imagen, buen servicio a buen precio, digamos, y todo el mundo la adorará. Son dos consejos muy útiles.

—¿El ketchup se cobra? —preguntó Gerard.

—No —respondió el hombre—. La sal, el vinagre y el ketchup son gratis.

—¿Qué haremos si no funciona? —preguntó Nancy.

—No nos iremos de aquí sin llevarnos todo un festín de patatas fritas para

comer por el camino, así que tendrá que funcionar. Y más vale que empiece a descongelar las hamburguesas. No querrá que les dé una indigestión.

Cerró el supermercado una hora antes, a las ocho. Catherine se marchó a casa sin haber expresado el menor interés por lo que sucedía en el local contiguo. Las hijas de Nancy bajaron cuando los trabajadores acababan de atornillar el rótulo sobre la puerta y se encendió la luz que había detrás. En la plaza reinaba la oscuridad. Nancy, Gerard y sus hermanas y el jefe cruzaron la calzada y se situaron cerca del monumento; vieron lo moderna, luminosa y pulcra que era la nueva tienda de *fish and chips*. En ese momento llegaron las dos muchachas que antes trabajaban en el supermercado, y también ellas contemplaron la nueva freiduría.

Ya habían puesto el aceite a calentar, las hamburguesas y el pescado rebozado estaban descongelándose y la primera bolsa de patatas fritas congeladas esperaba en el suelo a que el aceite estuviera lo bastante caliente para que las echaran en él. Nancy subió a buscar unos trapos y empezó a limpiar todas las superficies mientras las muchachas que habían ido a trabajar se ocupaban de los escaparates y Gerard barría. Estaban preparados para recibir clientes.

El jefe no se había equivocado respecto a la necesidad de tener paciencia. Estaba al lado de Nancy cuando ella echó la primera bolsa y la vio retroceder asustada al caer las patatas en el aceite hirviendo con un sonoro crepitar.

—Otra regla de oro —dijo—. Fríeme despacio, que tengo prisa.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Gerard.

—Quince minutos. Ni uno más ni uno menos. Y lo mismo se aplica al pescado y a la hamburguesa en la plancha.

Mientras se freían las patatas, los hombres entraron de uno en uno tras

haberse aseado y afeitado en el lavabo. Nancy ya había entregado el segundo pago y tenía preparado un sobre con una propina para cada uno.

—Vaya, se me ha olvidado una cosa y usted no la ha echado en falta —dijo el jefe—. Así que deje de mirar las patatas un momento y piense. Mire alrededor.

Todos miraron alrededor mientras las patatas crepitaban. A Nancy no se le ocurría nada.

—¿Y si los clientes piden una limonada o una Pepsi-Cola? ¿Qué hará?

—Las tengo en el frigorífico —respondió ella.

—Sí, pero si mira la lista que le entregué verá que incluía una máquina para dispensar refrescos. ¿Y dónde está?

—No lo sé.

—Se me olvidó. —El hombre se echó a reír.

Eran cerca de las nueve cuando Nancy sacó del aceite la primera tanda de patatas fritas con un enorme utensilio metálico.

—Ya es usted toda una experta —comentó el jefe—. Ni que fuera de la familia Cafolla, los de los *fish and chips*

Nancy advirtió que los transeúntes se paraban a observar el local. Mientras llenaba las bolsas de patatas y les echaba vinagre vio que Betty Farrell pasaba por delante del escaparate, la miraba sorprendida y se alejaba a toda prisa. Reconoció a otras cuantas personas que se detuvieron ante el escaparate, si bien ninguna la saludó ni entró.

En cuanto el pescado y las patatas fritas estuvieron listos y envasados, los hombres se dirigieron hacia la camioneta y el coche. Ella les estrechó la mano y les dio las gracias.

—Ah, no, a mí un abrazo —dijo el jefe, y la besó en la mejilla.

Cuando los hombres partieron hacia Dublín, Nancy, Gerard y las chicas les dijeron adiós con la mano.

—Otra vez has puesto esa cara —dijo Gerard a su madre.

—¿Qué cara?

—Como si fuera a detenerte la policía.

El miércoles siguiente se presentó el técnico de urbanismo y el jueves recibió la visita del inspector de sanidad. Pensó que ambos se comportaban como galgos husmeantes. Ninguno de los dos la miró a la cara; le hablaban con los ojos clavados en el techo o en el suelo. El técnico de urbanismo le anunció que tendría que cerrar el local. Le informó de que habían recibido quejas, de que carecía de permiso para abrir una tienda de *fish and chips* en la plaza. Evidentemente, podía solicitar un permiso, pero el trámite tardaría un tiempo. Mientras tanto habría de cerrar el negocio. El inspector de sanidad examinó el contenido del congelador durante largo rato, olió el aceite y se marchó sin pronunciar palabra.

Al cabo de dos días llegó una carta del inspector de sanidad en la que se especificaban las infracciones de las normas de sanidad. Esa misma mañana Nancy abrió una carta de los abogados del banco, que habían emprendido acciones legales contra ella.

Al atardecer se dirigió a Irish Street, en coche aunque quedaba a la vuelta de la esquina, pues temía que si iba a pie se encontraría con alguien que le preguntaría por la tienda de *fish and chips* o que se quejaría de la basura que tiraban los clientes. Llamó a la puerta de Ned Doyle y salió su esposa, que la observó detenida y cautelosamente.

—No sé si está en casa —dijo—. Iré a ver. Creo que ha salido.

Nancy se quedó mirándola sin inmutarse.

—Iré a ver —repitió la mujer.

Ned Doyle salió al recibidor en calcetines, con los botones superiores de la

camisa desabrochados, el cabello revuelto y el *Evening Press* en la mano.

—Vaya, Nancy, me pillas en mal momento, pero pasa, pasa.

Abrió la puerta de una salita enmoquetada, cuya mesa y aparador estaban cubiertos de cajas y papeles.

—No te entretendré mucho, Ned.

Tras retirar papeles y folletos de un sillón, el hombre le indicó con un gesto que tomara asiento. Ella se preguntó qué debía hacer, pues sabía que estando de pie le explicaría mejor lo que quería. Aun así obedeció, y él se sentó en una silla dura al otro lado de la mesa.

—¿Sabes por qué he venido, Ned?

—Sí, Nancy. No tiene sentido decir que no lo sé. Los comerciantes de Monument Square se quejan del ruido y la basura. Y, naturalmente, lo de las normas, todas esas normas.

Nancy habría preferido quedarse de pie para clavar la vista en Ned con mayor intensidad. Tenía la sensación de que sentada frente a él carecía de dignidad. Lo único que podía hacer era callar.

—Nancy, creo que abrir la tienda de *fish and chips* no fue acertado.

Ella no dijo nada. Escuchó el tictac del reloj de la repisa de la chimenea. De la pared de enfrente colgaba una fotografía en la que Ned estrechaba la mano a De Valera.

—Creía que George te había dejado en una situación desahogada.

—¿De veras, Ned?

—Y ya sabes que un local como ese... —Por un instante pareció preocupado y vaciló antes de continuar—. Un local como ese, donde se venden patatas fritas después de que cierren los pubs, no sería la clase de negocio que uno habría relacionado con los Sheridan.

—Yo no soy una Sheridan, Ned.

—No insinúo que eso sea algo malo, Nancy.

—Lo sé, Ned —dijo ella sosteniéndole la mirada.

Una vez más se hizo un silencio entre los dos, y Nancy comprendió que en esta ocasión debía ser la primera en hablar, pues lo había forzado a apartar la vista. Advirtió que Ned se arrepentía de sus palabras.

—¿Conque eso hace el Fianna Fáil: obligar a las viudas a cerrar sus negocios?

—Vamos, Nancy. —Él levantó la mano.

—¿Es lo que hace, Ned?

—Nancy, abriste la tienda sin permiso de urbanismo y sin consultar a nadie.

—Tendréis problemas si me obligáis a cerrar, Ned.

—No depende de nosotros, Nancy.

—Ah, ¿no? Entonces ¿quién está en el Gobierno? ¿Quién preside el consejo del condado y el consejo de distrito urbano?

—No puedes pasar por encima de la ley, Nancy.

—¿Y vosotros sí? ¿Qué ley concedió el aparcamiento al hipermercado Dunne? Hizo falta valor para eso, diría yo.

En cuanto lo dijo se dio cuenta de que se había excedido. Ahora Ned tenía ventaja, y la mantuvo: asintió para sí mismo en silencio, con aire preocupado. Los Sheridan siempre habían apoyado al Fine Gael; a Nancy le constaba que él no lo ignoraba. Ned sabía de parte de quién estaba todo el mundo. Pero el Fine Gael ya no tenía ningún poder; todo el poder se hallaba en manos del Fianna Fáil.

Buscó a toda prisa las cartas del banco con el resumen del alcance de sus deudas y la carta amenazadora de los abogados del banco. Se las entregó. Ned se sacó las gafas del bolsillo de la camisa y las leyó. Nancy lo observó y pensó que los dos tenían la misma edad; recordó que él había dejado el colegio siendo niño y se preguntó cómo se las había arreglado para dirigir la rama local del Fianna Fáil y tener incluso más poder que cualquier político

elegido en una votación. Pensó en preguntárselo a George, siempre al corriente de esas cosas, pues por un instante olvidó que había muerto.

—Ay, Nancy, ¿cómo te has metido en este lío?

—Mira la fecha de la primera carta, Ned. George solo dejó deudas, y fue su madre quien firmó los impresos. Conque fueron los Sheridan los que dejaron el lío. George me dejó con tres hijos y deudas astronómicas.

Nunca se lo había planteado de una forma tan descarnada, pero se daba cuenta de que la crudeza de sus palabras sería más eficaz que las lágrimas.

—¿No hay ningún activo? ¿Ni inversiones ni ahorros? —le preguntó Ned.

—Nada, aparte de lo que se detalla en esa carta.

—Podrías vender.

—La deuda supera el valor de la propiedad.

—Sí, pero como se trata de una deuda con el banco, ellos accederían a negociarla.

—¿Y qué haría yo luego, Ned? ¿Dónde viviría?

Ned le devolvió las cartas.

—¿Y qué quieres que haga yo? —le preguntó.

—Diles que den marcha atrás.

—¿A quiénes?

—Diles al de urbanismo y al de sanidad que me dejen en paz, y cuéntales la verdad a los comerciantes de la plaza, como tú los llamas. Pregúntales si les gustaría tenerme en la calle, porque ahí es donde acabaré. Ya no habrá basura, sino que estaré yo.

—Eso es mucho pedir.

Nancy estuvo a punto de espetarle que se había hecho otras veces, pero comprendió que era mejor no decir nada, mostrarse pobre y humilde.

—Bien, es que me veo en la calle con tres hijos —dijo apenada.

—Dame unos días, aunque no te prometo nada. Deberías habernos

consultado antes de abrir la tienda.

Nancy no pudo contenerse.

—Sé muy bien lo que habrías dicho.

Se levantó.

Ned le abrió la puerta y vaciló un momento en el recibidor.

—De todos modos, a pesar de los problemas —dijo—, el país ha avanzado mucho, ¿verdad, Nancy? Es decir, nos hemos abierto camino.

Esas palabras se quedaron grabadas en la mente de Nancy durante unos días como la forma que había tenido Ned de decirle que la ayudaría. Le pareció que insinuaban que ambos habían nacido en hogares en que no se sabía nada de bancos, abogados y permisos de urbanismo, y que ahora hablaban con toda naturalidad de esos asuntos. Pensó que eso tenía que ser un avance, sobre todo si se llegaba a algún acuerdo.

Una semana después Ned fue a decirle que la ayudaría, si bien habría que actuar con cautela y discreción. Ella tendría que solicitar el permiso de urbanismo, y apelar si se lo denegaban. Los trámites llevarían su tiempo, pero no le cerrarían el local, aseguró Ned. A cambio ella debía cumplir las normas de sanidad. También en ese aspecto Nancy tendría que avanzar paso a paso, prometiendo más cada vez. Debía escribir sin demora al inspector de sanidad para anunciarle que seguiría todas y cada una de sus indicaciones. El hombre tardaría algún tiempo en volver, y poco a poco ella iría satisfaciendo sus exigencias. El inspector de sanidad era un hombre esquinado, afirmó Ned.

Ese día Nancy se prometió ir a ver a Betty Farrell para disculparse o darle una explicación. Betty había pasado varias veces por delante del local sin dirigirle el habitual saludo con la mano. Nancy ya no necesitaba cobrar los cheques, puesto que con la tienda de *fish and chips* disponía de mucho dinero

en efectivo, tanto que era un peligro tenerlo en casa. Por consiguiente, solicitó una cita con el director del banco y esa misma semana acudió a la entrevista con la suma necesaria para pagar una cuota mensual y prometió abonar la misma cantidad todos los meses hasta saldar la deuda. Al cruzar la plaza había preparado un discurso para el señor Wallace, que tenía pensado terminar diciéndole que lo tomara o lo dejara. Sin embargo, la cordialidad del hombre la disuadió de pronunciarlo, de modo que se limitó a entregarle el dinero, que incluía billetes arrugados y sucios, observó cómo lo contaba, tomó el recibo y le estrechó la mano antes de irse.

Poco a poco averiguó qué horas eran las más rentables y descubrió que podía abrir a la del almuerzo, entre las doce y las dos, y luego a las ocho de la noche hasta que cerraran los pubs, y hasta más tarde los fines de semana. Se preguntaba por qué nadie sabía que podía ganarse mucho dinero con una tienda de *fish and chips*, pero no reveló a nadie, ni siquiera a Birdseye, los grandes beneficios que obtenía.

En cambio, sí le contó que el supermercado era un lastre y que pensaba cerrarlo. Él le pidió que esperara. Le dijo que se le había ocurrido otra idea y que volvería cuando hubiera resuelto todos los detalles.

—Me escuchó la última vez, y si tiene una pizca de sentido común volverá a escucharme.

Regresó la semana siguiente y le aconsejó que cerrara el supermercado y abriera una tienda donde se vendieran únicamente licores, vino, cerveza y tabaco.

—Tengo vino en el súper —dijo ella—, y nadie lo mira siquiera, casi todo se ha avinagrado por el tiempo que lleva. Ahí no hay negocio.

—Es el futuro —afirmó él—. La gente empezará a beber vino y cerveza en

casa. Se lo digo yo.

Le envió un amigo, de Waterford como él, que le mostró los resultados de un estudio de mercado.

—Sea la primera de la ciudad —le dijo el hombre—. Llene el escaparate de vino y cerveza, con ofertas especiales, y acudirán como moscas. Mucho mejor que vender carne en conserva y botes de lavavajillas. Los márgenes de beneficios serán superiores si encuentra al mayorista adecuado. Es un buen negocio, y limpio. Y no hay que abrir hasta las once de la mañana.

Nancy tampoco se lo contó a nadie esta vez, salvo a Nicole, la sobrina de Mags O'Connor, quien, según se enteró, había regresado al país para quedarse. Se la encontró en la calle y le anunció que iba a cerrar el supermercado.

—Dios mío, la echará mucho de menos. Le encantan los viernes porque es el día que va usted.

—Dígale que pasaré a verla —le pidió Nancy, aunque sabía que era tan improbable como que cumpliera la promesa de visitar a Betty Farrell. A esas alturas Betty y Jim Farrell se habían cruzado con ella en la calle varias veces sin dirigirle la palabra.

Algunos proveedores habían dejado de servirle porque les debía demasiado dinero. Informó a los otros cuando faltaban pocos días para el cierre. Ninguno quiso aceptar devoluciones, por lo que acordó que un amigo de Birdseye comprara los productos no percederos a precio de ganga. Y al cabo de una semana, con estanterías nuevas y luces más brillantes, instaladas por otro amigo de Birdseye, inauguró Vinos y Licores Sheridan y llenó el escaparate de carteles con ofertas especiales. Ya en la primera semana la facturación fue mayor que la del supermercado. Por lo visto Catherine prefería el nuevo género. Dijo que hasta entonces no había probado el vino pero que le gustaba su sabor. El mayorista le había regalado unas muestras gratuitas. Un día casi

sonrió cuando Nancy le habló.

—Ya verán en Navidad —dijo Birdseye cuando pasó a verlas—, en Navidad harán su agosto.

A finales del verano Gerard ya se había percatado de cuánto dinero ganaba su madre. Durante la mayor parte de las vacaciones había atendido solo la tienda de *fish and chips* a mediodía y había llegado a saber, mejor que ella, qué provisiones se necesitaban, con cuánta antelación pedir las y cuánto costaban. Mientras que ella tenía todos los números en la cabeza y deducía cuánto ganaba por la cantidad de dinero cada vez mayor que guardaba en la cómoda, Gerard se propuso anotarlos: los ingresos diarios en siete perfectas líneas verticales y los gastos semanales en concepto de salarios, provisiones y otros costes. Siguió haciéndolo incluso después de volver al colegio.

—¿Pagas impuestos? —le preguntó a su madre.

Ella respondió que sí, aunque ni siquiera lo había pensado. El chico frunció el ceño. Al día siguiente se presentó diciendo, con la voz de su padre, que se había informado y que Nancy debería contratar un contable. Según le habían dicho, Frank Wadding era el hombre indicado. Él se ocuparía de la gestión de los impuestos.

—¿Y quién te ha informado? Espero que no hables con nadie de nuestro negocio.

—Solo he preguntado. No he contado nada a nadie.

—¿Y a quién has preguntado?

—A alguien que entiende.

Como el chico había empezado a encargarse de las finanzas, no tardó en advertir que desaparecía una gran cantidad de dinero cuando su madre abonaba las cuotas mensuales al banco y a la Cooperativa de Crédito. El día

que habló con ella, en un tono casi acusador, Nancy lamentó haberle cedido tanta responsabilidad. No le quedó más remedio que contarle que había rehipotecado el edificio en el que vivían y trabajaban, y que, pese a lo mucho que ganaban, estaban muy endeudados. Cuando Gerard le pidió las cifras exactas, se dio cuenta de que el muchacho había pasado por alto todo lo que ella había sufrido y el esfuerzo que había realizado. Estaba ocupado haciendo cuentas.

La mesa del contable era demasiado grande. El hombre anotaba las cifras en un bloc y ponderaba cada una en silencio asintiendo con la cabeza como un anciano.

—Bien, algunas cosas están claras —dijo al cabo de un rato—. Habrá que reestructurar los préstamos para que los intereses permitan deducir impuestos, y tendrá que crear una sociedad limitada y pagarse un sueldo. Y debería sacar de casa lo antes posible ese dinero que tiene guardado. —Anotaba cada punto a medida que lo mencionaba—. Y tendremos que hablar a menudo, una vez a la semana, digamos, durante los meses siguientes para poner en orden sus trámites contables. Por lo que veo aquí, tiene usted un negocio muy valioso.

Las chicas no se interesaban ni por la tienda de vinos y licores ni por la de *fish and chips*; el interés de Gerard por ambos negocios era tan intenso que Nancy tuvo que prohibirle trabajar en la freiduría durante el trimestre escolar, salvo los sábados. De todos modos, como el muchacho entendía de números más que ella y llevaba las cuentas semanales con suma meticulosidad, le permitía preparar los cálculos para el contable y tratar con el banco, lo que alegraba muchísimo al señor Wallace.

«Ese Gerard suyo —le dijo el director del banco un día que se cruzaron en la plaza— será millonario antes de cumplir los veintiuno.»

En su siguiente entrevista Nancy le pidió un talonario y él accedió de inmediato a entregárselo.

Los viernes y sábados por la noche eran los días con más clientes. Al cerrar los pubs y la discoteca formaban una cola de tres o cuatro filas para comprar hamburguesas y pescado con patatas fritas. Nancy trabajaba tanto como sus dos empleadas y se mostraba educada y cordial por muy borrachos que estuvieran los clientes o muy impacientes que fueran. Le encantaba aceptar el dinero que le daban, tocar las monedas y los billetes, algo que jamás había sentido en el supermercado, el entusiasmo que suscitaba la caja registradora. Algunos eran alborotadores y otros estaban tan bebidos que acabarían abandonando el *fish and chips* en el alféizar de alguna ventana o vomitando en Monument Square. Ella aceptaba el dinero que le entregaban y les sonreía.

Al ver que persistían las quejas sobre la basura y los vómitos, se ocupó de limpiar Monument Square con sus propias manos tras cerrar la tienda de *fish and chips*. Recorría la plaza con una caja para echar en ella los desperdicios, y luego con un cubo de agua jabonosa y un cepillo para eliminar los vómitos. Aunque realizaba la tarea en silencio a las tres de la madrugada, todos los vecinos de la plaza acabaron por enterarse, y llegó a oídos de Nancy que algunos se arrepentían de haber hablado.

Poco a poco los de la plaza, los dueños de las tiendas, supieron lo bien que le iba. Y corrió la voz —ella creía que con la ayuda de Ned Doyle— de la cuantía de la deuda que había heredado. Dejaron de protestar por la basura. Ned Doyle la visitó un día y le dijo que se había ganado la admiración de todos por mantener el negocio en funcionamiento para Gerard.

Cuando veía a su hijo trabajar en la tienda de *fish and chips* los sábados o llevar las cuentas, se percataba de que el muchacho suponía que con el tiempo

tomaría las riendas del negocio, igual que su padre había tomado las del negocio de su madre. Pensó que eso explicaba por qué el boletín de calificaciones de Navidad contenía quejas de todos los profesores. El chico creía que no tenía por qué molestarse en atender en las clases.

Nancy se arrepentía de no haberle revelado sus planes desde el principio, de no haberle contado qué era lo único en lo que pensaba cada vez que pulsaba las teclas de la caja registradora del *fish and chips* o ingresaba en el banco la recaudación de la tienda de vinos y licores. Había estado toda su vida en el escaparate, expuesta a las miradas; desde la época de la tiendecita de su madre la gente tenía ocasión de observarla como idiotas o de mirar por encima de ella. Soñaba con Dublín, con largas calles flanqueadas por árboles y casas casi ocultas, una tras otra. A quienes vivían en Goatstown, Stillorgan y Booterstown nadie los saludaba con una mezcla de curiosidad y familiaridad cada vez que salían por la puerta. Nadie sabía nada de ellos, nadie se tomaba la libertad de abordarlos para charlar. No eran más que personas corrientes que vivían en casas. Y eso quería Nancy, por eso trabajaba, para ser como ellas. Para liquidar sus deudas, ahorrar el dinero suficiente, venderlo todo e irse a Dublín, donde nadie sabría nada de su vida, donde Gerard, las chicas y ella serían tan solo personas en una casa. Soñaba con tener en el futuro una vida en la que nadie se plantara ante ella con dinero en la mano y exigiera su atención.

Después de Navidad, cuando fue a Dublín con las chicas para aprovechar las rebajas y pasar el día entre los grandes almacenes Switzer's y los Brown Thomas, reparó en que las dos habían crecido y necesitaban tallas mayores. La sorprendió la inesperada rapidez del hecho, como si hubiera sucedido en el coche camino de la gran ciudad. Mientras las chicas salían del probador con las prendas nuevas y ella las alababa y se fijaba en los precios y los descuentos, pensaba que durante seis meses no había mirado a sus hijas. Se

preguntó si al volver a casa descubriría que Gerard también había crecido sin que ella se diera cuenta.

Gerard mantuvo firme su determinación de no estudiar, pese al toque de queda impuesto por su madre y la prohibición de pisar siquiera la tienda de *fish and chips*. No había crecido, pero había adquirido una forma de andar particular, unos andares oblicuos que denotaban seguridad y que ejecutaba mejor con las manos en los bolsillos. Empezó a hablar, incluso con personas que le triplicaban la edad, de una manera bastante informal y casi descarada. A Nancy le inspiraba una gran ternura al ver que intentaba convertirse en un personaje importante de la ciudad.

Procuraba tener preparada una comida normal cuando sus hijos llegaban a casa a la una, de modo que dejaba a las jóvenes empleadas a cargo de la tienda de *fish and chips*, donde solo aparecía cuando los chicos volvían a la escuela. La cuestión era qué hacer después de las tres. Su presencia no era necesaria en la licorería, donde Catherine iba conociendo poco a poco los vinos; a menudo Nancy la sorprendía oliendo uno y agitando una pequeña cantidad en el fondo de una copa. Catherine organizaba con los mayoristas un curso de cata de vinos que se impartía en un hotel y que tenía mucho éxito. Con Nancy solo quería hablar de alguna nueva variedad de vino francés que había llegado, o de la inferioridad, en su opinión, del Blue Nun. Nancy se aburría con ella, aunque le aumentó el salario al incrementarse las ventas.

Así pues, por las tardes se echaba en la cama. Y le parecía que su sueño debía de ser tan profundo como el de los muertos, plomizo y sin sueños. Al oír que sus hijos regresaban del colegio, se prometía a sí misma que dormiría otra media hora, ni un minuto más. Sin embargo, incluso cuando llegó la primavera se quedaba en la cama hasta las seis y le costaba despojarse de la grata pesadez de esas pocas horas de olvido. Detestaba volver a abrir a las ocho la tienda de *fish and chips*, y los fines de semana le resultaban casi

insoportables. Sin embargo, pensar en el dinero la ayudaba a seguir adelante.

Frank Wadding, el contable, que seguía asesorándola, observó que los beneficios de la licorería aumentaban y que los ingresos de la tienda de *fish and chips* era regulares, de modo que Nancy ganaba lo suficiente, según le dijo, para saldar sus deudas al cabo de dos años, y lo suficiente, añadió, para que ambos negocios tuvieran un gran valor si alguna vez decidía venderlos o utilizarlos como garantía para solicitar un préstamo. Cuando Nancy le preguntó a cuánto ascendía su valor, el contable titubeó y respondió que no podía cuantificarlo con exactitud, si bien le dio una cifra aproximada al insistir ella. Nancy comprendió que si vendiera las dos tiendas podría liquidar las deudas con el banco y la Cooperativa de Crédito y comprarse una casa en Dublín sin tener que trabajar ni un día más.

Al terminar las vacaciones estivales del año siguiente, que Gerard había pasado en la tienda de vinos y licores durante la ausencia de Catherine y en la de *fish and chips* durante las vacaciones de las jóvenes empleadas, el chico había elaborado con Frank Wadding un sistema contable más complejo para reducir el pago de impuestos y gestionar de forma más eficiente el dinero en efectivo. Cuando se disponía a volver a la escuela, Nancy le aconsejó que se orientara hacia la contabilidad. Él se encogió de hombros y dijo que de contabilidad sabía todo lo que quería.

A Nancy le extrañaba lo poco que George aparecía en las conversaciones familiares. Hacía solo un año era consciente de que todas las personas que veía la compadecían; en ocasiones la evitaban para no tener que manifestarle su apoyo o incluso a veces cruzaban la calle para estrecharle la mano y preguntarle de manera expresiva cómo se encontraba. Ahora era la mujer de las tiendas de *fish and chips* y de vinos y licores, del coche nuevo y de la ropa

elegante. Sus dos hijas podían tener cuanto se les antojara y su hijo, aunque solo contaba dieciséis años, había empezado a ponerse trajes.

No obstante, pese al dinero, nada podía eliminar el olor a aceite caliente que impregnaba toda la casa, hasta los dormitorios. Hizo de todo: colocó ventiladores, instaló una puerta al pie de la escalera, mandó pintar la casa entera. Se quejó a Birdseye, que seguía interesado por su bienestar, y él le dijo que era un inconveniente que valía la pena sufrir. Pero se convirtió en un problema grave cuando las chicas empezaron a oler la ropa antes de ir al colegio y a ponerse solo prendas recién llegadas de la tintorería cuando salían con sus amigos.

Fue Gerard quien la avisó, casi con orgullo, de que los compañeros de colegio de las chicas las llamaban Patatas Fritas, al igual que los muchachos del centro donde él estudiaba. Nancy preguntó a sus hijas, que enrojecieron y no dijeron nada, aparte de echar en cara a Gerard que se lo hubiera contado. Dijeron que a ellas les resultaba difícil captar el olor a aceite caliente, pero que los demás sí lo percibían. Cuando Nancy les preguntó si eso les molestaba, se encogieron de hombros. Era evidente que les avergonzaba.

En su mente Nancy ya había vendido las dos tiendas con la vivienda de encima. Había saldado las deudas y se había comprado una casa en Booterstown, donde nadie los conocía y donde jamás calentarían aceite. Imaginaba que tendría un jardín con rosas y lavanda. De momento solo ahorraba; ingresaría en el banco cada penique que ganara y el dinero les permitiría aguantar un par de años, o quizá más, hasta que encontrara un trabajo.

Un día de noviembre Gerard llegó a casa a media mañana, mientras su madre hablaba por teléfono con un proveedor. Vestía traje y aparentaba mucha más edad. Soltó la cartera escolar.

—Ya no me hace falta. He mandado a Mooney a tomar por culo y entonces

han llamado al hermano Delaney y le he mandado a tomar por culo a él también. He mandado a todos a la mierda. No te extrañes si vienen a verte. De todos modos, no pienso volver; se acabó.

Nancy advirtió que estaba a punto de llorar.

—Volverás a la escuela, Gerard. Y no quiero oír más palabrotas en esta casa.

—Claro, ¿no es lo que oímos todas las noches?

—Sí, y es lo que te paga los estudios, pero aun así no quiero oír palabras soeces en esta casa.

—¡Estudios!

—Si quieres ir a un internado, allá tú, pero tienes que estudiar en algún sitio.

—No. Se acabaron los estudios.

Gerard se había envalentonado de pronto.

—Ni se te ocurra pensar que vas a trabajar aquí. El negocio es mío y no voy a tenerte en las tiendas.

—No puedes llevarlas sin mí —replicó él.

—Ah, ¿no? ¡Ya verás, ya verás!

Al final Gerard pidió perdón en la escuela y durante los meses siguientes reinó una calma tensa, tan solo interrumpida por el boletín de calificaciones de Navidad, casi peor que el del año anterior.

—¿No es una suerte tener al chico? —comentó Birdseye durante una visita—. Dirigirá el negocio de maravilla. Lo lleva en la sangre. Me acuerdo de su abuela, toda una comerciante. Y usted podrá tumbarse a la bartola, irse de vacaciones y demás.

Nancy se imaginó atrapada, una anciana que iba nerviosa de aquí para allá

en la tienda, donde nadie la quería. O aprisionada en un bungalow en el campo, con un coche pequeño en la entrada asfaltada y nada que hacer en todo el día mientras Gerard, ya casado y con responsabilidades, instigado por su esposa, le decía que era preciso que le traspasara el negocio si Nancy continuaba trabajando en él. Pensó que el olor a aceite caliente la seguiría hasta la tumba.

Había ocurrido en toda la ciudad: los negocios pasaban de generación en generación; en cuanto ingresaban en la escuela, los hijos varones sabían cuál sería su herencia. Aprendían a estar detrás del mostrador sin nerviosismo ni timidez, a abrir la tienda por las mañanas con naturalidad y orgullo. Antes de cumplir los veinte se habían adaptado a los ritmos de la edad madura.

Observó que Gerard había abandonado a casi todos sus amigos del colegio, lo que parecía haberlo vuelto más jovial, casi campechano. Nada le gustaba tanto como cruzarse con otro tendero de la ciudad y detenerse a charlar con él: se hacían bromas, intercambiaban chascarrillos, hablaban de algún acontecimiento o alguna noticia. Ella sabía que la personalidad que mostraba su hijo era frágil e inventada. Se consolidaría poco a poco; al cabo de unos años el chico se sentiría a gusto en su piel.

Lo observó. Una tarde de finales de primavera se sorprendió mirándolo desde la ventana del dormitorio cuando salió de la tienda, donde había dejado la cartera escolar, y cruzó la plaza sonriendo a todo el mundo. Se mostraba abierto y simpático, estaba en su salsa. Nancy vio que Dan Gifford salía de su tienda de electrodomésticos; observó que Gerard también lo veía e iba derecho hacia él. Cuando los dos empezaron a charlar y a reírse, se fijó en que Gerard se metía las manos en los bolsillos y sacaba tripa. La expresión del muchacho denotaba complicidad, bienestar y un ligero regocijo.

Al empezar a vestirse y a prepararse para la tarde de trabajo, Nancy comprendió que la siguiente batalla sería la más ardua, pero no dudó lo más

mínimo de su determinación. Al cabo de un par de meses tendría un cartel de SE VENDE en el inmueble de Monument Square. Pensó que estaba a punto para un nuevo comienzo.

Un sábado, antes de que empezara el ajetreo en la tienda de *fish and chips*, anunció a sus tres hijos que tenía pensado vender y que se trasladarían a Dublín. No precisó cuándo venderían ni cuándo se mudarían, si bien se aseguró de decirles que deberían cambiar de colegio, lo que esperaba que los ayudara a comprender que iba en serio. Las chicas formularon varias preguntas sobre dónde vivirían y lo que harían. Intentó ser muy directa en las respuestas para que creyeran que lo tenía todo planeado. Gerard había enrojecido, pero no despegó los labios. Más tarde, cuando fue a echar una mano en la tienda, se comportó como si no hubiera ocurrido nada extraordinario.

Durante las semanas siguientes las chicas bromearon sobre la mudanza y plantearon más preguntas. Se informaron sobre centros de enseñanza e incluso escribieron a un colegio femenino y recibieron un folleto por correo. Gerard no hablaba del tema y se sumía en un silencio sombrío cada vez que se mencionaba en su presencia. Nancy dedujo que no se lo había contado a nadie porque no tenía a nadie a quien contárselo, puesto que ya no era muy amigo de sus compañeros de escuela ni mantenía una relación lo bastante estrecha con los comerciantes de la ciudad, a los que tanto admiraba.

Habló con Frank Wadding varias veces más y le encargó que se ocupara de buscar un subastador adecuado para que tasara la casa. La alegró que este acudiera a una hora en que Gerard se encontraba en el colegio, si bien era consciente de que habría sido mejor enfrentarse al chico mientras el hombre medía las habitaciones. Aquella noche, durante la cena, se dio cuenta de que

no podía hablarles de la visita del subastador. Le pareció que habría sido una forma de torturar a Gerard, que seguía comportándose como si no hubiera ningún plan de mudarse a Dublín.

Unas semanas después, un sábado, en cuanto lo vio entrar en casa dedujo que alguien le había confirmado que iba a vender el negocio. Gerard parecía a punto de llorar y apenas comió. Toda su arrogancia había desaparecido. Se levantó de la mesa antes de tiempo. Cuando las chicas ya habían subido al dormitorio y Nancy estaba sola en la cocina, entró y se quedó junto a la puerta.

—Esta noche no podré trabajar —murmuró.

—No pasa nada, Gerard. —Nancy se volvió y le sonrió—. Estaremos las dos muchachas y yo; nos bastaremos.

Era la primera vez que el chico no trabajaría una noche en que se había comprometido a hacerlo.

—Todo el mundo dice que vamos a vender.

—Ah, ¿sí?

—Creí que lo decías en broma, que hablabas de venderlo todo para que estudiáramos más, sobre todo yo. Para que no pensara que el negocio iba a estar ahí esperando a que aterrizara en él. No creí que fuera en serio.

—¿Quién dice que vamos a vender? —le preguntó ella.

—Me he encontrado a un montón de tipos que acababan de salir del pub. Uno de ellos, ese tal Fonsey Nolan, no ha parado de gritar: «Tu vieja va a vender el negocio. A partir de ahora tendrás que comprarte las patatas fritas».

—No le hagas caso.

—¿Por qué tenemos que irnos a Dublín? ¿Por qué vamos a mudarnos? —le preguntó él.

—Creo que es mejor vivir en un lugar donde no tengamos que aguantar que nos aborde una pandilla de idiotas. Además, allí tendremos muchas más oportunidades.

—Yo no. Yo no tengo nada allí. Creía que hablabas en broma.

—No es cierto. Lo dices por decir.

—¿Qué vamos a hacer en Dublín? —preguntó Gerard.

—Estudiarás el bachillerato, igual que tus hermanas, y los tres iréis a la universidad y yo buscaré un trabajo.

—No tengo la más mínima intención de ir a la universidad.

—Será una oportunidad magnífica para ti —afirmó Nancy.

—¿No me has oído? No tengo la menor intención de ir a la universidad. No me gusta estudiar. ¿Y qué pasa?

—Ya veremos —dijo ella.

—No veremos nada —replicó él.

—No puedes trabajar aquí toda la vida. No es un negocio adecuado para un chico de tu edad. Debes ir a otros sitios, ver un poco de mundo.

—¿Sin tener nada a lo que volver?

—Cuando seas mayor lo agradecerás —dijo Nancy.

—Puedo decirte ahora mismo que nunca lo agradeceré. Te lo garantizo. ¿Agradecer el no ser de ninguna parte, el no tener ningún sitio, el no tener nada? ¡Esta sí que es buena! —Gerard seguía al borde del llanto—. Además, no puedes venderlo porque no es tuyo. Nos lo dejó a nosotros.

—¡Vaya! Pues claro que es mío.

—Mi padre...

—No empieces —lo interrumpió ella—. No empieces, Gerard.

—Si papá supiera lo que piensas hacer...

—Te he dicho que no empieces.

—Dios mío, ¡ahora mismo estará mirándonos desde arriba!

—Tengo que irme a trabajar —dijo Nancy.

—Dios mío, ¡si papá te viera!

Nancy pasó por su lado y al entrar en la tienda de *fish and chips* vio que las

dos jóvenes empleadas habían llegado y que la primera cuba de aceite de la noche ya estaba casi caliente. Les dijo que volvería al cabo de un rato y salió a la plaza.

Al principio no sabía adónde se dirigía. La mayor parte de las tiendas estaban cerradas y el tráfico avanzaba despacio. Se dio cuenta de que iba de un escaparate a otro, al principio mirando los artículos en venta para distraerse y luego, más que nada, fijándose en su reflejo en las lunas, diferente cada vez, según estuvieran iluminadas o a oscuras. Se miraba a sí misma como si fuera una desconocida, una mujer que le devolvía la mirada, ni compasiva ni contenta de verla, casi hostil. Esa imagen la sosegó, pero siguió yendo de un escaparate a otro, el de la tienda de ropa, el de la carnicería, el de la tienda de periódicos y revistas, todos ellos locales conocidos, y su rostro, también conocido, aparecía más relajado, más dulce, en cada reflejo. Pensó que pasearía por la ciudad, como si nunca más fuera a presentársele la oportunidad. Y el lunes mandaría colocar el cartel que anunciaba que el negocio estaba en venta. Pensó que se encontraba a salvo. Volvería a casa y se pondría a trabajar. Suponía que sería una noche ajetreada, sobre todo más tarde. Necesitaría toda su energía.

Un cura en la familia

Ella observó que el cielo se oscurecía y amenazaba lluvia.

—En estos últimos días no hay luz —dijo—. Ha sido un invierno de lo más oscuro. Detesto la lluvia y el frío, pero no me importa que no haya claridad.

El padre Greenwood suspiró y miró hacia la ventana.

—Casi todo el mundo detesta el invierno —dijo.

A ella no se le ocurrió qué más decir y deseó que el sacerdote se fuera. Él se agachó y se subió uno de los calcetines, que eran grises; esperó un momento antes de examinar el otro y subírselo también.

—¿Ha visto a Frank últimamente?

—Un par de veces desde Navidad. Tiene tanto trabajo en la parroquia que no puede visitarme muy a menudo, y quizá así deba ser. Sería terrible que fuera al revés, que viera a su madre más que a sus feligreses. Reza por mí, lo sé, y yo rezaría por él si creyera en la oración, pero no estoy segura de que así sea. En fin, ya hemos hablado de este tema, usted ya lo sabe.

—Toda su vida es una oración, Molly —dijo el padre Greenwood, que sonrió con afecto.

Ella negó con la cabeza en señal de incredulidad.

—Hace años las ancianas se pasaban la vida rezando. Hoy en día vamos a la peluquería y jugamos al bridge, viajamos gratis a Dublín con el carnet de jubilados y decimos lo que nos da la gana. De todos modos, he de vigilar lo que digo delante de Frank; es un hombre muy santo. Eso le viene de su padre. Es bueno tener un hijo cura que sea muy santo. Pertenece a la vieja escuela. En

cambio, delante de usted puedo decir lo que me apetezca.

—Hay muchas maneras de ser santo —afirmó el padre Greenwood.

—En mis tiempos solo existía una —repuso ella.

Cuando el cura se marchó, cogió la *RTE Guide* y la abrió por la página de los programas de televisión de la noche; empezó a programar el vídeo para que grabara *Glenroe*. Lo hacía despacio, concentrada. Por la mañana, una vez leído el *Irish Times*, pondría los pies en alto y vería ese último episodio. Pasó la hora libre de que disponía antes de ir a jugar al bridge sentada a la mesa del comedor, hojeando el periódico, examinando los titulares y las fotografías pero sin leer nada, y sin siquiera pensar, dejando que el tiempo pasara sin sentir.

Al entrar en el cuartito contiguo a la cocina a coger el abrigo se percató de que el coche del padre Greenwood seguía delante de la casa; miró con atención y lo vio sentado al volante.

Su primer pensamiento fue que tendría que pedirle que moviera el coche porque bloqueaba el suyo. Más tarde guardaría en su memoria ese primer pensamiento como una forma extraña e inocente de alejar otros pensamientos; casi sonreiría al recordarlo.

El cura abrió la portezuela en cuanto ella apareció con el abrigo echado de cualquier manera sobre el brazo.

—¿Ha pasado algo? ¿Se trata de una de las chicas? —preguntó la anciana.

—No, no. No pasa nada.

Caminó hacia ella, dispuesto a entrar en la casa. Se miraron a los ojos y en ese instante ella deseó huir a una velada de naipes y compañía, pasar deprisa junto a él si era preciso y dirigirse al hotel, al club de bridge. Lo que fuera, pensó, para impedirle decir lo que quisiera que hubiese ido a comunicarle.

—¡Ay, no se tratará de los chicos! ¡Ay, no me diga que han tenido un accidente y no se atreve a darme la noticia!

Él negó con la cabeza, sin vacilar.

—No, Molly, en absoluto, no ha habido ningún accidente.

Al llegar a su altura le cogió la mano como si aun así la anciana necesitara su apoyo.

—Sé que tiene que irse a jugar al bridge.

Ella supuso entonces que no debía de tratarse de nada urgente o importante. No cabía duda de que, si podía irse a jugar al bridge, era porque nadie había muerto o resultado herido.

—Dispongo de unos minutos —dijo.

—Quizá vuelva en otro momento. Podremos hablar más rato.

—¿Está usted en algún aprieto?

El cura la miró como si la pregunta lo desconcertara.

—No —respondió.

Ella dejó el abrigo en una silla del recibidor.

—No —repitió él, en voz más baja.

—Entonces lo dejaremos para otro momento —dijo ella con calma, y sonrió lo mejor que supo.

Advirtió que él titubeaba y se sintió aún más decidida a marcharse de inmediato. Cogió el abrigo y se cercioró de que llevaba las llaves en el bolsillo.

—Si el asunto puede esperar, podrá esperar —añadió.

Él se dio la vuelta, salió del recibidor y se encaminó hacia su coche.

—Tiene razón —dijo—. Que disfrute de la velada. Espero no haberla inquietado.

Ella ya se alejaba, con las llaves del coche en la mano, tras cerrar con firmeza la puerta principal a su espalda.

Al día siguiente, al terminar de almorzar cogió el paraguas y el impermeable y se dirigió a la biblioteca de Back Road. Sabía que no habría jaleo y confiaba en que Miriam, la nueva, dispusiera de tiempo para atenderla. Ya existía un molly@hotmail.com, Miriam se lo había comunicado la última vez que ella había ido a aprender a usar el ordenador de la biblioteca, de modo que en su primera dirección electrónica tendría que añadir algo a la palabra «Molly» para que fuera original —un número quizá—, solo suya.

—¿Podría ser Molly80? —había preguntado.

—¿Tiene usted ochenta años, señora O’Neill?

—Todavía no, pero no me falta mucho.

—Pues no los aparenta.

Los años le habían anquilosado los dedos, pero pulsaba las teclas con la misma precisión y rapidez que a los veinte.

—Si solo hubiera que teclear, me iría de maravilla —le comentó ahora a Miriam, que acercó una silla de despacho al ordenador para sentarse a su lado —, pero el ratón acabará conmigo. No hace nada de lo que quiero. Mis nietos consiguen que haga cuanto se les antoja. No me gusta tener que clicar. Era mucho más sencillo en mis tiempos. Solo había que teclear. Nada de hacer clic.

—Bueno, cuando empiece a mandar y recibir mensajes le verá la utilidad —dijo Miriam.

—Sí, les dije que les enviaría uno en cuanto aprendiera. Tendré que pensar qué voy a escribir.

Volvió la cabeza al oír voces y vio dos mujeres de la ciudad que devolvían libros a la biblioteca. La miraron con una inmensa curiosidad.

—Vaya, vaya, Molly. Qué moderna te has vuelto —le dijo una.

—Hay que estar al día de lo que pasa —respondió ella.

—Nunca te ha gustado perderte nada, Molly. A partir de ahora te enterarás de todas las noticias.

Se volvió hacia el ordenador y empezó a practicar cómo abrir la cuenta de Hotmail, ya que Miriam fue a atender a las mujeres, y no se volvió al oírlas cuchichear mientras ojeaban las hileras de libros.

Más tarde, cuando consideró que ya había abusado bastante de la paciencia de Miriam, se encaminó hacia la catedral y recorrió Main Street hasta Irish Street. Saludaba por su nombre a aquellos con quienes se cruzaba, personas a las que conocía de toda la vida, los hijos de los de su generación, muchos de ellos ya de mediana edad, e incluso los hijos de estos; a todos los conocía. No había necesidad de detenerse a hablar. Lo sabía todo de ellos, pensó, y ellos lo sabían todo acerca de ella. Cuando corriera la voz de que estaba aprendiendo a usar el ordenador de la biblioteca, dos o tres le preguntarían cómo le iba, pero de momento podía pasar por su lado con un escueto saludo amable.

Su cuñada estaba sentada en la sala de estar, con la lumbre encendida. Molly dio unos golpecitos en la ventana y aguardó mientras Jane accionaba con torpeza el portero automático.

—¡Empuja ahora! —la oyó decir por el interfono.

Empujó la puerta, que estaba dura, y tras cerrarla a su espalda entró en la sala de estar de Jane.

—Espero con impaciencia los lunes —dijo Jane—, por tus visitas. Es un placer verte.

—Hace frío, Jane, pero a Dios gracias aquí se está calentito y a gusto.

Pensó que resultaría más cómodo, más relajante en cierto modo, si una de las dos preparara té, pero Jane estaba demasiado frágil para moverse mucho y era tan orgullosa que no quería ver a su cuñada en la cocina. Estaban sentadas

frente a frente y Jane se ocupaba de la lumbre con aire casi distraído. No tenían nada que decirse, pensó, y aun así no habría ni un momento de silencio entre ellas.

—¿Qué tal fue el bridge? —le preguntó Jane.

—Cada vez juego peor —respondió Molly—, pero no soy tan negada como algunas de las otras.

—Vamos, siempre se te han dado muy bien las cartas.

—Pero en el bridge hay que acordarse de las reglas y de los envites y estoy muy vieja; de todas formas, me gusta, y me gusta cuando la partida termina.

—Es increíble que las chicas no jueguen —dijo Jane.

—Con hijos pequeños ya tienen bastante en que pensar. Nunca disponen de un minuto.

Jane asintió con aire distante y se quedó mirando la lumbre.

—Son muy buenas chicas —comentó—. Me encanta que vengan a verme.

—Mira, Jane —le dijo Molly—. Me gusta verlas y todo eso, pero no me importaría que no me visitaran en toda una semana. Soy de esas madres que prefieren los nietos a los hijos.

—¡Anda ya!

—Es cierto, Jane. Me subiría por las paredes si pasara una semana sin que mis queridos nietos vinieran el miércoles a merendar, y cuando sus madres acuden a recogerlos estoy que rabio. Siempre quiero que los chicos se queden.

—A esa edad son encantadores —dijo Jane—. Y es muy cómodo que vivan cerca y que se lleven tan bien.

—¿Ha venido Frank? —preguntó Molly.

Jane la miró casi sobresaltada. Por un instante en su rostro apareció una expresión de dolor.

—No, por Dios —contestó.

—Yo tampoco lo he visto mucho desde Navidad —dijo Molly—, pero tú

sueles saber de él más que yo. Lees la hoja parroquial. A mí ha dejado de mandármela.

Jane inclinó la cabeza, como si buscara algo en el suelo.

—Tengo que decirle que venga a visitarte —prosiguió Molly—. No me importa que desatienda a su madre, sino que desatienda a su tía, que es la más santa de la familia...

—¡No le digas nada!

—Claro que sí, Jane. Le escribiré una nota. No merece la pena llamarle por teléfono. Sale esa máquina. Detesto hablar a esas máquinas.

Observó a Jane, consciente ahora de que todo el tiempo que su cuñada pasaba sola en la casa comenzaba a cambiarle el rostro, a volver más lentas sus respuestas, a tensarle la mandíbula. Sus ojos habían perdido el brillo de bondad.

—No dejaré de repetirte —añadió al ponerse en pie para marcharse— que deberías comprarte un aparato de vídeo. Te haría compañía. Yo podría traerte cintas.

Al advertir que Jane sacaba un rosario de un estuchito se preguntó si lo hacía a propósito para mostrar que tenía asuntos más importantes en que ocuparse.

—De todas formas, piénsalo —dijo.

—Lo haré, Molly, lo pensaré —repuso Jane.

Aunque caía la noche cuando se aproximó a su bungalow, distinguió con claridad el coche del padre Greenwood aparcado delante del suyo. Comprendió que él la había visto en alguno de los espejos justo en el momento en que ella lo había visto a él, de modo que no tenía sentido dar media vuelta. «Si no fuera viuda —pensó—, no me haría esto. Telefonaría antes, cuidaría

sus modales.»

El padre Greenwood se apeó al acercarse ella.

—Vamos, padre Greenwood, entre. Ya tengo la llave en la mano. —La blandió como si se tratara de un objeto ajeno.

Había puesto el temporizador de la calefacción, de modo que los radiadores ya estaban calientes. Tocó un instante el del recibidor y decidió conducir al padre Greenwood a la sala de estar, pero enseguida le pareció que la cocina sería un lugar más cómodo. Así podría levantarse y enfrascarse en alguna tarea si no le apetecía escucharle. En la sala de estar quedaría atrapada con él.

—Molly, le extrañará que me presente así —dijo el padre Greenwood. Se sentó a la mesa de la cocina.

Ella no respondió. Tomó asiento frente al sacerdote y se desabotonó el abrigo. Por un instante pensó que tal vez fuera el aniversario de la muerte de Maurice y que el padre Greenwood había acudido a hacerle compañía por si necesitaba apoyo y comprensión, pero con la misma rapidez recordó que Maurice había fallecido en verano, que llevaba años en la tumba y que nadie prestaba ninguna atención a su aniversario. No se le ocurría ningún otro motivo y se levantó para quitarse el abrigo, que dejó sobre la butaca del rincón. Observó que el padre Greenwood tenía las manos unidas sobre la mesa, como si se dispusiera a rezar. Fuera lo que fuese, pensó, se aseguraría de que nunca más volviera a presentarse en su casa sin avisar.

—Molly, Frank me ha pedido...

—¿Le ha pasado algo a Frank? —lo interrumpió.

El padre Greenwood le sonrió débilmente.

—Está en un apuro —dijo.

Ella supo al instante a qué se refería y acto seguido pensó que no, que su primera reacción a todo lo demás había sido errónea y que por tanto quizá esta también lo fuera; quizá, se dijo, quizá no se tratara de lo que le había venido a

la cabeza automáticamente.

—¿Se trata...?

—Habrá un juicio, Molly.

—¿Abusos? —Pronunció la palabra que aparecía a diario en la prensa y en la televisión, acompañada de imágenes de curas con anoraks sobre la cabeza, para que nadie los reconociera, a quienes sacaban esposados de los juzgados

—. ¿Abusos? —repitió.

Al padre Greenwood le temblaban las manos. Asintió.

—Pinta mal, Molly.

—¿En la parroquia? —preguntó ella.

—No, en la escuela. Hace tiempo. Cuando daba clases.

Se miraron de hito en hito con una feroz hostilidad repentina.

—¿Lo sabe alguien más? —preguntó ella.

—Vine ayer para decírselo pero me faltó el valor.

Ella contuvo el aliento un momento y a continuación decidió levantarse, empujar la silla hacia atrás sin importarle que se cayera, sin apartar ni un segundo la vista de la cara del visitante.

—¿Lo sabe alguien más? ¿No puede usted responder a una pregunta directa?

—Ha corrido la voz, Molly —contestó el padre Greenwood con delicadeza.

—¿Las chicas lo saben?

—Sí, Molly.

—¿Lo sabe Jane?

—Las chicas se lo dijeron la semana pasada.

—¿Lo sabe toda la ciudad?

—Se habla del asunto —dijo el padre Greenwood empleando un tono de resignación, casi indulgente—. ¿Quiere que le prepare una taza de té? —añadió.

—No, gracias.

Él suspiró.

—Se celebrará una vista antes de que acabe el mes. Han intentado posponerla, pero según parece tendrá lugar del jueves en siete días.

—¿Y dónde está Frank?

—Continúa en su parroquia, pero apenas sale, como ya se imaginará usted.

—¿Abusó de niños pequeños? —preguntó ella.

—De adolescentes.

—Y ahora son adultos... ¿Es así?

—Frank necesitará todo...

—No me diga qué necesitará —lo interrumpió ella.

—Será muy duro para usted, y eso lo consume.

Ella se agarró al borde de la mesa con las manos.

—Toda la ciudad lo sabe, ¿no es cierto? ¿La única persona que lo ignoraba era esta vieja? ¡Todos me han engañado y me han dejado en ridículo!

—No era fácil decírselo, Molly. Las chicas lo intentaron hace un tiempo y yo lo intenté ayer.

—¡Y todos murmurando sobre mí! ¡Y Jane con su rosario!

—Creo que la gente será muy amable —dijo el padre Greenwood.

—Entonces es que no la conoce —replicó ella.

No la dejó a solas hasta que ella insistió en que se fuera. Molly miró en el periódico qué programas echaban en la televisión esa noche y se preparó el té como si fuera un lunes normal y corriente y pudiera tomarse un respiro. Se puso menos leche que de costumbre en el té hirviendo y se obligó a beberlo, para demostrarse que podría hacer cualquier cosa, afrontar lo que fuera. Al oír que un coche se detenía delante de la casa dedujo que serían las chicas, sus hijas. El cura debía de haberlas avisado y habían querido acudir de inmediato,

con la noticia aún fresca, y juntas, para que ninguna de las dos tuviera que lidiar en solitario con ella.

Normalmente bordeaban el costado de la casa y entraban por la cocina, pero en esta ocasión recorrieron deprisa el corto corredor hacia la entrada principal, encendieron la luz del porche y abrieron la puerta. Ella las observaba, con los hombros echados hacia atrás, mientras se acercaban.

—Pasad —dijo—, hace frío ahí fuera.

Se quedaron un instante en el recibidor, inquietas, sin saber a qué habitación ir.

—Vamos a la cocina —dijo con sequedad, y las precedió, contenta de haber dejado las gafas encima del periódico abierto sobre la mesa, de modo que les quedaría claro que estaba ocupada cuando habían llegado—. Iba a ponerme a hacer el crucigrama —dijo.

—¿Estás bien? —le preguntó Eileen.

Molly miró a su hija con rostro inexpresivo.

—Me alegro de veros a las dos juntas. ¿Están bien los chicos?

—Sí, están muy bien —respondió Eileen.

—Decidles que estoy casi preparada para recibir mensajes suyos en un correo electrónico. Miriam me ha dicho que una lección más y estaré lista.

—¿No ha venido el padre Greenwood? —le preguntó Eileen.

Margaret, que había empezado a llorar, hurgaba en el bolso en busca de pañuelos de papel. Eileen le dio uno que se sacó del bolsillo.

—Ah, sí, ayer y hoy —contestó Molly—. Conque conozco la noticia.

De pronto pensó que también los nietos tendrían que enfrentarse a eso: ver a su tío en la televisión y en los periódicos; su tío, el cura pederasta. Menos mal que no llevaban el mismo apellido que él, y menos mal que la parroquia de Frank se hallaba a kilómetros de distancia. Margaret fue al baño.

—No me preguntes si quiero té; no lo quiero —dijo Molly.

—No sé qué decir —repuso Eileen—. Es lo peor que podía pasar.

Eileen cruzó la cocina y se sentó en la butaca.

—¿Se lo habéis dicho a los chicos?

—Tuvimos que contárselo porque temíamos que se enteraran en la escuela.

—¿Y no temíais que me enterara yo?

—A ti nadie iba a contártelo —contestó Eileen.

—No tuvisteis el valor de decírmelo, ni tú ni ella.

—Todavía me cuesta creerlo. Y van a revelar su identidad y todo lo demás.

—Pues claro que van a revelar su identidad —dijo Molly.

—No, confiábamos en que no lo hicieran. Se declarará culpable. Por eso pensábamos que no divulgarían su nombre. Pero las víctimas pedirán que se haga público.

—¿De veras? —preguntó Molly.

Margaret volvió del baño. La anciana se fijó en que sacaba del bolso un folleto en color. Lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—Hemos hablado con Nancy Brophy —dijo Eileen—, y ha dicho que si quisieras ir a las Canarias ella te acompañaría. Haría un tiempo espléndido. Hemos mirado precios y todo eso. Saldría bastante barato, y nosotras pagaríamos el vuelo, el hotel y demás. Hemos pensado que te gustaría ir.

Nancy Brophy era la mejor amiga de Molly.

—Ah, ¿sí? ¿Eso habéis pensado? Vaya, es estupendo; echaré un vistazo a ese folleto.

—Me refiero a cuando empiece el juicio. Saldrá en los periódicos —prosiguió Eileen.

—Sois muy amables por haberlo pensado. Y Nancy también lo es —dijo Molly, y sonrió—. Sois las tres muy consideradas.

—¿Quieres que te prepare una taza de té? —le preguntó Margaret.

—No, Margaret, no quiere —dijo Eileen.

—De quienes deberíais preocuparos las dos es de los chicos —afirmó Molly.

—No, no —contestó Eileen—. Les hemos preguntado si alguna vez había pasado algo. Es decir, si Frank...

—¿Qué? —preguntó Molly.

—Se había aprovechado de ellos —dijo Margaret. Se había enjugado los ojos y ahora miraba a su madre con valentía—. Pues bien, no lo ha hecho.

—¿Le habéis preguntado también a Frank? —inquirió Molly.

—Sí. Sucedió hace veinte años. Él dice que no ha pasado nada más desde entonces —respondió Eileen.

—Pero no fue un único episodio —agregó Margaret—. Y he leído que nunca se sabe.

—En fin, tendréis que vigilar a los chicos —dijo Molly.

—¿Quieres que el padre Greenwood venga a visitarte? —le preguntó Eileen.

—¡No, no quiero!

—Nos preguntábamos... —empezó a decir Margaret.

—¿Sí?

—Si te gustaría pasar una temporada en casa de una de las dos —continuó Margaret.

—¿Qué iba a hacer yo en la tuya, Margaret? Y seguro que Eileen no tiene sitio.

—O si quisieras ir a Dublín... —propuso Eileen.

Molly se acercó a la ventana y contempló la noche. Habían dejado encendidas las luces de posición del automóvil.

—Chicas, habéis dejado las luces encendidas y os quedaréis sin batería, de modo que uno de vuestros pobres maridos tendrá que venir a echaros un cable.

—Iré a apagarlas —dijo Eileen.

—Voy a salir —dijo Molly—. Así que podemos ir las tres.

—¿Vas a salir?

—Sí, Eileen.

Sus hijas se miraron entre sí, perplejas.

—Pero no sueles salir los lunes por la noche —observó Eileen.

—Y no podré salir hasta que mováis el coche, porque bloquea el camino. Conque tendréis que iros antes que yo. En cualquier caso, ha sido un placer veros y disfrutaré leyendo el folleto. No he estado nunca en las Canarias.

Vio que se indicaban por señas que podían irse.

Durante la semana siguiente la ciudad le pareció casi un lugar nuevo. Nada era tan consabido como en el pasado ella había supuesto. No estaba segura de qué ocultaban las miradas y los saludos, y al salir de casa se cuidaba de no darse la vuelta con demasiada brusquedad y de no mirar con excesiva atención, no fuera a ser que los sorprendiera murmurando sobre ella. En las pocas ocasiones en que la gente se paraba a hablarle, no sabía si estaban al corriente del escándalo de su hijo o si se habían vuelto tan diestros en el lenguaje llano de la cháchara insustancial que lograban ocultarle cada pensamiento, cada señal, en la misma medida que ella se los ocultaba a ellos.

Dejó claro a sus hijas que no deseaba irse de vacaciones ni alterar sus hábitos. Jugaba al bridge los martes y los domingos por la noche, como de costumbre. Los jueves acudía a la sociedad fonográfica, y los miércoles, como siempre, al salir de la escuela la visitaban sus cuatro nietos, que veían vídeos con ella, comían palitos de pescado empanado y patatas fritas y helado, y hacían parte de los deberes hasta que Eileen o Margaret pasaban a recogerlos. Los sábados veía a sus amigas, otras viudas de la ciudad, a las que iba a visitar en el coche. Tenía el tiempo ocupado y, tras enterarse de lo que se

avecinaba, durante la semana siguiente a menudo se daba cuenta de que había olvidado de qué se trataba, pero nunca por mucho rato.

Un día en que Molly fue a casa de Nancy Brophy, esta le preguntó si estaba segura de que no quería ir a las islas Canarias.

—No, voy a seguir con mi vida normal.

—Tendrás que hablar de eso, las chicas dicen que tendrás que hablar.

—¿Te llaman por teléfono?

—Sí —respondió Nancy.

—Es de los chicos de quienes deberían preocuparse —respondió Molly.

—Pues todo el mundo está preocupado por ti.

—Lo sé. Me miran y se preguntan cómo pasar por mi lado a toda prisa, no vaya a morderles o yo qué sé. La única persona que se acercó a charlar conmigo en el club de bridge fue Betty Farrell, que me cogió del brazo y, mientras todas nos miraban, me pidió que la telefonara, le mandara un recado o fuera a su casa si necesitaba algo. Me pareció que lo decía de corazón.

—Hay gente muy buena —afirmó Nancy—. Las chicas, Eileen y Margaret, lo son. Te alegrarás de que estén tan cerca.

—Bah, ellas tienen su propia vida —dijo Molly.

Permanecieron un rato sin hablar.

—En fin, este asunto es un terrible mazazo —continuó Nancy al cabo de un rato—. No tengo nada más que decir. La ciudad entera está conmocionada. Frank era la última persona de quien cabría esperar que... Debes de estar en un estado de nervios espantoso, Molly.

—Mientras sea invierno, puedo arreglármelas. Me levanto tarde por las mañanas y me mantengo atareada. Lo que me aterra es el verano. No soy de esas personas que padecen esos trastornos cuando no hay luz. Me aterra los largos días del verano, en que me despierto al alba y doy vueltas a los pensamientos más negros. ¡Los más negros pensamientos! Pero hasta entonces

estaré bien.

—Oh, Dios, debo tenerlo presente —dijo Nancy—. No sabía que te pasaba eso. Quizá vayamos de viaje entonces.

—¿Me harías un favor, Nancy? —dijo Molly poniéndose en pie, preparándose para irse.

—Claro que sí, Molly.

—¿Te importaría pedir a la gente que hable conmigo del asunto? Es decir, a los que me conocen. O sea, que no teman mencionarlo.

—Lo haré, Molly. Lo haré.

Cuando se despidieron Molly advirtió que Nancy estaba al borde del llanto.

Dos días antes del juicio, cuando regresaba a casa con el periódico de la mañana, el coche de Frank pasó por su lado y se detuvo. Molly vio un montón de hojas parroquiales en el asiento de atrás. Se sentó delante sin siquiera mirar a su hijo.

—Sales temprano —dijo él.

—Acabo de levantarme. Salgo a comprar el periódico antes de nada. Para hacer un poco de ejercicio.

Cuando llegaron a la casa, él aparcó el coche y entraron juntos en la cocina.

—Ya habrás desayunado, supongo —dijo ella.

—Sí —contestó él. No llevaba el alzacuello.

—Puedes echar un vistazo al periódico mientras me preparo una tostada y una taza de té.

Él se sentó en la butaca del rincón. Mientras trajinaba en la cocina, Molly le oía doblar y desdoblar las hojas del periódico. Cuando la tostada y el té estuvieron listos, los llevó a la mesa, junto con una taza y un platillo para cada uno.

—El padre Greenwood me ha dicho que vino —comentó Frank.

—Sí —contestó ella.

—Dice que eres un modelo para las personas de tu edad, saliendo todas las noches.

—Bueno, como ya sabes, me mantengo ocupada.

—Eso está bien.

Se dio cuenta de que había olvidado llevar la mantequilla a la mesa. Fue al frigorífico a buscarla.

—¿Las chicas pasan a verte? —le preguntó él.

—Sé dónde están si las necesito.

Él observó cómo untaba mantequilla en la tostada.

—Pensamos que quizá podrías irte de la ciudad, tomarte una especie de vacaciones.

Ella alcanzó la mermelada, que ya estaba en la mesa, y no dijo nada.

—Ya sabes, para ahorrártelo —añadió él.

—Eso dijeron las chicas.

Molly no quería que el silencio que se hizo en ese instante se prolongara demasiado, pero le parecía que todo lo que se le ocurría decir estaba de más. Deseó que su hijo se marchara.

—Perdona que no viniera a contarte yo mismo lo que pasaba —dijo él.

—Bueno, aquí estás, y me alegro de verte.

—Creo que será... —Frank no terminó la frase; se limitó a inclinar la cabeza. Ella no bebió té ni se comió la tostada—. Es posible que los periódicos den muchos detalles. Solo quería prevenirte personalmente.

—No te preocupes por mí, Frank.

Trató de sonreír por si él levantaba la vista.

—Ha sido terrible —dijo él negando con la cabeza.

Ella se preguntó si cuando estuviera en la cárcel le permitirían decir misa o

tener sus vestiduras y devocionarios.

—Haremos lo mejor que podamos hacer por ti, Frank.

—¿Qué quieres decir?

Cuando él levantó la cabeza y escrutó a su madre, tenía el rostro de un niño pequeño.

—Quiero decir que haremos cualquier cosa que esté en nuestra mano, y ninguna de nosotras se irá. Me quedaré aquí.

—¿Estas segura de que no quieres marcharte? —le preguntó él a media voz.

—Lo estoy, Frank.

Él no se movió. Ella puso la mano sobre la taza; el té todavía estaba caliente. Frank esbozó una débil sonrisa y se puso en pie.

—En cualquier caso quería venir a verte.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

No se levantó de la silla hasta que lo oyó arrancar el coche. Se acercó a la ventana y observó cómo giraba dando marcha atrás, con cuidado, como siempre, de que las ruedas no pisaran el césped. Permaneció junto a la ventana cuando él se alejó; no se movió del sitio hasta que el ruido del coche se desvaneció en la distancia.

Un viaje

«Mami, ¿cómo se muere la gente?», le había preguntado, y Mary le había contado que el alma sale del cuerpo y entonces Dios..., en fin, Dios... acoge nuestra alma porque nos quiere.

—¿Todo el mundo se muere?

—Sí, David.

—¿Todo todo el mundo?

Aunque la había divertido la formalidad del pequeño, había procurado tratarlo con seriedad y contestarle lo mejor que sabía. Recordó que en aquella época debía de tener unos cuatro años, que se encontraba en esa etapa en que hacía preguntas y quería conocer el cómo y el porqué de todo.

Era su único hijo, nacido después de casi veinte años de matrimonio, cuando ya hacía tiempo que Seamus y ella habían perdido la esperanza de tener descendencia. Al principio le costó creerlo y luego se asustó; se preguntó por qué había ocurrido en ese momento y no años antes, pero no encontró ninguna explicación. Le pareció que quizá fueran demasiado mayores e inflexibles, de hábitos rígidos, para criar a un niño. Estaban acostumbrados a ser libres. Sin embargo, David no supuso el gran cambio en sus vidas que ella había esperado. La señora Redmond, que vivía en un chalet cercano y cuyo marido había fallecido poco después del nacimiento de David, acudía todos los días a ayudarla y cuidaba del pequeño las noches que a ellos les apetecía salir. Ellos vivían al lado de la escuela pública rural de la que Seamus era director. A medida que crecía, David pasaba cada vez más tiempo con la

señora Redmond, y muchas veces no quería volver con Mary cuando esta iba a recogerlo al chalet. Aun así, en cuanto regresaba a casa sonreía y la seguía a todas partes haciéndole preguntas o, cuando ya era mayor, contándole lo que le había pasado en el colegio.

Era tarde y no estaba acostumbrada a conducir distancias largas en la oscuridad. Le costaba concentrarse y, aunque conocía bien la carretera, tenía que ir despacio. Era marzo y empezaba a formarse una fina capa de escarcha. Habían ensanchado la calzada en algunos tramos y los faros del coche iluminaban vallas de madera en vez de las cunetas de antaño. Ya no era una carretera oculta, casi vergonzosa, como antes, agazapada y escondida de la tierra que la rodeaba. Supuso que en la actualidad habría menos accidentes. Recordó la estrecha carretera de antes, y su mente retrocedió hasta que se dio cuenta de que una vez más intentaba precisar el día en que todo había empezado, el día en que reparó por primera vez en que David se había distanciado de ellos y se había vuelto hosco y retraído. ¿Tenían Seamus y ella la culpa, y de qué modo, de que su hijo de veinte años, al que llevaba a casa, hubiera pasado los últimos siete meses en el hospital, aquejado de silencio, como decía ella; de una depresión, como decían los médicos? David se había negado a sentarse a su lado y no quería hablar con ella. Iba en el asiento de atrás y encendía un cigarrillo tras otro desde que había pedido a su madre que se detuviera en Bray a comprarle una cajetilla. Mary se preguntaba si habría tomado la determinación de no dirigirle la palabra o si esa actitud sería natural para él, si en el silencio se sentía tan a gusto como incómoda y hastiada se sentía ella. Decidió hablar.

—David, tu padre no está bien.

No hubo respuesta. Al ver un coche que avanzaba hacia ella puso las luces

cortas, pero los focos que se acercaban en dirección contraria eran demasiado potentes, por lo que tuvo que desviar la vista hacia el margen para evitarlos.

—La semana pasada tuvo otra embolia —añadió, pero sonó a falso, como si se lo hubiera inventado con la única intención de incitarlo a hablar.

Aun así, él no dijo nada. Mary le oía dar fuertes caladas al cigarrillo.

La larga calle principal de Arklow estaba desierta, y para llegar a casa solo quedaban Gorey, Camolin y Ferns y las carreteras que las unían. Los faros iluminaban un trecho corto y en todo momento daba la impresión de que más allá no había absolutamente nada. El tráfico era escaso. A Mary le resultaba casi nauseabundo el denso humo de tabaco en el coche. Se vio la luna por primera vez.

Intentó no pensar, concentrarse en la carretera, pero siguieron asaltándola imágenes sueltas de lugares del pasado y no pudo hacer nada por detenerlas. El hotel Mont Clare de Dublín, donde había ido en su luna de miel; visualizó la habitación y recordó los desacostumbrados ruidos callejeros de la mañana. Intentó evocar la impresión que le había causado la ciudad, que en aquella época apenas conocía, pero en la imagen irrumpieron otras escenas que la desdibujaron. La red de senderos en torno a Cush, donde antes veraneaban, y los mosquitos que daban vueltas al atardecer y se metían en el pelo. Vio el retrato de su madre colgado después de su muerte en el salón que había encima de la tienda que su padre tenía en Ferns, un salón que nunca usaban y que olía a cerrado.

Recordó también la primera vez que vio la casa vieja de dos pisos junto a la escuela que su padre había comprado para Seamus y ella cuando se casaron. Evocó la atmósfera del interior el día en que fueron a verla, las paredes desnudas y el ruido resonante de sus pasos. Ahora Seamus guardaba cama en la segunda planta de esa misma casa. Tenía paralizado el lado derecho del cuerpo. Mary se representó esa escena con mayor nitidez que ninguna otra.

Seamus no parecía mostrar el menor interés ni siquiera cuando ella le leía el periódico.

En el asiento trasero del coche, David encendió otro cigarrillo.

—¿No quieres sentarte delante un rato? —le preguntó ella.

Tras un instante de silencio se oyó un sonido apagado.

—No, gracias.

Ella frenó de repente y estacionó en la orilla de la carretera. Se volvió y, como no veía bien a su hijo, encendió la débil luz del techo. David abrió la ventanilla para que saliera el humo. Había heredado el pelo de su madre, rubio y espeso, pero ni un solo rasgo de su rostro, de facciones marcadas. Bajo aquella luz tenue a Mary le recordó a Seamus la primera vez que lo vio, aunque David tenía la cara aún más fina. Su expresión era crispada. Dándose la vuelta dejó claro que no deseaba hablar con ella.

—¿Qué piensas hacer? ¿Tienes alguna idea? —le preguntó ella, y durante un fugaz segundo captó su atención.

El chico apartó la vista.

—No lo sé. No me preguntes nada, ¿entendido? Nada de preguntas.

—Es posible que te quedes una temporada en casa. A lo mejor podrías buscar trabajo.

—No lo sé.

David lanzó el cigarrillo a medio fumar por la ventanilla.

—Conducir por la noche me cansa mucho. Estaré haciéndome vieja. —Se echó a reír y él le dirigió una sonrisa nerviosa—. En fin, será mejor que nos demos prisa.

Alzó la mano para apagar la luz y puso el motor en marcha.

—Tu padre estará esperándonos.

«Estará tumbado con los ojos abiertos —se dijo—, y apenas me mirará cuando entre.» Sonrió al pensar que a partir de entonces tendría la compañía

de los dos, del padre y del hijo. No obstante, quería que David se quedara en casa, por muy deprimentes que fueran sus silencios, por muchos días que pasara en la cama con las cortinas corridas. De pronto soñó con volver a Cush con él, soñó con un día radiante de verano y fantaseó con que la luz del mar devolvía al chico algo perdido hacía tiempo, la vitalidad de antes, de la que parecía haberse desprendido a propósito. Pensó que caminar descalzo por la arena a lo mejor le levantaba la moral, y suspiró al comprender que nada sería así de rápido y sencillo. Sabía que se trataba de una enfermedad, aunque no lo pareciera. Tenía la impresión de que era algo que David no abandonaría, un regalo oscuro y especial que le había sido ofrecido. Algo que lo confortaba y que él había aceptado.

—¿Qué tal el hospital, David? Cuando íbamos no sacaba nada en claro. Nunca sabía cómo te encontrabas.

—Nada de preguntas, mamá, ya te lo he dicho.

—Va, cuéntame.

—Era un asco. —David suspiró y ella lo oyó expulsar el humo—. Todo él. Un asco.

—Pero en su momento fue lo mejor, ¿no? Es decir, no podíamos hacer nada más.

—Sí.

Ella sabía que el chico tomaba pastillas, aunque ignoraba qué efecto tenían. El médico con el que había hablado se había referido a él en todo momento como «el paciente» y había apuntado que quizá le viniera bien ingresar más adelante. No se había mostrado muy dispuesto a responder preguntas directas, de modo que Mary no había formulado ninguna. Pensó que nadie daría trabajo a David, que carecía de formación para cualquier empleo. Supuso que cuando fuera anciana lo tendría en la habitación de arriba. Quería preguntarle algo más, pero se contuvo, pues no deseaba irritarlo. El silencio en la parte de atrás

del coche se había vuelto más alerta, más hostil. Casi le pareció sentir que iba dirigido a ella, y aceleró. Tenía ganas de llegar.

Los faros iluminaron el modesto campanario cuadrangular de la catedral protestante de Ferns. Antes de que tuvieran coche, todos los domingos iba en bicicleta a la ciudad con Seamus para tomar el tren que llevaba a Ferns, donde pasaban el día con su padre. Los últimos meses de vida de este, cuando ya sabían que se moría y se mostraba más afable y de buen humor, se quedó a solas con él cuidándolo. Fue una época feliz para ambos, pensó.

Cuando la luz de los faros destelló en los cristales de la achaparrada iglesia católica moderna que se alzaba junto al cruce, recordó que ellos se habían casado en la antigua y se preguntó qué uso se le daría ahora. Todavía guardaba en algún cajón las gafas de su padre, de montura metálica. Tras su muerte habían vendido la tienda, habían ampliado la casa y se habían comprado un coche. Por un instante se imaginó que no la habían vendido y pensó que trabajar en ella todos los días tal vez habría ayudado a David, y que ella lo habría vigilado y se habría asegurado de que no supusiera una carga excesiva para él. De niña le encantaba trabajar en la tienda.

—¿Está siempre en la cama? —le preguntó David de improviso.

—La mayor parte del tiempo. Debería estar hospitalizado, pero no quiere, así que la señora Redmond viene todas las noches. Tenemos que levantarlo, y pesa mucho. La señora Redmond ya es muy mayor. Se quedará en casa esta noche.

Mientras hablaba se imaginaba que David y ella habían mantenido una conversación relajada durante todo el viaje.

—¿Sabes qué me apetecería? —preguntó con naturalidad—. Me apetecería fumar, hace años que no pruebo un cigarrillo. A tu padre no le gusta que fume. ¿Por qué no me enciendes uno y me lo pasas?

Oyó que David prendía un mechero en el asiento de atrás. El chico le tendió

el cigarrillo.

—¿Seguro que no preferirías sentarte delante? Ya estamos llegando.

—No. Estoy bien.

Entraron en la ciudad por la estrecha carretera que discurría junto al río bajo los árboles. La luna apareció sobre la colina, y Mary vio las ramas desnudas y las estrellas de escarcha en la calzada. Se dio cuenta de que no podía acabarse el cigarrillo, de modo que lo apagó en el cenicero. La luz de las farolas de la ciudad era de un amarillo sucio siniestro. Cuando dejaron atrás la oficina de correos y continuaron en dirección al molino, David extrajo el cenicero de la puerta trasera y tiró su contenido por la ventanilla. Ella notó el aire frío que entraba en el vehículo.

—Ya hemos llegado —dijo.

Salió de la carretera para enfilarse el camino asfaltado que llevaba a la casa. Había luces encendidas y la señora Redmond abrió la puerta principal para recibirlos. David sacó su bolsa del asiento trasero.

—¿Qué tal ha estado? —preguntó Mary a media voz.

—Ha dormido un rato, pero ahora está despierto —respondió la señora Redmond—. Ha pasado todo el día desanimado.

Cuando entraron, la señora Redmond insistió en que David fuera con ella a la cocina. El chico la acompañó sin soltar la bolsa, que asía con firmeza, como si estuviera de paso hacia otro lugar. Mary los observó desde el pie de la escalera antes de darse la vuelta y subir al dormitorio.

Las cortinas estaban corridas y había un cuenco de agua junto a la estufa eléctrica. Hacía mucho calor en la habitación.

—¿Está aquí? —preguntó Seamus.

Ella no respondió, sino que fue a sentarse en un taburete delante del tocador, desde cuyo espejo veía a Seamus. Se miró y se fijó en lo raro que quedaba su cabello, rubio y bien cuidado, en contraste con las arrugas de alrededor de los

ojos y la boca. Sus grietas, como antes las llamaba David. Pensó que había llegado la hora de dejar las canas a la vista. Seamus la observaba desde la cama, y cuando sus miradas se cruzaron quedó sobrecogida un instante por un atisbo de un futuro en el que necesitaría reunir hasta el último gramo de egoísmo que tuviera. Cerró los ojos antes de volverse hacia él.

—¿Está aquí? ¿Lo has traído? —le preguntó Seamus otra vez.

Un trabajo de verano

Al nacer el pequeño, la anciana llegó de Williamstown tras dejar a una joven vecina a cargo de la oficina de correos. En el hospital, sentada junto a Frances, contempló con afecto al niño dormido y lo cogió tiernamente en brazos apenas se despertó. No había hecho nada de eso cuando nacieron los otros nietos.

—Es precioso, Frances —afirmó muy seria.

A la anciana le interesaban la política, la religión y las noticias frescas. Le gustaba conocer a personas que supieran más que ella y fueran más instruidas. Leía biografías y obras de teología. Frances creía que su madre sentía interés por casi todo, salvo por los niños —a no ser que estuvieran enfermos o hubiesen sobresalido en alguna asignatura—, y mucho menos por los recién nacidos. No tenía la menor idea de por qué se quedaba cuatro días con ellos.

Sabía que su madre se mostraba considerada con sus propios hijos, ya adultos, incluso con Bill, el menor, que aún vivía con ella y se ocupaba de la granja. Les hacía pocas preguntas y jamás se entrometía en sus vidas. Frances observó que guardaba silencio siempre que se planteaba el tema del nombre del recién nacido, pero se daba cuenta de que escuchaba con gran interés, sobre todo cuando Jim, el padre de la criatura, estaba en la habitación.

Frances esperó hasta avanzada la noche, cuando su madre ya se había marchado, para hablar con Jim de cómo llamarían al bebé. A él le gustaban los nombres corrientes y consolidados, como el suyo; nombres que no suscitaban comentarios ni en el presente ni en el futuro. Por lo tanto, Frances tenía la

certeza de que Jim estaría de acuerdo cuando propuso llamarlo John.

Su madre no cabía en sí de alegría. Frances sabía que su abuelo materno se había llamado John, pero no se le pasó por la cabeza que su madre fuera a pensar que bautizarían al pequeño así en honor del difunto. No tenía nada que ver. Le pidió que no hablara con Jim acerca del nombre del chiquitín y deseó que la anciana dejara pronto de decir que le enorgullecía mucho que un miembro de la familia fuera a llevarlo en una época en que estaban de moda los nombres nuevos, incluidos los de estrellas del cine y de la música pop.

—Los nombres irlandeses son los peores, Frances —le dijo—. No hay quien sepa pronunciarlos.

Una vez que John tuvo nombre, su abuela lo acunó aún con mayor cariño. Se la veía contenta sentada en silencio durante horas, meciéndolo o tranquilizándolo. Frances se alegró el día que la mandaron a casa y se sintió complacida cuando su madre señaló que ella debería regresar a Williamstown, a su pequeña oficina de correos, a sus libros, a su cotidiano *Irish Times*, a los programas de radio y televisión seleccionados con esmero y a las cuatro o cinco almas gemelas con las que cambiaba impresiones sobre temas de actualidad.

Con John en casa, la anciana comenzó a prestar más atención a los cumpleaños de los hermanos del pequeño. Ya no les enviaba un giro postal y una tarjeta de felicitación, sino que buscaba a alguien que la llevara en coche y acudía personalmente recorriendo los sesenta y cuatro kilómetros que la separaban de Williamstown para tomar el té, con el giro postal guardado en el bolso. Sin embargo los niños sabían que, fuera de quien fuese el cumpleaños, la abuela había ido a ver a John. Frances advertía que la anciana procuraba no auparlo, no estrujarlo ni exigirle su atención cuando lo encontraba jugando o sentado

delante del televisor. Que aguardaba hasta que el chiquitín se cansaba o quería algo, y entonces le dejaba claro que estaba pendiente de él, que estaba de su parte. Con cuatro o cinco años John hablaba a menudo con ella por teléfono y esperaba con ilusión sus visitas; no se apartaba de su lado cuando ella estaba en casa; le mostraba sus tareas escolares y sus dibujos, y pedía permiso a sus padres para acostarse tarde, de modo que se dormía en el sofá, con la cabeza sobre el regazo de su abuela.

Tras casarse Bill y quedarse sola en casa, la anciana tomó la costumbre de invitar a comer a Frances y su familia un domingo al mes. Para asegurarse de que los nietos no se aburrieran en casa, proponía a Bill que los llevara a los partidos de hurling o de fútbol que se jugaban en la localidad, o se enteraba de qué programas de televisión les gustaba ver a ellos y sus hermanas. Cuando John contaba siete u ocho años, la anciana mandaba a Bill a recogerlo para que pasara con ella la noche del sábado antes de la comida familiar. Al cabo de poco tiempo el niño tenía en casa de su abuela su propia habitación, botas y una trenca, pijamas, libros y tebeos.

Frances no estaba segura de cuántos años tenía John cuando empezó a quedarse todo un mes del verano en Williamstown; el caso era que a los doce ya pasaba el verano entero con la abuela: ayudaba a Bill en la granja, trabajaba en la oficina de correos, por la noche se sentaba a leer o a charlar con la anciana o, animado por esta, salía con otros niños de su misma edad.

—Todo el mundo quiere a John —le dijo la abuela a Frances—. Todos cuantos lo conocen, ya sean viejos o jóvenes. Siempre tiene algo interesante que decir a todo el mundo, y además sabe escuchar.

Frances observaba que John avanzaba con soltura por el mundo. Nunca había quejas sobre él, ni siquiera de sus hermanas. Estaba callado la mayor parte del

tiempo, realizaba las tareas domésticas que le correspondían y sabía cómo negociar con sus padres si quería dinero o permiso para volver tarde a casa. Frances lo consideraba un chico independiente y poco proclive a equivocarse o a cometer errores de juicio. John se lo tomaba todo en serio. Las contadas ocasiones en que ella intentaba burlarse de las relaciones entre el muchacho y su abuela y del lugar especial que él ocupaba en casa de la anciana, John no sonreía y hacía como si su madre no hubiera hablado. Ni siquiera compartía el regocijo de Frances cada vez que ella hacía comentarios sobre los clientes más cómicos de la estafeta de la abuela, personas que por lo visto no habían cambiado en los treinta años que la anciana llevaba trabajando allí.

Durante aquellos años, apenas empezada la primavera, la abuela telefoneaba para decir que ya se moría de ganas de que llegara John.

Aquel verano, cuando Frances lo llevó en el coche a Williamstown, lo acompañó a su habitación en cuanto la abuela salió a recibirlos. Vio que el papel pintado del dormitorio era nuevo, al igual que la cama. Sobre la cómoda había una pila de camisas, todas recién planchadas, varios pantalones vaqueros, crema de afeitar, una flamante maquinilla de diseño y un champú especial.

—No me extraña que vengas —dijo—. En casa no te tratamos como es debido. ¡Camisas planchadas! ¡Obra de tu amiga del alma!

Se echó a reír sin percatarse de que su madre esperaba junto a la puerta. Al bajar advirtió que tanto John como la anciana querían que se fuera; que ambos evitaban responder a lo que ella decía. Se mostraban casi hostiles, como si hubiera dejado abierta la cerca de un campo o hubiese dado más cambio de la cuenta a un cliente. Ninguno de los dos la acompañó hasta el coche cuando se marchó.

No tardó en enterarse de que, al traspasar la granja a Bill, su madre había reservado un campo y había convencido a Bill de que levantara una portería en cada extremo para que John jugara al hurling. John reunió el número necesario de chicos de la localidad para formar un equipo y encontraron otros equipos contra los que jugar, de modo que casi cada tarde había partido o entrenamiento. Tenían hasta espectadores, entre ellos Frances y Jim, que acudieron una tarde. La anciana, en cambio, no podía ver a su nieto jugar porque estaba demasiado delicada para recorrer todo el camino hasta el campo.

Frances advirtió cuánto se alegraba su madre de que John tuviera un grupo grande de amigos y algo que hacer por las tardes, pues así, en palabras de la anciana, el chico no acabaría harto de escucharla.

Una tarde, durante una visita a su madre, Frances observó a John cuando llegó de jugar un partido. El muchacho tenía prisa por volver a salir y solo disponía del tiempo justo para ducharse y cambiarse de ropa. Apenas miró a su abuela.

—John, siéntate a charlar con nosotras —le dijo Frances.

—Tengo que irme, mamá. Me están esperando.

Dirigió un brusco gesto de despedida a su abuela al salir de la habitación. Frances miró a su madre y vio que sonreía.

—Volverá tarde —dijo la anciana—. Estaré como un tronco cuando llegue.

Y ronroneó, como si ese pensamiento le proporcionara una extrema satisfacción.

Cuando regresó a casa a finales de agosto, John había crecido y estaba en mejor forma. Empezó a jugar al hurling con el equipo de la escuela, donde

enseguida apreciaron las habilidades de centrocampista que había desarrollado durante el verano.

Frances se había sentido en la obligación de ir a ver las actividades deportivas que realizaban sus otros hijos, si bien esperaba con impaciencia a que acabaran para volver a casa. Ninguno había destacado ni mostrado especial interés. En cambio, aquel invierno y aquella primavera John entrenó todas las tardes y jugó siempre que tuvo la oportunidad con vistas a entrar en el equipo juvenil del condado.

Sobresalía en la cancha porque daba la impresión de que jamás corría ni placaba, sino que esperaba, se mantenía al margen. Su padre, al que entusiasaban muy pocas cosas, era incapaz de contenerse cuando John, desmarcado, veía que la pelota iba en su dirección, se apoderaba de ella y, sorteando placajes con verdadera bravura y pericia, efectuaba una carrera en solitario para conseguir un punto, o cuando, calculando la distancia con una precisión extraordinaria, lanzaba la bola hacia la línea del área de forma que describiera un arco determinado. A Frances no le cabía duda de que los espectadores que la rodeaban se fijaban en el muchacho tanto como Jim y ella. Aunque esa temporada no lo eligieron para el equipo juvenil, le avisaron de que los seleccionadores lo seguirían con gran interés.

En mayo, con el año académico cercano a su fin, John comentó de pasada que unos amigos suyos y él habían rellenado una solicitud para trabajar los meses de verano en la planta procesadora de fresas de la localidad. Frances no volvió a pensar en el asunto hasta que un día el chico le pidió que lo llevara a la ciudad porque tenía una entrevista.

—¿Cuánto durará el trabajo? —le preguntó.

—Todo el verano. O hasta agosto por lo menos.

—¿Y qué hará tu abuela? Ayer, sin ir más lejos, me dijo por teléfono que tenía muchas ganas de que llegara junio para que fueras a su casa. Tú mismo la oíste hace dos semanas, cuando fuimos a verla.

—¿Por qué no esperamos a ver si me contratan?

—¿Por qué quieres presentarte a la entrevista si sabes que no podrás aceptar el empleo?

—¿Quién dice que no puedo aceptarlo?

—Es muy mayor, John, no durará mucho. Pasa con ella solo un verano más y me aseguraré de que no tengas que ir ningún otro si no te apetece.

—¿Quién dice que no me apetece?

Frances suspiró.

—Que Dios ayude a la mujer que se case contigo.

John quedó con un amigo para que lo llevara a la ciudad, a la entrevista, y al cabo de siete días llegó una carta del gerente de la planta procesadora, que le proponía incorporarse la segunda semana de junio. En el desayuno John la dejó en la mesa para que todos la leyeran. Frances no dijo nada al verla. Esperó a que regresara de la escuela.

—No puedes ir a su casa todos los veranos y luego, cuando ya es vieja y está débil, decidir que tienes algo mejor que hacer.

—Yo no he decidido eso.

—Pues yo he decidido que vayas, y sanseacabó. En cuanto te den las vacaciones te vas a Williamstown, conque más vale que empieces a prepararte.

—¿Y qué les digo a los del equipo?

—Que volverás en septiembre.

—Si me quedo, a lo mejor me pasan al equipo juvenil.

—Podrás jugar al hurling durante todas las vacaciones en el campo que te reservó tu abuela. Y ten presente que quizá sea su último verano y que se ha portado muy bien contigo. Conque ve haciendo las maletas.

Durante los días siguientes John no le dirigió la palabra, de lo que ella dedujo que había aceptado su destino, que iría a Williamstown. En los meses anteriores Frances se había confabulado con su madre para obtener un permiso de conducir provisional para el chico. Había buscado el certificado de nacimiento y una fotografía, había falsificado su firma y había mantenido en secreto la llegada del permiso. La abuela había pagado una cantidad por el automóvil viejo de Bill cuando este decidió adquirir uno nuevo. Tenía previsto dejárselo a John durante el verano y que luego lo usaran tanto él como sus hermanos y hermanas.

En el coche John estaba tan decaído y hosco que Frances sintió la tentación de contarle lo que le aguardaba; sin embargo se resistió. El chico no se mostraba tan callado y retraído con nadie más, pero a ella no le importaba. Su tarea consistía en llevarlo a Williamstown. Y se marcharía la mar de contenta cuando lo hubiera dejado allí para que pasara el verano.

Al llegar vio que su madre caminaba con la ayuda de un bastón. Aunque la anciana había ido a la peluquería y llevaba un vestido de colores vivos, a Frances no le cupo la menor duda de que estaba enferma. Su madre advirtió que la observaba y la miró a su vez con aire desafiante, como si la retara a hablar de su salud. Puso toda su energía en sorprender a John, primero con el permiso de conducir y después con las llaves del coche.

—Bill dice que conduces muy bien —comentó—. Ahora podrás ir por todo el condado. Es viejo, pero vuela como el viento.

Sin despegar los labios, John miró muy serio a Frances y luego a su abuela.

—¿Estabas enterada? —le preguntó a su madre.

—Falsifiqué tu firma —respondió ella.

—Pero lo pagué yo —la interrumpió la anciana—. Procura que lo sepa.

Por su voz y su semblante Frances supuso que su madre tenía dolores. Se apartó a un lado cuando John arrancó el coche. El chico se alejó de la casa bajando por la colina, dio media vuelta y avanzó de nuevo hacia ellas.

—Vaya, conduce de maravilla —afirmó la abuela.

John sacó el equipaje del vehículo de su madre. Cuando Frances se marchó, los otros dos seguían contemplando la nueva adquisición del muchacho. Frances lo adoró por no haber dado la menor señal de que no deseaba pasar el verano con su abuela. No obstante, al despedirse de él con la mano antes de alejarse, John le lanzó una mirada que indicaba que tardaría mucho tiempo en perdonarla.

Durante el mes siguiente le llegaron diversas informaciones acerca de John y el coche. Por ejemplo, que había recorrido los sesenta y cuatro kilómetros que lo separaban de la ciudad para participar en un partido de hurling y que no había avisado a su familia. Le contaron que, pese a la regularidad del juego del muchacho, no lo habían seleccionado para el equipo juvenil. Frances se alegró de que se hubiera presentado al partido y de que hubiese jugado, pues así nadie podría culparla de que no hubiera logrado entrar en el equipo.

Fue un verano hermoso. Todos los años, un grupo de mujeres del club de golf se reservaban un día para ir a Rosslare Strand, donde almorzaban tranquilamente en el hotel Kelly's después de dedicar la mañana a jugar al golf. Si el tiempo acompañaba, pasaban la tarde en la playa.

Habían terminado el primer plato cuando vio a su madre y a John sentados en un rincón del restaurante; se encontraban a noventa y seis kilómetros de

casa. El chico estaba de espaldas al comedor y Frances pensó que su madre tenía tan mal la vista que difícilmente las vería. Como sus amigas no conocían a la anciana, decidió no mencionar la presencia de los dos y seguir comiendo sin interrumpirlos. Con todo, al avanzar el almuerzo no pudo por menos que advertir que la voz de su madre se imponía a las demás. La de John también era demasiado fuerte, pues la alzaba para que su abuela le oyera.

La anciana se echó a reír cuando un par de mujeres del grupo de Frances se volvieron a mirarla. Frances observó que John se levantaba, cogía la servilleta, que era blanca, y con aire guasón y desenfadado rozaba con ella la cabeza de su abuela, como si la atacara, con lo que esta se desternilló hasta que rompió a toser con estrépito, incapaz, por lo visto, de recobrar la respiración. Cuando John regresó al asiento, los resuellos de la anciana habían atraído la atención del restaurante entero y habían dado pie a comentarios en el grupo de Frances.

Camino de la salida, John y su abuela la vieron. Mientras se acercaban, Frances contó a sus amigas que, aunque los había visto desde el principio, había decidido no decir nada para que el grupo comiera en paz. Observó que algunas se avergonzaban de los comentarios que habían lanzado.

—Armabais tanto jaleo que he hecho como si no tuviera nada que ver con vosotros.

—Estamos de jarana, Frances —dijo la anciana, que saludó una por una a las mujeres de la mesa a medida que se las presentaba.

John saludó educadamente con un gesto de la cabeza, pero se mantuvo apartado y no dijo nada.

—Y muy lejos de casa —observó Frances—. ¿Tenéis pensado tomar el ferry para salir del país?

—Bien podríamos hacerlo —respondió su madre—. ¿Por qué no íbamos a poder? Es el mejor conductor de Irlanda.

Frances se fijó en el vestido veraniego de su madre, blanco con estampado de rosas, y en la rebeca rosa pálido que llevaba. Vio que se había maquillado. Aun así, en su aspecto se advertía cierta tensión, puesta de relieve por su alegría y que se manifestaba en la manera como dejaba la boca abierta cuando no hablaba y en su mirada mortecina. Siguió un momento de silencio entre las dos cuando su madre se dio cuenta de que le escrutaba la cara.

—Bien, ha sido una gran sorpresa veros —dijo Frances para llenar cuanto antes el silencio.

—Hemos recorrido todo el país. Y ahora nos vamos a Kilmore Quay. Y con la ayuda de Dios no nos encontraremos con ningún otro conocido. ¿Verdad que no, John? Teníamos previsto pasar el día solos. De todas formas, me alegro de verte, Frances.

John miró incómodo a su madre. Era evidente que quería que su abuela se callara. Al dar media vuelta para marcharse, apoyando todo su peso en el bastón, la anciana se dirigió a las mujeres sentadas a la mesa:

—Espero que tengan tanta suerte como yo y que en la vejez cuenten con la ayuda de un nieto tan guapo como el mío.

Frances vio que varias amigas suyas miraban a John, que había agachado la cabeza.

—Debe de ser el aire del mar lo que te ha animado tanto —dijo Frances.

—Eso es, Frances. —La anciana se volvió hacia la mesa—. El aire del mar. Y un buen conductor. Pero no digas nada más, que nos estás entreteniendo.

Se agarró al brazo de John mientras se despedía de las mujeres, se apoyó en él y en el bastón y salieron despacito del restaurante del hotel.

La anciana murió aquel invierno. Superó a duras penas la Navidad y aguantó hasta Año Nuevo intentando con valentía comer y beber cuanto podía, hasta

que se deterioró demasiado para probar bocado. Durante las dos o tres semanas en que se sabía que no viviría mucho, sus hijos, todos quincuagenarios, iban y venían, y una enfermera de la localidad, llegada de Inglaterra, pasaba la mayor parte del día en la casa.

Frances llevó a John a verla varias veces junto con alguno de sus otros hijos. Con el paso de los días pensó que el chico quizá quisiera quedarse a solas con su abuela, pero prefirió no plantearlo por temor a que creyera que lo presionaba. De todos modos, trató de asegurarse de que pasara algunos ratos con ella si así lo deseaba. Cada vez que iba a casa de su madre tenía la certeza de que esta buscaba a John con la mirada, de que esperaba verlo; por otra parte, también advertía que el chico aguardaba siempre a que entrara otra persona en la habitación de la enferma y que se retraía cuando su abuela lo miraba.

Durante aquellas semanas la anciana estaba asustada. Pese a los años de rezos y de lecturas teológicas, pese a su edad, luchó para añadir a su vida esos días de propina. La última semana, se mostró alerta e inquieta. No la dejaron sola ni un instante.

Falleció un viernes por la noche. Respiraba con grandes resuellos seguidos de un silencio sobrecogedor, hasta que los jadeos cesaron y el silencio se impuso. Quienes se hallaban en la habitación temían moverse, temían mirar a los otros. Ninguno quería romper el momento. Frances observó en silencio a su madre, que yacía inmóvil, desaparecido ya todo rastro de vida.

Una vez que la hubieron lavado y amortajado, hablaron de cuál de ellos estaba menos cansado, quién se encontraba en mejores condiciones de velar el cuerpo de la anciana, que hasta el domingo no depositarían en un ataúd para llevarlo a la iglesia.

El sábado por la mañana Frances y sus hermanos decidieron que los nietos, que ya empezaban a llegar para el funeral, acompañarían el cadáver a la luz de

las velas toda la noche y la mañana del domingo.

Cuando John se presentó, con traje y corbata, Frances subió con él a la habitación. Se quedó en la puerta mientras el chico se persignaba y se arrodillaba junto a la cama de la abuela, se levantaba y le acariciaba las gélidas manos y la frente. Frances lo esperó en el rellano.

—Estamos derrengados, John. Vamos a pedir a los nietos que la acompañen esta noche. He pensado que a ti te gustaría despedirte así de ella.

—¿Y los demás? —preguntó él.

—Algunos también la acompañarán, pero ninguno estaba tan unido a ella como tú.

Él guardó silencio unos instantes. Empezaron a bajar por la escalera.

—¿Acompañarla? —preguntó.

—Será solo una noche, John.

—¿No he hecho ya suficiente? —dijo él cuando llegaron al recibidor.

A Frances le pareció que iba a llorar.

—Estabais muy unidos.

—¿No he hecho ya suficiente? —repitió John—. ¿Quieres contestarme?

Dio media vuelta, salió y echó a andar hacia la carretera. Observándolo por la ventana Frances pensó que iba a romper a llorar y que deseaba alejarse de ella y de quienes acudían a dar el pésame. Pero cuando logró verle la cara con claridad advirtió en él una firmeza que antes no existía, un gesto de pura determinación. Decidió que no discutiría ni volvería a hablar con él hasta que concluyera el funeral.

Permaneció junto a la ventana observándolo mientras John estrechaba la mano a un vecino. La expresión del chico era seria y formal como la de un adulto. Frances no tenía ni idea de lo que pensaba y sentía su hijo. Arriba yacía muerta la anciana que tantísimo lo había querido desde el día en que nació. Frances ignoraba si el fallecimiento representaba para John quitarse un

peso de encima o era una pérdida que le costaba contemplar. Cuanto más lo miraba, más cuenta se daba de que en ese momento ni ella misma lo sabía. De pronto John echó una ojeada hacia la ventana y la pilló observándolo. Se encogió de hombros como para dar a entender que no revelaría nada, que siguiera mirándolo tanto rato como quisiera.

«Famous Blue Raincoat»

Lisa vio que alguien había apartado a un lado una de las cajas de discos viejos almacenadas en un rincón del garaje, de modo que quedaba un recuadro de cemento de color más claro. Preguntó a Ted si había tocado él los vinilos; Ted se encogió de hombros y respondió que ni siquiera recordaba que siguieran allí.

—Para lo que sirven... —añadió—. La aguja del tocadiscos está despuntada y dudo que podamos reemplazarla.

—Da igual —repuso ella.

Se planteó preguntarle a Luke por la caja cuando llegó de la escuela, pero no sacó el tema porque a veces el chico se insolentaba si tenía la impresión de que lo criticaban o lo acusaban de algo. Devolvió la caja a su sitio y pasó varios días atareada en el cuarto oscuro revelando negativos viejos para digitalizarlos en el escáner que acababan de instalarle en la habitación de invitados. Pronto aquel líquido y aquel procedimiento quedarían arrumbados, aquel espacio oscuro y reconcentrado dejaría de ser su reino y tendría que vivir en la claridad. Deseaba aplazar ese día tanto como le fuera posible.

Trabajaba para el Sindicato de Patronos, que la llamaba cuando quería fotos de los actos y ruedas de prensa que organizaban, aunque era más conocida por sus obras sobre el auge del folk y los inicios del rock en Dublín; sus fotografías de Geldof como una joven estrella rebelde y, más tarde, de Bono como un atractivo novato adolescente se publicaban de vez en cuando en revistas de todo el mundo.

Al cabo de unos días vio que alguien había sacado algunos discos de la caja y los había dejado a un lado. Ted le contó que Luke y un amigo suyo habían empezado a digitalizar vinilos, de modo que quizá hubieran cogido algunos álbumes antiguos para llevar a cabo su proyecto. Lisa rio para sus adentros al pensar en las corrientes paralelas que se daban en la casa: vinilos pasados a CD, negativos en discos. La idea habría indignado a Luke, puesto que nunca hacía nada a instancias de nadie ni seguía el ejemplo de los demás, y mucho menos el de su madre, quien, con sus más de cincuenta años, debía de parecerle una anciana. Más tarde volvió a pensar en los discos y se dirigió al garaje, donde examinó aquellas cajas viejas y echó un vistazo a los que Luke había apartado. Por un segundo se preguntó por qué había sacado tan pocos y había dejado en su sitio los clásicos. Se levantó al caer en la cuenta de lo que faltaba en las cajas y en la pila apartada, de lo que su hijo había estado buscando. Se apartó estremecida.

Cuando Luke se acostó, Lisa le contó a Ted que había encontrado los tres álbumes en la habitación del chico, los que este había sacado de la caja, con la fotografía de ella y de su hermana en el primero y la de los cuatro componentes del grupo en los otros dos. Como casi nunca hablaban de los años en que Lisa salía de gira y cantaba con la banda, de la época en que había grabado los tres discos, hasta ella había llegado casi a creer que en aquel entonces se limitaba a hacer fotos. Sabía que resultaba fácil convertirse en otra persona, incluso en Dublín, mudarse a una urbanización de las afueras y no ver a nadie de su época de cantante, salvo en la cola de un autobús, en el aeropuerto o en una reunión con algún profesor de su hijo, y resultaba fácil agitar la mano, sonreír y hacer ver que había transcurrido demasiado tiempo para que las relaciones íntimas y las amistades de los viejos tiempos

importaran o representaran algo.

Ted contemplaba el mundo con tolerancia y afabilidad. Aborrecía los problemas del mismo modo que otros aborrecerían un mal olor o un dolor agudo. Lisa sabía que sonreiría y asentiría si ella le confesara que no deseaba oír su propia voz ni la de su hermana, que no deseaba volver a oír a la banda, si estaba en su mano evitarlo. Por eso tenían que encontrar la manera de decirle a Luke que pasara a CD todas las canciones que quisiera de los LP de las cajas, menos las del grupo del que había formado parte su madre.

—Cuando se lo expliques a él a lo mejor decides explicármelo a mí también—dijo Ted.

—Tú lo entiendes perfectamente.

—No puedes ordenarle sin más que deje los discos donde estaban.

El sábado por la mañana, cuando Luke fue a pedirle dinero, se pasó un buen rato buscando el bolso y hurgando en el monedero. Se planteó darle una cantidad mayor que la habitual para que así la escuchara sin enfadarse, pero comprendió que sería un error. Le preguntó si había oído los álbumes.

—Son alucinantes. Me cabrán en dos CD. —Hablaba con una expresión vivaracha e inocente—. El padre de Ian Redmond tiene uno, así que lo había escuchado la tira de veces, pero nunca había oído los otros dos.

—No me lo habías comentado.

—Papá me dijo que te avergüenzas de esos discos, pero no tienes por qué, aunque el sonido del primero es una verdadera caca. Tú ya sabes que no lo hacías mal.

—Es todo un detalle que digas eso.

—Lo pienso de verdad. No eras Janis Joplin, pero sonaba original. O sea, para la época.

—Gracias, Luke.

—No entiendo por qué lo dejaste.

—Para tenerte a ti, Luke.

—No, qué va. He comprobado las fechas. Lo dejaste mucho antes de tenerme.

Ella lo miró de frente y le sostuvo la mirada, que se le había vuelto más masculina y confiada mientras hablaba. Le entregó un billete de veinte euros.

—Gracias —dijo Luke—. Tendré listos los CD el fin de semana que viene, cuando el padre de Ian nos deje usar el digitalizador.

—Me parece que no quiero oírlos, Luke.

—No lo hacíais tan mal. Te lo prometo. Tendrías que oír los otros discos que pone el padre de Ian, como los Irish Rovers y Wolfe Tones.

Luke le sonrió, cogió el abrigo, salió de casa y cerró la puerta soltando a gritos un último adiós.

La banda había disfrutado de una única temporada extraordinaria, de la que Lisa creía que no había ninguna grabación; sí debían de quedar fotografías que mostraran lo jóvenes y felices que eran, así como los recuerdos de quienes habían asistido a los conciertos. La banda —había comentado un crítico el año en que irrumpieron en la escena inglesa— era mejor que Pentangle, tan buena como Steeleye Span e iba camino de superar a Fairport Convention. Esas palabras llegaron a convertirse en un mantra para ellos, una frase que les hacía reír. La gradación les servía para puntuar las comidas, a los pipas y las poblaciones inglesas. Habían actuado como teloneros de todos esos grupos, y Lisa recordaba con cariño que un pipa de uno de ellos había sido novio suyo. Poco a poco habían pasado a ser cabeza de cartel, y ella creía que el álbum que podrían haber grabado al final de aquella primera gira habría sido el

mejor, el que les habría dado fama. En su opinión, si alguien les hubiera grabado en directo durante la primavera y el verano de 1973, nadie se habría avergonzado del disco.

Las dos hermanas habían empezado cantando en Dublín: Julie, de voz profunda y profundo sentimiento, y Lisa, de voz más aguda, aflautada; ella siempre confiaba en que su hermana la guiara pese a poseer un registro y una flexibilidad mayores, así como una inteligencia musical más viva. Parecía mentira que fueran tan distintas: Julie rehuía la compañía, detestaba los flirteos y las relaciones espontáneas; se convirtió en una experta en encerrarse en su habitación en cuanto la verdadera energía de la noche colmaba de anhelos a los demás.

Julie era práctica en materia de dinero. Más tarde, una vez formada la banda, se encargaría de programar las giras y calcular los costes; era ambiciosa; era rencorosa. Lisa, tan solo dos años menor, se lo tomaba todo a broma. Apenas tenía dolores menstruales y no sufría la tensión nerviosa que todos los meses lograba reducir a Julie a un estado de verdadera depresión e irritabilidad, y que incluso le provocaba cambios en el timbre de voz.

Fue Julie quien emprendió la búsqueda de dos cantantes masculinos. Arrastró a su hermana a clubes y pubs que ofrecían conciertos y observó a los músicos jóvenes como una experta en purasangres examinaría a un caballo de carreras. Aunque ignoraba qué buscaba, tenía claro que no quería glamour —decía—, ni chicos monos o con jersey blanco de cuello vuelto, ni chavales que olieran a colonia Brut, y tampoco que sonrieran sin parar, añadía.

—Ni siquiera me importa que huelan mal —afirmaba—. Sabremos arreglárnoslas con eso.

Phil, la primera incorporación a la banda, era una opción clara. Nacido en una familia de músicos, a los veintiún años conocía un número ilimitado de temas y versiones. No poseía una gran voz, pero era ágil y original a la

guitarra. Se dieron cuenta de que tenía la habilidad de cambiar las canciones, de modificar el tempo, de alterar los acordes; de que podía trabajar con sus voces como arreglista, y de que nadie que ellas conocieran sabía tanto como él sobre sistemas de grabación. Con todo, fueron sus zapatos lo que convenció a Julie. Saltaba a la vista que tenía únicamente ese par desde hacía años y, sin embargo, al parecer no se había molestado en limpiarlos.

Shane, la segunda incorporación, el que completó la banda, no prometía mucho. Era del norte. Según Julie, tenía un acento repugnante. Decía que odiaba el folk y que le apasionaban el jazz y el blues. Que solo acudía a los recitales de música folk porque le gustaba beber. Tenía la voz aguda, cantaba en irlandés y tocaba la mandolina y el buzuki, si bien aseguraba que detestaba ambos instrumentos. No se esforzó en seducir a las hermanas aunque quería el trabajo, y eso casi bastó para convencer a Julie, quien insistió en que el pelo graso del joven y su ropa desaliñada la habían ayudado a decidirse. En el primer ensayo Shane informó a los otros tres de que su objetivo en la banda era combatir la tendencia que tenían a cantar como Peter, Paul and Mary.

Empezaron a trabajar en una habitación de un edificio cercano a Molesworth Street. Los dos nuevos integrantes de la banda congeniaron, si bien solo hablaban de música. Probaban la introducción de los temas, elegían canciones, corregían compases y tempos como si Julie y Lisa no estuvieran presentes, y después preparaban poco a poco las composiciones para que al final todo se subordinara a la voz de las hermanas. Luego los cuatro tomaban una copa en el Kehoe o el Lincoln, pero nunca se quedaban mucho rato. Los chicos siempre tenían que ir a algún otro sitio. Durante aquellos meses iniciales en los que se preparaban para el primer concierto y la primera grabación no entablaron amistad.

Julie y Lisa desarrollaban las armonías de manera instintiva, mediante el método de ensayo y error. Aunque habían recibido clases de piano y habían

estudiado los rudimentos de la teoría musical, al cantar no ponían en práctica esos conocimientos. Y de pronto veían que sus dos nuevos compañeros le daban nombre a todo cuando se ocupaban de los arreglos de las canciones. Resultó que Shane conocía a fondo unas obras que aún se empeñaba en afirmar que despreciaba: los temas de Tim Hardin, Tom Paxton, Joni Mitchell y Leonard Cohen. De vez en cuando tomaba una de las canciones más lúgubres de Cohen, o una de las más frívolas de Joni Mitchell, y exageraba sus peores cualidades con el acompañamiento de una mandolina.

Más tarde resultó que también sabía de música clásica.

—Fue cosa de los británicos —aseguró con un acento del norte aún más marcado que de costumbre—. Nos lo enseñaron todo. Los del Estado Libre no sabéis na de na.

Lo sorprendieron rasgueando en la mandolina una canción de ritmo lento y melancólico al principio, rápido después. No la conocían. Se pararon a observarlo: encorvado en la silla, consciente de pronto de que tenía público, ofreció variaciones imprevistas antes de retomar la melodía, pausada y sugerente, que habían oído al principio.

—No es más que una cancioncilla —dijo, y soltó la mandolina.

—Ya lo sabemos, pero ¿qué es? —preguntó Julie.

—Una canción que aprendí.

—¿Tiene letra?

Shane la miró, serio.

—¿Quieres que te la cante?

—Para eso te pagamos —respondió ella.

Lisa y Phil se mantuvieron apartados cuando Shane comenzó a tocar de nuevo, esta vez con mayor indecisión, como si probara varias tonalidades y diera distintos aires a la melodía. Cuando arrancó a cantar, Lisa advirtió que se trataba de una composición de música clásica.

En la segunda estrofa Shane abandonó el estilo clásico, dejó de parecer un monaguillo y añadió ritmo a la melodía mientras cantaba con acento norteamericano y el tono pausado y grave de un cantante de blues. En ocasiones no le satisfacía la mandolina y dejaba de tocarla; otras veces forzaba demasiado la melodía y dejaba de cantar para tratar de recuperarla con el instrumento.

—¿Y si me pasas la mandolina —le preguntó Phil— y tú pruebas con la guitarra?

Shane asintió y se la entregó, cruzó la sala para coger la guitarra y empezó a afinarla. Cuando estuvo preparado, Phil ya tocaba la canción con total fidelidad, aunque había logrado —Lisa no entendía cómo— conferirle un aire de tonada irlandesa. Los dos trabajaron juntos hasta dar con una tonalidad y, mirándose a intervalos, se esforzaron por encontrar un tempo. Shane cantó de nuevo, esta vez con un estilo más sencillo, como si sintiera lo que decía.

—¿Quién es el autor de la canción? —preguntó Julie cuando acabaron.

—Händel —respondió Shane.

—¿Como el del *Mesías* de Händel? —preguntó Julie.

—Ajá.

—Como está muerto y no tiene parientes vivos —intervino Phil—, no le importará que hagamos una chapuza con su canción.

Esa fue la que interpretaron en *The Late Late Show*; se convirtió en su tema emblemático. Para el primer álbum le añadieron versiones nuevas de canciones irlandesas y versiones irlandesas de canciones modernas, entre ellas una interpretación a cuatro voces de «Lady Madonna». Para el segundo álbum firmaron un contrato con una discográfica británica modesta. Crearon un sonido nuevo, pero más parecido a lo que se hacía en Inglaterra que en

Irlanda, donde su obra era demasiado híbrida para que la consideraran buena y no estaba lo bastante en la onda para ser muy popular. Por eso tocaban en clubes ingleses. Acudían a donde los llamaban, viajaban por autopistas y se hospedaban en hoteles baratos. Al cabo de seis meses Julie accedió a que se repartieran los ingresos y a que en adelante las decisiones las tomaran entre los cuatro, al menos en teoría. En la práctica todo lo decidían ella y Phil.

La mayor parte del tiempo cantaban en el mismo micrófono. En el escenario se necesitaban muchísimo mutuamente y, aunque ensayaban, para infundir vida a las canciones había que dejar margen al azar. Tenían que concentrarse a más no poder, escuchar con atención y estar a punto para responder. Por lo general se subordinaban al estado de ánimo de Julie, pues su voz era la más fuerte, la que el público solía oír. A Lisa nunca le importó lo poco que se fijaban en ella. Cuando le tocaba cantar un tema en solitario, le ponía nerviosa situarse en primer plano y se alegraba en cuanto lo terminaba.

Phil era más equilibrado que Shane, al parecer no tenía mal genio ni sufría cambios de humor. Una novia suya se dejaba ver con frecuencia, una chica de una localidad próxima a su ciudad natal. Él jamás la nombraba, pero le dedicaba toda su atención incluso en las difíciles horas posteriores a los conciertos, en las que imperaba la agitación. En cuanto a Shane, a Lisa le parecía que se enamoraba y se desenamoraba de muchachas que ya tenían novio o marido o no estaban disponibles. Un par de ellas disfrutaron yendo a los camerinos y las fiestas, pero por lo visto la perspectiva de quedarse a solas con él les resultó menos apetecible. Los bajones de Shane en el amor eran como las menstruaciones de Julie: el micrófono los captaba, se transmitían de inmediato a los otros cantantes, que tenían que esforzarse por compensarlos, o bien se manifestaban como brillantes frases rítmicas o cambios de registro que los otros debían seguir.

Tras sacar al mercado el segundo álbum, más elaborado que el anterior,

gozaron de un modesto éxito. Estaban casi de moda, sobre todo por sus canciones en irlandés, que, según recordaba Lisa, encandilaban al público de Inglaterra. Los consideraban una banda moderna más que un grupo de folk. Hasta John Peel les dio el visto bueno y puso varias veces un tema del disco en su programa radiofónico de los sábados. Alan Price eligió otra canción para su programa televisivo. Alcanzaron la categoría de grupo de culto, aunque siempre existía la posibilidad de que llegaran a ser populares. Necesitaban la canción adecuada, suerte y, según señaló alguien, un representante, pero Lisa siempre supo que Julie no sería capaz de trabajar con uno.

La canción que estuvo a punto de convertirlos en estrellas fue la que Shane más aborrecía: «Famous Blue Raincoat», de Leonard Cohen. Por lo que Lisa recordaba, en aquella época nadie se había fijado mucho en ella ni la había versionado. Pese a odiar la tristeza manufacturada, como él la llamaba, Shane trabajó con Phil para separar la melodía, y descubrieron que si dejaban algunas partes desnudas y sin adornos y vestían otras de voces, ecos, instrumentos y armonías, la canción llegaría a ser muy poderosa. Por una vez contaban con un buen estudio de grabación y un ingeniero de sonido al que le gustaba lo que hacía la banda.

A Lisa le sorprendió que el primer día Julie les pidiera permiso para cantarla sola, sin ornatos ni acompañamiento, y les preguntara si tenían inconveniente en grabar la primera toma. Phil y Shane se mostraron impacientes; habían resuelto dónde poner emoción y cuándo contenerse, estaba atareados trazando un esquema de la canción y no querían que Julie la interpretara hasta que estuvieran preparados. Aun así, ella quiso cantarla de inmediato.

Hasta aquella mañana, Lisa nunca había retrocedido unos pasos para observar a su hermana. Sin embargo, Julie reclamó toda la atención en cuanto

empezó a cantar. No se esmeró en la melodía, sino que se concentró en la letra, con su voz más cavernosa, la de una mujer que se ha pasado la noche fumando y bebiendo. A Lisa le encantó su interpretación, deseó que su hermana le permitiera incorporarse en una estrofa para que la acompañara con una voz cristalina. No obstante, advirtió que a Shane le irritaba aquel despliegue espontáneo de emoción. Terminada la canción, Phil cruzó el estudio hasta situarse frente a Julie e hizo una reverencia. En opinión de Lisa, Julie jamás había cantado tan bien, y el tema se grabó aquella mañana, e incluso oyeron la grabación un par de veces durante los días siguientes, pero nunca se publicó. Lisa se preguntó si en esos momentos, transcurridos más de treinta años, estaría en algún polvoriento archivo de descartes y cintas inéditas de cantantes olvidados hacía tiempo, aunque imaginaba que la habrían tirado al imponerse nuevas tecnologías y desvanecerse la modesta fama de la banda.

Phil y Shane decidieron que solo Julie y Lisa interpretaran la canción. Trabajaron con numerosas tomas en las que Julie cantaba el principio, usaron ecos y grabaron una pista tras otra, de modo que unas veces cantaba sola, sin acompañamiento alguno, y otras en múltiples capas acompañada por su hermana, un violonchelo, un saxofón y una mandolina. Pidieron a Lisa que interpretara el tema entero con Julie, pero en el mismo tono que esta y en un micrófono distinto. Le resultó casi imposible cantar al unísono con su hermana, tuvo que dejar que Julie la guiara, que tirara de ella como de un barquito. Cuando acabó, le contaron que de hecho solo la habían grabado a ella y que en una estrofa las alternarían a las dos. Al escuchar la cinta le asombró que su voz se pareciera tanto a la de su hermana, que en algunas partes sonara casi igual de grave y poderosa.

La grabación duraba siete minutos, el doble de lo normal para el tema de un sencillo. Dado que la discográfica comenzaba a confiar en la banda, y como Sandy Denny, la cantante de Fairport Convention, tenía cada vez más

seguidores y este grupo había triunfado con «Si Tu Dois Partir», una versión de «If You Gotta Go, Go Now», de Bob Dylan, acordaron que se publicara poniendo en la otra cara una canción irlandesa interpretada por los cuatro. Nadie contaba con que sonara mucho en la radio; en cambio esperaban que una gira con Martin Carthy como telonero ayudara a aumentar las ventas.

Lisa recordaba que se encontraban en el norte de Inglaterra cuando les informaron de lo que John Peel había dicho del nuevo disco. Los había presentado como un grupo acústico puntero, con la valentía de publicar una canción de siete minutos en la que creaban un sonido nuevo. Oyéndole casi parecía que estuvieran en la onda y fueran una banda contracultural. Y la semana siguiente «Famous Blue Raincoat» sonó en Radio Luxembourg poco después de la medianoche. Al cabo de siete días la canción se acercaba a las cincuenta más populares. En Radio 1 empezaron a ponerla; la mayor parte de las veces la cortaban a los tres minutos.

Una noche, cuando el tema figuraba entre los treinta más populares, dos hombres de una pequeña discográfica independiente y un periodista norteamericano asistieron a un concierto en Glasgow, con la sala hasta los topes, y después se presentaron en el camerino. El resto de la gira Shane se dedicaría a realizar imitaciones de esos individuos ofreciéndoles un contrato instantáneo y ser cabeza de cartel con los Rolling Stones como teloneros.

—¿Queréis el Carnegie Hall? Pues os conseguimos el Carnegie Hall. ¿Queréis un disco con Jackie Kennedy? Pues os la traemos. ¿Queréis ser más famosos que Jesucristo? ¿Queréis conocer a Peter, Paul and Mary?

No había quien lo parara.

Sin embargo, en lugar de proponerles un contrato o de hablar de negocios, fueron al camerino en busca de sexo, según le pareció a Lisa. Al menos uno de ellos, que le insinuó adónde podían ir después de que tomaran unas copas. Ella le dijo que Phil era su novio. Cuando el hombre le preguntó si Julie

estaba con Shane, Lisa se le rio en la cara y respondió que creía que no.

No volvieron a ver a los ejecutivos. En cambio el periodista —nervioso, parlanchín y buen conocedor del negocio— apareció en Londres en cuanto regresaron; quería asistir a una sesión de grabación con el propósito de escribir un artículo largo sobre ellos para venderlo a una revista de su país. Se llamaba Matt Hall. Carecía de sentido del humor; era un experto en desplegar resentimiento cuando creía que los demás se burlaban de él o no le prestaban atención. Como Shane se mofaba de él la mitad del tiempo y los otros le volvían la espalda siempre que podían, se le ofrecían numerosas oportunidades de mostrar cómo se sentía, con la cara pálida, el ceño fruncido, su corpachón casi amenazador. Se quedaba solo, absorto en sus pensamientos, con los ojos clavados en un punto del suelo.

Las semanas en que «Famous Blue Raincoat» no logró entrar en las veinte más populares y la banda dejó de oírse en la radio, Matt no desapareció como habían previsto. Aguardó, creía Lisa, recibiendo el menosprecio de Shane, y pasó la mayor parte del tiempo con la banda sumido en una especie de silencio torvo. Poco a poco dejó de mencionar el artículo que se suponía que iba a escribir para la revista. A Lisa le parecía que todos se sentían incómodos en presencia de Matt; sin embargo, la vulnerabilidad del joven era tan evidente que ninguno tenía el valor de decirle que se largara.

Lisa recordaba un concierto en el que habían actuado por esa época, en el teatro Gaiety de Dublín. Había que recaudar fondos para alguna causa y tocaban seis o siete bandas. Había llevado consigo la cámara y, tras fotografiar a los Planxty, observaba desde bastidores a Triona y Maighread Ni Dhomhnaill. Al retroceder en busca de una silla reparó en una figura situada detrás de ella, al otro lado de la entrada de la sala de espera, donde colgaban unas cortinas gruesas. La figura avanzó un instante hacia la luz y Lisa vio que era Julie, a quien ella suponía en el bar. Julie sonrió a alguien como su

hermana nunca le había visto hacerlo. Era una sonrisa tímida, infantil y espontánea, y luego Julie se retiró hacia las sombras para abrazar a quienquiera que la acompañara. Lisa se dio cuenta de que, como ella misma estaba envuelta en la oscuridad, nadie podía verla. Mientras observaba a Julie le pareció que su sonrisa traslucía gratitud; era casi una de esas sonrisas bobaliconas que su hermana odiaba en otras mujeres.

Lisa comprendió con claridad que quien acompañaba a Julie se había ganado el afecto de esta, lo cual le produjo no solo sorpresa y estupefacción, sino también una aguda punzada de celos. De repente estalló un aplauso y Julie avanzó con Matt Hall hacia la tenue luz de bastidores, donde quedaron a la vista.

En cuanto regresaron a Londres para trabajar en el nuevo disco, sin que Matt Hall se ausentara en ningún momento, Lisa pensó que Phil llevaba algún tiempo enterado de lo de Matt y Julie. Phil daba por descontada la presencia de Matt, escuchaba sus intervenciones y asentía con la cabeza cuando el otro ofrecía sugerencias. En cambio nadie debía de habérselo contado a Shane, cuya actitud hacia el norteamericano era de incomprensión y grosería indisimuladas cada vez que este entraba en el estudio con una lista de canciones que a su parecer debían grabar —material de ritmo rápido, como decía él—, y que básicamente eran, en opinión de Lisa, temas pop de tres minutos que se adaptarían bien a la voz de Julie. Cuando Julie propuso que contrataran algunos músicos de estudio, entre ellos un batería, a Lisa no le cupo ninguna duda de que la idea había partido de Matt.

Una mañana Matt y Julie llegaron al estudio con dos canciones nuevas. Según Matt, las había escrito un nuevo compositor norteamericano muy prometedor al que le había encantado el último álbum de la banda y que estaba

dispuesto a cederles los derechos exclusivos sobre ambos temas. Les pasó las partituras con las letras y la música. Julie cantó uno y Lisa se dio cuenta enseguida de que se lo sabía de memoria. La canción le pareció ramplona y manida. Shane se levantó en cuanto Julie acabó de cantar.

—La letra es un bodrio. Me parece que tu amigo, el compositor americano, es un poco imbécil, Matt. ¿Tú qué opinas?

—Opino que sonará diferente cuando la oigamos con los debidos arreglos —respondió Matt, todavía pálido.

—Muy bien, pues arregladla vosotros solitos —le espetó Shane.

—Eso pensamos hacer —replicó Matt.

—No la desechemos tan rápido —terció Julie—. Necesitamos alguna que otra canción moderna en el disco.

Lisa advirtió que Phil observaba callado a Julie. Más tarde Phil le confesó que en aquel momento había intuido que la banda se disolvería. No intervino, y su silencio contribuyó tanto como la determinación de Julie y Matt a que el tema apareciera en el álbum, con batería y arreglos alegres, cantado por Julie, que intentó parecer una roquera norteamericana, y por Lisa, quien la acompañó con un acento igual de postizo. Pensó que tal vez Luke lo pasara al CD y que estaría en lo cierto si suponía que a su madre la avergonzaría. Si el chico echaba una ojeada a la funda del álbum vería que el tema lo había compuesto Matt Hall, quien, cuando se revisaron los derechos de las canciones, les informó de que en realidad él era el joven compositor de talento que admiraba a la banda y que quería que fueran los primeros en grabar sus canciones.

Durante la gira de promoción del disco, en la que Shane se mostró cada vez más crispado por el aumento paulatino de la influencia de Matt sobre la banda, Lisa almorzó un día a solas con Julie. Debían de estar esperando a los demás, porque recordaba que habían dispuesto de más tiempo que de costumbre. Hacía meses que no pasaban tanto rato juntas. En cierto momento Julie le

preguntó por qué nunca había dicho nada acerca de Matt.

—Supongo que no te gusta —añadió.

—A ti sí te gusta, y eso es lo principal, ¿no?

—Eh, que te he preguntado yo a ti.

—No lo sé —dijo Lisa.

—Va en serio. Dime qué opinas.

—Tengo la impresión de que te ha encerrado en una especie de jaula. —

Lisa se arrepintió de sus palabras al ver que su hermana se sonrojaba.

—Le quiero.

—Espero que no te haga sufrir —dijo Lisa.

—Si así fuera —repuso Julie mirándola a la cara—, serías la última en enterarte.

Avanzada ya la gira, las relaciones entre los cinco no mejoraron precisamente con las críticas, tanto de los conciertos como del álbum, que señalaban un viraje hacia la música comercial, lo que proporcionó a Shane más munición con que disparar a Matt y Julie. La última noche de la gira, cuando se apagaron las luces del escenario, recogió sus instrumentos y salió del local sin despedirse de nadie. Lisa recordó que en sus archivos guardaba una fotografía de Shane tomada aquella noche, en la que se lo veía más furioso que nunca. No volvió a tocar con la banda. Al poco tiempo Phil anunció que quería descansar una temporada e irse a Nueva York. En el viaje a Dublín, Lisa leyó en los diarios irlandeses que Julie tenía previsto iniciar una carrera en solitario en Estados Unidos.

Durante el año siguiente en Dublín supo de su hermana a través de su padre, al que Julie telefoneaba todos los domingos para hablarle de recitales, viajes en avión y hoteles. En unas cuantas ocasiones pidieron a Lisa que cantara y se negó. Sin la voz de Julie, carecía de sentido. Prefería hacer fotografías. La única señal que tuvo de lo que sucedería fue una llamada de Phil desde Nueva

York. Eran las nueve de la mañana en Dublín. Estaba borracho. Le contó que se había encontrado con alguien que había visto a Julie en una especie de bar de música folk de San Francisco. Julie no estaba bien, le dijo Phil: caminaba con muletas, llevaba gafas de sol, tenía la cara amoratada y, al darse cuenta de que había alguien que la conocía, se había apresurado a salir del local.

Julie no actuaba aquella noche —prosiguió Phil—, pero Matt sí, con guitarra y todo; había interpretado algunas canciones propias y otras que tocaba la banda. Lisa pidió a Phil que le buscara un número donde pudiera localizar a Julie, o incluso a Matt, y él se comprometió a hacerlo y a volver a llamarla. Su padre tampoco tenía ningún número de Julie pero, como siguió recibiendo sus llamadas todos los domingos, no se preocupó. Un domingo que fue a casa de su padre, Lisa se las ingenió para responder el teléfono antes que él y notó a su hermana cordial y distante, sin ninguna señal de que le ocurriera nada. Pensó que quizá Phil había estado demasiado bebido para juzgar lo que tal vez fuera un mero chismorreó. Él no había visto a Julie. Tras hablar con Julie su padre señaló lo contenta que estaba y lo bien que al parecer le sentaba vivir en Estados Unidos.

El sábado Luke le contó que había grabado los tres álbumes en dos CD. Que Ian y él los habían escuchado y que su madre tenía razón: algunos temas, sobre todo los interpretados en irlandés, eran una birria. En cambio otros eran muy buenos y habría que reeditarlos. Anunció que iba a grabar los grandes éxitos de la banda en un solo CD. Lisa observó la confianza del chico, el desparpajo con que hablaba de sus gustos musicales y su absoluta incapacidad para prestarle atención a ella mientras parloteaba. Se preguntó cuántos años duraría la inocencia de Luke, cuánto tardaría en aprender a leer las señales de que las cosas no siempre eran simples. No podía decirle que no quería oír el CD.

Supuso que tendría que escucharlo.

Luke sabía que Julie había fallecido. Era extraño que no se preguntara si, debido a la muerte de Julie, su voz, grabada en esas canciones, no traería consigo demasiada tristeza, demasiado pesar para que Lisa la oyera como si tal cosa al cabo de tantos años.

Dos años y medio después de la disolución de la banda, dos policías se presentaron en su piso a primera hora de la mañana para comunicarle que habían encontrado a Julie muerta en una habitación de un hotel de California. Fue en taxi a casa de su padre y lo despertó para darle la noticia.

—Esto es mi final —dijo él—. Es el final.

Cuando Lisa le preguntó si quería acompañarla para identificar el cadáver, se quedó desconcertado y se planteó si no lo haría Matt.

—Murió sola. Me lo ha dicho la policía —le contó ella.

El padre dijo que no quería acompañarla y que le daba igual dónde enterraran a Julie y dónde se oficiara el funeral. Era lo último que le interesaba saber.

—Para mí todo se ha acabado —añadió.

Lisa voló a Londres, luego a Los Ángeles y por último, en un avión pequeño, a Fresno, en California, donde el cuerpo de Julie se encontraba en un depósito de cadáveres. Era la primera vez que viajaba a Estados Unidos y creía que las horas de vuelo y el hecho de que el día se hubiera vuelto noche tal vez habían contribuido, tanto como el desconocimiento del lugar, a mitigar lo que vio y sintió, a suavizar los colores y a amortiguar las voces de tal modo que le costaba distinguirlos. El único hotel que conocía era aquel donde habían hallado a Julie. No se le ocurrió ir a otro. Era un motel nuevo en las afueras de la ciudad, y solo cuando se hubo registrado y estaba tumbada en la

cama comprendió que tal vez no fuera el mejor alojamiento posible. Se planteó buscar al director para pedirle que le enseñara la habitación donde habían encontrado a Julie, pero lo pospuso. Observaba al personal preguntándose quiénes habrían visto muerta a su hermana y quiénes debían de saber si Matt había estado con ella la noche o el día en que falleció.

Durante los años siguientes Lisa se preguntaría por qué no había acudido a la policía ni había solicitado hablar con ella, o por qué no había buscado al cónsul de Irlanda, y todavía creía que uno de los hombres que habían actuado como testigos cuando ella firmó el documento en el depósito de cadáveres debía de ser policía. Había llamado al número que le habían facilitado en Dublín y había accedido a ir al depósito al día siguiente. Había dado el nombre de Matt y les había pedido que, si se ponía en contacto con ellos, le informaran de dónde se encontraba ella. Parecía que estuviera efectuando una transacción comercial, lo cual aumentaba la sensación de extrañeza de aquellos momentos en que nadie la conocía, en que nadie le hablaba, en que era incapaz de dar con un restaurante o una cafetería donde se sintiera a gusto. Se hallaba en una tierra de fantasmas.

Recordaba la noche y la mañana en Fresno antes de ir a ver el cadáver de su hermana como un lapso interminable, un limbo temporal sin nada que hacer, sin obligaciones que cumplir, sin posibilidad de dormir. Quiso ir en taxi al centro de la ciudad para pasear por las calles, pero tras muchos malentendidos descubrió que no había centro de la ciudad ni calles, solo largas hileras de casas arboladas que conducían a más de lo mismo, como una amurallada ciudad de los muertos, donde las viviendas semejaban pequeñas tumbas. Intentó telefonar a sus amigos de Irlanda, pero todas las llamadas se tramitaban en recepción y los empleados no estaban acostumbrados a gestionar las conferencias internacionales, de modo que la mayor parte de las veces no establecían la comunicación. Empezaron a contemplar con algo a medio

camino entre la hostilidad y el recelo su presencia en el vestíbulo a la espera de un taxi, sus idas y venidas.

Había visto Estados Unidos en las películas, pero nada de aquel lugar —a un breve trayecto en avión de Hollywood— se correspondía con las imágenes vistas en la pantalla. La uniformidad, la falta de vida, las largas esperas hasta la llegada de los taxis, la fatiga de todos los objetos no eran de ningún drama hollywoodense. Tan solo una vez vio algo digno de las películas. Se le había antojado tomar comida china y había pedido en recepción que le dieran el nombre del restaurante chino más cercano. Por lo visto el recepcionista no lograba entender lo que quería. Al final Lisa habló directamente con la compañía de taxis, que le envió uno al cabo de cuarenta y cinco minutos para que la llevara al centro comercial más próximo.

De camino al restaurante al atardecer vio un cementerio muy hermoso, con lápidas bajas y uniformes y la hierba recién cortada. Observó los oblicuos rayos del sol, y era como si el cementerio estuviera en un soberbio tecnicolor y el resto del mundo en blanco y negro. En el trayecto de vuelta al motel, tras haber estado jugueteando con la comida sin probar casi bocado, pidió al taxista que se detuviera y caminó entre las tumbas mirando los apellidos extranjeros y los lugares de nacimiento extranjeros, y en medio de la comunidad de los muertos, que descansaban en ese espacio en penumbra, sintió cierta calidez, algo parecido incluso a la esperanza, y durante unos segundos se disolvió el terror de lo que le aguardaba cuando fuera al depósito de cadáveres.

Cada vez que volvía al motel preguntaba si le había llamado alguien y nunca tenía ningún recado. Había dado el número a su padre por si telefoneaba Matt, pero solo encontraba la irritación del recepcionista. Suponía que los del depósito de cadáveres debían de conocer las circunstancias del fallecimiento de Julie, si se había registrado con alguien en el motel. Le distraía pensar en

las preguntas que podía formular.

Empujaron la camilla con el cadáver de Julie hasta una habitación pequeña, fría y estrecha. Ninguna sábana le cubría la cara, de modo que Lisa lo vio de inmediato. Julie sonreía. No era una sonrisa distante o mortecina; ningún maquillador habría podido pintársela. Era una sonrisa que pertenecía en exclusiva a Julie, la expresión que solía adoptar antes de hablar, la sonrisa impaciente; era como sonreía cuando iba a interrumpir a alguien. Resultaba increíble que el rostro de Julie, helado e inerte, hubiera creado semejante sonrisa. Uno de los camilleros que habían llevado el cadáver esperó mientras Lisa acariciaba la mano y la frente de su hermana y le hablaba: le susurraba las palabras que lograba articular, le decía cuánto la habían querido, le contaba lo que había dicho su padre. Pensó en cantarle la estrofa de alguna canción, pero la idea bastó para provocarle el llanto.

Ojalá hubiera sabido qué preguntas plantear, por quién preguntar, en la siguiente media hora. Mostró el pasaporte y firmó un impreso. Recordaba que había tres hombres en la habitación, pero solo habló uno; Lisa ignoraba quiénes eran los otros dos. Vio en el impreso que Julie había muerto de una insuficiencia cardíaca. Le preocupaba tanto que no le permitieran ver el cuerpo otra vez que no pidió nada más. Acordaron que regresara al día siguiente.

Volvió al cementerio, esa vez iluminado por el sol, e indicó al atónito taxista que la esperara. Creía que encontraría un sacerdote adscrito al camposanto o algún despacho donde pudiera oficiarse el funeral de su hermana, pero no había ninguna capilla y las únicas personas con que se topó le informaron de que era un cementerio armenio. Buscó la sepultura más reciente, miró la parcela contigua, desocupada, e imaginó que su hermana

yacería en esa tierra calentada por el sol, entre esos desconocidos, en un lugar que no era ni Irlanda ni Estados Unidos. Sin embargo en aquel entonces, sobre todo después de dormir un poco, le faltó la voluntad o la energía para organizarlo.

El rostro de Julie había cambiado la segunda vez que Lisa la vio. La sonrisa se había venido abajo. Ya no había vida en Julie.

—Se ha ido —dijo a un camillero, que asintió amablemente—. Se ha ido —repitió.

Se preguntó si el hecho de que hubieran sacado el cadáver del congelador el día anterior había causado esa falta de vida en el rostro de su hermana o si de manera misteriosa Julia había esperado, paciente, hasta su llegada. En vida poseía una fuerza enorme; quizá en la muerte también. Pero lo que quiera que fuese había desaparecido y ya no quedaba nada. Llamó a su padre una vez más para cerciorarse de que no quería que trasladaran el cuerpo de Julie a Dublín. Él le confirmó que no lo deseaba. A través del depósito de cadáveres encontró una funeraria y dispuso que enterraran a su hermana, después de la misa, en un extremo del cementerio católico que había al otro lado de la ciudad, entre los inmigrantes irlandeses.

Durante los años siguientes, cuando trabajaba de fotógrafa, preguntó a todos los músicos que habían viajado a Estados Unidos si habían visto a Matt Hall o sabido algo de él. Phil la localizó al volver a Dublín y cuando se vieron señaló que era muy raro que Matt se hubiera esfumado. Norteamérica era grande, pero el mundillo de la música era pequeño. Debía de dedicarse a otra cosa, añadió. Curiosamente, fue Shane, el integrante de la banda más

insatisfecho con la música, quien quiso reeditar los discos cuando se popularizaron los CD, pero en aquellos momentos Lisa deseaba olvidar lo ocurrido y se negó, lo que dejó de una pieza su excompañero.

Sin embargo a Luke no podía negárselo, dado lo orgulloso que estaba de su propia obra. Lisa no protestó ni anunció que no lo escucharía. Puso a mano una cámara grande por si tenía que taparse la cara o distraerse.

Luke era todo eficiencia y orgullo cuando colocó el CD en el reproductor.

—He puesto al principio la mejor canción y la he grabado otra vez al final porque sobraba espacio.

Lisa adivinó cuál era y, mientras la voz de Julie cantaba la primera estrofa de «Famous Blue Raincoat» sin ornatos ni acompañamiento instrumental, recordó el rostro de su hermana aquel día en que la vio muerta, las facciones llenas de vida, preparada para discutir, disfrutando de su encanto y su autoridad. En cuando se sumó el efecto eco y entró el violonchelo y sonó su propia voz, se alegró de no haber oído la canción desde hacía años. De todas las del CD, era la única que aún parecía tener vida; el resto eran reliquias. La que iniciaba y cerraba el CD le ofreció un indicio, si acaso lo necesitaba, de su propio ser empequeñecido, como uno de los negativos que guardaba arriba, únicamente contorno y sombra, y le proporcionó una imagen clara del semblante de su hermana durante los días en que se realizó la grabación. Cuando el CD terminó, Lisa deseó no tener que volver a oírlo nunca más.

Verano del 38

Montse abrió la puerta del ascensor a su hija y metió la mano en el bolsillo del abrigo para asegurarse de que llevaba las llaves. Acompañaría a Anna hasta el coche, que tenía aparcado cerca, y recorrería la corta distancia que la separaba del centro del pueblo para ir a comprar algo de comer. Le resultaba más fácil de ese modo, más fácil que despedirse de ella en el piso, que oír que se cerraba la puerta del ascensor, consciente de que solo tenía por delante la noche, sin más ruidos que el del tráfico y el canto de los pájaros en la calle, que se apagaría al caer la oscuridad.

—Ah, quería decirte que aquel hombre, ya sabes, el de la compañía eléctrica... —Anna la miró como si Montse tuviera que conocerlo—. El hombre del que te hablé... Se enteró de que era tu hija, está escribiendo un libro sobre la guerra en sus ratos libres y me preguntó dónde vivías.

—No lo conozco de nada —dijo Montse mientras cerraba la puerta del edificio—. A casa no ha venido nunca nadie de FECSA. Me confundirá con otra.

Le gustaba mostrarse firme y dueña de sí misma. De ese modo evitaba que sus hijas se preocuparan porque viviera sola.

—En fin, sea como sea, dijo que te conoce y le di tu dirección. Así que si viene a verte ya sabes por qué es.

—¿La guerra?

—Está recogiendo información.

—¿Cree que estuve en la guerra?

—No sé qué hace exactamente. Está escribiendo un libro.

—Seguro que puede escribirlo sin mi ayuda.

—Es un hombre agradable. O sea, que vendría si algún día tuvieras un problema con la luz.

—No vayas dando mi dirección por ahí.

Habían llegado al coche. Montse advirtió que Anna no la escuchaba. Su hija menor, la que vivía más cerca, se lo tomaba todo a la ligera. Pensó que probablemente se sentía aliviada de haber terminado la visita semanal a su madre y de estar a punto de volver a casa.

Montse salía tres veces al día, incluso en invierno. Siempre había algo que comprar, aunque solo fuera una barra de pan o el periódico. De esa forma hacía ejercicio y veía gente.

Una semana después de que Anna mencionara al hombre de la compañía eléctrica, Montse lo vio esperando a la puerta del edificio cuando volvía a casa con una bolsa de fruta. Se dio cuenta de que lo conocía; lo había visto muchas veces en la calle. También debía de estar al corriente de que trabajaba para FECSA, si bien ignoraba cómo se había enterado. Le parecía que no sabía cómo se llamaba ni nada más de él.

El hombre se presentó y Montse se percató enseguida de que quería subir al piso con ella. Dudó. Desde la muerte de Paco protegía su espacio y no le gustaban las sorpresas. Hasta había pedido a sus hijas que la llamaran a horas acordadas. Sin embargo, la actitud del hombre era tan entusiasta como desenvuelta, y sabía que sería de mala educación pedirle que le dijera en el portal lo que tuviera que decirle. Además, pensó que si algún día tenía un problema con la luz sería útil conocer a alguien que pudiera solucionarlo.

—Quizá Anna le haya contado lo que estoy haciendo —dijo el hombre tras sentarse en el sillón frente al suyo con un vaso de agua en la mano.

Ella asintió sin decir nada.

—Intento describir los hechos que tuvieron lugar durante la guerra en este valle y las montañas.

—Yo no participé en la guerra. Ni siquiera participó mi padre. Y yo no tenía hermanos varones.

—No, no era para preguntarle nada. Solo quería decirle que un general retirado de Madrid, bueno, en realidad es de Badajoz, un general que estuvo aquí durante la guerra, vendrá para enseñarme dónde se encontraban los búnkeres y la posición exacta de la artillería. No ha vuelto desde entonces.

—¿Un general franquista?

—Sí, aunque durante la guerra no era general. Di con su nombre y sus señas y le escribí. No esperaba respuesta, pero accedió a venir. Hablé con él por teléfono y la única persona de la que se acordaba, aparte de otros soldados, era de usted. Recordaba su nombre y me dijo que le gustaría verla. Pregunté por ahí porque no reconocí su apellido de soltera. Indagué sin explicar a nadie el porqué.

—¿Y cómo se llama?

—Ramírez. Rodolfo Ramírez. Cuando se retiró tenía un cargo importante en el ejército. No le pregunté su edad, pero parecía en forma. Todavía conduce.

Montse asintió sin inmutarse y miró hacia la ventana como si algo la hubiera distraído.

—Había unos cuantos —dijo—. No estoy segura de recordarlo a él. Como podrá imaginar usted, no tratábamos mucho con ellos.

—El caso es que vendrá el sábado de la próxima semana. No habrá mucho jaleo, se lo he asegurado. No le he dicho a nadie que vendrá, salvo a usted. Me enseñará lo que tiene que enseñarme y luego lo llevaré a Lleida para que tome el tren de regreso a Madrid. Me dijo que quería comer en el Mirella y, cuando le comenté que usted seguía viviendo aquí, me preguntó si le importaría quedar con nosotros.

—Sí, sigo aquí, pero no salgo mucho.

—Entiendo. De todos modos, nadie sabrá quién es él. Si le parece bien, yo vendría a recogerla y después la traería a casa.

—La guerra fue hace mucho tiempo. —Iba a añadir algo más y titubeó—. Han pasado cincuenta años. Más.

—Lo sé. Fue duro para quienes la vivieron. Cuanto más investigo, más claro veo hasta qué punto dividió a la gente. Intento aclarar los hechos ahora que aún estamos a tiempo. Hoy en día es historia..., al menos para las generaciones más jóvenes.

Ella sonrió.

—El caso es que me dio su nombre y pareció alegrarse de saber que se encontraba usted bien.

—No sé si lo reconocería. De hecho estoy segura de que no.

—¿Le parece bien que me pase la semana que viene a ver qué piensa?

—Como quiera, pero no salgo mucho. Nunca he entrado en el Mirella.

—Bien, será el sábado a las dos y, como le he dicho, solo estaremos los tres y no se enterará nadie. No llevará uniforme ni nada de eso.

—Si era un general franquista, seguro que hace tiempo que no se lo pone —afirmó Montse, y al instante se arrepintió de haberse mostrado tan segura e informada, puesto que deseaba dar la impresión de ser una anciana que vivía en su propio mundo.

—Es muy amable al venir —dijo el hombre—. Me llevé una sorpresa.

Montse volvió a mirar por la ventana sin pronunciar palabra. Esperaba dejar claro al visitante que ya debía irse.

Calculó que Rodolfo tendría ya más de ochenta años. Aun así, conservaría algo de lo que tenía entonces, aunque escondido bajo la carne flácida y los

movimientos rígidos y vacilantes. Imaginó un anciano que bajaba despacio de un coche anticuado, el pelo cano, el cuerpo frágil. Quizá aún retuviera parte del encanto espontáneo que le había acompañado aquel verano de forma tan natural como la luz acompaña a la mañana.

Fue el verano del 38, cuando trasladaron a los prisioneros a Lleida y a Tremp. Los que habían logrado escapar habían huido a las montañas, habían cruzado la frontera de Francia o se habían dirigido hacia el sur, a Barcelona. Durante una semana o más el pueblo estuvo tranquilo; nadie sabía a ciencia cierta quiénes regresarían ni qué ocurriría. Los soldados franquistas protegían la presa; eso era todo. Luego se concentraron más soldados, que tomaron el ayuntamiento y plantaron tiendas de campaña en los terrenos de la escuela. Se ordenó que los comercios y bares retomaran sus horarios habituales.

Recordaba que al principio la gente tenía miedo y no salía a la calle. Corría el rumor de que se los llevarían a todos, de que vaciarían las casas, incluso las de aquellos que nada tenían que ver con la guerra. Algunas personas se habían internado en las montañas o se habían dirigido a la frontera al amparo de la oscuridad. Todo el mundo esperaba que ocurriera algo. Sin embargo, lo único que pasó fue que se restableció la vida normal, o algo parecido a la normalidad. Cuando las tiendas reabrieron y volvió a oficiarse misa los domingos, las conversaciones se centraron en la presa, en lo bien vigilada que estaba, y en el claro que los soldados habían creado en la orilla del pantano, el bar improvisado que habían construido y la fogata que encendían por las noches para ahuyentar a los mosquitos. Se hablaba de que tenían víveres y de que tocaban la guitarra, cantaban y bailaban.

Al principio ella no iba, pero sí acudían muchachas que conocía e incluso algunos adultos que deseaban olvidar la guerra.

Más tarde Rodolfo le contó que la había visto en la calle, que un día que ella iba de compras con su madre y sus hermanas le había llamado la atención,

aunque Montse no se lo creyó. En cambio, estaba segura de que se había fijado en él la primera noche que acudió al bar improvisado. Reparó en el modo en que parecían divertirse las cosas, en su forma de sonreír. Llevaba el pelo corto; no era tan alto como algunos de los otros. Vestía uniforme, con la camisa desabotonada. Mientras él observaba sentado, los soldados empezaron a tocar música para bailar, canciones lentas. Unos cuantos bailaron con las muchachas del pueblo.

Recordaba el aire arrogante de los soldados, que se desvaneció poco a poco al avanzar la noche, y la inquietud que se percibía, de modo que cuando la música se volvió triste parecieron sentirse más cómodos, incluso quienes no bailaban. Cuando llegaban los que acababan de terminar el turno se producían súbitos estallidos de alegría: gritaban, aplaudían y bebían. Solo Rodolfo permanecía sentado en silencio, observando la escena.

Montse advirtió que se había fijado en ella. Rodolfo le hizo una seña con la cabeza. Podría haber sido un gesto involuntario, pero no lo era. Ella sabía que no lo era.

Al cabo de un rato, al marcharse una amiga suya, ella también se fue. La noche siguiente no volvió. La segunda vez que acudió, él estaba igual que la primera, apartado de los demás, observando, divertido por lo que veía. No se movió, tan solo dejó claro que sabía que ella estaba allí; en esa ocasión tampoco bailó ni se pavoneó alrededor de la fogata con los otros.

Con la mirada le dio a entender que la deseaba y que lo demás —la bebida, el baile, las payasadas infantiles— no le interesaba. Era tímido, casi retraído, pero también parecía muy seguro de sí mismo. Montse dudaba de que fuera a pasar algo entre los dos. Creía que no se acercaría a ella ni haría nada que interrumpiera su observación solitaria de la escena que lo rodeaba.

Sin embargo, él no le quitaba los ojos de encima y ella le devolvía las miradas vigilando que ninguna de sus amigas la viera.

Una noche de luna llena y cielo claro, cuando el grupo se desplazó hacia el borde del pantano y dejó que la hoguera se apagara, ninguno de los dos los acompañó. Él le dijo algo y ella se acercó porque no le oyó bien. Se dio cuenta de que nadie había reparado en que no estaba con los otros en la orilla. Algunos soldados se habían desvestido y nadaban y salpicaban agua. Apartados de ellos, junto a los rescoldos, él le acarició el dorso de la mano, luego le dio la vuelta y recorrió la palma con los dedos.

Cerca de allí había un viejo edificio en ruinas, hacia el que caminaron despacio, y cuando se apoyaron en la pared ella se sintió aliviada al ver que él solo quería besarla y sonreírle entre un beso y otro. En los años transcurridos no había olvidado el dulce olor del aliento del soldado, su avidez y su buen humor.

La noche siguiente él buscó un lugar donde pudieran tumbarse juntos sin que nadie los molestara, y eso hicieron todas las noches hasta que llegó septiembre.

Cada día de aquel verano Montse esperó la noche. Sus amigas sabían que estaba con Rodolfo, pero la mayoría de las muchachas que acudían al bar improvisado se habían echado novio entre los soldados. Nadie hablaba del tema. Cuando su madre le preguntó si había participado en las fiestas de los soldados, se encogió de hombros y respondió que en un par de ocasiones había pasado de largo por el bar con sus amigas. Cuando su madre volvió a preguntarle unas noches después, Montse tuvo la prudencia de regresar a casa temprano por una vez, para que su familia no barruntara lo que hacía.

Se preguntó si era cierto que, tal como recordaba, el tiempo había cambiado cuando empezaron los bombardeos de las poblaciones situadas al otro lado del río. Tal vez lo supiera el hombre de la compañía eléctrica. En cualquier caso, los bombardeos se iniciaron a finales del verano. El ruido se oía por la noche y a menudo también durante el día, el estruendo de la artillería pesada

valle arriba. Atacaban las localidades que habían permanecido leales a la República.

Recordaba que su padre había dicho que los soldados habían pasado el verano preparando el asalto, que habían construido búnkeres y habían buscado las mejores posiciones para trasladar a ellas el armamento pesado. Una vez protegida la presa, no habían dejado nada al azar. Su padre añadió que al otro lado no había hospitales ni medicamentos y que los soldados no permitían que nadie cruzara el puente de Llavorsí ni el de Sort. Afirmó que la gente estaba atrapada y que los heridos morían a consecuencia de sus heridas.

Ella pensó que las fiestas a orillas del pantano habían servido de esparcimiento para los soldados que habían trabajado de sol a sol preparando la artillería. Aun así, no sintió remordimientos. Al contrario: esperaba que quienes la habían visto junto a las hogueras de los soldados tuvieran sus propios motivos para guardar silencio. Durante los años siguientes, todos, incluso los que habían acudido al claro todas las noches, actuaron como si nada de aquello hubiera sucedido.

El cambio del tiempo lo alteró todo, estaba casi segura. Un día gris, con la neblina que cubría el valle en septiembre, cayó en la cuenta de que de Rodolfo solo sabía su nombre y que era de Badajoz. A esas alturas él ya se había marchado, y pensó que lo más probable era que no regresara. Esa certeza rompió el hechizo en que la habían sumido en igual medida la guerra y Rodolfo.

Hasta ese momento no empezó a preocuparse por si estaba embarazada. No era solo que no le viniera la regla; su cuerpo había cambiado. Aguardó con la esperanza de estar equivocada. Por las noches se despertaba aterrorizada, pero durante el día trataba de comportarse con normalidad. Mientras tanto, la guerra continuaba valle arriba y los jeeps y camiones con soldados y suministros cruzaban el pueblo, que a menudo se veía desierto, con la plaza

principal vacía, pese a que los bares y la mayor parte de las tiendas seguían abiertos.

Cuando supo a ciencia cierta que estaba embarazada, decidió que se casaría con Paco Vendrell. Durante años había ido tras ella en las fiestas del pueblo: se ofrecía a comprarle bebidas, le pedía que bailara con él y, cuando ella lo rechazaba, se quedaba solo y la observaba con una determinación que la hacía temblar. Le sacaba diez años, pero ya de joven parecía un hombre de mediana edad. Desde que, con catorce o quince años, había entrado a trabajar en la sala de control de la presa, apenas hablaba de nada más: el nivel de agua de los dos ríos o del pantano, el caudal que cabía esperar que se alcanzara pronto, la diferencia entre un año y el anterior. El padre de Montse se reía de él, y el hecho de que la cortejara desde que ella tenía dieciséis o diecisiete años era un motivo de chistes frecuentes para su madre y sus hermanas. Ella procuraba evitarlo y, cuando no lo conseguía, rechazaba abiertamente sus intentos de hablarle. Ahora le urgía verlo. Durante unos días intentó salirle al encuentro cuando Paco se dirigía al trabajo. Como no lo vio camino de la presa, supuso que lo trasladaban hasta ella en un jeep militar y que al atardecer lo llevaban a casa del mismo modo. Sabía que estaba prohibido acercarse a la carretera que conducía a la torre de control que dominaba la presa. Pensó que la única ocasión en que podía estar segura de coincidir con Paco era la misa dominical. Tendría que armarse de valor, actuar con rapidez y no preocuparse de que los demás la vieran e hicieran comentarios. La oportunidad de cruzarse con él quizá no se presentara todos los domingos.

Por suerte, en aquel entonces solo se oficiaba una misa dominical, y la iglesia estaba más llena que nunca, puesto que los vecinos del pueblo, incluso los que no tenían el menor interés por la religión y aquellos que se sabía que

habían estado con los republicanos, querían mostrar a las tropas a qué bando apoyaban en esos momentos. A principios del invierno ya estaba claro quién ganaría la guerra, tan claro como que habría muchas más acusaciones y detenciones en cuanto acabara. Ella era consciente de que una mujer en sus circunstancias merecería poca compasión, fuera quien fuese el padre de la criatura.

Aquel domingo se dirigió temprano a la iglesia y caminó con discreción y recato por la calle con la cabeza cubierta con una mantilla y un devocionario en la mano. Estaba segura de que Paco iría a misa si no le tocaba trabajar; no era de los que se la saltaban. Sin embargo, no recordaba haberlo visto nunca en la iglesia e ignoraba si se quedaba al fondo, como la mayoría de los hombres, o avanzaba en busca de un lugar junto al altar. Tendría que encontrar un buen punto de observación que le permitiera ver a todo el mundo, pero concluyó que no podía sentarse en la parte de atrás, pues nunca lo había hecho y los vecinos o parientes que la vieran se preguntarían qué hacía ahí.

Tomó asiento en un banco lateral, y era tan temprano que tuvo ocasión de ver la llegada de los dos sacerdotes, el mayor, al que conocía, y el joven, al que nunca había visto. Mientras recorrían el pasillo camino de la sacristía, se fijó en el porte de ambos, en lo orgullosos y severos que parecían. Supuso que bien podrían haber entrado en la sacristía desde la calle y que dirigirse a ella de ese modo les confería mayor dignidad e importancia.

Al poco rato entró un grupo de soldados de uniforme. Por un instante la asustó pensar en la posibilidad de que Rodolfo estuviera entre ellos. Los observó con atención y no lo vio. Supuso que, aunque apareciera, los cambios que se habían producido en el ambiente le impedirían saludarla o acercarse. Estaba convencida de que la rehuiría si lo abordaba para tratar de hablar con él.

Tembló un instante y observó con cautela cómo los bancos se llenaban de

feligreses que eludían la mirada. Se preguntó cuándo terminaría la guerra y también se preguntó, con el pánico que a menudo la invadía por las noches, qué sería de ella si no lograba convencer a Paco de que se casaran. Pensó que la mandarían lejos del pueblo, que sus padres no podrían protegerla por más que quisieran.

Pero ¿cómo podía casarse con Paco? ¿Cómo lograrlo? En el pasado se había mostrado descortés con él, muy desdeñosa. ¿Cómo podía dejarle claro que había cambiado de parecer? ¿Qué razones le daría? En aquel ambiente incierto, con la posibilidad de que mataran o aprisionaran a muchas más personas, nadie pensaba en el amor ni en el matrimonio, y menos aún alguien como Paco, que era prudente y cuyo trabajo diario en la presa probablemente resultara cada vez más difícil. Aun así, no se le ocurría quién más estaría dispuesto a casarse con ella.

En plena noche le había pasado por la mente otra opción, que reapareció en ese momento. Río arriba, alrededor de un kilómetro subiendo por el valle, había un rincón apartado donde la corriente era fuerte y las aguas profundas. A lo largo de los años dos o tres personas habían elegido ese sitio para quitarse la vida, sin que sus cuerpos se hallaran hasta el cabo de varios días. Se dijo que quizá pronto tendría que ir a echar un vistazo al lugar, para averiguar si había tropas vigilándolo. Cerró los ojos al pensarlo e inclinó la cabeza.

Cuando la comunión estaba a punto de acabar, vio a Paco avanzar por el pasillo. Dedujo que se había quedado de pie en la parte de atrás. Lo observó con atención cuando volvió sobre sus pasos con las manos juntas y moviendo los labios al rezar. Le pareció aún más extraño y aislado que de costumbre. Sonrió al pensar en el valor, o el autoengaño, que habría necesitado para cortejarla como lo había hecho; se preguntó qué habría pensado aquellas noches antes de salir y si se habría sentido muy decepcionado al regresar a casa solo sabiendo que no tenía ninguna posibilidad con ella. Cayó en la

cuenta de que, como trabajaba en la presa con los soldados, sin duda estaba enterado de las fiestas a orillas del pantano y tal vez hubiera llegado a sus oídos que ella se contaba entre las chicas que acudían. Quizá incluso hubiera oído hablar de Rodolfo y ella. Mientras esperaba el final de la misa, se le pasó por la cabeza la posibilidad de que ya no deseara saber nada de ella. Y estaba segura, totalmente segura, de que si él, que se había mostrado tan interesado, ya no la quería, entonces nadie más la querría.

En cuanto terminó la ceremonia actuó con rapidez. Paco no era de esos hombres que al final de la misa se quedaban a las puertas de la iglesia con un grupo de amigos. En cualquier caso, ahora nadie querría que lo vieran plantado sin hacer nada. Al salir reparó en que ya había recorrido toda una manzana. Lo siguió tan deprisa como pudo, confiando en que nadie la viera. Había preparado lo que iba a decirle. Era importante que sonara creíble, natural.

Él se dio la vuelta y la miró con una expresión inquieta y reconcentrada, y luego casi hostil, como dando a entender que ya tenía suficientes problemas sin necesidad de que ella lo siguiera para hacerle saber una vez más que no sentía el menor interés por él. Le volvió la espalda antes de que ella tuviera oportunidad de sonreír. Cuando apretó el paso, Montse se sintió más decidida. Supuso que, si la había querido, debía de seguir queriéndola. Tan solo tenía que actuar con cautela y ocultar las señales de pánico al hablar con él.

Al final Paco miró hacia atrás y se detuvo al verla.

—Tengo que ir a casa a cambiarme de ropa antes de que vengan a recogerme —dijo—. En la presa están muy atareados. Han de anotarlo y consignarlo todo.

Ella sonrió.

—Bueno, pues te acompañaré para no entretenerte. En casa estamos preocupados. Ya sabes que no tengo hermanos. Y mi padre dice que no

podemos salir solas, ni siquiera a comprar. Conque estoy recluida, o eso parece.

Continuaron caminando. Temía que, si dejaba de hablar un instante, él le contaría algo sobre la presa y entonces se olvidaría de todo lo que ella había dicho.

—Si tuvieras algún rato libre, sería estupendo que te pasaras por casa, y a lo mejor podríamos salir a dar un paseo, aunque solo fuera por el pueblo. Pero quizá tienes demasiado trabajo.

—Ha llegado un capitán nuevo de Madrid que está obsesionado con que se anote todo, y me vigilan por si decido accionar una palanca cuando nadie mira. Ya sabes que soy el único que conoce a fondo el sistema de conmutación, aunque el tipo de Madrid empieza a pillarle el tranquilo.

Ella se preguntó si concentrándose lo suficiente lograría que él la entendiera. Sin embargo, no dijo nada mientras se dirigían al centro del pueblo, y luego fue demasiado tarde.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo él—. No puedo llevar este traje en la sala de control. Es el único bueno que tengo.

Cuando Paco se presentó dos días después, una hermana de Montse abrió la puerta y no disimuló su regodeo ni bajó la voz. Montse cogió el abrigo y se marchó con él. Durante las semanas siguientes el hombre acudió cada pocos días. Al principio las hermanas y la madre de Montse hicieron bromas sobre él, luego manifestaron su desconcierto y por último guardaron silencio. No le preguntaron a qué venía que paseara por el pueblo con Paco Vendrell y tomara chocolate con él en una de las granjas.

Él le hablaba de la presa, de su importancia estratégica y de lo viejos que eran algunos sistemas, por lo que solo alguien experimentado podía manejar

las palancas, alguien que supiera que algunas no respondían si se accionaban demasiado rápido y que había una que si se bajaba solo hasta la mitad producía el mismo efecto que si se bajaba del todo.

Ella ya sabía que Paco vivía con su madre, y se enteró de que había perdido al padre siendo pequeño. Descubrió que le gustaba la rutina, ir al trabajo a la misma hora todos los días, y que le molestaba el empeño de los soldados en cambiarle el horario. Al cabo de una semana ella pasó a formar parte de la rutina de Paco. Charlando con ella se sentía a gusto. Montse comprendió que no le importaría estar meses, incluso años, viéndola de ese modo. No era un hombre que tomara decisiones rápidas ni que deseara cambios repentinos en su vida. Y, como todo el mundo, Paco sabía que la situación sería muy diferente una vez acabada la guerra. Acostumbraba abordar sin prisas, de manera reflexiva, los asuntos que le interesaban. Los esfuerzos de Montse por acelerar las cosas, sus intentos de preguntarle, por ejemplo, si era feliz viviendo con la madre, fracasaron por completo. Paco no prestaba atención a nada que interrumpiera el torrente de sus palabras.

Al llegar la Navidad corrieron cada vez más rumores. Desaparecieron familias enteras y las casas se quedaron vacías. El padre de Montse comentó que quien tuviera el menor motivo para marcharse debería irse sin demora. Ella continuó viendo a Paco, que se mostraba más cauteloso cuando paseaban por el pueblo confiando en que no los vieran los soldados.

Una noche, al levantarse de la mesa, Montse vio que su madre le miraba el vientre. Esperó a que se quedaran a solas en la cocina.

—¿De cuánto estás?

—De cinco meses, quizá un poco menos.

—¿Es de Paco?

—No.

—¿Está enterado?

—No.

—¿Por eso vas con él..., para que se case contigo?

—Sí, pero él no tiene ninguna prisa.

—¿Fue un soldado?

—Sí.

—¿Y se ha esfumado?

—Sí.

Su madre la miró.

—Ya me ocupo yo de Paco —dijo.

Paco no apareció durante las dos semanas siguientes. El frío arreció y llegó la nieve. A veces se oían disparos de fusiles a lo lejos, incluso por el día. Montse se fingía enferma para quedarse en la cama y solo se reunía con la familia a la hora de las comidas. Esperaba que su madre entrara en el dormitorio y le dijera que no había manera, que Paco no se casaría con ella. Entonces imaginaba que tenía que soportar el frío y eludir a los soldados, buscar un momento de quietud y moverse como si fuera invisible. Intentaba imaginar lo que sería arrojarse a un río hondo y de aguas bravas, se preguntaba si se hundiría enseguida, cuánto tardaría en ahogarse. Tumbada en la cama, se le presentó otra posibilidad: la enviarían a un convento o a un orfanato y le quitarían la criatura apenas naciera. No le permitirían volver a casa. Quizá eso fuera preferible.

Al final, un día en que la casa estaba tranquila, su madre le anunció que habían concertado la boda. Se celebraría al cabo de unos días en una capilla de la iglesia y Paco se haría cargo de la criatura.

—Su madre parecía sorprendida y casi orgullosa —añadió—. Cree que él es el padre. Paco dijo que siempre ha querido casarse contigo, que eres la muchacha perfecta para él, conque al menos hay alguien contento. En la última planta del edificio donde vive su madre hay un piso pequeño. Paco está

llevando muebles a él. Montse, sería de agradecer que no tuviéramos que verlo demasiado. Tiene el don de agotarme con su parloteo.

Cuando su madre acabó de hablar, Montse le volvió la espalda y no se movió hasta que estuvo segura de que había salido de la habitación.

En cuanto nació Rosa, Paco quiso cogerla en brazos. Durante los días siguientes Montse lo observó para ver si la cogía solo por complacerla a ella. Sin embargo, no advirtió ninguna señal de que así fuera. Al llegar del trabajo, Paco quería saber qué había hecho la pequeña. Se contentaba con que le dijeran que había estado durmiendo.

Cuando cruzaban el pueblo con la niña, Montse se percataba de que los otros hombres se reían de Paco por el cariño abnegado que sentía por la criatura. Sabía que su familia también se reía de él. Pero a Paco no le afectaban las risas. En casa intentaba entretener a la pequeña; la calmaba cuando lloraba. Y, cuando Rosa aprendió a andar, disfrutaba sacándola a pasear; caminaba tan despacio como ella quisiera y la llevaba de la mano con orgullo.

Era extraño estar casada con él. Ni una sola vez preguntó por el padre de la niña. Parecía agradecido y satisfecho con todo. A cambio, Montse le estaba agradecida, lo que no le impedía sentirse aliviada cuando él se iba a trabajar por las mañanas y cuando se quedaba dormido a su lado en la cama. Sin embargo, procuraba disimularlo. Tuvieron otras dos hijas y se mudaron a un piso más amplio, y poco a poco se percató de que tratarlo con cortesía se iba volviendo algo cada vez más natural. Toleraba a Paco, y más tarde le tomó cariño. Y también poco a poco, al advertir que sus padres y sus hermanas seguían riéndose de él, fue viéndolos cada vez menos. Se sentía leal a él, una lealtad que perduró todos los años de matrimonio.

Rosa no se parecía a Montse, a Paco ni a sus dos hermanas. Y tampoco a Rodolfo, pensó Montse. De su padre biológico solo había heredado la costumbre de rehuir a los demás. Le interesaba poco la compañía de otras niñas, y aun así todos la querían. Aunque Paco se sentía orgulloso de sus otras dos hijas, siempre quedó claro que era Rosa a la que más quería.

Mientras que las otras dos se quedaron a vivir en la zona, Anna en Sort y Núria en La Seu, Rosa se trasladó a Barcelona a estudiar medicina. Se casó con un médico y juntos abrieron una clínica privada con el dinero que les entregó la familia de él. Cuando Paco estaba a punto de morir y ya le fallaba el corazón, Rosa se empeñó en atenderlo ella misma. Permaneció a su lado día y noche en una habitación individual de la clínica. Cada vez que Paco abría los ojos, lo único que buscaba era a Rosa.

En aquella época Rosa ya tenía tres hijos varones, y en ellos, sobre todo en el mayor, Montse vio reaparecer a Rodolfo: en los ojos de sus nietos, en su color, y también en su sonrisa lenta, en su timidez. Todos los años, cuando Rosa y su familia se iban a veranear cerca de Santa Cristina, en la Costa Brava, Montse pasaba dos semanas con ellos. Cuando el hijo mayor aprendió a conducir, era él quien iba a recogerla. Montse disfrutaba de aquel viaje, a solas los dos en el coche.

El hombre de la compañía eléctrica regresó y Montse le dijo que no le apetecía comer con él y el general y que no la presionara porque no se encontraba bien.

—El señor Ramírez se llevará una gran decepción —dijo el hombre.

—Sí, seguro —respondió Montse, y se percató de que el dejo de amargura de su voz había delatado más de lo que ella pretendía—. Ya somos viejos los dos —añadió con un tono más dulce— y solo podemos hacer lo que podemos.

—Si cambia de opinión, tenga la bondad de avisarme —dijo el hombre, que le dio un número de teléfono.

Apenas se marchó, Montse llamó a la clínica y dejó un recado urgente para Rosa.

—He pensado que a lo mejor podrías venir el sábado de la próxima semana —dijo tras devolverle Rosa la llamada—. Y podrías venir sola. Te prometo que, si vienes, no te pediré nada más durante una buena temporada.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Ha pasado algo?

—No preguntes, Rosa. Ven ese día y ya está. Ven a comer. No tienes por qué quedarte a dormir ni nada de eso.

Contuvo la respiración y esperó.

—Acabo de consultar la agenda —dijo Rosa—. Ese día tengo una cena.

—Estupendo. Si sales de aquí a las cuatro o las cinco tendrás tiempo más que de sobra.

—¿Te ha visto algún médico?

—Tú eres doctora, Rosa. Y me verás tú.

—Llevaré el estetoscopio. —Rosa se echó a reír.

—No hace falta que traigas nada.

Se presentó no solo con el estetoscopio, sino también con un tensiómetro, agujas para extraer muestras de sangre y una nevera portátil para mantenerlas frescas hasta que volviera a Barcelona. Indicó a su madre que se quitara la blusa para auscultarle el corazón y los pulmones. Le sacó sangre sin pronunciar palabra.

—Soy vieja —dijo Montse—. No vale la pena que me examines.

—Por teléfono me pareció que no estabas bien.

—A mi edad nadie parece estar bien por teléfono.

—¿Por qué querías que viniera hoy?

—Porque se me ocurrió que si te decía un día concreto sería más fácil que vinieras que si te decía que te pasaras un día de estos. Apenas te veo.

—Ojalá mi marido me conociera tan bien como tú. —Rosa parecía de buen humor.

La mesa del comedor ya estaba puesta. Montse metió en el horno una bandeja de canelones y llevó a la mesa una fuente de ensalada, dos platos y pan. Preguntó a Rosa por su marido y sus hijos.

—Están la mar de bien. Nuestra única preocupación es que Oriol ha suspendido química y tendrá que repetir la asignatura.

—¿Sigue con aquella novia tan guapa que tenía en verano?

—Sí, y por eso ha suspendido química.

Cuando acabaron de comer, Montse le llevó el café a la mesa que había junto a la ventana.

—He encontrado una caja con fotos —dijo—. Algunas son de antes de la guerra. Debimos de traerlas de la casa vieja cuando murió mi madre. Las encontré hace un año y las guardé porque me ponían muy triste.

Fue al dormitorio, donde había colocado la caja sobre la silla en que solía dejar preparada la ropa para el día siguiente.

—He pensado —prosiguió al volver— que podríamos seleccionar las mejores, las más claras, para que uno de tus hijos, cuando tenga tiempo, saque copias para ti y tus hermanas.

Empezó a colocar fajos de fotografías sobre la mesa.

—Esta era mi abuela —añadió cogiendo una—. Vivió con nosotros hasta que hubo una pelea no sé por qué y se fue a vivir con mi tía. Era de Andorra y mi padre siempre creyó que tenía dinero, pero no lo tenía, claro está.

—¿Quién es la niña que tiene en el regazo?

—Soy yo. Una vez al año venía un hombre con una cámara y una caseta, y la gente hacía cola.

Miraron por encima otras fotografías. La mayor parte eran de Montse y sus hermanas durante excursiones de verano.

—Aquí hay unas en las que no sale nadie... Una de una crecida del río, que debió de sacar mi padre, y otra de la construcción de la presa. No recuerdo en qué año fue.

Rosa las dejó a un lado y empezó a examinar otro fajo de fotografías de Montse y sus hermanas con amigos.

—Esas son de antes de la guerra —le dijo Montse—. Me parece que después de la guerra la gente no se hacía muchas fotos.

Rosa miraba una fotografía de 10 x 12 de un grupo en una excursión, con las montañas al fondo.

—¿Dónde está mi padre en esta? ¿Por qué no sale en ninguna? —preguntó.

—Era el que hacía las fotografías —respondió Montse.

Cogió otro fajo.

—A lo mejor sale en una de estas, pero antes de la guerra era el único que tenía cámara y le gustaba sacar fotos.

Miró a Rosa, que asentía con la cabeza.

—En fin, si quieres llevarte la caja entera y seleccionar las mejores... Los chicos podrían hacer copias si tienen tiempo. Para ellos todo esto es ya historia antigua, pero tal vez lo valoren más cuando tengan su propia familia.

—Las cuidaré bien —dijo Rosa, y cogió una fotografía en la que aparecía de adolescente con Paco, que sonreía a su lado.

—Creo que esa la hice yo —dijo Montse.

—A lo mejor la amplió un poco y la enmarco —comentó Rosa.

Cuando llegó la hora de despedirse, Montse llevó al ascensor la caja de fotografías y Rosa el material médico. Montse se empeñó en acompañarla hasta el coche.

—Si pesa demasiado, dímelo —le indicó Rosa.

El coche estaba cerca. Dejaron la caja y el material médico en el asiento de atrás y Rosa abrazó a su madre antes de abrir la portezuela y sentarse al volante.

Montse le dijo adiós con la mano mientras el vehículo se alejaba. Sabía que cualquiera que se acercara la vería sin dificultad. Miró calle arriba, hacia el centro del pueblo, para ver si se aproximaba algún coche. Pensó que a esas alturas la comida ya habría terminado y Rodolfo y el hombre de la compañía eléctrica pasarían por allí camino de Lleida. Aguardó unos minutos y, al no ver ningún coche, decidió volver a casa a quitar la mesa. Más tarde iría al centro del pueblo a comprar.

Sabía que al cabo de poco un anciano esperaría en la estación de Lleida la llegada del tren con destino a Madrid. Subiría despacio al vagón y caminaría por el pasillo en busca de su asiento. Montse supuso que se mostraría cortés con los pasajeros de alrededor mientras se acomodaba para el viaje. Rosa estaría en la autovía que llevaba en dirección contraria, tan firme y hábil al volante como siempre. Montse suspiró con discreta satisfacción al imaginarse a los dos alejándose tranquilamente el uno del otro; ambos estarían en casa antes de que cayera la noche.

Por primera vez en castellano, los mejores cuentos del autor de *Brooklyn*, ganador de los premios Impac y Forster.



Lumen

Colm Tóibín se ha consolidado como uno de los grandes narradores contemporáneos de la literatura anglosajona. Comparado a menudo con Henry James, uno de sus grandes referentes, en nuestro país empieza a obtener el reconocimiento que ya tiene en Europa y en Estados Unidos.

En este volumen, que recopila sus mejores cuentos, Tóibín aborda los grandes asuntos de su universo literario: las relaciones entre madres e hijos, la sociedad de Dublín, la imagen del hogar, el exilio y la inmigración e incluso nos ofrece un retrato espléndido y en absoluto convencional de Barcelona, una ciudad que conoce muy bien porque vivió en ella durante los años de la transición.

Dueño de una prosa precisa y armónica y de una gran capacidad de penetración psicológica, Colm Tóibín es ya, gracias tanto a sus novelas como a sus relatos, un nuevo maestro.

**«Relatos de enorme sutileza, empatía y luminosidad. Tóibín me
deslumbra.»**

RICHARD FORD

«Uno de los mejores escritores vivos.»

FÉLIX DE AZÚA

«Una prosa tan elegante en su simplicidad como complejas son las emociones que evoca.»

ALEX WITCHEL, *The New York Times Magazine*

«Un inmenso impacto emocional.»

The New Yorker

«Todos los relatos comparten una densidad milagrosa. Cortos y profundos a la vez, contienen vidas enteras.»

The Sunday Times

«Un maestro de las emociones sutiles. Desde paisajes invernales y sin rastro de vida humana hasta bares llenos de músicos, todas sus escenas llevan el sello de la verdad.»

Mail on Sunday

«Sorprendentes e iluminadores y siempre escritos a la perfección, los relatos de *Madres e hijos* colocan a Tóibín en la primera línea de la ficción irlandesa moderna.»

Scotland on Sunday

«El lector siente que su pluma entra directamente por la vena. Historias preciosas elaboradas con la belleza de la artesanía.»

KATE SAUNDERS, *Literary Review*

«Tóibín se consagra como escritor de lo sutil, lo inteligente, del

sentimiento profundo.»

PATRICK NESS, *The Guardian*

Colm Tóibín (Enniscorthy, 1955) es uno de los mejores escritores irlandeses de nuestro tiempo. De su obra cabe destacar las novelas *The Master* (Lumen, 2018), *El testamento de María* (Lumen, 2014), *Brooklyn* (Lumen, 2016) —su obra de ficción más conocida, llevada al cine por John Crowley—, *Nora Webster* (Lumen, 2016) o *La casa de los nombres* (Lumen, 2017), y *Madres e hijos*, una selección de los relatos recogidos en *The Empty Family* y *Mothers and Sons*. Tóibín es también un excelente crítico literario, como demuestran las piezas reunidas en el volumen *Nuevas maneras de matar a tu madre* (Lumen, 2013).

Título original: *Mothers and Sons / The Empty Family / Summer of '38*

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2006, 2010, 2013, Colm Tóibín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Andreu Jaume, por la selección y el prólogo

© 2019, Antonia Martín Martín, por la traducción

Este libro ha sido publicado con la ayuda económica de Literature Ireland



Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Pedro Almodóvar, VEGAP, Barcelona, 2019

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0679-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**g**ustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

[1] «Esta extenuación del amor en un trabajo anónimo.» Carta de Rainer María Rilke a su esposa, la escultora Clara Rilke *née* Westhoff, del 13 de octubre de 1907.

[2] La cita procede de Henry James, *La locura del arte. Prefacios y ensayos*, edición de Andreu Jaume, traducción de Olivia de Miguel, Barcelona, Lumen, 2014.

[3] Véase el capítulo «Silencio».

[4] Véase el capítulo «La familia vacía».

[5] Véase el capítulo «Dos mujeres».

[6] Véase el capítulo «El quid de la cuestión».

[7] Traducción de Marcelo Cohen, Barcelona, Destino, 2009.

[8] Esta canción, sobre un marino que se despide de su amada antes de hacerse a la mar, lleva el título de «The Holy Ground» («Tierra Santa»), que puede referirse tanto a Irlanda, tierra de santos, como a una zona de burdeles de la ciudad portuaria de Cobh, en el condado de Cork. (*N. de la T.*)

Índice

Madres e hijos

Prólogo. Los cuentos de un nuevo maestro, de Andreu Jaume

Sobre esta edición

Silencio

La familia vacía

Dos mujeres

La nueva España

Barcelona, 1975

La calle

Una canción

El quid de la cuestión

Un cura en la familia

Un viaje

Un trabajo de verano

«Famous Blue Raincoat»

Verano del 38

Sobre este libro

Sobre Colm Tóibín

Créditos

Notas